MANUEL ALONSO ALCALDE

POETA, NARRADOR Y DRAMATURGO

ESTUDIO, EDICION Y ANTOLOGIA

POR

JOSE MARIA DE CAMPOS SETIEN

COLECCION DE AUTORES VALLISOLETANOS

Publicaciones de la Institución Cultural Simancas

CATALOGO MONUMENTAL DE LA PROVINCIA DE VALLADOLID

Tomo I. MEDINA DE RIOSECO
Autor: E. García Chico.

Tomo II. PARTIDO JUDICIAL DE MEDINA DE RIOSECO
Autor: E. García Chico.

Tomo IX. ANTIGUO PARTIDO JUDICIAL DE MOTA DEL MARQUES
Autor: Jesús M.ª Párrado del Olmo.

Tomo X. ANTIGUO PARTIDO JUDICIAL DE OLMEDO
Autor: José Carlos Brasas Egido.

Tomo XI. ANTIGUO PARTIDO JUDICIAL DE TORDESILLAS
Autores: Clementina Julia Ara Gil y Jesús María Parrado del Olmo.

Tomo XII. ANTIGUO PARTIDO JUDICIAL DE VILLALON
Autores: Jesús Urrea Fernández y José Carlos Brasas Egido.

Tomo XIII. MONUMENTOS CIVILES DE LA CIUDAD DE VALLADOLID
Autor: J. J. Martín González.

ARQUEOLOGIA Y ARTE

ARQUEOLOGIA VALLISOLETANA (Dos tomos)
Autor: Tomás Mañanes.

ESCULTURA GOTICA DE LA PROVINCIA DE VALLADOLID
Autora: Clementina Julia Ara Gil.

ARQUITECTURA CLASICISTA DEL FOCO VALLISOLETANO
Autor: Agustín Bustamante García.

LA PINTURA DEL SIGLO XIX EN VALLADOLID
Autor: José Carlos Brasas Egido.

LA PLATERIA VALLISOLETANA Y SU DIFUSION
Autor: José Carlos Brasas Egido.

CASTILLOS DE CASTILLA
Coordinador: Angel Blasco

LA REJERIA CASTELLANA. VALLADOLID
Autora: Amelia Gallego.

LA ACTIVIDAD ARTISTICA EN VALLADOLID (1950-1980)
Autora: María Teresa Ortega Coca.

ANSELMO MIGUEL NIETO: VIDA Y PINTURA
Autor: José Carlos Brasas Egido.

CIENCIAS NATURALES

LA FLORA AROMATICA MEDICINAL DE LA PROVINCIA DE VALLADOLID
Autor: Antonio Jara Izquierdo.

FLORA Y VEGETACION GIPSOFILA DE LA PROVINCIA DE VALLADOLID Y SURESTE DE LA DE PALENCIA
Autora: Ana-Rosa Burgaz Moreno.

COLECCION DE FUENTES DOCUMENTALES PARA LA HISTORIA DE VALLADOLID

COLECCION DIPLOMATICA DE TORDESILLAS
Recopilación, transcripción y estudio crítico de Jonás Castro Toledo.

MANUEL ALONSO ALCALDE

POETA, NARRADOR Y DRAMATURGO

MANUEL
ALONSO ALCALDE
POETA, NARRADOR Y DRAMATURGO

ESTUDIO, EDICION Y ANTOLOGIA

POR

JOSE MARIA DE CAMPOS SETIEN

INSTITUCION CULTURAL SIMANCAS
VALLADOLID
1983

EDITA: Diputación Provincial de Valladolid.
Institución Cultural Simancas.

Camino Viejo de Zaratán, s/n.
Valladolid.

I. S. B. N. 84-500-8461-X

Depósito Legal: VA. 72-1983

Impreso en los talleres de la Editorial Sever-Cuesta. Prado, 10. Valladolid, 1983

INDICE GENERAL

Págs.

Agradecimiento 7

VIDA

Primeros años, primeros amigos, primeros versos 11
Juventud y poesía 19
Ceuta. Soledad literaria. Madrid 28

OBRA

POESIA 33
La caza 38
Hoguera viva (Selección) 40
Antología íntima (Selección) 65
Encuentro (Selección) 86
Poemas inéditos sobre Valladolid 101

NARRATIVA 107
Gente de por ahí 111
Una hora para la eternidad 165
Noche de gatos y bombas 171
La barba 175
El último de Filipinas 181
Defensa de oficio 187
Cacería prehistórica 191
Juzgado de paz 193
La sentencia 199

Págs.

PERIODISMO 205
Mitos 208
La hora del intérprete 210
Mi gratitud a Gabriel Miró 212
Un rellano en la escalera 214
Elegía para un recuerdo 216
Juglar en Fontiveros y horóscopo en común 218
Carta y homenaje a Jorge Guillén 221
Primera velita 223

TEATRO 227
Solos en esta tierra 239

Agradecemos a la Institución Cultural Simancas de la Diputación Provincial de Valladolid la inclusión de la presente Antología de Manuel Alonso Alcalde en su Colección de Autores Vallisoletanos *como portillo abierto para dar a conocer a los escritores de la tierra, que en imbricadas y nutridas promociones, florecen en nuestros días.*

Hemos de mostrarnos también agradecidos al autor biografiado por cuantas facilidades nos ha brindado para documentar este trabajo, tanto al facilitarnos el acceso a su archivo personal, como al pedirle algún dato "vivo", que él mismo, a través de repetidas comunicaciones epistolares, se avino en todo momento a poner a nuestra disposición.

J. M. de C. S.

VIDA

PRIMEROS AÑOS, PRIMEROS AMIGOS, PRIMEROS VERSOS

Una revistilla publicada, año 1935, en el vallisoletano Colegio de Nuestra Sra. de Lourdes —Hermanos de la Doctrina Cristiana— dedicaba parte de su número a describir el carácter y aptitudes de los alumnos de 6.° curso de bachillerato, ya con un pie en el estribo de la terminación de sus estudios. Entre dichos alumnos se contaban tres muchachos que, al correr del tiempo, se convertirían en destacados escritores, Miguel Delibes, el malogrado Enrique Gavilán y Manuel Alonso Alcalde. De éste, a quien por cuenta propia asignaba la publicación el enfático apelativo de «el poeta», decía, con ingenuo empaque, lo siguiente: *La patria de Leopoldo Cano, Ferrari, Núñez de Arce y Zorrilla, sigue siendo madre fecunda de ilustres cultivadores de nuestra hermosa lengua y de poetas inspirados. He aquí uno que merece ya el calificativo de tal. Las numerosas composiciones de este joven vate tienen arte, inspiración y pulcritud. Influido en ocasiones por la ternura del sentimiento, se eleva en sus conceptos, hasta el punto de sentirse conmovido, a la contemplación de nobilísimas ideas. Lo bien que declama, la perfección de su trabajo en el teatro, todo revela en Manolo un alma que siente muy hondo. Algo indolente, aunque capaz para los demás estudios, sólo de componer no se cansa nunca. Es pues manifiesta su vocación para las letras. No decimos nada de su carácter un tanto raro. En gracia a su condición de poeta hay que dispensarle muchas cosas.* Diez años después de haberse publicado dicha nota, debida probablemente a la pluma de alguno de los profesores de la clase, aparecía otra, esta vez en la madrileña «Estafeta Literaria», cuando ya el adolescente de Lourdes se había convertido en «todo un mozo» que, de cuando en cuando, hacía su escapada a las tertulias literarias de la Villa y Corte, donde contaba con numerosos amigos, poetas, intelectuales y escritores. La nueva descripción, fechada en 1944, la firma Victoriano Crémer Alonso, el gran lírico leonés, bastante renombrado ya entonces. Escribía Crémer: *Manuel Alonso Alcalde, feo y cordial, ha sostenido durante tanto tiempo la brutal tirantez de sus nervios (durante la tertulia que comenta), que, al fin, estallan, y es*

todo él —ojos, boca, manos— una explosión arrebatadora y anonadante. A través de su vertiginosidad no es fácil observarle, pero, si conseguís sorprenderle en una pausa —cosa no muy fácil—, lograréis apreciar uno de los temperamentos más ricos...

Resulta interesante observar cómo, pese a los distintos ambientes que recoge la doble etopeya, y el largo lapso de tiempo que media entre una y otra, ambas ofrecen un factor común: la vocación y entrega de Alonso Alcalde hacia la poesía y su carácter ardiente, apasionado y sincero, aspectos que, afortunadamente, conserva inalterados todavía. Como escribió en alguna ocasión Francisco Javier Martín Abril, cuando Alonso Alcalde se presenta en un grupo de amigos, no hace ya buen tiempo o mal tiempo, *hace Manolo.*

Quizá lo que se lleva escrito pueda parecer fuera de lugar, puesto que no alude directamente al tema concreto que nos hemos propuesto en estas páginas. Entendemos, sin embargo, que la biografía del personaje quedaría desdibujada si no intentásemos enriquecerla —como procuraremos hacer a lo largo de estas páginas— mediante el toque humano, el dato significativo y la anécdota reveladora.

* * *

Nacido en Valladolid el día 7 de julio de 1919, ya se ha indicado que Manuel Alonso Alcalde empezó a cultivar la poesía siendo alumno del Colegio de Lourdes. donde ingresó con diez años y salió con dieciséis, siempre en régimen de internado, por residir su familia en Barcelona (1925-39). Y un internado en aquella época, como Alonso Alcalde ha escrito alguna vez, representaba *algo muy serio,* una interminable experiencia vivida día a día, año tras año, en un mundo monótono y cerrado, *dormitorio, capilla, clase, patio de recreo, comedor, clase, capilla, dormitorio, y vuelta a empezar,* y así a lo largo de los nueve meses de curso, durante los seis de que se componía entonces el bachillerato. Sólo que, para el adolescente que Manuel Alonso Alcalde era entonces —hemos vuelto al año 1935, en que Manuel aún no había pasado de ser Manolito, un chico quinceañero en sexto de bachillerato—, aquella existencia había descubierto, en su afición a la literatura, una salida, algo así como una aspillera a la libertad y la luz. Por cierto que la incipiente dedicación al arte escénico por parte del muchacho, a que se refiere la nota, cristalizaría, veinte años después, en su revelación como dramaturgo, aspecto que, junto al de poeta y escritor de relatos breves, componen su figura literaria actualmente.

Miguel Delibes, en el prólogo del libro de Enrique Gavilán: *Valladolid: tierras de pan y vino* ha evocado estos años con toda la ternura de que es capaz, honda y cálida, de la que acostumbra a defenderse con pudoroso ademán morugo: «*El* (Gavilán) *y Manolo Alonso Alcalde eran las grandes plumas —en prosa el uno; en verso, el otro— de aquel inolvidable curso de Literatura que profesaba el hermano José María*».

Quizá convenga señalar aquí que Manolito, para sus compañeros de clase y profesores, así como en la mencionada revista del colegio donde se publicaron sus primeros versos, se revelaba como autor de poemas —«poesías», dirían entonces— de corte estrictamente tradicional. Pero lo que ni sus compañeros ni sus profesores sospechaban, ni llegaron nunca a sospechar, era que, a escondidas, de forma casi vergonzante, escribía otro tipo de versos de carácter vanguardista, inspirados, tal vez, por sus lecturas de Jorge Guillén, Vicente Aleixandre y otros poetas de los que figuraban en la reciente aparecida «Antología», de Gerardo Diego, todos, entonces, de ultimísima hora. ¿Cómo iba a atreverse un muchacho a confesar a nadie que leía, por ejemplo, a Larrea? ¿Y, encima, que esa lectura le apasionaba aún más que la de Quintana o Zorrilla, verbigracia, autores que el profesor de literatura exigía leer a los alumnos?

Aquellos versos «vanguardistas» los trasladaba Alonso Alcalde, en su redonda caligrafía de escolar, a un cuaderno con pastas de hule negro —cuaderno que hemos tenido en nuestras manos, al documentarnos para estas páginas—, que daría bastante juego después. Porque sucedió que, vecino de la casa de la calle de Lencería donde vivían los abuelos de Alonso Alcalde, y a la que éste solía acudir en sus dominicales salidas, había un joven poeta, 20 años de edad por entonces, José Suárez Carreño, quien, con el correr de los años, llegaría a consagrarse con los tres galardones más importantes, en aquellos tiempos, y aun en estos, del panorama literario español: «Adonais», «Nadal» y «Lope de Vega».

Daba la casualidad de que Suárez Carreño era algo pariente de Gavilán, compañero de curso de Manolo, lo cual motivó que ambos poetas entrasen en contacto en seguida, sin que el muchacho perdiera de vista, como era entonces lógico, la diferencia de edad que separaba a los dos, y la reverencial admiración que debía a su vecino desde que éste había leído a Manolo alguno de los hondos poemas que tenía manuscritos.

Fue Suárez Carreño la primer persona que, aparte de su autor, claro está, tuvo acceso al cuadernito de hule negro; y hasta tal punto le agradó su lectura, unida a las extrañas peculiaridades que concurrían en su autor, que se dedicó a propalar, entre sus amistades literarias, la noticia:

—¡Un crío, metido en un internado, que hace poética creacionista! ¡Y bastante buena, además!

De ello se derivaron algunas positivas consecuencias para Manolo: una relación epistolar, de largo tramo, entre el chico y Vicente Aleixandre, con quien, también por carta, estaba Suárez Carreño en asiduo contacto; la aceptación, por parte de *Caballo verde para la poesía,* la famosa revista de anteguerra, de una colaboración del niño-poeta —colaboración que el estallido de la guerra civil frustraría—, y la amistad de Jorge Guillén.

Pero esto último lo ha contado Manuel Alonso Alcalde en uno de sus artículos de colaboración en «El Norte de Castilla», publicado con motivo de la celebración, y consiguiente homenaje, del 80 aniversario del nacimiento de nuestro ilustre paisano. Reproducimos dicho artículo:

> **«En el año 1935, uno era un pipiolín de 15 añitos, interno en un colegio y clandestino autor de un cuaderno de versos surrealistas. Un crío, en esa época anterior al «young power», podía jugar pasablemente al fútbol, vestir un llamativo pantalón bombacho e, incluso, dedicar una tirada de endecasílabos al Conde Ansúrez, sin que nadie llegase a reparar en su existencia. Pero ponerse, con quince años, a hacer surrealismo y poesía pura, constituía un caso tan insólito como para pasearlo por ahí convertido en fenómeno de feria. Aunque los versos fueran malos, como probablemente lo eran. Dos poetas vallisoletanos, Gerardo Landrove y José Suárez Carreño, cuatro o cinco años mayores que yo me habían brindado su amistad, pero de igual a igual, sin ninguna clase de paternalismo. No es difícil imaginar lo que eso representaría entonces para mí. Salía con ellos algún que otro domingo, les leía mis versos, regresaba, mareado de vanidad, al colegio, y ahí terminaba todo. Un domingo, sin embargo, me citaron en una terraza de Ferrari.**
>
> **—Ha venido Jorge Guillén —dijo Suárez Carreño—. Le he hablado de ti y quiere conocerte.**
>
> **¡Nada menos que Jorge Guillén! ¡Yo que me sabía —y me sé aún— todo el «Cántico» de memoria!**
>
> **Llegó, efectivamente, alto, pulcro, delgado, sonriente y puntual, con sus ademanes cuidados y sus lentes de montura de oro. Me saludó con deferencia, pidió al camarero una gaseosa para mí y me preguntó si traía el cuaderno, uno de pastas de hule negras, donde yo había garabateado, con mi caligrafía infantil, aquellos extraños poemas.**
>
> **—¿Me lo dejas leer?**
>
> **Y Jorge Guillén, nada menos que Jorge Guillén, se adentró en la lectura de los versos de un muchachito de quince años, versos sin puntuación, como uno había visto en Vicente Huidobro.**

—¿Por qué no puntúas? —me preguntó—. La ortografía nada tiene que ver con la originalidad.

Y me pidió que le prestase el cuaderno para puntuármelo él mismo. Y cumplió su promesa. Algún tiempo después, Suárez Carreño me devolvía, corregido por el maestro, aquel manuscrito, que aún conservo.

* * *

Desde entonces, y han transcurrido casi cuarenta años, no he vuelto a saludar personalmente a Jorgue Guillén. Pero estoy seguro de que si llega a leer esta pequeña, y hasta si se quiere trivial, anécdota, recordará a aquel niño-poeta de pantalón bombacho, convertido ya en un hombre maduro, pero con la ilusión intacta como en el año 35. Jorge Guillén me ofreció en aquella ocasión su amistad y a su ofrecimiento me atengo. Quizá, ahora que acaba de cumplir sus primeros ochenta años, valga esta historia para añadir un matiz más a su biografía: el de su comprensión, su generosidad, y su hidalguía. No resulta frecuente, ni mucho menos, que una persona como Jorge Guillén, por tantos conceptos señera; un poeta ilustre; un vallisoletano universal, acceda, con absoluta sencillez, a tomar en serio los balbuceos literarios de un chavalín de pantalón corto. Una atención que yo nunca agradeceré bastante y que, personalizaciones a un lado, puede servir, sin duda, para dar la medida de su auténtica dimensión humana.»

Años más tarde, evocaría Jorge Guillén aquel encuentro; así, en 1941, en una carta fechada en el estadounidense Colegio de Wellesley donde impartía sus lecciones de Literatura Española, decía a Alonso Alcalde: *Tengo muy presente la ocasión en que tuve el gusto de verle el verano de 1935... Usted era jovencísimo, casi una criatura. Sí, sí, ¡un escolar de los Baberos! Usted era poeta, un poeta evidente, con el más evidente don divino...*

Supongo que el lector de esta biografía deseará conocer alguna muestra poética de las contenidas en aquel «secreto» cuaderno; e incluso compararlas con las otras composiciones, de acento clásico, brotadas de la pluma con palillero de aquel chaval de quince años recién cumplidos; este sonetillo, por ejemplo, dedicado al invierno:

La rosa de la lluvia se deshoja
melancólicamente. El aire helado,
de las flores marchitas que ha guardado,
al cadáver del árbol le despoja.

El camino se borra y alguien gime.
Pasa sin detenerse un caminante.
Hay una luz irreal en el instante
y un miedo a no sé qué que nos oprime.

Detrás de los cristales empañados
unos ojos despiertos y cansados
se hastían de esperar. La llama rubia

que en unos leños se retuerce, alienta,
mientras se escucha, interminable y lenta,
la pesada salmodia de la lluvia.

Junto a un poema, como el transcrito, otro, de los de carácter surrealista que puntuó el autor de *Cántico* según se acaba de explicar:

LA TRISTEZA

La tristeza como una mariposita amarilla
invade hasta los hombros el cuerpo hecho ya piedra.
La tristeza repica sus campanas de alambre,
esa mansa tristeza ignorante de todo.
Y dulce, dulcemente
invade los pechuelos sobre los corazones,
hechos también de pluma y de suspiros.

Respóndeme, tú, niña o pino verde,
sencillamente como el color de rosa.
Porque siento cómo se me desmiga entre los dedos
mi corazón, tan triste,
cómo —oh, mansa— la tristeza lo invade todo, todo...

* * *

A las primeras amistades literarias de Manolo, habría que añadir otras, aunque literarias, en cierto modo, también, como el paso del tiempo iría poco a poco demostrando, menos convencionales que aquéllas, más humanas: así la de sus compañeros de curso, Miguel Delibes —con quien Manolo ingresó en 1929 en el colegio, estudiaría año por año el Bachillerato y

curso por curso, más adelante, la carrera de Derecho— y Enrique Gavilán, ya por entonces inclinado a hacer periodismo, en aquel caso deportivo, en la revista colegial. A ellas, hay que añadir la fraternal amistad que unió, y aún une, a Luis López Anglada con Manuel Alonso Alcalde, provinente, según ha escrito éste en alguna ocasión, del influjo de unos mismos astros sobre sus respectivos hados, como venidos ambos al mundo el mismo mes del mismo año y con muy pocos días de diferencia.

Y si no es así, lo parece, puesto que no cabe duda de que entre las dos existencias hay un sorprendente paralelismo: Luis López Anglada nace en Ceuta y Manuel Alonso Alcalde en la Plaza Mayor de Valladolid; pero a la vuelta de los años, el primero acaba por radicarse en esta población con su familia, mientras al segundo le transcurrirán en la «Perla del Mediterráneo» parte de su juventud y madurez, ya que permaneció en dicha ciudad por espacio de 21 años. Uno y otro emprendieron al unísono su aventura literaria; al unísono publicaron su primer libro y empezaron a colaborar en las revistas de la especialidad de los años 40; en colaboración obtuvieron el primer galardón que figura en su respectivo «palmarés» de escritores; juntos fundaron y co-dirigieron la vallisoletana revista «Halcón», de la que hablaremos con algún detalle más adelante, ambos, en fin, eligieron idéntica profesión y contrajeron matrimonio poco más o menos por las mismas fechas. Lógico y obligado, pues, hacer alguna alusión en estas páginas a la prehistoria de amistad tan entramada en la doble biografía.

Anglada, en 1935, estudiaba en el Instituto «Zorrilla», del que, por esa época, era catedrático de Lengua y Literatura el inolvidable don Narciso Alonso Cortés, cuya agudeza para penetrar en la psicología de sus alumnos era ya proverbial. Don Narciso había descubierto la condición de poeta, tan tempranero como auténtico, que se revelaba en López Anglada, a quien invitó a colaborar en «Aula», una pequeña publicación que editaba el Instituto para uso literario del alumnado.

El Gobierno de la República acababa, poco antes de las fechas en que ambientamos esta primera parte de la biografía, de secularizar los institutos religiosos dedicados a la enseñanza, entre ellos los Hermanos de la Doctrina Cristiana que regían el Colegio de Lourdes, y de disponer que los alumnos de dichos centros no se examinasen, como hasta entonces, en éstos, sino en los respectivos Institutos de Enseñanza Media. El profesorado de Lourdes temió —la verdad que sin fundamento, como se demostraría después— que la crispación que provocaban estos temas, pudiera desencadenar una «ofensiva pedagógica», contra su sistema de enseñanza, por parte de los profesores del «Zorrilla». Y para prevenirse contra ella, los Herma-

nos aparte de incrementar en lo posible la preparación de sus discípulos, procuraron hacer patente la excelencia de sus métodos didácticos mediante los alumnos que hubieran destacado en algunas determinadas asignaturas, aunque éstos, como sujetos pasivos del «invento», fuesen los que habían de dar la cara.

Así, el Hermano José María —extraordinario profesor, por otra parte—, que impartía la clase de Literatura, encargó a Manolo, conocidas sus aficiones, un «ramillete de composiciones», que el chico debería escribir, primero, y presentar después ante el Tribunal examinador, llegado el momento de la temida prueba oral. Y Manolo escribió sus versos y se avino, obediente, a presentarlos en el examen de Literatura de junio. El Tribunal lo presidía don Narciso. Cuando el muchacho se acercó a la mesa y adelantó el mazo de cuartillas manuscritas, preguntó aquél:

—¿Qué trae usted aquí?

Manolo, respondió, en un susurro:

—Son poesías.

—¿Suyas?

—Sí, señor.

Aquello le cayó bien a don Narciso. Se trataba, sin duda, de la «genialidad» de algún maestro, pero, al menos, demostraba cierta inquietud pedagógica. Tomó las cuartillas, leyó pacientemente los poemas y, al terminar, asintió con un gesto. Resumen: que, tras unas preguntas relativas al programa, formuladas a continuación, que valieron al examinando una sonrisa colectiva del Tribunal y una matrícula de honor —¿quién mejor puede hablar de versos que quien los escribe?—, don Narciso indicó a Manolo que se pusiera al habla con la redacción de «Aula», «por si le interesa colaborar con alguna poesía suya en la revista».

Así fue, a través de «Aula» cómo Manuel Alonso Alcalde entró en contacto con Luis López Anglada.

* * *

Al acabar el Bachillerato, en 1936, Manolo no había cumplido aún los 16 años, aunque le faltaban ya pocas fechas. Con su título de Bachiller, todavía calentito, en la maleta; sus 200 pesetas para el viaje; su ilusión de adolescente, y la primera leche de poeta en los labios, emprendió Manuel Alonso Alcalde el viaje a Barcelona, para reunirse con sus padres, residentes en la Ciudad Condal.

Y allí le sorprendió la guerra, durante la cual, y aparte de los sufri-

mientos anejos a la condición de «población civil» de su familia y las terribles vivencias de hambre, frío, temor y bombardeos —alguna de las cuales ha aparecido posteriormente en sus relatos, por ejemplo, el titulado «Noche de gatos y bombas»—, leyó sin parar en la copiosa biblioteca de un amigo de su padre —un vallisoletano apellidado Ochotorena que vivía también en Barcelona—, y miró, recorrió calles y anduvo de un lado para otro, que es otra manera de documentarse.

Hasta que el final de la contienda le devolvió de nuevo a Valladolid, a cumplir el servicio militar y matricularse en la Facultad de Derecho. Aún no tenía 19 años.

* * *

De su vida colegial, queda, como recuerdo, este soneto, dedicado «al Hermano Enrique, su primer maestro», y escrito cuando ya Alonso Alcalde hacía algunos años que había abandonado las aulas, el refectorio, las clases y pasillos del Colegio de Lourdes:

Maestro es modelar la nueva arcilla
y Hermano Enrique ser el alfarero;
maestro, vigilar el semillero
donde vertió su mano la semilla.

Y es llevar una fila a la capilla
o sacarle la punta a un lapicero,
y es ver llorar y estar allí el primero
para enjugar el llanto y la mejilla.

Y es dejarse adentrar por un cariño
que alguna vez habrá de desceparlo,
y es ser muy viejo para ser muy niño.

Y es llevar siempre el corazón dispuesto
a partirlo, morirlo o regalarlo:
maestro y Hermano Enrique, en fin, es esto.

JUVENTUD Y POESIA

Valladolid, en la «década de los 40», constituía una recoleta población de tranquilas plazuelas con bancos; inviernos con acogedores soportales, y

primaveras y veranos con acacias, parterres y golondrinas; viejos cafés, espesos de humo de tabaco, donde reunirse con la «peña» a jugar la partida de mus, chamelo o garrafina, y una calle, la de Santiago —prolongada, en cuanto llegaba el buen tiempo, hasta la Acera de Recoletos—, para el diario rito social del paseo.

Pero, quien tuviera interés en ello, podía vivir aquí su excitante experiencia literaria también; la misma que en Madrid, sino que reducida a dimensiones más llevaderas y cordiales. Contaba en esa época Valladolid con hombres destacados: el maestro don Narciso Alonso Cortés, de renombre nacional; los catedráticos de Literatura Correa Calderón y Blecua; el escritor don Francisco de Cossío; los pintores Manuel Mucientes y Sinforiano de Toro; el escultor Vaquero; los poetas Luelmo, Pino, Nicodemes Sanz y Ruiz de la Peña, y Francisco Javier Martín Abril; el dramaturgo Luis Maté...

Había también una tertulia, nacida al calor del recién inaugurado «salón rojo» del café Cantábrico, que reunía a un inquieto grupo de intelectuales y escritores, como el mismo Cossío, Terán, Oviedo y Sabino Alonso Fueyo, grupo al que en seguida se incorporarían Luis López Anglada, el entonces jovencísimo poeta Arcadio Pardo, el original y agudo crítico —pronto catedrático de Literatura también— Dionisio Gamallo Fierros, y el estudiante de Derecho y Magisterio, y soldado del Regimiento de San Quintín, Manuel Alonso Alcalde.

A medida que crecía el círculo de las amistades literarias de éste, entre las que pronto se contaría la de un magnífico poeta, Félix Antonio González, crecía también su entusiasmo por la literatura «activa», hasta entonces nada más que platónico. Francisco Martín Abril le brindó las columnas del «Diario Regional» y los micrófonos de «Radio Valladolid» que dirigía, y en unas y otros empezó Alonso Alcalde a colaborar, con mayor asiduidad y dedicación cada vez. Sin embargo, aún no había encontrado su propia voz poética, y él lo sabía. Fue a raíz de una excursión por los Montes Torozos, cuando se produjo ese encuentro: concretamente, al regresar a su domicilio, impresionado todavía por la huidiza imagen, entrevista durante aquel paseo, de un paleolítico y salvaje pastor; se sentó ante una cuartilla y brotaron los versos por sí solos:

Perfil salvaje, sin pulir, al vivo:
bloque, veta, guijarro, cuero o tierra;
le duelen las entrañas de la sierra
y es hosco y huidizo como un chivo.

Papel de lija y polvo masticado.
Su carne, que no siente ni se eriza,
con las botas machaca y pulveriza
la dureza del monte no pisado.

Pastor de los Torozos, caramillo
de silbidos con corte de cuchillo;
blasfemias y gruñidos las palabras;

olor agrio a resina, oveja y perro
y piel enroñecida como el hierro,
en soledad de lluvias y de cabras.

En esta primera pieza —primera en el tiempo, se entiende— de la obra de Alonso Alcalde, aparece, también por primera vez, el personal estilo del poeta, *neorromántico y rehumanizador* como lo describió Rafael Morales, y con *esa dignidad tranquilizadora de la obra bien hecha,* en opinión de Florencio Martínez Ruiz.

El soneto del pastor encabezaría poco después el cuaderno de versos que publicó Alonso Alcalde, en la colección «Albor» de Pamplona, dirigida por José Díaz Jácome, en 1941. El librito hizo su aparición bajo el título de *Los mineros celestiales,* y es el que encabeza la relación bibliográfica de su autor. Como viene siendo habitual, y más cuando se empieza, el cuaderno fue ampliamente difundido, entre críticos y amistades, por aquél; uno de los ejemplares llegó a las manos de Francisco de Cossío, director entonces de «El Norte de Castilla». Deslumbrado, casi desvanecido por la impresión, leyó, pocos días después, Alonso Alcalde, en lugar destacado del periódico, el siguiente artículo, debido a la pluma de Cossío:

LOS ALBORES DE UN POETA

«Albor» se titula un cuaderno de poesía de Manuel Alonso Alcalde, y en el que aparecen cuatro poemas de un libro en preparación. Este poeta nació en 1919; cuenta, pues, veintidós años, y yo me complazco en afirmar que para mí es la gran revelación poética que se ha ofrecido en España después de nuestra guerra. Confieso que comencé a leer este cuaderno con cierto prejuicio poco favorable. La presentación de unas hojas sueltas, en esa calidad de libro que no puede guardarse en una estantería, y que hay que conservar en carpeta, como se conservan los impresos raros, predispone en mí un movimiento de no excesiva cu-

riosidad. Estos cuadernos llegan, en su aparente modestia, con cierto tono impertinente, como diciendo, soy exquisito, en pequeñas dosis, y la buena poesía ha de gustarse a sorbitos. Mas en este caso, conforme fui avanzando en la lectura, estoy por decir que desde que me enfrenté con el primer verso, sentí esa extraña emoción del descubrimiento.

Nos hallábamos en una verdadera pausa de poesía. La generación anterior apenas si enviaba unos leves destellos, y la juventud que había soñado versos en las trincheras o que comentaba en la retaguardia las gestas épicas de sus compañeros no sabía ofrecer sino balbuceos entre un torrente de tópicos y frases hechas, que iban indistintamente de la prosa al verso, o viceversa. En esta poesía de la postguerra faltaba el acento personal e íntimo, la media voz, el sentido directo de la emoción. Esperábamos que surgiese el poeta nuevo, y he aquí la clave de mi sorpresa al penetrar en la poesía de Alonso Alcalde. He aquí un poeta muy antiguo y muy moderno, y con las dotes esenciales del poeta y, sobre ellas, las de adivino.

Alonso Alcalde no es propiamente un lírico. Su inspiración tiene un tono más amplio y más profundo. Su poesía trata de penetrar en todos los secretos del universo, en los espacios siderales y en el fondo del mar.

La gran potencia de este poeta se halla en convertir los elementos cósmicos en motivos humanos, que muevan la sensibilidad propiamente lírica. El tema no le hace perder la naturalidad y no le deriva nunca hacia lo declamatorio y retórico. En este aspecto está más cerca de Góngora que de Tasara.

¿Qué existirá en el mundo cuando todos los seres vivos desaparezcan de él? ¿Qué noción del universo tendrá el hombre sumido y muerto en el fondo del mar? El poeta en estos dos casos penetra en el sentido de las más profundas imágenes con aliento de verdadero poeta; es decir, de adivino. Y, sobre todo ello, un fondo profundamente religioso. Alonso Alcalde es fundamentalmente un poeta católico.

No teniendo para juzgarle sino estas breves primicias, las juzgo suficientes para poder afirmar que Valladolid, tan pródigo en poetas, tiene hoy un joven poeta, en el que aparecen valores singulares. Fantasía, sensibilidad, fuerza expresiva, tono original... En suma, que en Alonso Alcalde podemos ver un valor evidente de la nueva, o por mejor decir, de la novísima generación, pues el tiempo pasa y los que ayer blasonaban de jóvenes empiezan a no serlo.

También Martín Abril se hizo eco del poemario en «Diario Regional»: *La poesía de Manuel Alonso Alcalde* —escribía— *es dura y serena, como una escultura helénica; melancólica, como un treno de Jeremías; y burilada, como un diamante. Pero no basta decir esto. Por todos sus poemas*

corre un viento de trasmundo que los trasfigura y eterniza... Después de leer estos versos, ¡qué pequeñas nos parecen las cosas de aquí abajo! Los mineros celestiales son incompatibles con la mirada torva, el paso corto y el ademán mezquino. Y para terminar, sólo una frase: ¡paso a un poeta!

El cual ya comenzaba a bullir en el mundillo literario vallisoletano; dando recitales por una parte y otra, singularmente a través de los micrófonos de «Radio Valladolid»; realizando incursiones poéticas por capitales y pueblos de la región; conectando con los círculos «José Zorrilla», «Marqués de Santillana» y «Hernando de Acuña», alentados por don Narciso Alonso Cortés o acogidos a la hogareña solicitud de doña Rita Recio, en los que ya pugnaba una nueva generación, con nombres que adquirirían notoriedad en el futuro, como los de Luis López Alvarez, Enrique Cimas, Juan Antonio Lázaro y tantos otros; en fin, dejando, con entusiasmo de vate romántico, la impronta de su apasionada, inconformista, lírica juventud, en la revista de los Luises «Valor y Fe», en la que tantos vallisoletanos se iniciaron literariamente y a la que habrá que hacer justicia algún día como semillero de fecundas, muchas y grandes, vocaciones literarias.

* * *

En 1940 obtuvo Alonso Alcalde —«ex æquo», como se dice ahora, con Luis López Anglada— el primer galardón literario de su vida. La cosa ocurrió así: un día se presentó Anglada en la tertulia del «Cantábrico» con un recorte de periódico que mostró a Manolo. Se trataba de las Bases de unos Juegos Florales, que el Ayuntamiento de Palencia acababa de convocar con motivo del centenario del glorioso palentino Jorge Manrique.

—¿Escribimos algo para mandarlo aquí?

—Naturlamente, ¡y ahora mismo! ¡Vamos!

Salieron los dos; se procuraron por el camino unas cuartillas y un par de lápices; se metieron en una solitaria taberna; pidieron unas copas y se pusieron a escribir, voleándose uno a otro los versos como una lírica pelota de tenis:

«Caballero bien nacido,
el mejor que calza espuela:
buena armadura de plata,
buen señor el que la lleva;
en el tahalí labrado
los colores de la Reina.
¡Quién te viera, rey de alturas,
asaltando las estrellas!...»

Asaltar las estrellas: eso es lo que pedían a dúo ambos poetas, o lo que venía a ser igual, escalar las almenas a cuerpo limpio, sin capacete, «sin paracaídas», como en el cuento, para demostrar al Emperador que el valor de los españoles no podía ponerse en tela de juicio y que éstos tomaban aquella torre, y las que se les pusiesen por delante, como fuera, aun a riesgo de que alguno de los defensores arrojase sobre la cabeza de los asaltantes una piedra de gran tamaño, como ocurrió con el protagonista de la historia cantada en el romance:

«¡Cómo sonó la campana
de tu armadura en la peña!»

Así, libación tras libación y verso tras verso, ambos vates, exaltados y satisfechos, dieron fin a su larga serie de octosílabos. A continuación, introdujeron las hojas en un sobre —porque en aquellos tiempos no se exigía aún en los concursos literarios la presentación de los trabajos «mecanografiados a dos espacios y en hojas de tamaño folio»—, pusieron señas y franqueo, e introdujeron la pieza literaria en las doradas fauces leoninas del buzón de Correos.

Al otro día, apagados los entusiasmos que encendiera la tarde anterior el anís, apareció López Anglada en el «salón rojo», para comunicar, cariacontecido, a su consocio en el poema aspirante a flor natural:

—¿Sabes? Resulta que, a cuenta de las copas que empinamos ayer mientras escribíamos, nos equivocamos de poeta, y en lugar de la muerte de Jorge Manrique, hemos descrito la de Garcilaso.

—¡Pero, hombre! ¿Y no podrán concedernos el premio?

—¡Imposible! Jorge Manrique nació en la provincia de Palencia. De modo que el Jurado que el Ayuntamiento designe, conocerá al dedillo todos los detalles de la vida y la muerte del poeta. Sobre todo cuando el certamen ha sido convocado para recordarla.

Parecía, en efecto, imposible, visto con lógica el asunto, que los coautores del «Romance por la muerte de Jorge Manrique» —que por los motivos explicados pasaría a ser, en los versos, la de Garcilaso de la Vega —resultasen laureados por el conjunto de personas, especialistas teóricamente en la materia, encargadas de discernir un ganador entre los trabajos presentados a concurso. Parecía imposible, pero les premiaron. Primer galardón que uno y otro poeta alcanzaban en el espinoso palenque de los premios literarios, en el que tantos éxitos obtendrían ambos después.

* * *

Destacado estudiante en la Facultad de Derecho —todas las asignaturas, salvo dos, figuran con matrícula de honor o sobresaliente en su expediente académico—, Manuel Alonso Alcalde terminaría la carrera en 1942. Al año siguiente, ingresaba por oposición en el Cuerpo Jurídico Militar. Promovido a Teniente en 1945, era destinado precisamente a Valladolid, en donde permaneció hasta el ascenso, en 1948, a Capitán, ascenso que provocaría un nuevo cambio de destino, esta vez a Ceuta. Allí, ya casado con Maruchi Jalón y Pizarro, vallisoletana también, sentaría sus reales, sin perder por ello el contacto con su ciudad natal, especialmente a través de sus artículos en «El Norte».

Fueron años decisivos en la formación de la personalidad literaria y humana de Alonso Alcalde. En 1942, invitado por Francisco de Cossío, inicia su colaboración en «El Norte». En 1945, participa en la fundación de la revista «Halcón»; en el 47 escribe «Hoguera viva» (publicada en la Colección de Poesía Halcón en 15 de setiembre de 1948) libro que tanta repercusión alcanzó en su momento. Miguel Delibes encabezaría con sus versos *La sombra del ciprés,* la novela del Nadal.

¿Por qué este ansia, este amor, estos supremos
anhelos en el hombre? ¿Por qué existe
un destino de amar, bárbaro y triste,
en la ruina de carne que movemos? *

En fin en el transcurso de dieciocho años vivió, leyó y escribió, intensamente, entablando relación con grupos y revistas literarios de Madrid y otras poblaciones, en especial la leonesa y rebelde «Espadaña», en cuyas páginas se encontraba como pez en el agua la arriscada lírica de Alonso Alcalde, poeta que pasaría a figurar entre los condados que incluyó la famosa *Antología parcial* de Espadaña.

Es ésta época de sueños, de vino y rosas, de enardecida y turbulenta alegría; época de más y más amigos, como Alarcos Llorach, Arteta, De los Cobos, Capuletti, Merino Maroto, los hermanos Antonio, Miguel y Lorenzo Frechilla. Aunque nada de esto impedía a la trepidante vitalidad de Manolo, compatibilizar esa extroversión callejera, que tenía sus horas, con la actividad literaria y la propiamente profesional, compartida ahora con el ejercicio libre de la abogacía, previo su paso de neófito por el experimentado despacho de don Vicente Guilarte, en cuya casa se reunía una nutrida tertulia de variada edad, en la que sobresalía la genialidad narrativa de

* Primer cuarteto del soneto DECIDME, dedicado a Miguel Delibes.

Angel Allué. Vivencias que, unidas a las que recogería, ya en Ceuta, durante su permanencia de cinco años al frente del Juzgado de Distrito de aquella ciudad, aflorarían, luego, con gran realismo, humanidad y ternura, en alguno de sus relatos, *Defensa de oficio* y *Juzgado de Paz,* entre éstos.

* * *

Y es en esa época, también, cuando aparece la revista «Halcón». ¿Cómo nació, de quién partió la idea? Los protagonistas de aquella aventura editorial apenas recuerdan ya esos detalles. Hemos preguntado, indagado, pero el tiempo parece haber diluido sus recuerdos en este punto. El tiempo... y la veteranía, que convierte en trilladas y habituales experiencias, como la de fundar una publicación, que pudieron, en un principio, resultar apasionantes para sus personajes principales.

Según parece, el proyecto se fraguó entre López Anglada, Alonso Alcalde y Fernando González, en el «salón rojo» del Cantábrico. Un plan ambicioso, publicar una revista destinada a discutir, romper, derribar santones literarios, «quemar el Louvre y abominar de los antepasados», como pedía en otros tiempos el joven Rimbaud..., aunque, al final, los convencionalismos, amigoterías y paños calientes terminasen, *por fortuna,* por imponerse, dando lugar a una publicación, si no ácrata, literariamente hablando, sí eficazmente constructiva. Pronto entraron en contacto con Arcadio Pardo, de menos edad y, por lo mismo, aún más fogoso que ellos, si cabía. Arcadio echó sobre sus propios hombros las tareas administrativas y burocráticas, una labor monótona y sin brillo, pero imprescindible para la buena marcha de empresas editoriales de ese género, aunque sin olvidar, por supuesto, su participación literaria en la revista.

Fueron momentos de entusiasmo, los que precedieron a la aparición de la primera entrega, y es lástima que sus protagonistas hayan olvidado, a causa del transcurso del tiempo, multitud de detalles anecdóticos que podrían resultar, vistos con mirada retrospectiva, sumamente interesantes. Aquel primer ejemplar, hoy casi arqueológico, resulta, por su formato, de una ingenuidad e inexperiencia conmovedoras: portada tintada en rojo, con grandes versales y el dibujo, debido a la plumilla poco exigente de Antonio Merino, de un fiero halcón; constancia de la fecha de salida, septiembre de 1945 y de los nombres, en recuadro, del grupo directivo, más un enfático índice del contenido del cuaderno, cuyas atípicas dimensiones, buscadas sin duda por un deseo de originalidad, rechazan, más que acercan, al lector. Iba también en aquel número una sección de crítica, que ya

no abandonaría a la revista mientras ésta duró, llevada a cabo por su director literario Fernando González, vate canario catedrático de Literatura, que residió durante muchos años en nuestra ciudad —como esposo de la profesora de Francés del Instituto «Zorrilla», Rosario Fuentes—, aunque separado de su cátedra por motivos políticos. Don Fernando, como le llamaban en «Halcón», era hombre maduro y reposado, de aguda conversación y gran sensibilidad para las letras, pero dotado de un espíritu juvenil que conectaba perfectamente con el de los restantes miembros del grupo. El fue quien dirigió también la Colección HALCON de poesía, filial de la revista, que patrocinada por Pablo Puente Paz, prolongó su existencia bastante más tiempo que aquélla. Porque *Halcón*-revista sólo duró trece números, y no por dificultades económicas como suele ocurrir en estos casos, sino debido a que Anglada había sido destinado a Madrid; Arcadio había comenzado a preparar sus oposiciones a cátedra, que pronto ganaría, y Alonso Alcalde a preocuparse por su próximo cambio de destino, ya casi inmediato.

Aquel primer número debió constituir una especie de banco de pruebas, puesto que la entrega número 2, del mes siguiente, presentaba ya un formato normal, al que la publicación se atendría fielmente en el futuro. Lo mismo que a su inicial criterio de selección y aceptación de originales, ya que, según se advierte desde sus comienzos, «Halcón», contrariamente a lo que hacían —y aún hacen— similares publicaciones de uno u otro signo, nunca se permitió discriminaciones ni distingos por motivos ideológicos o políticos, gracias a lo cual pronto se convirtió, como recientemente ha reconocido algún estudioso, en «un generoso proyecto aperturista de comunicación literaria». La larga relación de nombres que encontraron acogida en sus páginas nos lo confirma.

Es interesante comprobar que el número, el 11, aparecido en julio de 1945, se halla íntegramente dedicado a la entrañable figura de don Narciso Alonso Cortés, entonces recientemente jubilado. Así lo ponían de manifiesto sus promotores: «*Al llegar usted, maestro, a la melancólica cima de sus 70 años* —escribían—, *hemos querido rendir a su persona y a su obra un sencillo homenaje de afecto y de admiración... Es la juventud, Maestro, que le reclama como suyo, que añora su compañía y que como en pretéritos días al entrar en clase, le saluda con un cariñoso: Maestro, ¡salud!, salud, Maestro, que a usted no le falte, ya que la de su obra no hay viento malo que la quiebre*».

Otro dato curioso es el de que, a partir del número 6, figure, también, en el recuadro de crédito, el nombre de Miguel Delibes. Ello fue motivado

por la imposición de la Delegación Provincial de Educación Popular; al exigir que alguno de los editores de la revista se encontrara en posesión del carnet oficial de periodismo. La única persona amiga que lo tenía —no comprometido con ninguna empresa periodística, se entiende— era Miguel Delibes, pues Alonso Alcalde aún tardaría algunos años en licenciarse en la Escuela Oficial de Periodismo. Delibes no dudó en aportarlo, por lo que pasó a integrarse, aunque de forma meramente nominal, en el cuadro rector de la publicación.

CEUTA. SOLEDAD LITERARIA. MADRID

Los largos años que vivió Alonso Alcalde en Ceuta, lo fueron de una casi absoluta soledad literaria, si bien, a cambio, ganase en poco tiempo el general afecto de la población. Aún no hace muchos meses, rendía ésta a *«nuestro adoptivo paisano»*, como le llamaban, un cálido homenaje, en el que se refirieron al enaltecido con elogiosas frases alusivas a *«su simpatía, su entrega a los demás, su sencillez y su eterna sonrisa»*.

Y es, sin embargo, a esa «casi absoluta soledad» a la que nuestro biografiado debe el renombre de que disfruta en la actualidad. El mismo nos lo explica en los siguientes términos:

«Escribí con gran intensidad en aquellos lejanos tiempos, aunque, prácticamente, sin posibilidad de contrastar con otras personas, exceptuada mi mujer, los valores o defectos que pudiera ofrecer mi obra en su inevitable evolución. A fin de subsanar este vacío y conocer «desde fuera» los méritos o deméritos de aquélla, no encontré otro procedimiento más a mano que el de acudir a los concursos literarios, tratando así de colegir, a través de la puntuación obtenida o puesto alcanzado entre los autores seleccionados o finalistas, si mis escrituras iban por buen o mal camino. Esto suponía, desde luego, someterse a un solitario y sostenido ejercicio de humildad, pero no me arrepiento, ya que la humildad «imprime carácter» y el sistema me ha procurado, en compensación, una cadena de triunfos de la que puedo sentirme más que satisfecho.»

Por ejemplo, la primera vez que participó en un concurso de cuentos, el prestigioso «Leopoldo Alas» en este caso, quedó finalista, a un voto de distancia, de Mario Vargas Llosa, *«de forma* —media Alonso Alcalde— *que casi de sopetón me vi convertido en cuentista, cosa, por otra parte, nada extraordinaria en un poeta, si se considera que las íntimas estructuras de poema y relato breve coinciden en lo esencial»*.

Un certamen lo transformó en narrador y otro, el «Ateneo de Madrid», en dramaturgo, semilla, la de autor teatral, que venía germinando en su interior desde su infancia, si nos atenemos a la nota que publicaba la revistita del colegio y que hemos reproducido anteriormente.

* * *

En estos años, la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid, designa a Alonso Alcalde *«académico correspondiente de la institución, en Ceuta»*. El escrito en el que se le notifica el nombramiento aparece firmado por el presidente, Sr. Garrido, y autentificado por el Sr. Maffei, como secretario. La fecha, 25 de abril de 1957.

* * *

Teniente Coronel en el año 69, pasa a residir en Madrid, donde permanece desde entonces, hoy ya con el grado de General Auditor. Bien relacionado con hombres de letras y de teatro, apenas si sigue de cerca la llamada «vida literaria». El ha optado por trabajar en solitario, ya que, en su opinión, *«la función social del escritor consiste en escribir, y todo lo que no sea esto, además de adjetivo, resulta incluso contraproducente para esa tarea»*. Y él se muestra consecuente con sus propias palabras, ya que publica libros, estrena piezas dramáticas y colabora en los medios de comunicación, resistiéndose, en cuanto le es posible, a «figurar».

Sus vinculaciones con su ciudad natal continúan como siempre entrañables, en contacto con viejos amigos, poetas y escritores, pero también con las nuevas individualidades y grupos literarios de que Valladolid se muestra tan generoso hoy como siempre.

Sus colaboraciones en «El Norte» y en «Llanuras» nos hacen presente su genio y figura, su aguda sensibilidad, la pureza de su expresivo lenguaje y su amor por las cosas de la tierra a la par que su curiosidad universal.

OBRA

Poesía

Se produce en Manuel Alonso Alcalde el fenómeno, tan impar hoy en día como habitual en los siglos clásicos, de reunir en su persona la triple condición de poeta, narrador y dramaturgo. Esto no afecta, sin embargo, como puede comprobar el lector en la selección antológica incluida en el presente volumen, al carácter enterizo de su obra, no fragmentada, ni mucho menos, por soluciones de continuidad derivadas de su respectiva inclusión en uno u otro de los compartimentos estancos, pues su unidad, en cualquiera de las tres facetas, aparece en todo momento refrendada por un factor común: el estilo inconfundible de su autor. No obstante, para un mejor conocimiento de dicha obra y obedeciendo a razones de lógica editorial, hablaremos sucesivamente del poeta, el prosista y el autor dramático, que abarca la personalidad literaria del biografiado.

* * *

La poesía de Alonso Alcalde nunca aceptó ciertas fórmulas abstractas al uso —un uso nada novedoso por otra parte, pues lleva casi un siglo de vigencia—; según él, «*esa suerte de antirretórica acaba, a fuerza de ser utilizada sin convicción y por simple rutina, en otra retórica, sino que de signo contrario, lo que deja las cosas como estaban. Romper por romper carece de sentido si no se intenta sustituir una creación por otra de calidad más alta*». Lo cual no significa que la labor poética de Alonso Alcalde se atenga a fósiles formulaciones preceptivas, sino a otro género de condicionamientos: «*Ignoro si los versos que fluyen de mi pluma son mejores o peores, pero de una cosa sí estoy seguro: que me gusta hacerme entender, por un lado; y por otro, que el lenguaje poético exige cierta estructura íntima, una determinada música interior, si de verdad queremos hacer poesía y no prosa camuflada*».

Estas ideas las expone todavía más explícitamente en la «Antología de la poesía amorosa», selección y prólogo de Jacinto López Gorgé, editada por Alfaguara, donde dice: «*Si una "poética" no es otra cosa, en el fondo, que la personalísima manera de reaccionar ante el fenómeno poético, es ló-*

gico que deba ser considerada en todo instante en función de esa misma contingencia, en lugar de hacer de ella una convicción rígida y predispuesta. Uno, por ejemplo, comenzó su historia lírica bajo la influencia creacionista, y sus primeros y tempranos versos nacieron abrasados de rebeldía, tocados por el loco e ingenuo afán de llenar el vacío que habrían de dejar, una vez derribados, los consabidos ídolos literarios; y, sin embargo, poco tiempo después —la llamada del amor—, se vio afiliado, sin saber cómo, a la poesía-sentimiento, escribiendo sonetos a la amada y haciendo pública profesión de romántico apasionamiento; y más adelante, a los veintitantos años, evolucionando, mientras buscaba angustiosamente a Dios, hacía un tipo de poesía-idea, y a los cuarenta y cinco, tras un terrible encontronazo con Cristo, haciendo poesía-testimonio y únicamente esto... Una evolución incesante, pero lógica y eslabonada como un sorites. A pesar de todo, siempre me he resistido a las abstracciones y los hermetismos. Si el arte es comunicación, no veo el motivo para que ésta haya de producirse necesariamente en cifra o en clave, cosa que si a algo conduce —y a la vista está— es a un estéril robinsonismo intelectual, a una especie de esotérico lenguaje lírico, asequible únicamente a minorías "especializadas"...».

* * *

Tres hitos fundamentales jalonan la producción bibliográfica de Manuel Alonso Alcalde como poeta: los libros **HOGUERA VIVA** (Valladolid, «Halcón», 1948); **ANTOLOGIA INTIMA** (Madrid, «Taurus», 1964, col. «Palabra y tiempo») y **ENCUENTRO** (Ceuta, Ed. INEM, 1965). A través de dichos volúmenes puede observarse la parábola artística que ha ido describiendo el autor: amor-pasión, búsqueda de la divinidad, exaltación frente al paisaje de Castilla, en el primero; indagación de la entraña última del hombre y de las cosas, junto a una temperatura religiosa cada vez más intensa, en el segundo; y entrega sin condiciones a la llamada de Cristo, en el tercero.

Así lo han entendido también los comentaristas de su obra. Rafael Morales, por ejemplo, se manifiesta con estas palabras, al hacer la crítica de **HOGUERA VIVA:** *«Eso es, en efecto: hoguera viva donde se quema su magnífico corazón de gran poeta... Es éste uno de los libros de poesía que más me han conmovido de los de posguerra»;* y Gabriel Celaya, por su parte: *«una poesía sabrosa, bien agarrada por dentro.»* Angel Valbuena Prat, en su «Historia de la Literatura Española» se expresa, al referirse a nuestro

autor, en estos términos: «*Manuel Alonso Alcalde domina el soneto en* **HOGUERA VIVA,** *y en líneas dominadas de técnica, palpita en el amor o el ansia religiosa su mundo íntimo de inquietudes... En otro tipo de verso, hay este acierto exacto y terrible:*

Un árbol solo que sostiene
todo el dolor del mundo.

Una geometría de trazo de Mantegna, diríamos, clavada en el paisaje solo del existencialismo...»

«*Sus poemas asombran por la intensidad de su lirismo, su cuidada expresión formal, su autenticidad humana* —afirma otro crítico—. *Es, sin duda alguna, uno de los más importantes poetas de ese tiempo en que tan alta calidad se ha logrado para la poesía... Ha ido delante de los movimientos literarios de su tiempo.*»

* * *

Después de las opiniones transcritas, el lector tendrá ocasión de comprobar por sí mismo la veracidad de las mismas al leer los poemas de **HOGUERA VIVA** que incluimos a continuación, en los que no resulta difícil descubrir los tres temas que aparecen constantemente en la obra de nuestro biografiado: «amor-pasión», como él mismo lo describía; «paisaje», trascendido a la propia mismidad del poeta —en especial paisaje de Castilla, y más concretamente, de Valladolid— y «ansia religiosa», tratados con su imaginación permanentemente en ebullición, esa facilidad para el verso que siempre mana, esa ternura que aflora en la palabra, esa imagen, esa metáfora al servicio del intento poético, que revelan su autenticidad de poeta iluminado, trascendido, cabal.

Aunque, previamente a dichos poemas, transcribiremos otro, nunca incluido en libro y primero publicado en periódico por su autor —publicación que tuvo lugar en el vallisoletano «Diario Regional»—, en cuyas perfectas estrofas, llenas de calidez y originalidad, late ya esa «preocupación paisajística» a que acabamos de aludir:

LA CAZA

Mi voz apaga el grito matutino
—columna de mi pecho levantada—
del primer pajarillo cristalino.
Nace mi sombra tímida y mojada
—no sé si sombra mía, si de pino—,
y va aprendiendo el mundo mi pisada,
llegada aquí de la ciudad remota
a ver llorar las ramas gota a gota.

Lleva el pastor, por donde el silbo quiere,
reducido el rebaño, y amansado,
mientras la hierba que, mordida, muere
bajo el primer tañido del ganado,
llega a saber que hasta una esquila hiere.
Lejos, como un clarín inesperado,
pica un gallo la luz recién nacida,
trémula, inexplicable, amanecida.

Andarín primerísimo del día,
espanto urracas y despierto cerros,
mientras brilla, nocturna todavía,
la sombra de una punta de becerros.
Soy aprendiz del alba, en compañía
del aliento mojado de mis perros,
y en sus ojos —oh, gozo de este instante—
me contemplo, ya vivo y caminante.

Un chortal dulcemente clandestino
que un brillo apenas al correr delata,

se atraviesa de pronto en mi camino
—con una húmeda sombra en cada mata,
un musgo en cada juncia, en cada pino,
y el hilo improvisado que los ata—,
donde, para ocultarme, me recibe,
la penumbra continua que allí vive.

Con un junco a mis párpados cercano,
aquí ya, sobre el césped, distendido
y escuchando al alcance de mi mano
el manantial que fluye, sorprendido
de la corriente de mi pulso humano.
Pero, acechando vuelos, el oído
desdeña, a plumas y alas sólo atento,
este rumor que constituye el viento.

Los juncos tienen voz en esta hora:
altos alumnos de la luz, me cuentan
lo que contemplan desde arriba ahora:
así sé que las nubes apacientan
su serena orfandad madrugadora
y que los tesos hacia el sol se orientan
para saber qué campos se les nombra
por donde deben conducir su sombra.

De inesperados pasos sorprendido,
que un jadeo de ijares le seguía,
un bando de palomas, perseguido,
estrena el primer cielo de este día.
Si no lo estaba ya, por fin, al ruido,
queda despierta y fiel mi puntería
que de improviso deja la enramada
de plumón y de sangre goteada.

Convulso quedó el aire atravesado,
que, ante mis ojos, mis cabellos mueve.
Soy cazador novato y he cazado,
ya veis, esta pequeña flor de nieve
que llevo, acusadora, en mi costado,
tan dolorosa y tercamente leve.
¡Qué tonta muerte que ahora llamo mía!
¿Era luz o ceniza lo que había?

Y seguidamente, una selección antológica de «Hoguera viva»:

PROLOGO

Escribo mi pasión, mi fuego escribo,
fuego y pasión en que mi sangre habita,
esto que se atropella, que se agita
dentro de mí como un torrente vivo.

Escribo tu recuerdo que cultivo,
pena que sobre mí se precipita;
escribo el viento loco que me grita
tu nombre, escribo un nombre fugitivo.

Mi voz entera en el silencio elevo
al aire claro, a la mañana quieta,
donde, como en un vuelo, se levanta...

¡Con este peso que en mi sangre llevo,
densidad que a la tierra me sujeta,
sólo mi voz es libre, y vuela, y canta!

I

EL CORAZON EN TU AIRE

LOCO AMOR

Fluye todo mi ser a tu mirada,
suena toda mi voz ardientemente,
y va todo mi anhelo a ti, impaciente,
con una fuerza viva y obstinada.

Como una piedra sola despeñada,
voy, amando, hacia ti, tan locamente,
que el corazón, ya de todar caliente,
toma una tierna forma inesperada.

Esto es mi amor, radiante de locura,
hermoso en la mirada como un fuego,
palpitando sin forma y sin medida.

Sólo anhelo llegar a tu hermosura
y, como el viento, desatado y ciego,
en ti dejar, al descansar, la vida.

MIRARTE

Si me hundo largamente en tu mirada,
de eternidad salgo bañado;
salgo radiante y puro, como solo,
fresco de lluvia, bajo el sol, un árbol.

Dejo entregado a tu mirada
mi ser entero, abandonado.
Mirarte es ya como una niebla,
vivir flotando sin espacio.

El tiempo —plumas, plumas sólo—
cae dulcemente, desmayando.
Y a una dorada lejanía.
se evade el mundo, así olvidado.

TUS CABELLOS

Tu cabello en el viento
es una llama oscura, es una hoguera,
es un fuego agresivo y violento.
Yo quiero estar ardiendo hasta que muera
en tu pelo, en tu fuego, en mi tormento,
en tu ardiente y furiosa cabellera.

Hoguera, viento, noche, llamarada,
llenos están mis huesos
de tu cálida sombra perfumada.
Te tengo entre mis labios, furia amada,
cabellera mordida por mis besos.

LEJANA ESTAS

Lejana estás como los montes últimos
heridos dulcemente por la sombra.
Ya no te alcanzo con mis voces,
aunque desesperadamente se prolongan.

Estoy bajo los cielos
como una peña levantada y sola;
entrañado en los cielos,
en su absoluta soledad redonda.

Los brazos se me escapan
como dos ramas amorosas;
a ti se alargan, tienden, pero soy como un árbol
y unas raíces me encadenan, sordas.

Mi voz como la luz resbala;
suavemente hacia ti se ahonda.
Es como el mar: refluye siempre
hacia su playa luminosa.
Pero ha entrado en mis huesos
la soledad con lengua abrasadora.

CON ESTA VOZ

Con esta voz ardiente te he llamado,
con esta voz, con esta viva hoguera.
Así todo mi amor, mi voz entera,
clama con un anhelo apasionado.

Clama por ti, te busco enamorado
con mi total, con mi febril ceguera;
voy buscando tu hermosa primavera
como un viento a seguirte destinado.

Amarte no es soñar una mirada;
es buscar una sombra eternamente;
es buscarte con voz desesperada.

Es seguirte, tenaz como un lamento,
ir diciendo tu nombre ardientemente
y agotando mis voces en el viento.

II

NOCHE DEL HOMBRE

DECIDME

A Miguel Delibes Setién

¿Por qué este ansia, este amor, estos supremos
anhelos en el hombre? ¿Por qué existe
un destino de amar, bárbaro y triste,
en la ruina de carne que movemos?

¿Y por qué en esta presencia donde vamos
encadenados ya para la muerte,
hay tanto fuego, hay un clamor tan fuerte
que hasta los cielos saben que lloramos?

Decidme, hombres, que sufrís conmigo
la misma lumbre viva en que me abraso,
la misma angustia que a mi ser va unida.

Desconocido hermano, padre, amigo,
¿alguno entre vosotros sabe, acaso,
por qué es la muerte así, por qué es la vida?

RIO DEL HOMBRE

A Antonio G. Quintana

Debajo de mi ser corre la vida
profusa y desatada como un río;
si hundo mi mano en ella, siento frío,
pero no puedo detener la huída.

Ciegamente me pasa su corriente,
y, en ella, el corazón, abandonado,
como una fruta se me va empujado,
siempre empujado y siempre ciegamente.

¡Este río del hombre, que nos lleva
con toda nuestra angustia enardecida!
¡Este brotar, este fluir constante!

¡Esta carne doliente siempre nueva
porque es nuevo el amor en cada instante
como es nuevo el dolor en cada herida!

FLUIR

A Fernando González

Estoy cansado hasta lo inexpresable
de esta lenta, lentísima agonía;
de mi lento brotar de cada día;
de mi largo fluir interminable.

Cansado de esta muerte sin reposo,
de esta corriente, irrefrenable y fuerte,
que lleva cada instante hacia la muerte
como a un oscuro río silencioso.

De no poder hacer eterno y mío
un segundo de amor, bello y fragante,
porque un río tenaz lo va empujando.

Pero ¿siempre este bárbaro y sombrío
destino de nacer en cada instante?
Pero ¿siempre morir? Pero ¿hasta cuándo?

DIOS

A José García Nieto

Inesperadamente levantado,
con su gran sombra, Dios ha aparecido,
como, de pronto, sobre el mar surgido,
un arrecife informe y encrespado.

Es Dios, entero sobre el mar naciendo;
agrandando su sombra como un monte;
es Dios, creciendo sobre el horizonte,
surgiendo ingente como un sol tremendo.

Así va proyectando su presencia,
como una lenta nube que resbala,
y cubriendo con ella, inmenso, el mundo.

¡Y es como un arbolillo mi existencia
si se detiene y sobre mí se instala,
con su gran sombra, Dios, vasto y rotundo!

ASCENSION A DIOS

¡Qué llamas retorcidas, de qué hoguera,
éstas que así se ciñen a mi tronco,
como una encina, como un árbol bronco
que revuelve en sí mismo su madera?

¿Por qué van retorcidos mis anhelos,
no como nobles troncos levantados?
¿Por qué van tortuosos y angustiados
—espiral ascensión— hacia los cielos?

¿Por qué no vertical, por qué no erguido
voy, Señor, como un monte, a tu llamada?
¿Por qué siempre nudoso y retorcido?

¿Por qué sé que te busco y que te quiero
y no voy recto a Ti como una espada?
¿Por qué, si tengo el corazón certero?

LLENOS DE DIOS

Llenos de Dios vamos los hombres,
llenos de Dios y sin saberlo,
como los ríos por los campos
llenos de cielo.

En Dios hundidos, caminamos,
como por una niebla, ciegos.
El nos envuelve con su sombra
como un inmenso monte quieto.

Flotan en Dios, puras, las almas,
como las nubes en el viento.
Llenos de Dios vamos los hombres,
llenos de Dios y sin saberlo;
la luz de Dios entra en nosotros
como en un río el cielo.

III

LA SOLEDAD Y LA TIERRA

I

A los hermanos Antonio, Miguel
y Lorenzo Frechilla

Un hombre solo frente al mundo,
frente a las tierras derramadas.
Un hombre solo ante la tierra,
mientras el viento, entero, pasa;
crecido, entrándose en los cielos
como una viva y recta llama;
la soledad con él crecida,
con él izada y encumbrada.

La tierra, oscura de silencio,
bajo los cielos, honda y larga.

III

A Francisco J. Martín Abril

Un árbol que sostiene
todo el dolor del mundo.
Un árbol, silenciosamente aparecido
sobre las tierras largas, único.

¡Y puede ser la vida un árbol,
a contraluz, desnudo!

El sol ya pesa, crepitando,
poniente, último.

Un árbol solo. Un perfil solo
sobre las tierras largas, mudo.

Resbala un ave en el silencio,
de pronto impuro.

VIII

Como los pinos hombres; hombres
hacia la luz, sobre la tierra:
loca carrera desbandada
entre raíces, entre nieblas.

Tiemblan las frescas copas duras
—redonda sombra—. Hombres caminan
sobre la tierra, hacia la luz.
—El viento, denso de resina—.

Caminan locos, se adelantan,
ciegos de luz, de sol hiriente...
Surge, fugaz, un ave. El cielo,
para su fresco vuelo, crece.

X

El viento enciende las tierras.
Un fulgor gris y tremendo
palpita, de pronto, en ellas.

El aire es un bloque entero,
pedernal de lumbres lívidas,
encumbrado hasta los cielos.

La tormenta, sorda y grave,
pasa enorme, gravitando
sobre los campos de nadie.

XII

Los pinos húmedos tienen
una inefable ternura.

Desciende lenta, inasible
—ramas trémulas—, la lluvia.

De la madera gotea
una tenue luz oscura.

Resuenan solos mis pasos
en la tierra opaca y húmeda.

Y huele la tarde toda
a fresca resina pura.

XIII

Tierras con frío. La luz,
tibia y triste, ahonda y lame
cumbres pulidas, heladas
duramente bajo el aire.

Yo solo junto a los cielos,
lámina constante y fría.
La soledad es un árbol.
en las tierras infinitas.

El viento, aristado y duro,
sobre los campos de nadie.
La tierra cruje, pisada
por el viento solo y grande.

XV

A UNOS CERROS

A Victoriano Crémer

¿Qué sorda voz, qué cielo de locura
levantó esa ceniza enardecida?
Ved: son los cerros, tierra detenida
en medio de una loca sed de altura.

Me duele como mía su blancura,
no de rosa feliz, fresca y henchida,
sino de cal febril y enloquecida,
de sol pesando con su luz más dura.

En los cielos inmóviles y hondos,
entran airadamente como lumbres
esos cerros pelados y redondos.

He aquí el silencio, pedernal ardiente
que va abrasando el roce de esas cumbres
donde el viento de Dios caer se siente.

IV

SALIENDO DE LA NOCHE

A Rafael Montesinos

Saliendo de la noche el mundo es puro,
hermoso, fresco, húmedo y reciente;
con un latir jugoso se le siente,
como un fruto redondo bien maduro.

Cada cosa renace, iluminada,
con su inocencia, su candor primero.
El mundo surge hermoso, brilla entero,
en esta limpia luz recién creada.

Dios hizo el mundo, lo hizo de la nada,
de una niebla radiante y cegadora,
de una luz no tocada todavía.

Pero la Creación no está acabada,
que nace destinada a cada aurora
a hacer de nuevo el mundo cada día.

ALBA

A Angel de Pablos

Como una fresca fruta matutina
billa el mundo purísimo y reciente,
y en el silencio suena extrañamente
mi primera palabra cristalina.

Viene cargado de nocturna ruina
el viento iluminado e inocente,
y hace latir las frondas tenuemente
una trémula mano repentina.

Gira la noche, resbalando entera
a una rosada sombra de montañas,
y esplende, iluminada, tu hermosura.

Huele a hierba tu ardiente cabellera,
y algo que hay vegetal en mis entrañas
a ti me acerca en la mañana pura.

VIVA ROCA

A José María Luelmo

Con mi tremenda vocación de roca
se van volviendo piedras mis entrañas
y en mis últimas venas soterrañas
granito es ya cuanto mi sangre toca.

A mi alma ciegamente le sofoca
esta opresión naciente de montañas
y se quiebran mis huesos como cañas
bajo su furia desplomada y loca.

Soy como un tierno mineral crecido
bajo el oscuro peso de una peña
y en sus puras raíces entrañado.

Así mi corazón intacto, hundido
en su mina de sombras, vive y sueña
mientras late su brillo sepultado.

LA SANGRE

A Ricardo Juan Blasco

Es la sangre que rueda silenciosa
por mi áspera y humana encarnadura,
oculta siempre, pero siempre hermosa.

La oigo fluyendo dulcemente, pura,
como una tierna savia repartida,
por todo el gran dolor de mi estatura.

La sangre, el fuego oculto de la vida,
en mi noche interior abandonada,
se me agolpa a la luz de cada herida.

Aunque, a veces, me suena arrebatada
e invade el pozo oscuro de mi arcilla
encendiendo de amor mi tierra helada.

Debajo de mi ser la sangre brilla
como una bella lámpara radiante,
difundida hasta la última venilla.

¡Oh, sangre fidelísima y constante,
escucho tus llamadas en mis sienes
y te tengo conmigo en todo instante!

Tú que la hoguera de este amor sostienes,
eres tan mía, tan a mí ceñida,
que hasta las puntas de mis dedos vienes.

Te llevo enamorada y encendida,
bajo esta carne, lo que duele y pesa;
te llevo, sombra ardiente de mi vida,
a mí pegada y en mi ser impresa.

EPILOGO

A TI SOLA

Yo sé que has de mirar como espantada,
cuando la muerte, a plomo ante mí abierta,
me derribe en su oscura grieta incierta
como una sorda piedra despeñada.

Yo sé que has de buscar, enamorada,
mi voz donde se oculte, muda y yerta,
sin saber que está aquí viva, despierta,
henchida, virginal y apasionada.

Estoy aquí, ya para siempre vivo,
latiendo para siempre con mi hoguera
y suelta ya de mí mi voz ardiente.

Recógeme de esta pasión que escribo,
que vive con mi vida, aunque yo muera,
y con mi voz te llama eternamente.

En **ANTOLOGIA INTIMA** lleva el autor a cabo una selección de su propia obra lírica publicada hasta el momento de salir a luz el volumen, aparte de incluir en éste, también, una serie de poemas no recogidos hasta entonces en libro, entre los que se cuentan, como verá el lector, los memoriales líricos dedicados a Ceuta, ciudad que Alonso Alcalde cantó con apasionado fervor.

Fue esta **ANTOLOGIA** recibida con unánime aceptación de la crítica, por la rara originalidad de la temática de parte de su contenido —por ejemplo, la dedicada a cantar, con melancólica intensidad, a nuestros lejanísimos ancestros prehistóricos—; la perfección, aún más depurada que en estadios anteriores, de sus sonetos —los dedicados a Ceuta, verbigracia—, y el fustigador flagelo que hace el autor restallar en otros poemas, como los titulados «Llanto por los muertos» y «Elegía a las once».

Dámaso Alonso escribió sobre **ANTOLOGIA INTIMA** diciendo que se trataba de *«un libro lleno de auténtica emoción, de esa emoción que yo creo que es necesaria a la poesía»*, y Rafael Morales: *«En los habituales temas de Alonso Alcalde* —amor, paisaje y muerte— *el impulso religioso se hace cada vez más reflexivo en* **ANTOLOGIA INTIMA**, *aunque nunca falte en sus poemas la encendida manera expresiva de la primera época del autor».*

Y ahora, una breve antología de esa **ANTOLOGIA:**

LAS COSAS

ISLAS

Las cosas, tan recónditas,
tan de sí mismas siempre,
ceñidas por perfiles,
límites y contornos.

¿Cómo asignar certezas
a su escondido fruto?
No, obstinadas, hostiles,
se resisten: son islas.

¿Quién dice que no quedan
por los mapas regiones
aún ignoradas? Vedlas
aquí mismo, al alcance
de la mano: las cosas.

AQUI, JUNTO A LAS COSAS

La luz no entra en las cosas.
Resbala, sí, sobre ellas, mansamente,
pero no entra; las ciñe,
las acaricia, las envuelve.
Como el mar en las peñas,
la luz sobre las cosas muere.
En su fondo insondable,
la noche siempre.

HOMBRE

Y él, en el tiempo, absorto.
—Pasan sonrisas, rostros.
El solo en sombra, solo
cerrado, oscuro —tronco,
torre—.

La luz, en torno.
El, tan cerca, tan próximo,
¡qué lejos, qué remoto!
Un hombre, ved: recóndito.
Secreto: un hombre solo.

NIÑO

Oh, niño, o tierno pino,
sencillamente como el color de rosa.

Mirándote a los ojos,
el mundo toma forma de paloma.

Se hace cándida y nueva
la voz, si se te nombra.

Niño: un cabello tuyo
puede bastar para dorar el mundo.

AL LLAMAR A UNA PUERTA

Al llamar a una puerta
siento de pronto un miedo inexpresable.
He llamado con los huesos de mi mano,
y ha sonado la madera oscuramente,
como un árbol en el bosque.
Detrás, está el misterio,
el silencio, la sombra,
quizá unos pasos leves, un crujido:
todo, como la muerte, al otro lado.

VERBO

No nombréis, no, las cosas con palabras o tristes
piedras sin luz caídas sin forma sobre el barro.
No toquéis la palabra, no su herrumbre velando
la desnudez primera del verbo, cuando sólo
era un ascua irradiando en soledad su brillo.
No toquéis la palabra: ya, marchita, no dice
la diáfana presencia de las cosas, oh, arcángel
caído; oh, melancólica ceniza sin destello.
En el origen era la soledad del mundo;
era la luz, su espejo cegador, hostigando
bultos, formas, volúmenes, erigiendo presencias,
triunfadoras, radiantes, en el día: las cosas.
Y, de pronto, fue el hombre, fue su voz instaurada;
y nació la palabra, fruto que ya sus dientes
implacables devoran.

No, no toquéis el mundo con palabras o barro.
El verbo ya ha perdido su resplendor purísimo,
su creador destello. No nombréis, no, las cosas
con palabras, ya sólo formas vacías, torpe
materia que no expresa vuestra dulce congoja,
nunca, nunca aplacada.

Un hombre, ved: silencio, secreto irremediable.

HABITANTE EN EL SUEÑO

PADRES

Es fácil olvidarlo.
Es sencillo creerse nacidos una tarde cualquiera, en un crepúsculo,
en un ardiente mediodía;
nacidos sin remedio,
llegados a la vida sin puentes, como se dice una palabra,
o, más bien, como un rayo de sol que, de pronto, nos roza.
Nacidos de una madre, sola como una roca,
en cuyo dulce vientre, en cuya tibia sangre nuestra carne se arraiga.
Es fácil olvidar que hubo un hombre en un tiempo,
que hubo en un tiempo otra mujer, que hubo
unos dientes blanquísimos,
fulgurando en el fondo de una gruta.
Es sumamente
fácil desentenderse de estas cosas,
y no querer saberlo, y olvidarse
de que allí continúan, sentados en el tiempo,
oh, padres melancólicos, irremisiblemente desterrados,
tendiéndonos sus brazos en la noche,
solos,
definitivamente solos.

ELEGIA POR UN HOMBRE DE CROMAÑON

Te he dejado vagando por bosques prehistóricos,
atravesando su luz malva, tristísima,
abandonado en medio de un mundo gigantesco
con tu dolor antiguo,
sin saber que eras tú quien habita mi edad y mi tristeza,
hasta el punto de que incluso el sabor de tu pecado permanece en mi
[lengua
como una verde oruga sobre el haz de la hoja.
Padre, remotísimo padre
de Cromañón, perdido
como un niño en las selvas cuartenarias,
perdido por la sangre, continua,
fidelísima sombra de ternura,
voz que en la noche y en el sueño dice
mi nombre.

Todavía,
como entonces, arrastras tu insaciedad a solas,
inquiriendo a la muerte desde el fondo
de una caverna
o el interior de las habitaciones;
todavía en tus dientes, en los míos,
fulguran frutas, senos mordidos y gargantas
desgarradas.

El mundo
se ha poblado entre tanto de ventanas y fábricas,
y van rostros de niebla, espejos empañados,
rostros grises, de nadie, rostros sin forma, rostros,
y trajes y corbatas... Pasan rostros,
dos mil setecientos millones de rostros para un hombre
perdido en su misterio.

¡Remotísimo padre
de Cromañón, vagando
por los siglos, huyendo por la sangre,
padre de llanto, padre de congoja,
padre de insaciedad!

SOLA

En el principio eran el árbol y la desnuda piedra,
y era el fuego y su ojo horadador, y eran
unas pupilas acechantes, unos dientes y su brillo en la sombra,
y eran, en fin, la caverna y el miedo.

Y tú, sola, esperando. ¿Qué esperabas, oh triste, oh absorta? ¿En qué
[secreto
tu frente pensativa?
Todavía ignorabas el amor, su encrucijada súbita,
y ya en el fondo de tus ojos, palpitante, mi vida.
Nada, nada sabías, ni siquiera
que, en un tiempo lejano,
yo diría tu nombre tristemente,
buscándote, indagándote, nadando hacia el origen,
hacia tu imagen, perdida en las primeras
nieblas del mundo.

Oh, madre, yo he sentido
tu presencia espectral vagando por los siglos atónita
con mi muerte en tu vientre.
Te he visto caminar traspasada por la luz del ocaso,
y he seguido tu cabellera, su largo rastro, su imposible caricia,
sumiéndose en las selvas,
tal un astro que de pronto atraviesa la noche y en la sombra se anega.
Me miro en el origen,
dulce, continuo sueño que en tu frente se extasía; me miro,
ya muerte tuya, en tu mirada absorta,
madre antigua e inmóvil, madre definitiva.

LUNA

Te he contemplado, he alzado hacia ti el rostro;
millones de hombres, millones de muertos antes que yo lo han hecho;
millones de hombres te han contemplado absortos,
luna, o ceniza en soledad vertida.

Pero hubo un hombre, aquél, precisamente,
el que yo busco, el que yo indago con mis versos,
que te miró en silencio en la primera noche
del mundo.

El levantaba también su frente *pensativa*
hacia ti, oh solitaria.
El inquiría. Siempre.
Parada en medio de la Tierra
su torre de preguntas.
Un hombre hubo —aquél, precisamente—
que alzó su rostro hacia tu luz, caída
vertical en la noche,
y se sintió bañado en su estaño tristísimo,
attravesado por su claror, su secreto espectral, su rïelar estático.
A ti, a ti dirigía su desolado grito,
su insaciada congoja.
Por él te llamo ahora, por su imagen
olvidada en el fondo de tu ojo sin sueño.
Por él pregunto. No sé su nombre, ignoro
si tiene nombre alguno, pero basta
decir su pena solitaria, su triste
reinar bajo los astros,
para que reconozcas su recuerdo, ya eterno
sobre tu espejo unánime.

LLANTO POR LOS MUERTOS

Lloro por esos muertos sin nombres ni apellidos,
por todos esos muertos que caen en las esquinas
y por los que se pudren en las fosas comunes
o flotan en las tinas de fenol de San Carlos.

Por los muertos de nadie, tal vez ni de ellos mismos;
por esos que nos miran desde su orilla última;
por los tristes cadáveres que nadie ha reclamado
y se abandonan, solos, a su propio secreto.

Y también por los míos y los de cada uno,
siempre como dispuestos a llamar a la puerta,
sin querer convencerse de que ya no hay remedio
porque hasta los retratos se han vuelto ya amarillos.

Lloro por los ahogados que incluso el mar rechaza
como a odres monstruosos o boyas increíbles;
por los que las gaviotas cavaron las entrañas
o aquéllos, tan intactos, que aún llevan sus zapatos.

Lloro por esos muertos encontrados el alba
que ensombrecen de pronto los muros de los pueblos;
y por los vagabundos que buscan los rincones
para morirse a solas mientras un perro ulula.

Por los muertos de ahora, de este preciso instante,
que muerden con sus dientes el último resuello;
por los otros, tan viejos y tan definitivos,
que aún siguen acostados en la misma postura.

Lloro por esos muertos negados por tres veces
que acaban resignándose y se alejan despacio,
y también por los otros, los que no se resignan
y arañan en la puerta desesperadamente.

Por los muertos de niebla, sin rostro ni ademanes
para que su recuerdo no vuelva a perseguirnos,
y por los que nos hunden su gesto en las entrañas
a fin de ya nunca podamos olvidarles.

Por aquellos que esparcen su hedor sobre la tierra
y por los que desnudan dulcemente sus huesos;
por los que oyen de día el hervor de las larvas
y los que se difunden como arena en la noche.

Lloro por esos muertos obstinados, estables,
que siguen con nosotros continuos y estancados,
muertos inverosímiles, como ese muro absurdo
que se sostiene, solo, después de un bombardeo.

Y también por los otros, los desaparecidos,
los que no ocupan sitio, los abstractos, los nada,
los que apenas dejaron en el aire una huella
como la que en la almohada imprime una mejilla.

Lloro porque están muertos definitivamente,
muertos a cal y canto, lacrados y sellados;
lloro porque sus dientes aprietan su secreto;
lloro sobre su último silencio irremediable.

Tengo tantos motivos para llorar por ellos
que llevo por los muertos la cuenta de mis años,
porque vivir es eso rezar su letanía,
ir diciendo uno a uno los nombres de los muertos.

Lloro por todos juntos, por los que aún tienen nombre
y los que lo perdieron a fuerza de alejarse;
por los que, treinta años o un instante, estuvieron
girando a nuestro lado como tristes planetas.

Lloro porque me canso de enumerar los muertos,
de contabilizarlos, de llevar su estadística;
lloro porque bebieron también de nuestro aire
y están muertos ahora inexplicablemente.

ELEGIA A LAS ONCE

Escribo por vosotros, mis crueles amigos,
que rompéis a pedradas y gritos mi conciencia
tranquila; por vosotros, que envenenáis mis sueños
honrados y neutrales de funcionario público.

Porque, precisamente por vosotros, se acusa
un hombre que se llama Manuel Alonso Alcalde,
que, por supuesto, no ha hecho daño a nadie a sabiendas
y hasta ahora dormía de un tirón sus ocho horas.

Pero ahora sé que hay hombres azules y violentos
que viven en reservas como los pieles rojas,
y cuando en la taberna beben vino los sábados
se dejan olvidada en el vaso su cólera.

Son hombres que levantan dos manos formidables
que no han sabido nunca sostener una rosa,
hombres que cada día despiertan a las cinco
bajo el cielo increíble de chapas y uralita.

Hombres que ya conocen, sin haberla probado,
el sabor imposible de la sangre en la lengua;
hombres que reinan solos, rechazados y últimos,
sobre una primavera de botes oxidados.

Hombres que cada día, selváticos y antiguos,
arrancan a mordiscos su rebojo de vida,
mientras oyen, en sueños, caer sobre el tejado,
lloviendo mansamente, las Bienaventuranzas.

Por vosotros escribo, mis crueles amigos
que envenenáis mis años; me acuso por vosotros
de los ochenta duros que envidé con dos jotas
y del whisky con soda que bebo a mediodía.

Me acuso de mis buenas costumbres, de mi sueldo
cobrado puntualmente los días treinta y uno,
de mi batín de seda, de mis limpias cuartillas
y hasta de esta tirada de alejandrinos blancos.

Porque existís vosotros, y yo tengo mis libros;
porque me odiáis vosotros mientras fumo una pipa;
porque escribo en silencio a la luz de una lámpara
oyendo sólo el vuelo del sueño de mis hijos.

Protesto y me rebelo por vosotros, amigos,
porque oigo vuestros pasos de alpargatas de esparto,
y os miro, cavernarios, en la noche sin luces,
veinte mil años antes de mi Parker 21.

Que estáis solos, sabedlo, definitivamente,
remordiéndome, hiriéndome, desvelando mi sueño,
y escribo por vosotros oyendo vuestros pasos
igual que si vivierais en el piso de encima.

Vosotros, a distancia: a kilómetro y medio:
pena a aquél que se atreva a franquear la frontera:
pertenecéis al mundo de las coles cocidas,
no al nuestro, tan decente, donde todo está en orden.

Os digo que a distancia, en los últimos barrios,
donde ya no florecen las señales de tráfico
ni afilan en la noche las esquinas el cuerno
que desgarra las medias a las pobres trotonas.

Allí, precisamente, donde se acaba el mundo,
donde empezáis vosotros, mis crueles amigos,
que estáis rompiendo a gritos mi conciencia tranquila
y habéis envenenado mi sueño para siempre.

Porque ya no es posible que deje de acusarme
de mis treinta y siete años ganados sin esfuerzo
y sé que, al afeitarme mañana ante el espejo,
me obligaréis vosotros a apartar la mirada.

CEUTA

CIFRA

Os digo un nombre, una ciudad ungida:
digo perseverantes primaveras,
digo una pirotecnia de palmeras,
digo muros de cal enardecida.

Digo una luz total, incontenida,
y sombras de pinares y laderas,
y digo, en fin, el mar y sus fronteras,
el mar y su continua acometida.

La ciudad que pronuncio, lo que digo,
limita al Norte con la siempre-orilla,
con el siempre-camino de las olas.

Brújula al siempre-mar, por donde sigo
el siempre-rumbo de la siempre-quilla
hacia las siempre-costas españolas.

SUEÑOS

A nieblas de nostalgia me convoca
tanta piedra varada en el pasado;
a sueños, tu soñar inacabado
que el Mediterráneo desemboca.

Aún pasan, sombras ya, frente a tu roca,
naves fenicias de remar dorado;
aún las quillas de Grecia; aún el ferrado
rostral romano y su embestida loca.

Aún vagan por el aire, desvaídos,
Hannon, Calipso, Ulises, las Hespérides,
exilados del tiempo, preteridos.

¡Y aún palpita en el aire aquel minuto
en que el sueño cedió sus efemérides
y se te abrió la historia como un fruto!

ISLA

Isla de luz para la luz nacida,
nave feliz latinamente anclada,
nave en la mar, nave en la luz varada,
por mar y mar y luz y luz mecida.

De tanta mar y tanta luz henchida,
que de luz y de mar nació embriagada;
que por el mar, pasada y traspasada,
que por la luz, vivida y revivida.

Así, en su singladura navegante,
paraíso a Calipso destinado,
te vio Ulises surtiendo de la orilla.

Y así pudo olvidar su amor constante,
embriagado de luz y enajenado,
como yo mis nostalgias de Castilla.

MADRIGAL CON HERCULES

Hércules tronchó al paso y trajo en vuelo
a esta orilla, la flor recién cortada,
no por dar a la rosa trasplantada
distinta savia de distinto suelo.

Que fue que soñó a Ceuta bajo el cielo,
sola, blanca, feliz, trasfigurada,
y la dudó, de tan iluminada,
si rosa, si ciudad, en su desvelo.

Que si sí, que si no, que alegremente
—que Hércules fue en su enjundia y en su traza,
un San Cristobalón de la alegría—,

la hizo ciudad y rosa finalmente,
y, satisfecho, volteó su maza
y se alejó para la mitología.

SEPTA

Siete colinas cuentan, loma a loma;
siete continuadas primaveras;
un vaivén siete veces de laderas;
siete blancuras donde el sol se aploma.

Para siete nidadas de paloma,
siete olas paradas y cimeras:
siete colinas donde perseveras,
Ceuta feliz, como la misma Roma.

Que por siete que cuentan, como en juego,
un nombre te nació deletreado,
el nombre alegre y blanco que mereces.

De siete a Septa un primer brinco, luego
un salto más, y el nombre terminado,
siete veces hermoso, siete veces.

ENCUENTRO, al que el profesor Lacalle consideraba uno de los libros de poesía religiosa más importantes de los últimos años, se publicó en 1965, en Ceuta (Ed. I.N.E.M.), y, en 1966, resultó nominado para el Premio Nacional de Literatura de aquel año.

La crítica que se ocupó de este volumen, fue unánime en considerar su rabiosa autenticidad, el calor lírico que se desprende de sus versos, y la liberación, voluntariamente asumida por el autor, de cualquier tipo de traba formal que condicionara su inspiración. Para no cansar al lector con juicios y opiniones, nos limitaremos a transcribir el que emitió Luis Jiménez Martos en «La Estafeta Literaria» del 20 de noviembre de 1965:

> «Allá por los años cuarenta y aun después, abundó una poesía religiosa muy dolida y galleante de tono, muy tronadora y angustiada. Fue cuando se pudo decir que Dios, en muchos casos, pasaba a ser un recurso de gran retórica y hasta un ripio. Luego varió el aire y la forma de decir esas cosas tan de primera importancia; vino el momento —este que vivimos— en que el catolicismo ha mirado hacia dentro y hacia fuera, sin temor, para darle a lo evangélico nueva fuerza. En vez del Dios terrible, al que bastantes poetas suponen sordo, aparece en los versos Cristo, el amor, la preocupación social, desde otro lado que el más frecuente hasta ahora. Mi impenitencia de lector me permite asegurar que lo religioso poético persiste y seguramente vamos a asistir a otro renacimiento del mismo, a otro modo, acaso menos metafísico, de manifestarlo.
>
> Entro en materia con una afirmación: este libro de Manuel Alonso Alcalde representa de lleno el espíritu cristiano revitalizado. Es oportuna su salida. El encuentro con Dios, del que parte el poeta, supone el fin de una crisis, individual naturalmente, pero aplicable a radio extenso. Es aquí Cristo —*mi inesperado, mi llegado Cristo*— quien impulsa hacia un sentimiento y entendimiento de la realidad impregnados de emotiva y muchas veces golpeante dicción, como propia de quien de pronto recupera lo perdido. A esta luz, para Alonso Alcalde estrenada, el prójimo adquiere la primerísima dimensión que tiene en lo cristiano, de ahí que sea muy significativo el poema *Secuestro,* donde Alonso Alcalde se anticipa a quienes puedan pensar que hace demagogia. (Por supuesto, Cristo es de todos.) Vibradoramente y con excelente adecuación entre palabra y sentido, el tema central deja ver sus varias perspectivas —íntimas o sociales—, el claro esfuerzo por darle otro fondo a lo que poetas de distinto cuño han llevado y llevan a la poesía. Pero como en éstos, la encarnadura es neorrealista, incluso en la visión de la Virgen, que

recuerda la de «El Evangelio según San Mateo». Muchísima ternura queda volcada en esa *Salutación* con cita de Peguy. Junto a los dos poemas citados, hay que destacar *Isla*. Forman un trio importante. *Encuentro* tiene garra, impresiona por lo que viene a decir y por cómo lo dice. Llega de pleno; no es un libro más; va en una corriente que entre nosotros ha sonado poco hasta el día. La andadura poética de Alonso Alcalde alcanza con estos versos una buena desembocadura, una auténtica madurez.»

* * *

PROLOGO

De improviso,
como un golpe de viento que al doblar una esquina nos arrebata de un aletazo el alma
y la lleva rodando, calle adelante, sin esperanza de volver a encontrarla;
o como quien se asoma a una terraza a mirar las estrellas,
cansado del estúpido olor que emana de los escotes y las trompetas con sordina en un baile,
y al contemplar la hermosa lejanía de Las Pléyades,
o la nebulosa de Orión, suspendida como un poco de humo en el aire parado de la noche,
descubre de repente que la marea de astros,
con su inmenso oleaje, con su rumor de eternidad, no deja
—tal la rompiente un grito—
oir las tristes vocecitas, frenéticas de puro desamparo,
del twist, el rock y el madison;
así, súbitamente,
cuando menos se espera, como digo, caemos
—un segundo, no más— en un vacío
abisal, profundísimo,
un vacío sin término
como una escalera de caracol que nunca termina de rizar el rizo,
y nos conduce dentro, cada vez más dentro de nosotros mismos,
cada vez más al fondo de nuestro propio asco,
igual que en una pesadilla, una noche cualquiera,
aprendemos de pronto lo que puede ser el interminable descenso a la muerte.
Y es en esos relámpagos que, a veces,
llegamos a tocar la roca viva del absurdo,
la raíz de nuestro continuo preguntarnos qué hacemos aquí, sobre la Tierra,
esperando no se sabe qué luz inevitable;
venidos de la Nada; caídos en el tiempo; flotando en medio de los siglos como un fruto en el agua;

asombrados, absortos de estar vivos inexplicablemente;
sumergidos sin saber cómo en un mundo de sueño;
buscando una razón que explique, por ejemplo, la existencia
de los espejos, la purpurina oro, los vestidos de noche, los tacones, los guantes,
las puntas de un pañuelo de bolsillo,
o los saxofones tejiendo por la pista de baile su tela melancólica
donde el sexo se debate como una mariposita malva.
Y entonces,
después de haber gritado en el silencio una vez y otra con ira y con tristeza,
cuando nada responde,
cuando nos sentimos envueltos como por una niebla cárdena sin contornos ni límites,
mientras el corazón revienta de insaciedad; entonces,
únicamente entonces,
damos por fin contigo, Padre mío, Dios mío,
como esos abejorros, torpemente tenaces,
que rebotan con un sordo rumor en los cristales cuando encuentran la luz!

ENCUENTRO

Cristo mío, mi Cristo cotidiano,
mi inesperado, mi llegado Cristo:
diez años braceando entre las sombras,
diez años justos sin volver los ojos
hacia Tu siempre y única presencia.
Yo te había perdido. No es que hubieses
emprendido algún viaje, una de aquellas
caminatas con sol, pitas y olivos
que te llevaban de una parte a otra,
de Siquem a Betania, verbigracia,
sino que te me habías extraviado,
como de niño, cuando lo del Templo.
Diez años justos: los que tiene ahora
mi hijo José María, y, sin embargo,
nunca habías dejado de estar próximo.
Quiero decirlo, proclamarlo a voces,
gritar Tu nombre, confesarte, Cristo,
única realidad que no confunde,
única, fiel, tiernísima certeza.
Ya no soy ningún niño: he conocido
la tristeza que invade a los cuarenta
años; tengo hijos, casa, libros, versos,
mucho vino bebido, mucha pena,
muchos turbios pecados. Por lo mismo,
si digo Cristo mío es porque nada
podrá arrancarme ya de Tu costado;
viviré pegado a él, y, llanto a llanto,
en que si me abres o si no me abres,
horadaré los muros de la Casa,
hijo pródigo, en fin, recién venido.
Es difícil entrar. Ellos, los Tuyos,
Pedro, Santiago, Juan, Tus pescadores,

no tuvieron problema, no lo tienen;
y, aunque hediendo a pescado y con las manos
casi embotadas para la caricia
—recias de izar las artes, padecidas
de lañar peces y tirar del remo—,
saben que estás de par en par abierto,
porque por ellos fue, por los malditos
de la Tierra, los pobres, los parados,
los perseguidos, los sin esperanza,
por quienes te instalaste entre nosotros.
No importa que blasfemen o te ignoren,
puesto que tienen Tu palabra, Cristo;
no necesitan más que su miseria
para franquear Tu corazón; les basta
con enseñar las Bienaventuranzas
como un salvoconducto ante la puerta.
Pero yo, Cristo mío, con mis manos
yodadas de balandro y excursiones,
con mis corbatas de cuarenta duros,
con mis camisas caras, con mi whisky,
mi automóvil, mi poker, mi bufete,
donde sobre la mesa se amontonan,
bajo una losa de papel de oficio,
nombres de hombre y lágrimas auténticas,
¿qué puedo hacer para que me conozcas?
¿Cómo voy a esperar que mi camello,
cargado de pecados y molicie,
penetre por el ojo de la aguja?
No obstante, aquí me tienes, Cristo mío,
con todo mi cinismo vuelto en llanto.
Te negué por tres veces, por diez, veinte,
setenta veces siete, en estos años,
pero al fin te he encontrado y te me entrego.
No me defiendo: toda mi experiencia
profesional se estrella ante Tu rostro.
No me resisto, ni siquiera intento,
haldeando los vuelos de la toga,
subir, código en mano, a los estrados,
o convencerte de que Tus palabras

admiten otras interpretaciones.
Tú sabes y yo sé que no hay engaño;
los dos sabemos que los poderosos
—dos mil años bañándose en Tu sangre—,
aunque se han repartido hectárea a hectárea
la Tierra y letra a letra el Evangelio,
no se repartirán Tu Reino nunca.
Lo dijiste: está en juego Tu palabra.
Nos rehuyes, nos rechazas, nos aventas,
como trigo maldito, de Tu lado.
¿Qué puedo hacer entonces con mi vida?
¿Qué puedo hacer conmigo? ¿Qué me pides?
Estoy dispuesto, Cristo mío, a todo,
incluso hasta arrancarme de mí mismo,
con tal de no perderte. Estoy dispuesto,
para participar de las migajas,
a deshacer mi vida entre Tus manos,
a disolver mis años en Tu sangre,
a romper con mi nombre para siempre,
a hacerme de los Tuyos como sea.

ASCENSION

A contraluz subías; lentamente
ibas subiendo a contraluz; subías
milímetro a milímetro como una
mazorca de maíz, doradamente,
y Tu corporeidad, al remontarse,
resbalaba su sombra por los rostros
de los que habían ido a despedirte.
Eran las ocho en punto de la tarde,
justo empezando a anochecer. Subías
despacio, retrasando los adioses
últimos; ascendías gota a gota
lo mismo que la savia por la vides.
Porque era triste abandonarlos ahora,
precisamente ahora, en que empezaban
a apagarse las luces de las fábricas
y a oler a humo triste en los suburbios.
Tú hacia lo alto, colgado por los hombros
de la barquilla de Tu globo de oro,
y ellos, allí, en el suelo los que habían
compartido contigo su tartera.
Eran los mismos, los de siempre. Y tristes:
jornaleros, mineros, pescadores,
peones, emigrantes —los de siempre—,
viendo Tu remontar irremediable.
Los de siempre, los Tuyos, contemplando
Tu aletear arriba y, en la peña,
Tus alpargatas, Tu mahón gastado
de carpintero. Que te ibas, y ellos
se quedaban allí sin comprenderlo,
con miedo, como niños, de la vida.
Y dicen: ¡vuelve!, y sigues; y repiten:
¡vuelve!, y, como una piedra en un estanque,
la tarde, en ondas, por Tu frente abierta,
se cierra sin respuesta para siempre.

AMAOS

Se cruzan, nos cruzamos
por las aceras: hombres
grises, que pasan; hombres,
y trajes, y corbatas;
hombres que nunca vuelven
los ojos, que caminan
obstinados, como islas
de soledad y olvido.
¿Dónde el amor? ¿Qué se hizo
(van y vienen, tropiezan,
se adelantan, se cruzan)
de Tu palabra: amaos
los unos a los otros?
(Desterrados, distantes,
pasan, se encuentran, siguen:
sombras entre la niebla.)
Pero dices, repites:
amaos. Nadie oye.
(Hostiles, sin sonrisa,
esperanza ni rostro.)
Amaos. (Hombres grises,
solitarios, perdidos
en su propio secreto.)
¿Y el amor, Cristo mío?
¿Dónde, dónde, en qué tierra,
en qué sorda pizarra,
sobre qué pedregales
fue a caer su simiente?
(Pasan, pero no miran;
se cruzan; mueren solos
sin haber mirado.)

Amaos. (Por las calles,
ropa con ropa, casi
mirada con mirada:
tan cercanos, tan próximos,
y, en el fondo, qué lejos
entre sí, qué remotos.)
Y Tú, otra vez: amaos.
(Apresurados, ciegos,
avanzan, pasan, huyen,
se alejan para siempre,
sin haber pronunciado
jamás hemano o prójimo.)
Y Tú insistes: amaos.
Nos dejas, nos concedes
esa última esperanza.

HA MUERTO UN HOMBRE

Ahora, en algún sitio,
mientras voy escribiendo estos versos que en realidad podrían ser un llanto
por alguien,
precisamente ahora,
hay un hombre que acaba de morir; no pregunto quién era
porque es más probable que se trate
de un hombre sin historia, uno de tantos
como cruzan el río
sin haber revelado su secreto,
con los labios sellados
y el rostro vuelto a la pared: sencillamente, digo
que ahora, en algún sitio, ha muerto un hombre.
Es sólo una noticia.

Un hombre, en cualquier parte: tal vez en esta calle;
quizá, por el contrario,
lejos, muy lejos, en el Vietnam o el Gólgota, quién sabe;
pero el caso es que ha muerto hace un momento
y que ya, desde ahora,
nadie puede sentirse seguro por completo de estar libre de culpa,
proclamar su inocencia
sabiendo a ciencia cierta que no ha tomado parte en esa muerte,
ni volver a tender las palmas de sus manos
sin miedo a que la luz revele sobre ellas la sombra de algún crimen
cometido a distancia.

TU RASTRO

Tu rastro está ahí: podemos
seguirle, recorrerle
como un largo reguero de sangre goteada;
andarle paso a paso,
caminar detrás de él hasta el barrio de Harlem, verbigracia,
o ir, huella sobre huella, a parar a las tristes esquinas de Pigalle.
Que Tu rastro nos lleva
por todas las aceras, por todas las ciudades por donde Tú has pasado,
por todos los calvarios
donde cada mañana, con las primeras luces,
se descubre colgado de una cruz algún nuevo cadáver insepulto
que, sin embargo, ha de seguir viviendo;
nos lleva hasta unos hombres que mueren cada día
—una vez cada día—
sin llegar a saber lo que es oir hermano
ni haber probado nunca la miel de la esperanza.
Tu sangre, por las calles, caída trecho a trecho, atravesando
como una senda el mundo,
cruzando por el medio arrabales y fábricas,
salpicando portales
sin placa,
callejones sin luz,
tumbas sin lápida,
coches celulares, sirenas
de ambulancia,
pozos de mina, muelles, sacos
terreros y alambradas,
nos guía, nos conduce
al lado de unos hombres sin nombre ni apellidos
que van agonizando minuto tras minuto cuarenta o cincuenta años,
sin sospechar siquiera
que Tú estabas con ellos, que eras de ellos,

que ibas por la calle como ellos con la ropa gastada y el alma desteñida,
y entrabas en montón, junto a ellos, al taller o la cárcel,
o, como ellos, aburrido de todo,
un buen día te dejabas morir de una vez sin volver la mirada ni cambiar de
[postura.

TU GRITO

Desde la Cruz, en alto, con un grito, diste cara a la muerte
(un solo grito, que sepamos, a lo largo de Tu vida mortal;
una gran voz, registrada con asombro por los evangelistas,
que acaso nunca llegaron a comprender cómo un hombre
a quien momentos antes habían visto morder con ansia el último resuello,
un cuerpo agonizante,
a punto casi de soltar amarras,
casi en la orilla, casi en la frontera,
pudiese todavía blandir como una espada su clamor victorioso):
Tu grito, proyectado
hacia los cuatro puntos cardinales,
para dar testimonio de Ti mismo,
para que nadie se llamase a engaño
y fuesen a creer que Tu verdad hiriente iba a morir contigo clavada y desangrada.
Ya nunca volverá a haber silencio sobre la Tierra, nunca
paz, que ese grito Tuyo
resuena desde entonces, ensordece desde entonces el mundo,
traspasando como un acero al rojo las edades, los siglos.

Es inútil. Lo oímos,
seguimos escuchándolo;
inútil resistirse,
taparse las orejas con cera,
atronar las ciudades con sirenas de fábrica, bocinas, altavoces y guitarras eléctricas,
esconder la cabeza debajo de la manta,
o caer, como en un tobogán, hasta el fondo de un vaso de ginebra.
Huid de ese obstinado grito que irremediablemente nos acosa;
lo mismo da: ya nadie, haga lo que haga,
podrá dejar de oirlo,
nadie encontrar la paz, dormir tranquilamente,
podar rosales o pintar de verde las ventanas de su chalet de veraneo,

pasar los fines de semana esquiando en la Sierra
o calcular los intereses de su cuenta corriente.
Porque Tu grito está ahí, incólume, clavado
en medio de la Tierra,
hiriendo, flagelando:
Tu poderoso grito que nos despierta a altas horas de la noche con el corazón oprimido
y nos obliga a levantar las palmas y mirar con horror nuestras manos vacías,
a contemplar con horror ante el espejo nuestros ojos
donde todavía no ha brillado una sola vez el amor.

Incluimos también en este apartado de la antología que venimos elaborando, algunos poemas de un libro, todavía inédito, que el autor dedica íntegramente a Valladolid, libro —a su decir— en permanente elaboración, pues no lo considera aún concluido, sino, por el contrario, recién iniciado, ya que es su propósito recoger en él sus vivencias más entrañables de la ciudad que le vio nacer, de sus paisajes, de sus recuerdos todos.

I

Desde el colegío veía,
ventana que daba al río,
mi pena de cada día.

Negra la pizarra,
blanca la tiza,
ni una flor en el pupitre,
ni una espiga,
ni un poco de aire de campo,
sólo mis codos encima.

Un niño tras una reja
mirando con ojos grandes
el agua que el río lleva.

Desde el puente, bajo el puente,
hacia el puente va el Pisuerga.
Agua verde,
no para que el niño corra
desnudo por la ribera
no para que el niño nade,
no para remar en ella:
agua para soñar sueños,
para verla.

Desde el Colegio miraba,
ventana que daba al río,
el agua que se alejaba.
¡Dios mío,
cómo se me iba la infancia,
sin saberlo, con el agua!

II

Reloj del Ayuntamiento:
la luna llena del tiempo.

III

El Cerro de San Cristóbal,
¡qué bola de luz, cayendo
verticalmente sonora!

IV

¿La greda, el trigo, el majuelo?
¿Quizá una torre, algún chopo?
No: lo absoluto perfecto.

V

He madrugado, y he visto,
¡Dios nos valga!
que el teso ya no es un teso,
sino un puño que amenaza,
un lamparón de cal viva
nacido en la tierra parda,
árido dolor de sombra,
perfil de greda encrespada...
Pero sale el sol: Castilla
de nuevo, enteriza y calma;
el teso otra vez es gleba
resignada.

VI

El Conde Ansúrez tenía
en el hombro una paloma.
¡Cómo lucía de blanca,
cómo lucía
sobre el metal de la cota!

VII

Oh, Plaza Mayor,
¿quién te ha puesto triste?
¿O el triste soy yo?

(Murciélago negro,
por los soportales
el tiempo se cuelga,
el tiempo pasado,
por vigas y cables.)

VIII

Por San Martín la cigüeña
y por la Antigua, la tarde
que en los tejados se cuelga.
Y allá lejos, los pinares,
la soledad y los campos
de nadie.

Castilla detrás de todo:
Valladolid en los ojos,
contando leguas antiguas,
contando torres y tejas,
años, majuelos, cigüeñas,
trigos, hazas...
¡Qué larga
la cuenta que nunca acaba,
pero qué larga!

y IX

ODA, SIN TIEMPO, PARA VALLADOLID

¿Fue alguna vez la luz tan fulgurante
como la estoy soñando,
un órgano triunfal al mediodía,
un violín glorioso en el ocaso?
¿O es mi recuerdo, que aún insiste
en contemplarte desde mis antaños,
no como eres, como eras, ciudad mía,
acarreada por un viento manso,
como la última nube de la tarde
al último horizonte de los campos?
Yo así te veo, si me miro dentro,
Valladolid lejano,
encendido, a lo lejos, de torres y vidrieras,
o anegado en un agua de atardecido caño,
agua de música, agua de campanas,
agua de matariles y amboatos...
Veo espadañas y cimborrios;
diviso piedras como barcos
que mecen los tejados de la tarde
en su oleaje abstracto;
nombro calles, portales;
designo esquinas, patios;
oigo pisadas; reconozco
tapias, fachadas, barrios,
y no sé si te pienso o si me piensas,
Valladolid pasado,
si estoy fuera del tiempo
o eres tú el tiempo para siempre intacto.
¿Fue así la luz alguna vez, pregunto?
¿Llevaba el río acaso
chiribitas colgadas de los remos,
fluviales astros diurnos rielando?

(El río pasa, eternamente pasa, pasa con su agua verde, su agua de
[barro, pasa,
y nadie, yo tampoco, puede bañarse dos veces en un Pisuerga de agua,
si quizá, en un Pisuerga de sueños y nostalgia;
nadie encontrará ya nunca aquella forma hueca de un cuerpo que se baña,
la impronta de mi cuerpo en el agua,
el molde, bajo la superficie, que quedó de aquel cuerpo traslúcido y
[dorado que nadaba,
golpeando pedernales acuáticos para encender espumas mágicas,
mientras lenta, qué lenta, qué lentamente derivaba
mi lancha
hacia el embarcadero del Catarro, el camino de sirga, la ribera o las
[zarzas.)

Camino tus plazuelas
donde el tiempo dormía, fermentando,
cociendo
año tras año
un mosto de silencios, patinetes,
trenzas, combas y diábolos.
Decidme si fue así o es que lo sueño,
lo soñaré, ya lo he soñado:
Valladolid, una isla suspendida a flor de tierra,
eternamente quieta en el espacio.

(El reloj consistorial continúa detenido en su inmutable plenilunio,
espolvoreando sobre el arnés del Conde una arenilla de minutos,
por más que no, que ya no, que ya no son aquéllos, porque nadie se baña
[dos veces en los mismos minutos
con los que uno paseó por la acera pantalones cortos, pantalones bom-
[bachos, pantalones largos, libros y humo,
parada siempre en su hombro una invisible paloma de júbilo,
amaestrada para recorrer la ciudad con mis quince, diecisiete, veintiún
[años a punto,
y hasta para regresar, medio siglo después, a posarse, como ahora, en mi
[puño.)

Tal vez no sea un sueño solamente,
puesto que estás ahí, donde has estado
siempre; no sólo un sueño,
puesto que veo tormos y terrazgos,
algún liño de chopos, alguna aventadora
inmóvil desde siempre como un buque varado,
y reconozco en ellos
la eternidad del campo castellano;
y si me salen, de improviso,
al paso
calles recientes, avenidas
que nunca he caminado,
puedo identificar rápidamente
entre el rumor del tráfico
el terco crepitar de los nudillos
con que la tierra eterna golpea en el asfalto.

(Mi amor sigue esperando mi silbido,
todavía esperando detrás de los visillos,
Duque de la Victoria, número 18, un mirador dormido
que existe, existirá siempre, puesto que yo aún existo,
ella allí, alerta a mi llamada, para salir después con los meñiques enlazados
[a pasear por cualquier sitio,
mientras voy a su lado, en las aceras, hay pétalos azules y amarillos,
mi único amor, el mismo,
pues nada cambia cuando se han dibujado a punta de navaja dos corazones
[líricos
creciendo allí milímetro a milímetro,
izándose, creciendo, hasta alcanzar, juntos así, al unísono
la zona de los pájaros, las frondas, el azul de una tarde de junio donde
[reside el paraíso,
el mismo amor, el mismo,
Valladolid de entonces, que se me hizo,
sin saber cómo, amor definitivo.)

Narrativa

Como narrador, Alonso Alcalde ha obtenido, quizá, el mayor número de galardones literarios, entre la totalidad de cuantos componen su nutrido palmarés. Y es que el relato breve, que nuestro autor maneja con singular maestría, se presta, como ningún otro género, a hacer patentes tanto sus agudas dotes de observador, como su facilidad para el estilo incisivo y pronto. El mismo ha escrito que el cuento, *«en su íntima y última estructura, tiene una extraordinaria similitud con el poema, con la diferencia de que, si en éste no, en aquél cabe reunir, en un mismo texto, factores aparentemente tan disparejos, como la ternura, el humor, la denuncia, etc., incluso la misma poesía»*.

Sería prácticamente imposible, en una obra de este tipo, intentar una antología suficientemente reveladora de las condiciones de narrador del biografiado, sin convertirla en un extenso libro. Por ello, atendiendo razones de economía literaria, nos limitaremos a reproducir alguno de sus más significativos cuentos, precedidos, por supuesto, de la novela corta, única narración de esta clase brotada de la pluma de nuestro autor, que en 1964 mereció con **GENTE DE POR AHI** el «Premio Ateneo de Valladolid de novela corta», así como el relato, premiado por la Caja de Ahorros de Salamanca y «Diario Regional» de Valladolid, titulado **UNA HORA PARA LA ETERNIDAD.** En los demás cuentos que transcribimos, indicaremos, mediante una llamada al pie, el galardón obtenido por cada uno. Conviene hacer constar que el relato que lleva por título **LA SENTENCIA** fue el primero que Alonso Alcalde envió a un concurso, en este caso el «Premio Condal» de cuentos, de Barcelona, gratificado con tan importante galardón.

* * *

La crítica se ha mostrado siempre favorable a la prosa de Alonso Alcalde así, por ejemplo, Rafael Vázquez-Zamora escribía a raíz de la publicación de **ESOS QUE PASAN** (Editorial Rocas. Barcelona, 1961): *«Manuel Alonso Alcalde procura siempre dar una dimensión más a lo observado en*

la realidad o transformado de ella. Esta dimensión la encontramos claramente del lado del amor. De este modo, la dura, injusta y con frecuencia cruel realidad, queda templada, esperanzada por la amorosa solidaridad al ponerse el autor de parte de sus personajes...»

Opinión que reafirma el mismo crítico, al comentar otro de los libros de relatos de Alonso Alcalde, **SE NECESITA UN DOBLE** (Editoria Nacional. Madrid, 1975).: «*...Sus cuentos no se le escapan hacia otros géneros, ni siquiera, y eso es muy frecuente en nuestro país de poetas, hacia el lirismo... Sin embargo, no puede evitar que en la mayoría de sus cuentos predomine una vibración espiritual que le impide seguir un camino puramente objetivo... En estos hombres que sitúa Manuel Alonso Alcalde en situaciones-límite, frente a la sociedad, hay en él un inmenso amor cristiano, al presentar —aunque manteniéndose siempre dentro de unas fronteras descriptivas muy sobrias— frente a ellos la indiferente y fría sociedad con la que tropiezan como contra un muro... Los cuentos de Alonso Alcalde se hallan dentro de la mejor tradición del género, por lo menos con la que yo estoy más de acuerdo, en mi empeño de que el cuento no sea una píldora de novela, ni un comienzo de novela corta, ni una especie de guión o esqueleto del género grande, sino esencialmente «otra cosa»... Alonso Alcalde logra gran intensidad expresiva y emocional sin empeñarse en «contar historias». Sencillamente, da un tajo en la realidad vivida o inventada y nos deja ver cómo palpita aquélla, que muchas veces es el mismo corazón».*

Otros títulos de Alonso Alcalde, marcados, como toda su creación, de amor, inquietud, ilusión, nostalgia, imaginación y esperanza y, sobre todo, por una obstinada mente pensativa, son **CUENTOS Y MAS CUENTOS** (Editorial Doncel. Madrid, 1970) y **EL HECHO DE VIVIR** (Ediciones del Centro. Madrid, 1977).

GENTE DE POR AHI*

I

No, si el Tonio pensaba que Telino llevaba razón en lo que decía:

—Bueno. Acabas los estudios, ¿y qué? Supón que te encajas en «La In-

* Premio Ateneo de Valladolid de novela corta, en 1964. Por considerarlo un dato de interés, transcribimos el Acta del Jurado que otorgó dicho galardón:

«JURADO: Señorita M.ª Teresa Yñigo, Sr. D. Carlos Campoy, Sr. D. Alfonso Candau, Sr. D. Antonio Corral, Sr. D. Enrique Gavilán, Sr. D. Félix Antonio González, Sr. D. Luis Marañón, Sr. D. Santiago Melero, Sr. D. José Luis Pérez Herrero, Sr. D. Carmelo Romero.

ACTA: En la ciudad de Valladolid, y siendo las veintidós horas y treinta minutos del día veintinueve de diciembre de mil novecientos sesenta y cuatro, se reunió el Jurado que seguidamente había de proceder al fallo del Premio «ATENEO de Valladolid de Novela Corta», 1964, patrocinado por el Banco Castellano de Valladolid con cincuenta mil pesetas. Se designó presidente del Jurado, que estaba integrado por los señores expresados al margen, a don Enrique Gavilán Estelat, ejerciendo las funciones de Secretario del Jurado don Carmelo Romero. Fueron presentadas a concurso sesenta y cinco obras de las que no fueron admitidas cinco por no ajustarse a lo establecido en las Bases, quedando un total de cincuenta y ocho novelas de las cuales —como consecuencia de las deliberaciones parciales del Jurado, que han venido celebrándose desde el día 9 de noviembre— fueron seleccionadas catorce para la votación final. Verificada la primera votación, por el sistema de eliminación de novelas que obtengan más votos en contra, resultó eliminada la novela «Un Cristo colgado», de Manuel María Durán. Practicada la segunda votación, fue eliminada la obra «Cambio de rasante», de Demetrio Ortega Huerta. Como consecuencia de la tercera votación, se eliminó «De nuevo al aire libre», de Luis Sánchez Blázquez. En la votación cuarta, «La llamada», de Severiano Fernández Nicolás. En la quinta, «La danza de la muerte», de Félix Valtuena. En la sexta, «Otros caminos de muerte», de Ricardo Laustalet de la Fuente. En la séptima, «La torre», de Gregorio Ruiz Correa. En la octava, «El caso de Piety», de Julio Martín de Pereda. En la novena, «Aquel Dios transparente», de Jesús Torbado. En la décima, «El hombre que no tenía curriculum vitae», de Antonio Fragua Saavedra. En la undécima, «La operación Marabú», de Aquilino Duque. En la duodécima, «Aún no había nadie», de Isidoro González Gallego, quedando para la votación final «Los vencidos», de Juan Jesús Rodero Ares y «Gente de por ahí», de Manuel Alonso Alcalde, siendo declarada, después de la última votación, merecedora del Premio, «GENTE DE POR AHI», de Manuel Alonso Alcalde.»

El Premio va actualmente por la XXX convocatoria y está dotado por el Ayuntamiento de Valladolid con 500.000 pesetas y la edición de la obra galardonada.

dustrial, S. A.», donde el Celso. ¿Cuánto le dan al Celso? ¿Ocho duros diarios? Pues métete esto en la cabezota, macho. Ocho duros nos los abrochamos el *Carretera* y yo como quien lava, en menos de dos horas. Y sin que nadie nos amargue la vida.

Tampoco a él, el Tonio, le había seducido nunca la idea de enterrarse en una oficina como quería su madre. Sobre todo desde que se dio cuenta de lo difícil que era tropezarse con el Celso en la calle, fuera de los domingos, mientras a Telino y el *Carretera* podía uno encontrárselos a cualquier hora, en el barrio. Y si no hubiera sido porque su madre le traía acobardado, él, Tonio, ya se habría piroteado del Instituto hacía tiempo. Porque, pensándolo bien, no era cosa de malograr su porvenir sólo porque la vieja se hubiera hecho sus planes por su cuenta, como si él, el Tonio, no pudiera disponer de sí mismo en la forma que le diese la gana. Porque lo que decía Telino: «Las mujeres a remendar y a dar la teta. Los negocios para los hombres».

A él, el Tonio, no le resultaba lo de meterse en «La Industrial, S. A.», a escribir cartas a los consignatarios de la mañana a la noche, con una hora en medio para almorzar. El tenía sus aspiraciones y, por lo mismo, le tiraban más los negocios. Porque su primo Celso, del que hablaba la vieja a todas horas, se las daba de señorito porque le traían las corbatas de Tánger, pero a ver si podía compararse con Mauricio, el de los comestibles, que no se quitaba el guardapolvo de encima, pero tenía todos los dientes de arriba de oro y la mejor tienda de ultramarinos del barrio. Con todo, él, el Tonio, no veía el modo de plantear el asunto en su casa sin que su madre empezase a encampanarse y a gritar y diera el escándalo. Telino era un águila y sabía explicarse como nadie, pero el Tonio, tenía otra condición, y la idea de plantarle cara a la vieja le traía constantemente preocupado. Por algo era Telino la persona a quien más hubiera querido él parecerse.

Telino andaba aproximadamente por la misma edad que el Tonio, diecisiete años, aunque era bastante más alto que él y aparentaba lo menos veinte. Le gustaba ir un poco encorvado para parecer cargado de espaldas, y también alargar la zancada y balancearse al caminar, porque estaba convencido de que de este modo su aspecto resultaba agresivo y matón, que era lo que él pretendía. Y como además iba siempre embutido en una cazadora, y sabía explicarse como nadie, y escupir con mucho estilo, y hablar de las mujeres adoptando un gesto cansado y displicente, él, el Tonio, se sentía a su lado un poco cohibido, algo así como si le abochornase su propia inexperiencia de la vida. En cambio, el *Carretera* no cohibía a nadie, entre otras razones porque era canijo, tartamudo y pecoso, y llevaba las ce-

jas levantadas, como si continuamente estuviera asombrado por algo. El mote le venía de su padre, que había sido caminero en el término de Espeluy, antes de pasar el Estrecho para enrolarse en la Legión, pero él, el Tonio, le llamaba por su cuenta el *Chinchorro,* por su costumbre de marchar siempre un poco retirado de Telino, dos pasos detrás de él, como guardando las distancias, porque resultaba que el *Carretera* miraba al otro con una mezcla de admiración y respeto.

Telino y el *Carretera* eran amigos desde hacía tres años, aunque se habían prometido mutuamente seguir siéndolo durante muchos más, porque estaban completamente convencidos de que su sociedad les traía suerte. Al menos, hasta entonces, en el tiempo que llevaban juntos, nunca tuvieron un tropiezo, y eso que, según explicaban, ellos habían currelado ya lo suyo. Al principio de conocerse, anduvieron empatando a la gente con el juego de las tres cartas. Telino que era un águila y sabía explicarse como nadie, movía los naipes, y el *Carretera,* como era tartamudo y tenía un aire ingenuo y asombrado, servía de gancho. Sólo que en seguida estuvieron muy vistos, según ellos decían, y tuvieron que dejar la baraja. Entonces se dedicaron a la chatarra, primero cortando tuberías por los portales y luego con lo del cobre. Para «trabajar el cobre», como ellos lo llamaban, salían de noche, y eso era lo malo del asunto y el tener que andar mucho, porque productivo sí que resultaba, y Telino y el *Carretera* vivieron durante aquella época más a lo grande que lo habían hecho nunca. Iban provistos de unos alicates y una cuerda con un plomo en la punta; trotaban durante un par de kilómetros por la carretera de Benzú o la del Tarajal, y luego cambiaban de rumbo y se internaban en el campo hasta dar con los postes de teléfono; entonces echaban la cuerda a los cables y se colgaban de ella, cada uno por un extremo, hasta que una parte del tendido se venía abajo; después, con los alicates, troceaban el hilo y lo metían en un saco, y al otro día se encajaban con él en la chatarrería. El cobre se vendía muy bonitamente, sólo que la cosa duró poco, porque en una ocasión echaron la cuerda a un teléfono militar y dejaron incomunicada una batería de costa, y, como los moros andaban por aquellos días con lo de la independencia, a la gente le dio por decir que había habido sabotaje, y Telino sintió miedo, y abandonaron.

Fue después de esto cuando empezaron a trabajar con los turistas, a la entrada de la carretera nueva, donde la catedral. Porque los coches que venían de Tetuán para el puerto, daban allí la vuelta y, al tomar la curva, disminuían la velocidad, y Telino y el otro aprovechaban el frenazo y se ponían a correr junto a ellos gritando: «Guía, guía», e incluso abrían la

portezuela del auto y se colaban dentro, cuando podían. Al principio, se colocaban en la catedral por la mañana, a eso de las ocho, que era cuando llegaban los franceses de Casablanca para tomar el barco de Algeciras, pero los «franceses de las ocho», como ellos les llamaban, fueron un fracaso: aparecían en un 4-4, reventando de niños y maletas, con aspecto de haberse pasado la vida en las colonias sólo para llegar a hacer aquel viaje, y ponían un gesto agrio, como si el día anterior todavía se hubiesen puesto los manguitos y hubieran andado papeleando entre expedientes, en una sórdida oficina con sofás de hule verde y legajos atados con balduque. Por eso, cuando Telino o el otro se aferraban a la manecilla de la puerta del coche, ellos se resistían y empezaban a soliviantarse y a protestar, como dando a entender que si se habían pasado la noche en la carretera era para ahorrarse el hotel de Ceuta, no para dilapidar sus ahorros en propinas.

Por esta razón, Telino y su amigo decidieron trasladar el negocio a media tarde, pasadas las cinco, ya que a esa hora todo resultaba diferente, y los extranjeros eran de otra clase, y llegaban en sus buenos botes, de los de ocho cilindros, y lo primero que pedían era una habitación y, además, si eran americanos de los de las bases, un sitio donde poder cenar unas perdices y empaparse de coñac antes de subir al cabaret. A los americanos de las bases no les importaba que Telino o el otro se sentasen con ellos a la mesa, e incluso que les acompañaran después a la sala de fiestas, y luego que, como se emborrachaban, y pagaban en dólares, y Telino se encargaba de cambiar el dinero en los indios, al final, además de la voluntad, siempre salían con algún remanente.

A pesar de todo, a Telino y el *Carretera* se les iban muchos clientes por culpa de la versación, como decían ellos. Porque aunque Telino, que era un águila, llevaba siempre en prevención una libreta y un bolígrafo y se ponía a dialogar con quien fuese por medio de dibujos, la realidad era que ni aun así lograban entenderse con los extranjeros, y, con estas cosas, el negocio no acababa de encarrilarse. Por otra parte, los turistas se cansaban pronto de platicar con Telino o el otro para nada y, como veían su interés, desconfiaban de ellos en seguida y se iban a buscar un intérprete, que, porque llevaba gorra de plato y un botón con la bandera española en el ojal, cobraba por tarifa. Por esta causa, Telino y el *Carretera* habían pensado en el Tonio, que andaba por el sexto de bachiller y sabía francés y esas cosas. Un día se fueron a buscarle. Dijo Telino:

—Tengo que hablar contigo, macho.

Y el Tonio:

—Bueno.

—Pero no aquí, ¿comprendes?

El Tonio respondió con un gesto ambiguo, y Telino concretó:

—En el túnel.

Telino sabía lo que se traía entre manos. Su trabajo con los turistas estaba mal visto por los guardias y los guías del Ayuntamiento, que les llamaban intrusistas y les tenían amenazados con el «agujero», como solía designarse al calabozo de la prevención. Por eso, ellos procuraban andar con ojo y precaverse, porque no era la primera vez que se habían visto obligados a salir corriendo. Telino y el otro condujeron al Tonio a un túnel de desagüe que cruzaba la carretera por debajo del firme, pasado el puente nuevo. Era un rincón muy sucio, casi tenebroso, y Telino le llamaba «su refugio» y, acordándose de las películas, decía que allí preparaban el *Carretera* y él sus golpes.

Se sentaron los tres en el túnel, y Telino, que se explicaba como nadie, expuso en dos palabras el asunto. A continuación, inquirió:

—¿Qué te parece, macho?

El Tonio dijo que bien, y entonces Telino, que se crecía trazando proyectos, se puso a explayar sus ideas: el suyo sería un trabajo por lo grande, a la americana, según dijo, porque él, el Tonio, trincaría su parte y Telino y el *Carretera* la suya; un asunto redondo, vamos. ¿No sabía el Tonio que las pensiones soltaban dos duros por cada cliente que les proporcionaban, y hasta cinco si era un extranjero? Pues ahí era donde Telino quería ir a parar; porque él, el Tonio, que había aprendido francés y esas cosas, se encargaría de la catedral como intérprete, mientras Telino y el *Carretera,* que sabían bandeárselas en lo otro, se dedicaban a buscar habitación para los turistas. Desde luego que, trabajando juntos, llegarían lejos.

—Pero que de verdad, ¿eh, macho?

Luego Telino preguntó al Tonio que qué era lo que había decidido, y el otro respondió que le dejaran pensárselo unos días, y Telino replicó que bueno, pero que fuesen pocos, porque cada jornada que perdían era una billetada que se dejaban escapar. Y, con las mismas, se separaron.

Los días que siguieron los pasó el Tonio bastante preocupado, porque los otros le apretaban continuamente para que se decidiese de una vez, y él quería decir que sí, naturalmente, pero el pensamiento de su madre, que le traía acobardado, le frenaba; al fin, Telino se cansó de esperar y una mañana se llevó a el Tonio al túnel.

—¿Qué hay de lo nuestro, macho? —dijo.

Y el otro trató de dar largas al asunto y adujo que, pensándolo bien, como le quedaban algunas horas libres después de clase, no era mala idea

trabajar un par de ellas, todos los días, al salir del Instituto. Telino le miró fijamente, en silencio, durante un par de minutos; luego escupió con fuerza contra la pared, y cuando se puso a hablar lo hizo con mucha calma, adoptando un gesto desganado, aunque se notaba que otra cosa le quedaba dentro.

—Ya está bien, chavea, ¿no te parece? ¿De modo que queremos meterte en el bolsillo más dinero del que has ganado en tu vida, y te pones a racanear de ese modo? Pues ni hablar de ello, macho —se volvió a el *Carretera*—. ¿No?

El *Carretera* se encasquilló y dijo que sí tres veces, y Telino siguió:

—Lo que pasa es que la vieja te tiene asustado.

Y como él, el Tonio, andaba ya medio convencido y el otro le había picado el amor propio, y tampoco le seducía mucho la idea de enterrarse en una oficina, replicó débilmente:

—Pues después hablaré con mi madre.

Se animó Telino:

—¿Parola de la buena?

—Palabra.

La voz le salió al Tonio algo velada, y cuando, para sellar el pacto, se dieron las manos, sintió una emoción completamente nueva, porque acababa de romper con todo lo que había sido su vida hasta entonces y aquel acto de rebeldía le cosquilleaba agradablemente en el estómago.

II

Emilia ocupaba con el chico una barraquita de chapa en el barrio «de las latas». Y, si mientras vivió Cayetano, su marido, nunca abandonó la esperanza de llegar a tener una casa con ladrillos y tejas, como todo el mundo, ahora, que se había quedado viuda, no se hacía ilusiones a este respecto; aunque si su Tonio acababa el Bachillerato y se metía en «La Industrial, S. A.», con el Celso, todavía podía ocurrir que las cosas se arreglasen como ella quería.

Había que ver cómo estaba ahora el Celso. Como que no parecía la misma persona. Viéndole con su traje azul y su cadenita en la muñeca y alisándose el pelo a cada momento con un peine que llevaba en el bolsillo, nadie diría que era hijo de quien era; porque ella conocía a su hermano Adrián mejor que nadie, y sabía todo lo que podía esperarse de él; como que no había dado golpe en su vida y se defendía vendiendo pipas, chicle y tabaco con un carrito; pero, eso sí, cuando tuvo que arrimar el hombro para sacar adelante a su hijo, lo hizo como el primero. Claro que el Celso no había sido un muchacho como los otros del barrio, que gastaban el tiempo en golferías, sino que siempre fue muy preocupado y serio. Así llegó adonde llegó, nada menos que a contable de «La Industrial, S. A.», un puesto que ya quisiera ella para su Tonio. Pues, por causa del chico, el Adrián, que no había dado golpe en su vida, dejó lo de las pipas y se metió a ditero, echándose a la calle a cobrar recibos de la mañana hasta la noche. Y que no fue un día sino seis años de trajinar como un desesperado; justo lo que tardó en ver situado al Celso. Entonces volvió de nuevo a su carrito; pero lo que él decía: «¿Qué necesito yo seguir con la dita, dando que hablar, si tengo al chico que me lo gana?». Porque el Celso cobraba un capital en «La Industrial, S.A.»: mil ochocientas y las extraordinarias; una suma que hacía suspirar a Emilia. Y que, además, el muchacho se portaba bien con su padre, puesto que le pasaba una cantidad todos los meses. Desde luego que con hijos así daba gusto vivir. Por eso estaba ella tan interesada en que el Tonio se colocara en la oficina con su primo. El Celso la

habían prometido hablar por él en «La Industrial, S. A.» y estaba seguro de conseguirle un empleo llegado el momento. Aparte de que su Tonio era un talento; no es porque ella fuese su madre, pero lo era. Claro que Emilia no sabía leer, pero eso no quitaba para que le oyera hablar de cuentas y de latín, y se embelesase por el modo como lo hacía.

Su Tonio crecía bastante deprisa, aunque ojeroso y un poco esmirriado, y, de un tiempo a esta parte, con aire de estar maquinando alguna cosa interiormente. Y esto era, sobre todo, lo que a ella le tenía preocupada; porque la sola idea de que al final el muchacho fuera a salir un fantástico, como lo había sido Cayetano, la amargaba la existencia, y por nada del mundo hubiera querido ella pasar con su Tonio todo lo que la tocó padecer con su marido, que en gloria estuviera.

Cayetano había sido pescador y aunque aseguraba que no le gustaba el oficio y que para echarse a la mar había que estar loco perdido, no tuvo otra ilusión durante su vida que llegar a ser dueño de una embarcación, porque, según decía, él tenía sus aspiraciones y no le agradaba sudar el jornal para nadie. Aunque, en realidad, la que había pasado las penas fue Emilia, porque como Cayetano andaba embarcado en una traíña, «a la parte», siempre le liquidaban la suya de una vez y él metía el dinero en el Monte —«para su barco»—, y a ella sólo le dejaba una miseria. Y luego que, como se pasaba los días a bordo y nunca se enteraba de nada de lo que ocurría en su casa, vivía tan feliz, y Emilia se veía obligada a prescindir de su ayuda, asistiendo por los pisos o entrando a trabajar por temporadas en la Fábrica del Pescado. Por eso estaba pero que hartita de pasar apuros y suspirando por el día en que su Tonio le pudiera echar una mano.

Cayetano tuvo por fin su barco, al que puso *Tonio,* por el chico. La embarcación no era realmente mucho mayor que una patera, pero como él era así de fantasioso, la pintó de verde, le echó cuatro petromax encima, la aparejó con un motorcito de dos tiempos y una vela latina, y se dedicó a darse tono de armador, como si hubiera botado una traíña. Sólo que, cuando fue dueño del barco, se levantaba tarde y se metía a emborracharse a la Cofradía de Pescadores o a jugar a las cartas con los guardamuelles, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Y aunque por la noche salía a la mar a zurrar calamares con el chico, las cosas continuaron tan mal como siempre. Así hasta que murió Cayetano, dejando a su mujer podrida de deudas y con un hijo que tenía en aquella época doce años y que, como no se había enseñado a navegar, se mareaba con sólo asomarse a la bocana y no le querían por eso en ningún barco. Ella, entonces, vendió la patera, y con las seis mil pesetas que le dieron pagó algunos pufos, puso al niño

en el Instituto y continuó fregando suelos, como de costumbre, para ayudarse.

Una tarde llegó el Tonio diciendo que le dolía la cabeza y Emilia se asustó un poco «porque estaba blanquito como la pared», y le preparó una taza de leche, y le mandó a la cama; pero como el chico dijo que no quería acostarse y empezó a explicar que ya le había pasado otras veces aquello de ponerse a estudiar y que le diera la punzada y tener que dejarlo, ella, que era la primera vez que se lo oía, replicó que no se preocupase, que eso sería de la vista, y entonces el Tonio comenzó a retrucar, manoteando mucho, muy nervioso; y Emilia, que lo conocía, sacó en consecuencia, por lo que hablaba, que al chico le había dado la venada y se le había puesto de repente no seguir con los libros; pero como también se enredó a contar algo acerca de un negocio que tenía tratado con unos amigos, se alarmó y tiró de él por un brazo y le llevó a la ventana, diciendo:

—Ven acá.

Allí le cogió por los pelos para obligarle a levantar la cabeza, y cuando vio que torcía los ojos, como hacía de niño, y que además se le había arrebatado la cara, preguntó qué clase de enredos eran los que se traía entre manos, gritando que estaba listo si creía que ella se había pasado todos aquellos años hecha una esclava para nada, pero que listo, y que ella ya sabía que un día u otro tenía que ocurrir una cosa así y, como remate, le dio una bofetada. El Tonio apretó los labios y con la voz empañada, pero terca replicó:

—Lo que es al Isti yo no vuelvo. Pero que nunca más.

Y al decir esto sintió la misma impresión que si acabase de lanzarse desde un avión al vacío.

Emilia estuvo machacando sobre el asunto un par de horas. De pronto, se embalaba y se ponía a chillar, y la emprendía a coces y tirones de pelo con el chico, aunque en seguida se calmaba y empezaba a razonar con él y a hablar del Celso. Sin embargo, el Tonio se mantuvo firme y aferrado a su idea, como si concentrase en ella todas sus energías.

—Pero que nunca más, que nunca.

Al fin, Emilia se hartó de porfiar, lloró un poco, dijo que eso la pasaba a ella por ser una tonta, pero que qué se le iba a hacer, y fue a desahogarse a la tienda de Mauricio, el vendedor de comestibles.

—Fíjate —dijo a éste—. ¡Después de los años que lleva gastando el tiempo, sin ganar una gorda!

Mientras hablaba, Mauricio levantaba los ojos hacia ella, sin dejar por eso de trajinar en sus sacos y sus botes de leche. Había adoptado un gesto

contristado, de circunstancias, y mostraba la fija de sus dientes de oro, pensando que aunque los problemas de Emilia no le afectaban, había que reconocer que si las cosas hubieran rodado de distinta manera, el Tonio podía haber sido hijo suyo y no de Cayetano. Porque hacía veinte años, él estuvo a punto de casarse con Emilia, y ahora, sin embargo, ella iba allí a contarle sus cuitas. Claro que, hacía veinte años, Emilia no andaba en chancletas, como ahora, ni tenía el estómago caído y las piernas abultadas por las varices, sino que entonces la llamaban la *Greta,* y uno se sentía importante paseándola del brazo por el barrio. Pensándolo bien, la vida era una cosa verdaderamente extraña, ya que si no hubiera sido por lo de la boca, Emilia no estaría ahora detrás del mostrador, sino de la otra parte, pesando lentejas a su lado.

Cuando Emilia y Mauricio se hicieron novios, aún llevaba éste todos los dientes de arriba echados a perder, por causa de las aguas, según le dijeron; sólo que, como era un hombre metódico y se iba poniendo los de oro pieza por pieza, a medida que prosperaba el negocio, Emilia tuvo tiempo de conocer a Cayetano, que lucía la dentadura completa y se casó con él, y Mauricio continuó soltero, colocándose cada vez más dientes y haciendo prosperar el negocio. Ahora era dueño del mejor almacén de ultramarinos del barrio, con una *frigidaire* de cuatro metros cúbicos y un local pintado al estuco, con barras de neón y baldas de cristal, donde todo aparecía muy limpio, ordenado y curioso.

—Habrá que ver qué negocios serán ésos. Otro como mi Cayetano, que esté en gloria —habló Emilia—, y Mauricio asintió a sus palabras en silencio, porque comprendía que si decía alguna cosa la otra podía interpretarlo por el mal sentido, puesto que hacía veinte años él se había cansado de decirle que casándose con Cayetano no iba a ninguna parte. No obstante, preguntó a continuación:

—¿Y qué piensas hacer con el chico?

Repuso ella, sombría:

—Nada. Pero, desde ahora, como si hubiera muerto, ¿comprendes?

Mauricio adujo entonces que por qué no metía en vereda al muchacho y le obligaba por la fuerza, puesto que al fin y al cabo era su madre y tenía la ley de su parte. Dijo Emilia:

—¡Estaría bueno que tuvieran que traérmelo los guardias, después de todo lo que yo he hecho por él!

Mauricio siguió pesando lentejas en silencio; luego volvió a alzar la mirada y, al hacerlo, retrocedió veinte años con su imaginación, y le pareció

que otra vez estaba oyendo hablar a la *Greta*. Pasado un instante, dijo:

—De todos modos, ya sabes dónde me tienes, como siempre.

como Emilia se puso a llorar y la gente a observarles, Mauricio hubo de abandonar la tienda y acompañarla a la barraca.

III

Había que reconocer que, desde que se juntó con Telino, el Tonio había prosperado mucho y deprisa. Ahora manejaba dinero y se desenvolvía con otra soltura y otro mundo, porque el trato con los turistas tenía eso, como él decía, que se codeaba uno con lo mejor, lo cual no quitaba para que el Tonio tuviera sus preocupaciones, porque como su madre no había querido volver a saber nada de él, y hasta el Celso había dejado de hablarle, se veía obligado a vivir completamente desligado de su familia. No obstante, él no se sentía apesadumbrado por ello, ya que se hallaba convencido de que, a la vuelta de unos meses, podría presentarse otra vez en su casa, pero que por la puerta grande, e incluso preguntar a la vieja que a ver quién de los dos había tenido razón. Por lo pronto, el Tonio ya se había comprado un reloj y una cazadora como la de Telino y si se daba bien la cosa, no pasaría mucho tiempo sin que le trajeran también las corbatas de Tánger lo mismo que a su primo. Aunque, en realidad, como decía Telino, al Tonio, que no había visto veinte duros juntos en su vida, un dólar le seguía pareciendo una fortuna.

Sin embargo, mientras el Tonio se mostraba cada vez más ilusionado, a Telino y el *Carretera,* desde que empezó lo de la independencia, se les había enfriado mucho su primer entusiasmo. Por eso, cuando el otro les fue con lo de las sucursales, Telino puso un gesto aburrido, diciendo que le dejara en paz con tanto cuento; y esto le sentó mal al Tonio; porque lo que él decía: «Se tiene o no se tiene iniciativa para los negocios, pero si se tiene, lo menos que hay que hacer es reconocérselo a uno». A ver si no era una idea lo de poner una sucursal del negocio en Casablanca; pero una sucursal por todo lo alto, en un establecimiento con oficina, mostrador, carteles de turismo y todas esas cosas. Naturalmente que no era un proyecto como para ser puesto en práctica mañana mismo, pero tampoco para despreciarlo como Telino había hecho. Al fin y al cabo, él había estudiado hasta el sexto, en el Instituto, y tenía motivos para saber de lo que hablaba.

El Tonio vivía ahora en una habitación alquilada; para comer, se juntaba con Telino y el otro en la bodega del Pancho, y, al terminar, el Tonio se iba a la Catedral y los otros a lo de las pensiones. Con estas cosas, el Tonio había aprendido a menejarse, y nadie, ni Emilia siquiera, hubiese podido reconocer en él al muchacho esmirriado y más bien corto que había sido sólo unos meses antes; porque ahora el Tonio se las brujuleaba como el primero, como él decía. Además que, desde que subía al cabaret algunas noches con los americanos de las bases, fumaba Chéster, escupía con mucho estilo e incluso hablaba de las mujeres con gesto displicente copiado de Telino.

Fue entonces cuando conoció a la *Egipcia,* la dueña de la sala de fiestas de «La Estrella». La llamaban así porque, en su juventud, para darse cartel, apareció diciendo que había nacido en el Cairo, aunque, en realidad, venía de una cábila del interior. La *Egipcia* constituía una verdadera potencia en el «cruce de las tres calles» y tenía a gala decir que su establecimiento estaba siempre al día, porque para algo contrataba ella a las tanguistas de más postín. En la actualidad, la *Egipcia* podría tener cincuenta años, pero, aunque estaba ya fondona, en cuanto se echaba encima toda su pedrería y se ponía a hablar de las Pirámides causaba impresión; al Tonio, al menos. A la *Egipcia* le había caído simpático el chico, porque la llevaba buenos clientes de los que apoquinaban sesenta duros por una botella de machaco, sin piar; y, para agradecérselo, le convidaba, a veces, a tomar una copa, y hasta le dejaba alternar con las artistas de su establecimiento y, con estas cosas, el Tonio se crecía.

El negocio con los turistas, acabó pronto. Ya desde lo de la independencia empezaron a escasear los viajeros, y los pocos que llegaban, lo hacían en caravanas, con lo cual no necesitaban de nadie; aparte de que venían asustados de lo que pasaba en la Zona Francesa, y producían la impresión, por su aspecto, de que lo único que deseaban era tomar el barco lo más deprisa posible para poner el Estrecho de por medio. Así, llegó un momento en que por la carretera de Tetuán no se veía un coche extranjero, y Telino, el Tonio y el otro se vieron obligados a reconocer que se les había terminado el momio, como ellos lo llamaban. Se habían reunido en el túnel, donde siempre, y Telino, que sabía explicarse como nadie, hizo un breve resumen de la situación. Se dirigió al Tonio, puesto que a el *Carretera* no le concedían beligerancia:

—Tú dirás lo que hacemos, macho.

El Tonio alzó los hombros. Realmente, el nuevo estado de cosas le había cogido de sorpresa, porque, como era un fantástico, según afirmaba su

madre, que lo conocía, había seguido trazando proyectos sobre lo de las sucursales hasta última hora, sin percatarse del desastre hasta que lo tuvo encima. Aventuró Telino:

—Podíamos volver a la chatarra.

Al Tonio no le agradó la idea. El estaba empeñado en demostrar a su madre lo que daban de sí los negocios, y aspiraba a algo más que a vivir de caspicies, como él decía. Así lo hizo constar, y Telino escupió contra la pared y guardó silencio, porque verdaderamente no veía otra solución. Fue el Tonio quien aventuró la idea:

—Lo mejor sería que nos separásemos —dijo.

Telino consideró despacio aquel nuevo aspecto de la cuestión. En realidad, no había ninguna razón para seguir unidos, sobre todo después de conocer a fondo al Tonio, que, con sus fantasías y sus cosas, empezaba a constituir un estorbo. Por otra parte, Telino y el *Carretera* se conocían bien y habían andado siempre juntos, y, desde luego, no tenían tantas pretensiones como el otro. Dijo Telino:

—Pues bueno, macho. Nos separamos. —Se volvió a el *Carretera*—. ¿Qué dices tú?

El *Carretera* no dijo nada, ni Telino esperaba que lo hiciese, sólo que, como era un asunto que les concernía a los dos, le había parecido oportuno recabar su opinión por pura fórmula. Añadió Telino:

—Todos de acuerdo. Así da gusto. Vamos.

Y salieron del túnel, y al llegar, precisamente, donde la Catedral, se dijeron adiós sin mucho entusiasmo, y Telino y el *Carretera* se fueron por su lado y el otro por el suyo.

El Tonio anduvo un rato por las calles sin rumbo fijo, aunque, al final, por la fuerza de la costumbre, fue a dar en el puerto. Allí se puso a pasear junto al trasbordador que, vacío y con las calderas medio apagadas, parecía más grande. En la toldilla había un marinero, acodado en la borda, con traza de aburrido. Al divisar al Tonio, se animó un poco con vistas a la conversación, puesto que lo recordaba de verle por el barco acompañando a los turistas. Dijo:

—¿Qué hay, tú?

El Tonio contestó con desgana:

—Ya tú ves.

Y siguió andando, como si nada, porque él no se encontraba ahora para charlar con nadie; al contrario, lo que necesitaba era estar solo y meditar detenidamente en sus problemas. Desde luego que ni hablar de volver con su madre; a última hora, se pondría a vender rubio donde «Las tres calles»

como otros, o a hacer lo que fuera, cualquier cosa menos agachar las orejas y confesar que había fracasado. Y, en realidad, nadie podía decir que esto hubiera ocurrido, sino que los negocios eran así, y lo mismo salían bien que mal, y un día andaba uno con la cartera llena de billetes y al siguiente se encontraba en la miseria. Aparte de que, ahora que había aprendido a vivir, se le haría muy cuesta arriba reanudar su antigua existencia; sobre todo, pensando en el Celso, que aprovecharía la ocasión para darse tono y asegurar que él ya había anunciado lo que iba a suceder. Con estas ideas, el Tonio llegó al final de la alineación y fue a sentarse en un noray, de cara a la bocana.

Al otro lado del Estrecho, destacaba vagamente el Peñón, con su doble joroba color cinabrio, y, un poco más lejos, la costa de Tarifa. Y al verla, el Tonio se acordó de el *Bujías,* un tipo que conoció en el cabaret de la *Egipcia* y que, según le dijeron después, era el único para meter un coche de matute en la península, y que, por lo que contaban, se había forrado con estas cosas. Realmente, un trabajo así era lo que a él, el Tonio, le estaba haciendo falta. Un negocio de altura, que se adaptase a sus condiciones, porque él seguía convencido de que con su iniciativa llegaría muy lejos, siempre que el asunto mereciese la pena.

Encendió un cigarrillo, haciendo un hueco con las manos para hurtar la llama a la brisa. La idea que acababa de deslizarse en su imaginación le había puesto de un humor excelente. Porque estaba seguro de que la *Egipcia* hablaría en su favor a el *Bujías* si el Tonio se lo pedía, y en cuanto aquél se diera cuenta de sus aptitudes, le pondría a trabajar consigo, en seguida. Con este pensamiento, reanudó su paseo. Durante unos instantes le había parecido que el mundo se le caía encima, pero ahora todo volvía a clarearse. Y eso es lo que más le gustaba al Tonio de los negocios, que, cuando a uno le parecía que había tocado fondo y que ya no había nada que hacer, siempre se encontraba una salida. Por eso, cuando el Tonio conoció mejor a Telino, se había desilusionado de él; porque no era lo malo que careciese de imaginación, sino que rechazara sistemáticamente cualquier iniciativa. En realidad, pensándolo bien, lo que había ocurrido era lo mejor, puesto que ahora se le presentaba la ocasión de demostrar todo lo que era capaz de hacer, no como cuando andaba subordinado a Telino. Claro que primero había que contar con *Bujías.* Y como la impaciencia le aguijaba, el Tonio llegó al Puente del Cristo, cogió un autobús y se fue a visitar a la *Egipcia*, puesto que, en su imaginación, los negocios eran así y como él decía, había que atraparlos sobre la marcha.

IV

Paco *Bujías* tenía pinta de intelectual, y eso le valía de mucho, y él lo sabía, y le gustaba alardear de ello, y, cuando se ponía las gafas, adoptaba un gesto vagamente condescendiente, como dando a entender que bien, que lo que los otros decían podía ser verdad, pero que si él estaba allí, la última palabra era la suya, porque para algo había sido vocal del Sindicato de Transportes durante tres años. Por eso, cuando Dimas pidió otras dos copas y dijo que lo mejor era dejar el asunto como estaba, que más se perdió en Cuba, Paco *Bujías* se acodó sobre la barra y miró al otro con benevolencia, como si no concediera demasiada importancia a lo que estaba hablando. Porque Dimas habría sido todo lo *croupier* de una casa de juego que quisiera, pero en asuntos de dignidad, cero. Y se puso a razonar con mucha calma y explicando mucho las cosas, como si estuviera dirigiéndose a una criatura. El, Dimas y Hamido, contra el *Percha* y su gente ¿estaba claro? Una guerra sin cuartel, ¿comprendía? Porque uno podía ser cosario o matutero o lo que fuese, pero sin meterse en el terreno de nadie. Cada uno con lo suyo y a respetarse mutuamente. Y lo que hizo el *Percha* no tenía nombre y él no podía consentírselo y allí estaba él para demostrarlo. Dimas pidió otra copa de aguardiente y dijo: «Beba usted», y *Bujías* la vació de un trago.

—No es por el huevo, como otro quien dice, sino por el fuero, ¿te haces cargo?

Dimas se encogió de hombros sin responder, porque no estaba muy seguro de haber comprendido. Añadió *Bujías:*

—De forma que tú dirás al lado de quién te pones.

Paco *Bujías* estaba completamente seguro de Hamido, pero no de Dimas, y por eso fue el preguntarle, porque él quería saber con quién contaba antes de romper las hostilidades. Y que estaba decidido a hacerlo. Lo de menos era que no hubiese nada convenido entre el *Percha* y él al respecto, puesto que los hombres eran hombres donde quiera que estuviesen, y si Paco *Bujías* nunca se metió donde el otro, a ver por qué razón no iba a

corresponderle a él. Vamos, que lo de que el *Percha* hubiese pasado un coche a la Península, guindándole un cliente a *Bujías,* le había llegado a lo vivo. Y no por nada, sino por el precedente, porque dónde íbamos a parar si se perdía la formalidad hasta ese extremo. Como todo el mundo sabía, el *Percha* se dedicaba al contrabando y él a los coches, y así había sido siempre y así tenía que ser, y si alguna vez se le terció a *Bujías* un alijo, nunca dejó de rechazar el asunto con mucha dignidad, pasándoselo a el *Percha*, como correspondía.

Dimas contestó que naturalmente estaba de su parte, aunque sin poner excesivo calor en sus palabras, y era que pensaba que si se tratara sólo de el *Manús* o Ramírez, todavía, pero que el *Percha* era un pájaro de muchísimo cuidado. Como que, según decían, había andado a tiros en dos ocasiones con los carabineros, y era tan bragado que una vez salió de Gibraltar con un bote lleno de tabaco, y como no pudo sacarlo de noche, porque estaban los barcos ingleses en la bahía por la visita de la Reina, tuvo la cara de esperar a que se hiciera de día y meterse remando en Algeciras a plena luz. Y luego, que, como se gastaba ese cartel con las mujeres y le llamaban el *Percha* por la percha que tenía, siempre había alguna que le echara una mano, y hasta que lo escondiese, si llegaba el caso, por el tiempo que fuera necesario.

Pues con esta clase de sujeto quería enfrentarse el otro, nada menos. Y aunque a Paco nadie le discutiera sus conocimientos en la manera de apañar una carta gris o cambiar el número de un motor, en lo de querer provocar a el *Percha,* un tío acostumbrado a la gresca, estaba yendo demasiado lejos. Y parecía mentira que le hubiera dado por ahí, porque Paco era un hombre más bien tranquilo, que tenía cuatro hijos y miraba mucho por ellos. Claro que, después de todo, a Dimas qué otra alternativa le quedaba que seguir con *Bujías*. El sería lo que fuese, pero sabía ser agradecido, y no había olvidado que, dos años antes, cuando llegó a Ceuta con el cuento de que había sido *croupier* del Casino de Tánger y se salió de allí por ciertas diferencias de la casa, Paco *Bujías* fue la única persona que le echó una mano. Porque, aunque se presentó hablando del tournal, la ruleta y el bacarrat como quien conocía a fondo la cosa y causó con ello mucho efecto, hubo de emplearse de chófer con el dueño de una camioneta, y, si no hubiera sido porque conoció a *Bujías* en el Sindicato, nunca habría pasado de ahí . Y eso que tuvo buen cuidado de ocultar la verdad de lo ocurrido en Tánger, porque a nadie le interesaba saber que a lo único que había llegado en el casino fue a pinche de cocina, y que si le echaron de allí fue por dedicarse a hacer negocios por su cuenta con las conservas.

Por aquella época, *Bujías* tenía un coche al punto, aunque andaba quejándose de que, desde que el Gobierno mandó quitar las casas, por lo de la trata de blancas y todo eso, el asunto de la parada se había venido completamente abajo, y que, al menos por lo que a él respectaba, estaba pensando en dar el traspaso. Entonces Dimas fue y le dijo que, si no le importaba, podían llegar a un arreglo y que, como él había sido *croupier* de una sala de juego y tenía urbanidad y trato, podría echarse encima el mandil y la gorra y ponerse con el coche; irían a medias, menos la gasolina, que correría por su cuenta. *Bujías* aceptó el convenio, sólo por hacerle un favor, según dijo, y abandonó la parada y se dedicó a sus asuntos, y, como en lo de pasar un coche sin permiso de importación estaba al cabo de la calle, hizo algún dinero, vendió el taxi, llamó a Dimas y Hamido «sus ayudantes» y asignó un sueldo a cada uno, al moro sesenta duros, lo justo para su te y sus jureles, y a Dimas, mil quinientas pesetas. Y era que, como decía éste, todavía había clases, y, aunque ninguno de los dos tuviese mucho que hacer y cumpliesen con dar la cara y firmar papeles para, si las cosas se daban mal, ir a la cárcel por cuenta del otro, Dimas era el brazo derecho de *Bujías,* y quien le representaba en las subastas cuando se trataba de comprar un Citroen desguazado del año 34 para aprovechar su numeración, y llevaba los coches a la Península para hacer su entrega a los clientes.

El moro se alistó con *Bujías* bastante después que Dimas, y había que reconocer que también había resuelto sus papeletas, especialmente cuando Paco le utilizaba como intérprete en sus trajines por Tetuán y Larache, ya que, si bien carecía de experiencia, era capaz de permanecer en un sitio las horas que fuesen porque para algo era moro, y esto resultaba en ocasiones de mucha utilidad.

Hamido había sido dueño de una tiendecita en el barrio del Príncipe, un local reducido, donde se vendía de todo, incluso pinchitos, que él mismo asaba en el hornillo a la puerta del establecimiento. No obstante, cuando empezó lo de la «pendensia», como él decía, tuvo que dejar el comercio, porque a Hamido, que había nacido en Ceuta y estaba nacionalizado español, se le ocurrió colgar un retrato de Mohamed V en la tienda, y por mucho que aseguró después que «él no quería saber nada de pulítica, que él estar comersiante y safí», los moros del Príncipe se empeñaron el boicotearle el negocio, por ese detalle del retrato. Y era que no acababan de comprender que a Hamido le tuvieran sin cuidado la política, y que si puso al Sultán en el comercio, no fue por jugar con dos barajas como le criticaban, sino porque él tenía ese carácter y le gustaba congraciarse con la gente y vivir en paz con todo el mundo. Sin embargo, como se le hacía

muy cuesta arriba ponerse a sí mismo en la calle, resistió cuanto pudo, hasta un día en que, al abrir la tienda, se encontró una calavera y dos tibias pintadas de rojo sobre la puerta, y le entró miedo de veras, y se quitó de en medio. Pero Hamido era comerciante, y, aparte de lo de los pinchitos o de discutir el precio de huevo, no servía para otra cosa; por eso resultó más complicado de lo que él había creído, encontrar un empleo. El se ofreció como guarda de noche en algunas obras, pero los capataces, en cuanto le veían así de apocado, no querían ni escucharle. Por fin, entró de camalo en el puerto, pero, como era un mal estribador, porque estaba acostumbrado a pasar el día tumbado sobre una estera, en la tienda, en seguida le llamaron del Sindicato. Y entonces fue cuando le cogió *Bujías* y se lo llevó con él.

Y, ahora, Hamido, que ya estaba al corriente de lo de el *Percha,* pensaba que la vida era una verdadera porquería. Porque, si él salió huyendo del Príncipe, fue porque era un hombre tranquilo y le gustaba vivir en paz con todo el mundo, no para que *Bujías* le complicase en sus diferencias con el otro. Y que habría que ver cómo acabaría aquello, porque, por lo que aseguraba Dimas, el *Percha* era un tipo, pero que de muchísimo cuidado. Hamido estaba asustado de lo que se les venía encima. Y no lo negaba. El no era rifeño y no tenía por qué dárselas de valiente. Era de Ceuta, y su padre de Castillejos, pero él había preferido naturalizarse español, por lo de los cupos, cuando la escasez. Claro que se había nacionalizado a los 40 años, para que de ningún modo le pudiese coger una guerra, porque en estas cosas nunca se sabe lo que puede pasar. Y sin embargo, como la vida era una verdadera porquería, huyendo del Príncipe había venido a meterse en un buen jaleo. Y además sin escape, porque si dejaba a *Bujías,* a ver de qué iba él a comer.

Después de oir a Dimas, Paco *Bujías* se sintió más seguro, y esta idea le puso optimista, hasta el punto de que pasó sus brazos sobre los hombros de Dimas y Hamido, les estrechó a los dos en ellos y musitó, casi conmovido, con acento de orgullo: «Mis guardaespaldas, mis valientes», aunque, como olía a aguardiente, Dimas pensó si era que estaba ya bebido. Luego, *Bujías* se dirigió al del bar y dijo:

—Anda, convídanos.

Y el del bar sirvió más anís y una Coca-Cola para Hamido, y *Bujías* adelantó su copa con cierta solemnidad y dijo:

—¿Brindamos?

Los otros respondieron lánguidamente:

—Bueno.

—¿Por lo nuestro?

—Sí.

Y bebieron, sólo que *Bujías*, al apurar el licor de un trago, alentó con fuerza, como hacen los del whisky, en el cine, porque comprendía que acababa de dar un paso verdaderamente importante.

V

El Tonio picó a la puerta de la *Egipcia* con cierto encogimiento, porque la escalera estaba pintada con flores y él no había visto una cosa igual en su vida; pero al reconocer su voz preguntando «¿quiénes?» a través de la mirilla, se sintió más tranquilo; y, cuando la otra le abrió la puerta, entró diciendo «buenas» y pidiendo disculpas, muy fino, por haberse atrevido a molestarla en su piso, aunque asegurando que se trataba de un asunto muy urgente, y que por eso no había querido esperar a la noche para hablar con ella en el cabaret. La *Egipcia*, que estaba en quimono y sin pintar y parecía mucho más vieja, dijo que bueno, fue a sentarse en la cama turca y él a su lado; y preguntó que de qué se trataba, y entonces el Tonio la puso en antecedentes y, al final, la pidió que hablara por él a *Bujías*.

—Sí, desde luego —repuso ella, riendo, y le cogió una mano porque el chico le caía simpático—; luego, se levantó diciendo que aguardase un momento y se entró en otro cuarto, y el Tonio se puso a recorrer la habitación con la mirada, y reconoció que le gustaba, porque olía a perfume, estaba empapelada en azul, y había un jarrón con flores artificiales y una Virgen con una luz, y muchos cojines, y él no había visto una cosa igual en su vida. Desde luego, que allí se podía vivir y no en una barraca de chapa del barrio «de las latas» como su madre, con una camilla sin faldas y oliendo continuamente a puchero. Ahora que, si la *Egipcia* intercedía por él ante el *Bujías*, y la cosa salía bien, y prosperaba, no tendría nada de particular que a la vuelta de unos meses tuviera él una casa como aquélla, y hasta que le trajeran las corbatas de Tánger como a Celso. Porque todo lo que él necesitaba era un poco de suerte, que lo demás era cuenta suya. Y lo único que lamentaba era haber perdido tantos años con los libros para nada. El, el Tonio, siempre había soñado, hasta de niño, con vivir a lo grande. Claro que si no hubiera sido por Telino y el *Carretera*, que le pusieron en camino, nunca se habría decidido a dar los pasos necesarios para lograrlo. Pero aquello, lo de Telino, no fue nada comparado con el porvenir que se abría ahora ante él. La *Egipcia* reapareció, rutilando, con toda su pedrería. Se

había echado encima un vestido azul de brillo y traía el pelo recogido y los labios pintados, con intención de borrar la mala impresión que pudiera haber causado en el Tonio. Cogió a éste del brazo y dijo: «¿Vamos, chati?», y salieron, y cuando entraron en «La Estrella» por una puerta que daba a la escalera, no por la de la calle porque para algo era la *Egipcia* la dueña del local, vieron en la barra a *Bujías,* con una botella delante, completamente solo.

Paco *Bujías* era de los habituales a la sala de fiestas de «La Estrella», no por nada, sino porque el local estaba situado en el mismo «cruce de las tres calles» y allí recalaba mucha de la gente que a él le convenía tratar. Ocurría que «La Estrella» era un bar como los demás durante el día, con veladores de mármol y un mostrador corrido, pero en cuanto se hacía de noche y se encendían unas bombillitas rosas en los anaqueles, entre las botellas, y se ponía a tocar la orquesta, quedaba convertido en cabaret. Claro que a Paco *Bujías* le tenían sin cuidado las bombillas, porque él iba allí a lo suyo, y si estaba metido en harina, como él decía, se quedaba, lo mismo si había orquesta que si no. *Bujías* no solía sentarse, sino que se plantaba desde el primer momento en el mostrador, y allí permanecía todo el tiempo, porque, acostumbraba a decir que, «en los negocios, lo mismo que en el Circo, los mejores artistas trabajan en la barra».

La *Egipcia* se fue para él, seguida del Tonio, y empezó a hablar del chico, afirmando que el muchacho prometía y que había estudiado en el Instituto y que, bien mirado, podía servir de mucho, tanto como Dimas y el moro, por lo menos, y *Bujías* se puso las gafas y miró al Tonio con expresión condescendiente. Dijo:

—Pues, a lo mejor, sí. ¡Déjamelo, a ver.

La *Egipcia* sonrió, cogió la mano del Tonio entre las suyas, le propinó algunos cachetitos sobre los dedos, diciendo: «¿Ves?», y se fue. Y el Tonio quedó con Paco *Bujías,* mano a mano, algo cohibido, pero absolutamente tranquilo a causa del buen recibimiento que acababan de hacerle. Inquirió Paco:

—¿Una copita?

Accedió el Tonio.

—Bueno.

Y el otro guardó los lentes; pidió un cristal al del bar, y él mismo escanció de la botella que tenía delante. Luego, se puso a hablar con mucha prosopopeya de sí mismo, diciendo que en Ceuta no había quién se le pusiera delante en asuntos de coches, porque es que las sabía todas.

—Como que me salieron los dientes en el oficio, como otro quien dice —explicó.

A continuación se enredó a hablar de su especialidad.

—Un trabajo muy personal, ¿comprendes? De mucha responsabilidad. Porque como el cliente no quiere saber nada hasta que la cosa está hecha, se manejan cientos de miles.

Al Tonio se le iluminó la mirada, porque oir hablar de miles le estremecía el corazón. Y *Bujías,* para darse importancia, porque comprendía que había impresionado al muchacho, se puso a platicar de divisas, permisos de importación, cupos autorizados y fondos de retorno. «Demasiado complicado», iba pensando el Tonio; hasta que, inopinadamente, se deslizó en la conversación el nombre del *Percha,* y él preguntó quién era, y *Bujías* se interrumpió, torciendo el gesto, y dijo, escuetamente:

—Un marrajo.

Y como todavía no se le había cerrado la herida, se puso a criticar al *Percha*.

—¿Y qué crees que se le ocurrió? Pues pisarme un parroquiano, ni más ni menos. Y que a saber el festival que le habrá organizado al comprador. Porque un auto no es un cartón de rubio, que se pasa en un bolsillo. Se mire por donde se mire, una faena.

Pero como el Tonio no estaba en antecedentes, Paco *Bujías* consideró oportuno explicarse, relatando lo ocurrido con todo detalle. Contó también que hacía una semana que venían buscándole las vueltas al *Percha* sin conseguirlo; nombró de pasada a Dimas y Hamido, y dijo, lamentándose:

—No me sirven, ¿comprendes? Absolutamente para nada. Hace una semana que empezó el jaleo, y ahí le tienes, tan pancho, carcajeándose de nosotros. Y bebiéndose, además, un dinero que me correspondía, con el *Manús,* Ramírez y demás adláteres.

Se sirvió otra copa de vino, la apuró de un trago y depositó el vaso sobre el tablex de la barra con cierta violencia, ya que se sentía francamente indignado.

—Si no barandelamos al *Percha,* pero que de verdad, no hay nada que rascar —dijo—. Porque mientras siga empeñado en hacerme la competencia, vamos al fracaso.

—¿Y qué piensa usted hacer? —preguntó el Tonio.

Bujías se encogió de hombros con indolencia, puesto que, en realidad, lo ignoraba; puso la barbilla sobre las manos y guardó silencio. Fue el Tonio quien habló, aunque con mucha timidez, puesto que en presencia de *Bujías* se sentía cortado.

—¿Por qué no hace usted otro tanto con él?

El Tonio soltó su frase a bulto, sin suponer siquiera que el otro pudiese tomarla en consideración, y cuando al cabo de un minuto *Bujías* se volvió y dijo: «Repite el cuento, a ver», y extrajo nuevamente las gafas del bolsillo, se las puso y le miró con verdadera curiosidad, como si hasta entonces no se hubiese apercibido de su presencia, el Tonio se azoró, porque, en verdad, no creía que sus palabras tuvieran nada de particular. Insistió *Bujías:*

—Venga, repite eso.

Obedeció el Tonio:

—Que por qué no hace usted con el *Percha* lo mismo que él con usted.

Bujías entornó unos segundos los párpados, mientras observaba fijamente al otro. Después se echó a reir y dijo, como hablando consigo mismo:

—Claro.

Y añadió, poniendo sus manos en los hombros del Tonio:

—Eres algo grande, chavea.

Y aquél, aunque sorprendido, se sintió halagado por la alabanza.

Se había hecho de noche y la atmósfera estaba cargada de humo; un saxofón se había puesto a hacer virguerías en la orquesta, y una rubia había salido a cantar flamenco a la pista, y un grupo de guardamarinas extranjeros decía «¡Olé!» en un rincón del cabaret, aunque sin demasiada convicción; pero *Bujías* no vio nada de esto, porque su imaginación estaba ocupada en el nuevo plan de acción, y el Tonio, que se daba cuenta de ello, permaneció en silencio, a su lado, un poco aturdido, pero pensando que *Bujías* no era como Telino, puesto que aceptaba su iniciativa a la primera.

Al final, dijo *Bujías,* exultante de satisfacción:

—Desde mañana me paso al contrabando. Ya verás cómo eso sí que le hace pupa. Antes de un mes le voy a tener arrastrándose por el suelo. ¿No empezó él? Pues ahora nos toca a nosotros. Sin cuartel y con sus mismas armas.

Luego, añadió, abrazando al Tonio:

—Y tú conmigo, chaval. A mi lado. ¿Eh?

El Tonio asintió en silencio, y *Bujías* le abrazó de nuevo:

—No sé si te he dicho que eres algo grande, chavea. Pues lo eres —dijo.

VI

El *Percha* llegó a decir que Paco *Bujías* se acordaría de él si no se estaba quieto de una vez y dejaba de meterse en sus asuntos, pero aunque echó el reto a espaldas del otro, en la taberna de Pepín, no faltó un alma buena que le fuera con el cuento a *Bujías*. Dimas y Hamido se impresionaron mucho cuando lo supieron, y, desde entonces, andaban preocupados y taciturnos; pero Paco, al contrario, se mostró satisfecho y engreído y, por primera vez en su vida, empezó a adoptar un aire levemente matón, como dando a entender que él sería lo pacífico y de buena pasta que quisieran, pero que con él no se jugaba. Por otra parte, sus éxitos como matutero le tenían envanecido y, aunque tratase de aparentar otra cosa, le gustaba que dijeran de él que era un lince y que, aunque el contrabando no era su profesión, sabía del asunto tanto como el *Percha*. Y en realidad tenía motivos para alardear, puesto que, en los tres meses que hacía que empezaron, habían metido ya cinco alijos, y de los gordos, sin un solo tropiezo. Y eso que sus medios eran muy limitados. Porque lo que él decía:

—Si yo tuviera una lancha rápida, con su radio y sus claves, como los contrabandistas de Tánger, a ver quién podía conmigo.

El caso era que Paco *Bujías* había empezado a aficionarse a su nuevo trabajo, que no era tan comprometedor como el otro y resultaba menos complicado. Bastaba con estar en contacto, por intermedio de un cosario que viajaba todos los días en el trasbordador, con un individuo de La Línea que llamaban Santitos, y mandarle los bultos con el Tonio, cuando el otro se lo pedía, en una marrajera que compró en un remate, y que tenía con matrícula de pesca y sus faroles y sus artes para disimular.

De este modo, el Tonio resultaba de gran ayuda, porque, aunque se mareaba al navegar, era el único, entre todos, que sabía llevar un timón, de cuando salía a zurrar calamares con su padre. *Bujías* le contaba ya entre los suyos y estaba muy satisfecho con el chico, porque era despabilado y tenía su inventiva y sus cosas. Ya lo demostró la noche que se conocieron en La Estrella y también al día siguiente, cuando *Bujías* convocó a los tres en

la barra para discurrir un plan entre todos. Dimas y el moro se cubrieron de gloria en aquella ocasión; Hamido ni llegó a abrir la boca y Dimas se puso a desbarrar por ella, que fue peor. Ocurrió que Paco, por más que hubiese adoptado un gesto condescendiente, como dando a entender que estaba al cabo de la calle, sabía entonces muy poco del asunto y quiso asesorarse, porque, para hacer la contra a un experto del matute como el *Percha,* había que hilar fino. Pero lo que propuso Dimas, aprovechar una expedición de soldados, para repartir entre ellos algunos cartones de tabaco, hasta un niño hubiera comprendido que era una simpleza.

—Mil soldados, a dos paquetes por cráneo, son dos mil paquetes. Luego, se les recogen a la salida de la Aduana y en paz.

En cambio, el Tonio se vio en seguida que tenía cerebro. Porque lo del barco fue idea suya, y aunque luego se fue de caña y empezó a hablar de enlaces y centros distribuidores y cosas por el estilo, y *Bujías* tuvo que frenarle, había que reconocer que, si no hubiera sido por el chico, a *Bujías* no se le habría ocurrido la manera de bajarle los humos al *Percha.*

Para la cuestión de los alijos, *Bujías* utilizaba al Tonio y el moro, porque Dimas no quería ni oír hablar de Tánger, por lo de la sala de juego, según explicaba. Paco les daba dinero y les ponía un taxi con matrícula de Marruecos, a fin de que pasasen más desapercibidos, y los otros se encargaban de todo lo demás; incluso de engrasar al taxista, como decían ellos. Luego, en Tánger, compraban lo que les apetecía, porque en esto *Bujías* no tenía prejuicios, pero todo a granel; metían las cosas en un saco, dentro del coche, y Hamido se quedaba vigilando, que para algo era moro, mientras el Tonio se entretenía por la ciudad hasta la madrugada. El viaje de regreso nunca lo emprendían antes de las cuatro o las cinco, puesto que sabían que, a esa hora, los aduaneros acostumbraban a salir de la garita con el cuello subido y mucho sueño, y esto siempre venía bien. Sobre todo, por lo de Hamido, que se apeaba un poco antes de llegar al Borch y se iba dando un rodeo con el saco al hombro por fuera de la carretera, entre las lomas, hasta que rebasaba, lo menos un kilómetro para estar bien seguro, la barrera de la Aduana. Allí volvía a recogerle el Tonio, y, en Castillejos, repetían la operación; sólo que, entonces, en lugar de que Hamido se internase en el campo, pasaba bordeando la playa, que resultaba menos trabajosa que los barbechos. Al día siguiente, Dimas preparaba los paquetes y, al otro, por la noche, se metía con ellos y el Tonio en el barco y atravesaban juntos el Estrecho, hasta desembarcar cerca de Tarifa, donde había una casamata, de cuando la guerra. En aquel lugar, alumbrándose con una linterna, hacían el recuento con Santitos; luego, éste apoquinaba lo que fuera

y ellos regresaban a bordo con el dinero y se iban a dormir unas horas al pueblo, y, por la tarde, volvían a cruzar el Estrecho; únicamente que, al llegar cerca de la bahía de Ceuta, fondeaban y echaban los palangres, pero bien a las claras, para que todo el mundo se diera cuenta de que eran marrajeros y no contrabandistas.

En uno de estos viajes, el Tonio conoció a el *Legionario,* en la tienda de un indio donde ellos compraban. Era un punto picado de viruela y extraordinariamente feo, pero que, en aquella ocasión, les sirvió de mucho, porque se conocía Tánger como la palma de la mano y hablaba con gran aplomo de la Bolsa y daba muy buenos consejos respecto a lo que convenía o no adquirir. Según explicó, él estaba juntando dinero para embarcarse a Venezuela, y el Tonio pensó que sería por eso, por lo que estando como estaba tan al tanto de las cotizaciones, llevaba sólo unas alpargatas y un jersey en tercera vida con muchos rotos.

Cuando dejaron a Hamido en el coche aquella tarde, el Tonio se emparejó con el *Legionario* y se puso a recorrer las calles a su lado, y, mientras andaban, el tipo empezó a platicar acerca de su viaje. Decía que Venezuela era un país de mucho porvenir y que, teniendo un poco de olfato para los negocios, allí se ponía uno las botas en seguida. ¿No había visto él la cantidad de emigrantes que se embarcaban para allá todos los años? Pues por eso. Como que había minas por todas partes y, si uno las descubría, eran suyas; y petróleo.

—¿Sabes cómo le llamaban al petróleo? El oro negro.

El Tonio le oía, embelesado. Y cuando el *Legionario* dijo: «Yo por lo menos, confío en llegar a millonario», él no lo puso en duda y miró al otro con cierta reverencia, como si ya lo fuese.

Resultó que el individuo, según contó más tarde, había sido dueño de una fábrica de bicicletas en Bayona, pero que tuvo un disgusto gordo por causa de una rubia francesa y se enroló en el Tercio, aunque, luego, le calentaron la cabeza con lo de las minas, y le dio la venada, y desertó. Desde entonces estaba juntando dinero para el pasaje, pero, aunque por esta causa andaba bastante aperreado, no le importaba gastarse doscientos francos todos los jueves para dedicar por la radio de Tánger, a su antiguo sargento, un disco que decía:

«Aunque te pases la vida llorando,
contigo no vuelvo,
no vuelvo contigo...»

Y cuando contaba esto, reía.

El Tonio, por lo que decía su amigo, dedujo que éste andaba metido en asuntos de moneda, cosa que debía tener su importancia, puesto que en Tánger cada cinco portales había una oficina de cambio. Y seguramente por eso estaba tan bien relacionado, ya que mucha gente le saludaba por la calle. Sin embargo, por lo que manifestó, él ya no quería saber nada de Tánger, porque, desde lo de la independencia, la ciudad se había venido abajo; y luego, que la Interpol andaba metiendo las narices por todas partes y uno no podía considerarse seguro en ningún sitio.

—Hay que emigrar cuanto antes —dijo—. Aquí ya no hay nada que hacer.

Por la noche estuvieron cenando en un restaurante de la calle del Estatuto, y allí le presentó el *Legionario* a dos individuos con acento extranjero, que también se enredaron a hablar de Venezuela con el otro. El Tonio abrió los oídos, y se enteró de muchas cosas, y dedujo que estaba perdiendo el tiempo con *Bujías,* puesto que, con sólo tomar un pasaje, podía plantarse en América, denunciar un filón y hacerse rico de la noche a la mañana; pero, como el asunto era completamente nuevo para él, se guardó de hacer comentarios. La cena de los cuatro la pagó el Tonio, sintiéndose con ello muy honrado, y como, después, estuvieron en El Consulat bebiendo ginebra, a veinte duros la copa, y el Tonio se emborrachó un poco, y los otros le dejaron solo con la cuenta, resultó que a *Bujías* le salió la noche por dos mil pesetas, porque el Tonio tuvo que volver donde el taxi con un policía, coger tres relojes y dejarlos en el cabaret. Pero el Tonio no se sintió afligido por ello, porque comprendía que si el *Legionario* y los otros estaban reuniendo para el pasaje, era natural que se reservaran. Algún tiempo después, en los viajes siguientes, el Tonio buscó a su amigo por todas partes y, al no encontrarlo, supuso que se habría embarcado. Y esta idea le dejó enardecido.

VII

El *Percha* estaba francamente disgustado desde que le salió un competidor, porque el asunto del contrabando era muy delicado y ya tenía uno bastantes quebraderos de cabeza para que se le proporcionasen otras preocupaciones nuevas. Por eso, para que nadie se llamara a engaño, andaba diciendo que si se le agotaba la paciencia, alguno iba a tener que lamentarlo.

El *Percha* llevaba siempre consigo a el *Manús* y a Ramírez, pero como era un gallito y muchos le admiraban por eso, nunca había menos de cinco o seis personas, además de ellos, a su alrededor. Había fijado su cuartel general, como él lo llamaba, en la taberna de Pepín, y allí comía y hacía sus ajustes, y allí tenía que ir a buscarle todo el que quisiera verse con él. Se había hecho unas tarjetas, con su nombre y su apodo, y en ellas figuraba en una esquina: «Despacho: Casa Pepín». El era muy serio para los negocios, según predicaba, y cuando hacía un trato no escribía ni firmaba, sino que se daba la mano con el otro y luego escupía en el suelo y pisaba encima diciendo: «La póliza», porque él tenía mucha palabra y no necesitaba que nadie viniera a recordarle las cláusulas del convenio.

El *Percha* vivía por el foso de San Felipe, y algunos, por eso, creían que era gitano. Parecía más alto de lo que era en realidad, porque siempre andaba muy estirado, y presumía de elegante porque usaba trajes ajustados y zapatos rojos de puntera alargada. Sin embargo, su verdadero orgullo lo cifraba en el pelo, que le caía hasta la nuca. Lo llevaba rizado y con dos ondas, una a cada lado de la frente, y se daba pisto de que cuando estuvo en el servicio, no le habían pelado, pero que si algún Sargento se hubiera atrevido a hacerlo, habría tenido que mentarle la madre, porque a él no había quien le metiera mano al pelo.

El *Percha* tenía mucho cartel con las mujeres, todo el mundo lo sabía, y como, además, cantaba flamenco y era íntimo de Manolo Medina, el famoso cantaor, y no había otro en Ceuta que supiese lo que él de cante grande, imponía mucho respeto. Aparte de que, según decían, era muy

echado para adelante. El mismo contaba que, en dos ocasiones, había andado a tiros con los carabineros y, por consiguiente, no le importaba jugarse el rostro con quien fuera. Siempre que se terciaba, refería que una vez le sacaron una pistola.

—Que quede esto entre nosotros, ¿sabes? —decía—. Una vez un tío me sacó una pistola, ¿sabes? Y el tío va y me dice: «A ver si galleas ahora». Y yo le digo: «Aguarda, que como no vea dentro a la Virgen del Carmen, te rajo». Y puse el ojo en el agujero, y, como no vi a la Virgen, le rajé.

La fama de el *Percha* se extendía hasta Ronda y, cuando salía en viaje de negocios, nunca faltaba quien le reconociese y se fuera con él a darse tono por los bares, en su compañía; con estas cosas andaba muy ufano y muy dueño de sí. Por eso, cuando se enteró de que Paco *Bujías* se había propuesto fastidiarle, se enojó mucho y empezó a gritar diciendo que no sabía con quién se jugaba los cuartos. Pero como *Bujías* no se amilanó, sino todo lo contrario, y fue pasando el tiempo, y ya iba para tres meses que empezó el barullo, y el *Percha* no parecía tener ninguna prisa en comenzar la gresca, la gente empezó a criticarle, aunque por detrás, y a decir que era un voceras y que sólo tenía fachada.

Incluso el *Manús* y Ramírez, sus adláteres, le miraban ahora de otro modo, como si se sintiesen defraudados y un poco sorprendidos de que el *Percha* tuviese tanto cuero, ya que ellos opinaban que si tenía que haber sangre, cuanto antes mejor. El *Manús*, sobre todo, es que se espiritaba por oir al *Percha* tocando a generala y presentarse en «La Estrella», donde Paco *Bujías,* a dar qué hablar; pero como no ocurría nada de esto, sino que el *Percha* se contentaba con gritar mucho, pero nada más, cuando el *Manús* le veía alardeando delante de la gente, se sentía en ridículo, no por él, sino por el otro. *Alipori,* que decía Ramírez.

El *Percha* se daba cuenta de estas cosas y de que se estaba jugando su prestigio. Aparte de que Paco *Bujías* les traía aburridos con sus alijos, y comprendía que, si no hacía él algo para remediarlo, acabaría por desbaratarles el negocio. No se le escapaba que la cuestión era más complicada de lo que parecía a primera vista, porque nunca llegó a sospechar que las cosas irían tan lejos, ya que estaba acostumbrado a impresionar y a que la gente se le blandease, y había supuesto que Paco se arrugaría como todos, porque para algo tenía él el cartel que tenía. Además dc que *Bujías* era un hombre pacífico, y tenía cuatro hijos, y miraba mucho por ellos, y no parecía propio que pudiera envalentonarse hasta ese extremo. Pero así había sido y así estaban las cosas. Y ahora al *Percha* no le quedaba otro remedio que dar la cara. Porque, después de todo el chauchau que había habi-

do en casa de Pepín, si se le ocurría volverse atrás, se desacreditaría irremisiblemente. Claro que él sabía lo que se hacía y consideraba que era mejor seguir viviendo del cartel que complicarse la existencia; porque, pensándolo bien, a nadie se le iba a ocurrir cerciorarse de si sus discrepancias con los carabineros terminaron a tiros, como él venía refiriendo o no. Y como le urgía resolver el problema, cogió y mandó un anónimo a la Policía, denunciando todo lo que sabía de *Bufías.*

El Tonio se enteró al otro día, por la mañana, en «La Estrella». Dijo la *Egipcia:*

—La Policía te anda buscando, nene. —Y el Tonio no esperó a saber más y se fue.

En el puerto estaba Hamido, aguardándole, porque suponía que el chico recalaría donde el barco. Contó al Tonio que Dimas y *Bufías* estaban desde la noche antes en «el agujero», y que, según pudo enterarse, había habido un chivatazo. Luego, añadió que ya sabía él que las cosas terminarían así y que menos mal si ellos no acababan también en la cárcel. El Tonio se puso muy nervioso y dijo que era la primera vez que le ocurría una cosa semejante y que qué opinaba Hamido que debían hacer, y el moro replicó que no sabía, aunque se le ocurrió en seguida que podían escapar en el bote. Entonces el Tonio preguntó si estaría bien dejar a *Bufías* y el otro en el atolladero, y el moro dijo que qué podían hacer ellos.

Resumió el Tonio:

—Pues lo que te parezca. ¿Nos quedamos?

Y Hamido:

—Hualo quedar. Jisira.

Y como el Tonio se había dejado convencer, saltaron los dos a bordo, soltaron la amarra del barco y se hicieron a la mar.

Hamido era la primera vez que navegaba y cuando llegaron a las corrientes y el barco empezó a dar balances, pensó si no hubiera sido mejor correr el riesgo en tierra, pero viendo que el Tonio estaba bastante tranquilo, y eso que se mareaba con nada, se repuso en seguida. Y como soplaba Poniente y el bote se movía poco y el Tonio lo manejaba bien, llegaron a la otra orilla a mediodía. El Tonio, que sólo fue a Tarifa y siempre de noche, nunca había visto el Peñón tan de cerca, y le resultó sorprendente comprobar que, a medida que se aproximaban a la costa, cambiaba de color y de aspecto. Era una roca inmensa y si, como decían, estaba socavada, debía caber en ella una verdadera montaña de tabaco. «Buen asunto, comprar toda la partida de un golpe», pensó, pero inmediatamente se pu-

so a considerar su situación, y se vino abajo. Porque el Tonio tenía eso, que se desanimaba en seguida.

El barco bordeó Gibraltar y enfiló la bocana de Algeciras. Allí, el agua era verde y muy quieta, y la embarcación resbaló por ella suavemente, como si patinase. El Tonio paró el motor, para no andar llamando la atención con el petardeo, empuñó los remos y se puso a bogar. Arribó a un desembarcadero un poco apartado y amarró en una anilla. Luego saltaron a tierra y subieron al muelle, por una escalera cubierta de verdín. Preguntó el Tonio:

—¿Qué hacemos con el barco?

Replicó Hamido.

—Dija estar barca —porque pensaba que a aquellas horas ya podían tener noticias de ellos en la Comandancia de Marina y lo mejor era que desapareciesen cuanto antes—. El Tonio repuso que bien, aunque otra cosa le quedara por dentro, pues comprendía que al abandonar la embarcación, acababan de volar los puentes tras de sí. Luego Hamido se quitó la chilaba y el tarbús, para ir más confiado, y juntos se encaminaron hacia el puerto. Acababa de llegar un autovía y el Tonio vio que los maleteros corrían junto al tren, como los de Ceuta, tocándose el número de la gorra para identificarse, y dio al moro con el codo para que se fijara, haciéndole comprender que si las cosas se ponían verdaderamente mal, allí tenían una solución. Andaba con mucho desánimo, caída la cabeza y las manos en los bolsillos. Otra vez se le había venido el mundo encima, como cuando pasó lo de Telino. Unicamente que ahora era peor que entonces, puesto que no sólo se le había volado el negocio, sino que había estado a punto de ir a chirona. Y, en realidad, todavía no podía considerarse seguro. Si, al menos, hubiera tenido tiempo de buscar algunas ropas y un poco de dinero, su situación no le habría parecido tan grave, pero, con las prisas, no pensó en nada de esto, lo mismo que Hamido; a ver ahora de qué iban a vivir.

Llegaron a la Marina, y como se sentían laxos y desalentados, se sentaron en el estribo de un autobús de línea vacío. Hamido sacó su pipa y, como no llevaba quifi ni tabaco, ni el Tonio tampoco, cogió una colilla del suelo, la deshizo en la cazoleta y se puso a fumar muy despacio, con la mirada perdida en el vacío, pensando que el chico podía sentirse impaciente si quería, pero que él era moro y no tenía ninguna prisa en resolver su problema.

El Tonio, por su parte, empezaba ya a considerar las cosas con más benevolencia; se había fijado que en la Marina había muchos bares y todos tenían sus veladores fuera, cubiertos con toldos, por el sol, pero también

que, entre las mesas, había un tipo vendiendo plumas, boquillas y medallas, y como vio que le compraban e hizo un cálculo rápido y dedujo que no era mal asunto, había decidido pensar en ello en serio; entonces, se fue para el otro y le abordó directamente:

—¿Qué tal se da la cosa? —preguntó.

El tipo de las medallas adelantó el labio inferior y dijo que sólo regular, porque el género no era suyo, sino que trabajaba por la comisión, pero que si él tuviera parné para funcionar por su cuenta, se forraba. Y el Tonio volvió al estribo y puso en marcha su imaginación.

VIII

El Tonio le cogió pronto el aire a las medallas, y cuando andaba por entre las mesas, con la caja colgada de una correa que le pasaba por la nuca, diciendo: «Plumas», parecía que no hubiese hecho otra cosa en su vida. El dueño de la mercancía era un viejo de Málaga, que poseía una tienda de bisutería barata en el centro, pero que, por extender su negocio, había contratado a dos individuos que le trabajasen el puerto, porque en Algeciras el puerto constituía un mundo aparte. El les llamaba «sus dependientes» y les tenía al veinte por ciento, uno en los barcos y el tren, y el otro en la Marina. Pero como no iba perdiendo nada con que fuesen tres en vez de dos, cuando el Tonio fue a rogarle que le admitiera, no puso inconvenientes. El Tonio no estaba muy satisfecho con su nuevo empleo, que era muy limitado y no ofrecía oportunidades de las que él pretendía, pero se conformaba, ya que al menos podían ir tirando, como él decía. Lo malo, que ahora tenía que ayudar también a Hamido y esto le sujetaba, porque, aunque el moro se contentara con un duro para su té y sus jureles, y dormir, dormía en la sala de espera de la Estación, siempre era una preocupación más.

El viejo de Málaga era muy rutinario y carecía de visión para el comercio, y aunque el Tonio quiso abrirle los ojos, señalándole perspectivas nuevas que él no había sospechado siquiera, el otro no quiso atender a razones. No es que fuera su fuerte el asunto de las medallas, pero él, el Tonio, tenía iniciativa; y, sobre todo, que sabía francés y esas cosas, y conocía a los extranjeros mejor que nadie, y ni el viejo, con todos sus años, podía presumir de estar tan empapado como él en la materia. Por eso, si no hubiera sido porque tenía que pensar en el moro, ya le habría devuelto la bandeja de la mercancía y se hubiera puesto a buscarse la vida por otro lado. Y eso que todavía no había pasado una semana desde que llegaron. Claro que no era culpa de Hamido, porque el moro se daba cuenta de las cosas y hasta había intentado emplearse de maletero, con su gorra y su número; pero los del gremio se le echaron encima y no lo consintieron. Un día, a los diez de

su estancia en Algeciras, el Tonio se encontró en la Marina al cosario del ferry. Este se sorprendió mucho al verlo, porque le suponía lejos.

—Pero, ¿qué haces aquí?

El Tonio replicó:

—Ya ves tú.

Y entonces el cosario se lo llevó aparte para hablar confidencialmente con él. El muchacho debía estar loco, y era un verdadero milagro que todavía no lo hubiesen trincado. Pero, ¿es que el Tonio creía que con pasar el Estrecho estaba seguro? Pues no lo estaba, y si le apuraba un poco, casi era peor que viviese en Algeciras que en Ceuta, puesto que allí no tenía amigos. ¿O sí los tenía? El Tonio replicó que claro que no, que estaba solo con Hamido, y el cosario siguió diciendo:

—Yo que tú, desaparecería. Mejor hoy que mañana.

El Tonio preguntó que a dónde iban a ir, y el cosario contestó:

—A cualquier parte. A Madrid.

Explicó que en Madrid era difícil que les echaran mano, porque allí nadie les conocía y la Policía no iba a andar preguntando por la calle por ellos. El Tonio dijo que claro, pero que lo malo del asunto era el billete, porque no tenían un céntimo, y el del trasbordador se puso en guardia y movió la cabeza, lamentándose. El Tonio dijo entonces que si quería hacerle un favor y el otro que venga. ¿Sabía el cosario donde vivía él en Ceuta? Pues no tenía más que ir y preguntar por su habitación a la dueña de la pensión; abrir una maleta que el Tonio había dejado allí, sacar de debajo de un traje una cartera con mil quinientas pesetas, y traérsela.

—Tenga la llave.

El corsario puso cara de zorro, cogió la llave y advirtió:

—En tu situación, yo no dejaría pasar un día más.

Y sacó un billetero y entregó al Tonio seiscientas pesetas para el viaje. El chico dijo: «Gracias», y después:

—Usted se cobra y el resto se lo da a guardar a la *Egipcia.*

El corsario contestó:

—Está bien. No te preocupes.

Y aunque el Tonio preguntó después por *Bujías,* el otro dijo que no sabía nada, y, como se había puesto nervioso porque estaba pensando en la maleta, le entró prisa: «Que haya mucha suerte», dijo, y se marchó.

El Tonio fue a buscar a Hamido y lo encontró tumbado al sol, cerca de la playa. Explicó lo que pasaba y le mostró el dinero, y Hamido echó a andar a su lado hacia la Estación, pensando que la vida era una verdadera porquería y que, desde un año a esta parte, no podía estar en paz en nin-

gún sitio. En la taquilla sacaron dos terceras para Madrid. Luego, el Tonio dejó la caja de las medallas a sus compañero, el del puerto, y se metieron en un tren que salía a las cuatro. Hasta que arrancó, el Tonio permaneció asomado a la ventanilla, porque se sentía inquieto y preocupado desde su conversación con el cosario, mientras Hamido se ponía a fumar en silencio con la mirada en el vacío. Sin embargo, cuando empezó el viaje, el Tonio fue animándose gradualmente. Pensaba que, al fin y al cabo, lo que les ocurría no tenía nada de particular y que, con su experiencia, no les resultaría extremadamente difícil abrirse camino en Madrid. Y por lo grande, a la americana, como decía Telino. Sólo que al llegar cerca de Córdoba vio a un policía, que se adelantaba por el pasillo levantándose la solapa y pidiendo la documentación, y le entró miedo. Llamó la atención de Hamido, y los dos salieron del departamento y se fueron al otro extremo del vagón, y cuando paró el tren, se bajaron, ya que, en realidad no llevaban documentación, y estaban reclamados, y lo mismo les daba quedarse aquí que allí.

Era de noche cuando Hamido y el Tonio entraron en la ciudad, que estaba toda iluminada, porque se hallaba en ferias, y echaron a andar, sin mucho entusiasmo. Dieron en una calle con una posada a la antigua con portalada, y mulas dentro, y carros, y pidieron precio y, como no era excesivo y a ellos les había sobrado algún dinero, alquilaron dos camas y durmieron hasta el día siguiente. Cuando se levantaron, el Tonio compró pan y pescado seco y se desayunó, y el moro entró en un café y pidió un té en un vaso, y lo sorbió despacio; pero como la infusión carecía de yerbabuena, se acordó, con tristeza, de su tienda del Príncipe. Luego, fueron a pasear. El Tonio creía tener una idea de Córdoba, de cuando estudiaba en el Instituto, por el Califato, pero cuando se aventuró por las calles, comprendió que la historia no servía de nada. La ciudad era blanca y tenía palmeras y algunas callejas estrechas, y el Tonio, nada más que por eso, se acordó de Tánger y de cuando iba por el Zoco, zascandileando, después de las compras, sin nada que hacer hasta la madrugada. Solamente que, en Tánger, él pisaba fuerte, porque manejaba dinero y se sentía respaldado por *Bujías,* y allí, en Córdoba, era uno más entre la gente, un extraño, sin un patacón y perseguido por la policía, además. Y esta idea le tenía abrumado.

Estuvieron caminando hasta el mediodía, hablando poco, porque no tenían nada que decirse. Los dos se daban cuenta de que su situación se había complicado. Llegaron a una avenida, donde estaban montadas las barracas, y pasaron entre ellas, sin ver nada, ya que a aquella hora todavía

se hallaban cerradas. Después, salieron paso a paso de la ciudad, y avanzaron, bordeando el río, hasta que se cansaron. Entonces, Hamido se tumbó entre unas juncias y el Tonio se sentó en una piedra y se puso a mirar el agua con cara grave, porque, por primera vez desde que desde que dejó la chavola del barrio de «las latas», se sentía verdaderamente deprimido, sin ver luz por ninguna parte. Menudo cenizo tenía él encima, se dijo. Como que, cada vez que empezaba a levantar cabeza, ocurría algo que desmoronaba sus planes. Así no había modo. Lo único que necesitaba era un poco de suerte y estaba visto que no la tenía y que nada le salía a derechas. Un verdadero fario, como decía Telino.

Al cabo de unas horas, regresaron a la ciudad lentamente; no tenían ninguna prisa; comprendían que de un modo u otro, se verían obligados a intentar algo, pero no acertaban a adivinar el qué, y esto los mantenía desanimados, especialmente al Tonio. Almorzaron en una taberna por un par de duros y luego anduvieron brujuleando por las calles y sentándose en los bancos, hasta que fue de noche y, por hacer algo, se dirigieron otra vez a la feria, que en aquellos momentos estaba en su apogeo. En una caseta, un borracho invitó a Tonio a un vaso y él bebió con desgana, pasando la tapa a Hamido que, como era moro, no probaba el alcohol. El borracho empezó a entusiasmarse y a cantar, y, entonces, el Tonio, dio media vuelta y lo dejó. Anduvieron un rato entre la gente, mirando las barracas, y se detuvieron a escuchar la música de los altavoces y a ver a actuar a un payaso, que gesticulaba en una tablado, hasta que, de pronto, apareció de nuevo el borracho y, al reconocerlos, se empeñó en volver a invitar al Tonio, y éste, con el vino, empezó a ver las cosas con menos acedía. Y eso que aún ignoraba que había venido a alojarse en su cerebro una de sus ideas, y que mientras bebía y pasaba las tapas a Hamido, la idea iba tomando cuerpo, sin que él se diera cuenta; por eso, cuando, súbitamente, se volvió al moro y dijo que no estaría nada mal ponerse los dos a trabajar con los pinchitos, le pareció que acababa de tener una inspiración. Hamido consideró despacio la cuestión y, en efecto, tuvo que admitir que no estaría mal. Y el Tonio, que era un fantástico, como decía Emilia, se dejó arrastrar nuevamente por su optimismo.

IX

Que el Tonio no acabara de adaptarse a la feria y, aunque él y Hamido llevasen varios meses en ella y se sintiesen allí tan desplazados como el primer día, no era culpa suya, porque ya decía él que las cosas no habían salido a medida de sus deseos ni mucho menos. Su pensamiento no era pasarse la vida rodando, como el resto de los feriantes, de un sitio para otro, por el gusto de montar el hornillo de los pinchitos y una mesa que compraron en una taberna de Córdoba, para liquidar a seis duros por noche, sino que él tenía otras pretensiones. Solamente que, aunque habló con don Román, el dueño de los carriles eléctricos, y con Monsieur Gadin, el ilusionista, que tenía más mundo, no logró convencerlos ni conseguir que le anticipasen el dinero que él precisaba para poner en marcha su proyecto. Y que era inútil que se lo discutiesen, porque el Tonio no se apearía de su opinión de que se trataba de un asunto de envergadura; él sabía lo que se decía, y lo tenía todo muy bien meditado, y no podía fallar. Así que se desesperaba viendo escapársele una fortuna que se hallaba, como quien decía, al alcance de sus dedos; y esto suscitaba en su imaginación la añoranza de *Bujías,* porque, desde luego, éste, que tenía una vista de águila para los negocios, no habría vacilado en echarle una mano. Y cuidado que había planteado la cuestión a don Román y al ilusionista echándole color a la cosa. Hasta Hamido, que era moro, comprendió en seguida que había porvenir en el asunto; en cambio, don Román y Monsieur Gadin se empeñaron en que no y, lo que fue peor, se rieron en su propia cara con mucha sifuciencia, como dando a entender que en cuestión de feria, sabían todo lo que había que saber. Que se viera si su idea no era como para dar el golpe. Por lo menos, él no había visto nada parecido desde que se había convertido en feriante, aunque había podido comprobar, por el contrario, que a la gente le gustaban las cosas muy exóticas y muy así, precisamente como él imaginaba su nuevo negocio. Y si no, a ver por qué Monsieur Gadin, el ilusionista, salía a trabajar al escenario vestido de diablo y hablando con acento extranjero, cuando todos sabían que era natural de Toledo.

Su idea, tal como él la había concebido era montar una barraca a base de tapices, divanes corridos, bandejas y música de guembris, como en los cafetines que él conocía en Tánger; y poner, para el vino, en lugar de bocoyes, un samovar de bronce, de los de hacer el té; y servir la bebida en vasos de filigrana dorada, como los de los moros; y que Hamido asase sus pinchitos, que era lo suyo, a la vista del público, vestido con chilaba y turbante; y que la gente se emborrachase en cuclillas, creyendo verdaderamente que se había asomado a un cafetín de la casba. Pero como, hasta entonces no había podido llevar a cabo su programa, ni parecía que fuera a verlo nunca realizado, andaba el Tonio lamentándose y diciendo que, en cierto modo, era mejor empleo el de las medallas, y que, si no hubiera sido por lo que habló el corsario, ya habría abandonado aquéllo y habría vuelto a la otra ocupación. Unicamente que, como no le quedaba otra elección ya que no podía regresar a Algeciras, se resignaba, pensando que era peor la cárcel. Por su parte, Hamido se encontraba menos descentrado, desde que el olor de los pinchitos le traía de continuo a la memoria el recuerdo de su tienda del Príncipe, pero no por ello acababa de tranquilizarse del todo; y eso que, aunque desde que iban con la feria no se detenían quince días seguidos en ningún sitio, el trabajo resultaba, en cambio, muy descansado; encendían el hornillo a las ocho de la noche, y a las dos de la madrugada se iban a dormir; y el resto del tiempo era completamente suyo, y Hamido podía tumbarse al sol sin que nadie le incomodase, y esto le compensaba.

El Tonio había descubierto que la feria constituía un mundo completamente desligado del otro, y que los feriantes no se preocupaban para nada de las personas de fuera, y, aunque las veían al tirar al blanco o montar en la noria, ni siquiera reparaban en ellas. Claro que en aquel universo también había clases, y si, como el Tonio había comprobado, Dimas no tenía la misma consideración que *Bujías,* tampoco podían compararse don Román y el *Conchas,* por ejemplo, puesto que don Román, el de los carriles, vivía en un hotel, y, cuando llegaban a un sitio, mandaba a un tipo que vigilara la instalación de los aparatos y a otro que le llevase la recaudación por las noches, y, con eso, ya lo había hecho todo; en tanto que el *Conchas* era dueño de una barraca muy costrosa, con cuatro botes de hojalata que la gente apedreaba con pelotas de trapo. Ellos mismos, Hamido y el Tonio, no tenían allí ningún ambiente, y si los feriantes los toleraban, porque no les quedaba otro remedio, no se andaban con ellos con ningún miramiento; con estas cosas, él, el Tonio, se encontraba permanentemente amargado, ya que, según decía, él no estaba acostumbrado a ser el último, «la escoria, vamos», ni a que le mirasen por encima del hombro, puesto que ha-

bía trabajado con una persona como *Bujías*, que tenía tanta categoría como el mismo don Román, por lo menos.

Por eso, una noche, en Logroño, que entró en la «Ciencia Oculta» a pedir carbón y se encontró a la hija de Canseco, que era el dueño de la caseta, y la chica le sonrió, se sintió emocionado, porque él no estaba habituado a estas finuras. La barraca de la «Ciencia Oculta» tenía pintado un mago con barbas, en la fachada, ranuras por todas partes y un letrero que decía: «Echa una peseta en el mes de tu nacimiento y sabrás tu destino». Pero lo que la gente ignoraba era que, cuando Canseco repartía el destino impreso en papelitos de colores, observaba antes por un agujero al cliente, y se lo daba bueno o malo, según lo encontrase simpático o no; y, desde luego, que si era mujer y además fea, siempre la largaba el peor; porque lo que él decía: «Si no la gusta, que no venga». La chica tenía diecisiete años y era monilla y rubia, y muy poquita cosa; se llamaba Angela, pero todos, incluso su padre, la decían Sonia, de cuando trabajó de cabeza parlante, hacía unos años, y tenía que decir a la gente que había nacido en Ucrania. El Tonio ya se había fijado anteriormente en ella, sólo que como nunca la había visto sonreir, no se dio cuenta de lo bonita que era; pero aquella noche, cuando volvió con el carbón y se sentó a cobrar, que era lo que él hacía, al lado del hornillo, se puso a pensar en la chica y, al final, hubo de reconocer que verdaderamente se reía con toda la cara.

A partir de entonces, el Tonio iba casi todas las noches a por carbón a la «Ciencia Oculta», porque Canseco y su hija vivían dentro de la barraca, y se ponía a hablar con la muchacha; y en una ocasión en que el viejo estaba fuera se quedó allí más tiempo, e incluso se puso a ayudarla a recoger las monedas, doblar los destinos, pasarlos por las ranuras y hacer sonar el timbre. Sonia le sonreía continuamente con toda la cara, y él se turbaba al verlo, porque las mujeres con que había alternado algunas veces en el cabaret de la *Egipcia*, no eran como la chica, ni mucho menos.

De pronto, cogió Sonia un papel de color rosa; dijo: «Toma», y se lo entregó, y el Tonio leyó que se enamoraría de una rubia y, como Sonia era precisamente rubia, se lo pasó a ella, haciéndole notar la coincidencia. A ella se le encendió la cara.

—¿Es que ya lo sabías? —preguntó el Tonio.

Replicó Sonia, en un susurro, desviando la mirada:

—Claro.

Y entonces se cogieron las manos y él la besó suavemente en una mejilla y después en los labios.

Cuando salió de la «Ciencia Oculta», el Tonio iba aturdido y con deseos

de llorar, pero no de tristeza como en otras ocasiones, y esto sí era la primera vez que le ocurría, por lo que se sintió extrañado por ello. Luego, como necesitaba confiarse a alguien, contó a Hamido lo ocurrido, y el moro le miró y le propinó unas palmadas en el hombro, y entonces el Tonio se alejó de la feria y se fue a pasear por el parque con las manos en los bolsillos, andando muy despacio; por fin se internó en un jardín completamente en sombra, fue a sentarse en un banco, encendió un cigarrillo y se puso a soplar distraídamente el ascua, aproximándola a los labios hasta sentir en ellos el calor de la lumbre, y, como esto suscitó en él el recuerdo del beso, el Tonio empezó a comprender que todo acababa de cambiar en su vida.

X

Tras las de Logroño venían las fiestas de San Antolín, en Palencia; luego, por San Mateo, las de Valladolid y, por último, en octubre, las del Pilar, de Zaragoza, y a continuación aparecierón los primeros fríos y los feriantes se dispersaron. La mayor parte de ellos emigraba, con sus remolques, a los pueblos del Sur, aunque había algunos, como el *Conchas,* que entraban a trabajar en un oficio, y otros, como Monsieur Gadin, el ilusionista, que se unían a un circo, contratándose para la temporada invernal. Don Román se instaló con sus carriles en Madrid, en un solar de Cuatro Caminos, y Canseco fue a parar a Avila, donde tenía una hermana, a la que andaba tanteando por cuestión de unas tierras. El Tonio se empleó con don Román, quedándose con él al frente de la caja del negocio; acostumbrado al invierno en Ceuta, el de Madrid, le resultó muy crudo y melancólico; y esto, unido a la ausencia de Sonia y también a la de Hamido, que había emigrado a invernar a Estepona, le mantenía en un estado de continuo desasosiego. Por esta causa, cuando se reunió nuevamente con ellos en Valencia, para las Fallas, le pareció como si hubiera vuelto a encontrarse a sí mismo.

Sentado ante la caja, divisaba ahora continuamente las bombillas de la fachada de la «Ciencia Oculta», y como, por otra parte, Sonia se dejaba caer de cuando en cuando por los carriles, a charlar con el Tonio, éste empezó a sentirse como si acabara de revivir. A veces, se acordaba también de *Bujías,* y aunque, en las ocasiones en que esto ocurría, acallaba sus remordimientos, asegurándose que en cuanto se aclarasen un poco las cosas regresaría a Ceuta, él mismo se percataba de que su entusiasmo había perdido ya la vehemencia de los primeros días.

Canseco, el de la «Ciencia Oculta», se había enterado de lo de su chica y el Tonio; pero, aunque nada dijo, porque era un profesional del destino y comprendía que era completamente inútil oponerse a él, lo desaprobó interiormente. Ahora bien, si la elección de Sonia no le complacía, no era por nada de particular, según afirmaba, sino porque el Tonio no parecía

proporción para la muchacha, sobre todo ahora que Canseco andaba tanteando a su hermana por cuestión de unas tierras. El no decía, cuidado, que fuese mal sujeto, sino que no tenía porvenir, y esto a la vista estaba, porque no es que fuera propietario de cuatro tablas y unos botes viejos como el *Conchas,* sino ni siquiera de un mal aparato de los de probar la fuerza, que era lo último. Y ya se sabía que los que pitaban en la feria eran los tipos como don Román, el de los carriles, aunque, desde luego, tampoco Canseco aspiraba a tanto y, puesto a pedir seguridades, se habría conformado con un carrousel infantil o un tio-vivo.

El Tonio se desenvolvía en la caja con mucha soltura, aunque, como se daba cuenta de lo precario de su posición, trataba de justificarse ante sus propios ojos diciendo que, entre si volvía o no con *Bujías,* mejor estaba allí que en otro sitio. Claro que él no se daba cuenta todavía de lo que influía la muchacha en esta decisión. Tampoco los meses que estuvo empleado con don Román fueron tiempo perdido, puesto que había aprendido a considerar las cosas desde un punto de vista completamente nuevo. El dinero que manejaba no era suyo, desde luego, pero él era quien contaba los billetes, los empaquetaba, les ponía dentro de una bolsa, se los llevaba a don Román, al hotel, y se los entregaba diciendo: «la recaudación»; y como, con estas cosas, el dueño le tomó confianza y siempre mandaba al Tonio en su lugar a las pujas de los Ayuntamientos, y el chico levantaba las propuestas y gritaba «doscientos más» con mucha convicción, se movía actualmente con otra gravedad y otro empaque. Ocurría también que cuando ahora comparaba a don Román con *Bujías,* salía éste perdiendo, ya que el de los carriles tenía lo menos tres millones, y eso que cuando empezó en el año 40 estaba empeñado hasta las cejas, y negocios así eran los que extasiaban al Tonio. Porque como don Román era un caballero, e iba siempre a la última, y llevaba una sortija en un dedo que debía valer diez mil duros, y hablaba muy fino, y sonreía mucho, y si decía que se sabía de feria todo lo que hay que saber resultaba que era verdad, y se cuidaba las manos, y usaba corbata de lazo y lentes, y no parecía un feriante, sino un catedrático, el Tonio se sentía maravillado. A menudo, lo comentaba con Hamido. El moro había recuperado parte de su tranquilidad, pero no toda, y todavía si alguien vestido de gabardina, se detenía delante del hornillo, a verle trajinar con los asadores, perdía el control de los nervios y se quedaba receloso y a la expectativa, porque el Tonio podía olvidarlo, si le parecía, pero él no, que la Policía seguía tras ellos. No obstante, como liquidaba a seis duros por noche, y ya no partía con el Tonio, y vivía aún mejor que en el Príncipe, se consolaba.

Una mañana apareció Sonia con un libro muy grueso, de pastas de color naranja. Se fue para el Tonio, abrió el volumen, dijo: «Mira», y el otro leyó: «3 de septiembre. Logroño. 80.000 habitantes. Ferial de ganado», y ella tapó la hoja con los dedos y le observó fijamente, y el Tonio comprendió que quería decir que dentro de cuatro meses haría un año que se conocieron, pero, como esto no tenía sentido, expuso, un poco al azar, porque se sentía desconcertado:

—Ya lo celebraremos.

Ella no contestó, sino que se puso a su lado, y los dos echaron a andar cogidos de la mano, entre las barracas, que, a aquella hora, todavía no habían levantado los toldos. De pronto, Sonia se detuvo y preguntó al Tonio que si la quería, y él, en lugar de responder, oprimió su mano. Ella dijo:

—Acabo de hablar con mi padre.

El Tonio la miró a los ojos.

—¿Ocurre algo?

—Pues sí.

El se alarmó, y Sonia adujo melancólica:

—¿De veras lo crees?

—¿El qué?

—Que lleguemos a celebrar lo nuestro.

El Tonio contestó que naturalmente, pero ella lo puso en duda, porque faltaban todavía cuatro meses, y él entonces replicó, riendo, que él tenía bastante cuerda y no pensaba morirse tan pronto.

Replicó Sonia:

—Me conozco de memoria a mi padre.

Y se puso a relatar al Tonio lo que Canseco había hablado el día anterior con ella; contó que él no se oponía a que se quisieran, desde luego, porque era la persona menos indicada para hacer frente al destino; pero que, sin embargo, no dejaba de comprender que Sonia era una criatura; y que un empleo de cajero no era futuro para un chico; y que como Sonia no discurría, tendría él que hacerlo por los dos; y que por eso había querido hacer que recapacitase; y que él no tenía nada que decir contra el Tonio; y que un padre siempre pretendía para sus hijos lo mejor; y que estaba seguro de que Sonia comprendería; mas, como ella siguió callada, Canseco aprovechó la coyuntura y se puso a alabar a Lino, el del «teatro Sanders», que estaba loco por la chica, como sabía todo el mundo. Eso sí que era un porvenir. ¿O es que Sonia no se había percatado de la envergadura del negocio? Ocho artistas, dos funciones por noche y un aforo de lo menos sesenta personas. Valía la pena que ella lo pensase detenidamente.

Cuando el Tonio oyó mencionar el nombre de Lino, se puso sombrío. Era un tipo remilgado, de bigotito, que andaba con mucho contoneo y haciendo sonar los tacones. Contaba lo menos treina años y trabajaba en el teatro, vestido de cow-boy, con un látigo, aunque, desde una vez en que el Tonio le vio partir un papel de fumar de un trallazo, el chico no se había atrevido hasta entonces a enfrentarse con él, pero, eso sí, cuando se terciaba, se le quedaba mirando a los ojos con mucha fijeza, para dejar bien sentado que no le era simpático el tío. Preguntó el Tonio:

—¿Tú que piensas hacer?

Ella dijo:

—Nada, ya ves. ¿No te quiero a ti? Pues entonces. Sólo que no me gusta que mi padre se meta en mis asuntos.

Al Tonio tampoco le gustaba, y pensó decírselo así a Canseco, pero en seguida rechazó la idea, porque comprendía que el otro era el padre y estaba en su derecho. Durante un segundo, anduvo tentado de decir: «Nos casamos, y en paz», pero se contuvo, porque verdaderamente el sueldo de un cajero, aunque trabajase con don Román, no daba para tanto. Cuando se apartó de la chica, el Tonio se quedó con el «Libro del feriante» en la mano, sintiendo que el mundo acababa de oscurecerse repentinamente a su alrededor. Dentro de dos días, embarcarían para Córdoba. Una vuelta completa al libro. Había viajado. Continuamente. De ciudad en ciudad. Pero nada de esto tenía importancia, porque, aunque él lo ignorase, el que todas las ciudades parecieran iguales, era debido a que los sitios por donde iba Sonia siempre tenían el mismo color alegre y la misma luz refrescante, y en todas partes se sentían los dos con el mismo deseo de reir. Ahora, sin embargo, el Tonio no reía. Tenía ceño. Estaba pensando que en cuatro meses podían ocurrir muchas cosas, y que acaso era eso lo que Sonia había pretendido hacerle comprender.

Pasaron por Córdoba y al final recalaron en Algeciras, el primero de junio, como estaba previsto por la tabla, y allí se encontró el Tonio con Santitos, que acababa de llegar de La Línea. Santitos se puso muy contento al verle, le llevó a un bar y le convidó a unas perras de vino. Luego dijo:

—Tu amigo *Bujías* ya está en la calle, por si quieres saberlo. Hace bastante tiempo.

El Tonio se alegró y así lo hizo constar, y el otro replicó que él también se alegraba, porque, detrás de Paco *Bujías,* el primero que hubiese ido a presidio, Santitos.

—Es lo bueno que tiene el matute —añadió—, que si te cogen con el

contrabando en la mano, te doblan, pero, si no te prueban nada, ni siquiera se meten contigo.

El Tonio quiso saber entonces si eso significaba que él y el moro podían regresar libremente a Ceuta, y Santitos replicó, divertido:

—Pues claro. Cuando quieras, mocete.

Y el Tonio se llevó la copa a los labios, sintiéndose verdaderamente extrañado al comprobar que le temblaba la mano.

XI

Mientras desatracaban, el Tonio se había acodado en la borda para que le cogiera la brisa de cara y escapar al mareo, porque los almadraberos, que habían conocido su debilidad, se le choteaban por esta causa y le traían aburrido; y al fin y al cabo, él se mareaba, pero no por eso dejaba de echar mano a los artes e izar los pescados a bordo con el garfio, lo mismo que cualquiera. El patrón dijo al de la máquina: «Tú, echa ya avante», porque habían salido de las lajas y no había peligro de encallar, y el motor trepidó, y la traíña enfiló a la almadraba, aunque, como había hinchón de levante, se encabritase toda por la proa. El Tonio hacía por no mirar al agua, y clavaba los ojos en el horizonte, donde Cabo Negro, pero como en una virada, salió Castillejos por la amura y él lo vio, se acordó del moro y de cuando iba bordeando la playa con el saco a la espalda para burlar a los aduaneros, y empezó a preguntarse qué habría sido de él en los dos meses largos que hacía que se separaron. Porque ocurrió que Hamido no quiso abandonar el hornillo y se quedó en las feria, debido, por lo que anduvo explicando al Tonio, a que él tenía su carácter y le gustaba vivir en paz con todo el mundo y no estaba dispuesto a que se repitiera lo de antaño. Y el Tonio regresó a Ceuta solo; aunque si mientras estuvo empleado con don Román, el de los carriles, hablaba de su regreso, «para cuando se arreglasen las cosas», sin mucho entusiasmo, sólo por convicción, porque comprendía que no le podía hacer ese feo a *Bujías,* desde que supo lo de Lino, el del látigo, no había deseado otra cosa. Porque él quería demostrarle a Canseco de lo que era capaz y no estaba dispuesto a que la chica fuera a dejarle por el otro, sólo porque el tipo tuviera porvenir, como decían. El, el Tonio, no había llegado a ser nadie en la feria, de acuerdo, una moralla de cajero, pero en cuanto se pusiera a trabajar otra vez con *Bujías,* dedicándose de lleno a los negocios, ya se vería hasta dónde podía llegar. Así se lo dijo a Sonia, y ella se le puso a llorar y le hizo la escena, y él, entonces, la sopló en el flequillo, porque le gustaba verla sonreír con toda la cara siquiera una vez, antes de marchar.

Sonia trató de hacerlo y, mientras andaba con que si las lágrimas, dijo que por lo menos le hubiera gustado llegar a Logroño; a continuación cambiaron un beso, y ella echó a correr y desapareció, y el Tonio comprobó que él también notaba deseos de llorar, pero de tristeza, esta vez. Luego, cuando llegó al trasbordador y saltó a bordo y sonó la bocina tres veces y pensó que Sonia la habría escuchado, lloró, efectivamente, porque se sentía infinitamente desgraciado. Sin embargo, a medida que el barco avanzaba por el Estrecho, fue renaciendo su optimismo y, a media travesía, ya lo había recuperado por completo. Y era que se encontraba convencido de que ahora que tenía experiencia y estaba enamorado, subiría deprisa, que era lo que importaba. Y, con este pensamiento, se puso a pasear por la cubierta. Más tarde, cuando tuvo Ceuta a la vista y pudo recorrer con la mirada el Hacho, y las casas, y las grúas del puerto, se enderezó y adelantó el pecho, impaciente por saltar a tierra y comenzar, y, aunque se acordó de su madre y de lo que diría al verle, y durante un segundo se puso otra vez melancólico reaccionó inmediatamente, porque estaba llegando su momento, y la vieja, Canseco, el Celso, incluso Telino, tendrían que rendirse a la evidencia. Un marinero, casualmente el mismo que estaba en la toldilla, aburrido, la tarde que visitó a la *Egipcia* en su casa, pasó junto al Tonio y, al verle:

—¿Qué hay, tú? ¿Por dónde andas metido? —preguntó.

El Tonio le abrazó con alegría, ya que era la primera persona que le reconocía después de tanto tiempo, y ésto le había conmovido.

—He estado un año fuera. Viajando —replicó. Y el otro:

—Así se vive.

Y el Tonio comprendió que tenía razón, que así era como se vivía y se sintió halagado.

Al descender del ferry, se encontró solo en el puerto, y, como le urgía empezar, cogió un autobús en el puente del Cristo y se fue a buscar a *Bujías*. No lo encontró en «La Estrella», pero sí a la *Egipcia*, en el bar, y ella le echó los brazos al cuello y dijo: «Nene, ¿que es de tu vida?», y el Tonio preguntó por su amigo. Contestó ella:

—Pero ¿no sabes? Ha vuelto a la parada.

Y como más tarde se enteró también de que el cosario le había limpiado la cartera, y, a *Bujías,* que ahora trabajaba por cuenta de otro, lo encontró tan cambiado que al verle dijo: «Hola», pero sin tomarse siquiera la molestia de salir del coche, como si se hubieran visto el día anterior, el Tonio introdujo las manos en los bolsillos y echó a andar sin rumbo fijo, porque ahora sí que se le había desmoronado todo, pero que de verdad.

Aquella noche le convidó la *Egipcia* a cenar, y, mientras lo hacían, ella dijo:

—Deberías volver con tu madre.

A él también se le había ocurrido esa idea, únicamente que se resistía a aceptarla, porque le costaba trabajo confesar su derrota, y abrigaba, además, sus dudas acerca de que la vieja quisiera recibirle de nuevo. Luego, mientras tomaban un anís en la barra, al Tonio se le ocurrió preguntar, de pronto:

—¿Usted sabe lo que puede costar un pasaje en barco hasta Venezuela?

La *Egipcia* le miró sorprendida y replicó que lo ignoraba, pero que por lo menos cinco mil pesetas, y el muchacho asintió con un gesto en silencio.

Cuando salió del cabaret eran las once, y el Tonío se encaminó hacia el centro. Necesitaba andar y pensar mucho, porque su cerebro había empezado a arremolinarse desde que, repentinamente, mientras cenaba con la *Egipcia* le vino a la memoria el recuerdo del *Legionario*. Y como la idea se había apoderado de él, entró a rumiarla, mientras tomaba un café, a la Cofradía de Pescadores. La Cofradía tenía sus locales en un edificio macizo, estilo vasco, con un mirador corrido y ventanas pintadas de verde, aunque, en su interior, ofrecía una vaga apariencia de navío, con su escalera con el pasamanos de cuerda, su rueda de timón en la lámpara y sus parejas de remos por las paredes. En el bar, había cuatro marineros, con boina, y tabardo, soplando aguardiente. Hablaron un rato de la melba, pero pronto cambiaron de tema y se pusieron a referirse a la almadraba. El Tonio, que se había sentado en un velador, no prestó demasiada atención a lo que decían, pero, como uno de los marineros empezó a rajar de la temporada, y de que si se cobraba tanto y cuanto, se puso a escuchar, interesado. Resultó, que, en la próxima semana, calaban las redes de la almadrabilla, y que los que charlaban, habían decidido contratarse, y calculaban que, entre el jornal y los porcientos, bien podía ocurrir que saliesen, al final, por mil doscientos duros, justo lo que el Tonio necesitaba para su barco a Venezuela. Así que, al otro día, se dirigió a ver al capitán de la Almadraba y pidió enrolarse y lo admitieron, porque tenía diecinueve años y había medrado mucho y tenía más cuerpo que cuando abandonó el Instituto. El ya sabía que lo de la pesca no se avenía a su carácter, porque estaba acostumbrado a otra cosa, pero como no eran más que seis meses, y se había embalado con lo de Venezuela y no veía otra solución, se resignó, pensando en lo que diría Canseco cuando él le diera con el título de una mina en mitad de la cara.

Aún seguía acodado en la banda cuando dijo el patrón: «Para», al de la

máquina, y el motor dejó de funcionar y la embarcación resbaló por el agua, y los de la guardia la arrimaron con el bichero; luego: «Amarra» y la encastellaron, y el Tonio y los otros saltaron al barco, y la traíña se volvió en seguida. Era lo mismo que habían hecho decenas de veces desde que comenzó la temporada, decenas de veces que el Tonio y los demás habían ido a tierra para volver al otro día, y no había razón para pensar que pudiera ser distinto en esta ocasión. Porque, aunque los barcos se quedaban atados a los amarradillos, junto a las redes, los almadraberos, menos los de guardia, no pasaban allí la noche, sino que los llevaban a la mar a la hora del copo, y esto era lo que más le agradaba al Tonio, por lo del mareo.

Las barcas estaban formadas en cuadro, todas menos una, que llamaban sacada, que se iba aproximando de través a las otras, pero muy despacio, porque se movía de que los marineros tiraban hacia sí de los artes. Eran los menos veinte y cobraban redes a mano llena, y se venían jaleando, y, con que «aaaaupa» y «vaaamos» y «yaaaa», sus voces sonaban estrepitosamente, y los corchos punteaban el agua, pero, ahora, con los tirones, se removían y parecían vivos. El capitán dijo, mirando al agua: «Hoy se darán atunes», y el Tonio se alegró, por su por ciento, pero sólo por eso, porque por lo demás estaba asustado. Era la primera vez, desde que andaba en la almadraba, que anunciaba atunes, y él no ignoraba que no era lo mismo echar el gancho a una malba de dos kilos que a un bicho de doscientos, y tampoco que un atún se cargaba a un tío, si le cogía bien, como quien lavaba, y que si las bancadas estaban resentidas no era de otra cosa que de los coletazos.

La sacada fue cerrando el cuadro, y las redes subiendo del fondo a toda prisa, y los peces también, aunque mezclados a barullo y muy nerviosos, y el Tonio vio un volador y una tintorera y muchos bonitos, y cuando un marinero dijo: «Ahí ya vienen», y observó un reflejo plateado, cogió su gancho y se situó en la borda y sintió frío en el estómago. Los atunes aparecieron en montón, dando coletazos, y el agua se puso a hervir de espuma, y los marineros a gritar, y el Tonio a amedrentarse, pero como no tenía otra alternativa y el capitán chillaba: «Iza», pero exasperado, cerró los ojos y amagó a un ejemplar con el garfio, sólo que, al hacerlo, tuvo la impresión de que acababa de lanzarse desde un avión, al vacío, como una vez, en que le plantó cara a su madre. Los marineros enganchaban a los atunes por un ojo y los subían a la barcaza diciendo: «Auuup», y el Tonio se sintió arrepentido de haberse enrolado en la almadraba, porque él estaba acostumbrado a otra cosa, y sus rodillas crujían del esfuerzo, y los almadraberos se burlaban de él y le llamaban flojo.

Las redes se atirantaron, completamente a flor de agua, vencidas por el peso de los animales, y los marineros entraban y salían de la barca y pasaba por encima de los atunes, como si nada, y el Tonio también, porque no le quedaba otra alternativa; pero como era nuevo y tenía miedo y se reservaba y los coletazos azotaban el aire con mucha furia, pensó que sería un milagro si no le alcanzaban. Estaba empapado de agua y sucio de sangre y de brea y muy pálido, y manejaba el gancho como por inercia, sin demasiada convicción, como sin darse cuenta de lo que hacía. Por eso, cuando uno le advirtió: «Anda con ojo, que hacen pupa», el Tonio ni creyó siquiera que se estuviera dirigiendo a él; ni tampoco un segundo después, cuando salió proyectado contra la barcaza y sintió un dolor violento en una pierna, y un marinero soltó un taco a su lado y dijo: «Muchacho», y todos se pusieron muy nerviosos, y le cogieron por los sobacos, y lo metieron en el barco; solo que, de repente, Sonia empezó a sonreírle con toda la cara, y esto sí que estaba seguro de que era por él.

XII

Al principio de estar en el hospital, el Tonio se sentía muy desgraciado, no porque le hubieran dicho que quedaría algo cojo, sino porque comprendía que, mientras tuviera la pata enyesada, colgada de una barra, y con una pesa sujeta del talón, no podría intentar nada de lo suyo; pero, cuando un día llegó el de la Mutua y le hizo firmar unos papeles y le dijo que le correspondían ochenta mil pesetas por el accidente, le pareció que se desvanecía, porque él no había visto nunca tanto dinero junto, ni siquiera cuando trabajaba con don Román, el de los carriles. Desde que ocurrió lo de la Mutua, Paco *Bujías* le visitaba a diario. Llegaba y se ponía a los pies de la cama, se acodaba en el borde y se le quedaba mirando en silencio, por entre la escayola, con gesto contristado, meciendo la cabeza, hasta que se cansaba y se iba. Así durante dos semanas. El Tonio no sabía qué pensar del asunto, porque seguía desilusionado de *Bujías,* desde la noche en que se llegó a visitarle a la parada; pero tampoco dejaba de comprender que los amigos eran para las ocasiones y que ahora iba a visitarle todos los días e incluso, movía de cuando en cuando la cabeza, como dando a entender que el chico le tenía preocupado. Un día, sin embargo, *Bujías* arrimó una silla al lecho, se sentó, miró al Tonio, y se puso a platicar con él, pero en tono conciliador.

—¿Qué piensas hacer luego? —preguntó.

El Tonio quiso saber cuándo y el otro dijo:

—Al salir del hospital.

Aún no tenía nada decidido, explicó el Tonio; aunque no se inquietaba por ello, porque hasta diciembre no le darían de alta y le quedaba tiempo para pensarlo. No obstante, era casi seguro que se embarcaría para Venezuela. Dependía de cómo quedase de la pierna, cuando le quitasen el yeso.

Bujías levantó la barbilla, se puso las gafas y adoptó un gesto levemente condescendiente, como si no concediese ninguna importancia a lo que el otro había asegurado.

—No te metas en dibujos, chavea. Cada uno a lo suyo. ¿O es que te gusta complicarte la vida?

Lo malo del Tonio era que se dejaba impresionar fácilmente, y si cuando trabajaba con don Román y comparaba con él a *Bujías* salía éste perdiendo, ahora, que lo tenía delante, se sentía subyugado por él.

—Tengo un buen asunto a la vista, y, si nos aviamos, nos ponemos a ello. Como antaño.

Inquirió el Tonio:

—Pero ¿qué haría usted con el taxi?

—Dejarlo. La parada ya no es negocio.

A continuación, se puso a explicar que estaba a punto de conseguir la representación de una casa alemana de coches. Era una marca nueva, y el auto, una preciosidad; de dos tiempos, siete caballos y poquísimo consumo. Como para abrir la tienda y que la gente se lo quitara de las manos. La fábrica que la casa tenía en Colonia, lanzaba treinta unidades por día.

—Fíjate.

Sacó unos catálogos del bolsillo.

—Ahí lo tienes— dijo; y como le habían salido los dientes en el oficio, se enredó a hablar de cilindradas, recorrido del pistón y gasolina por su peso, y a mover el dedo sobre la cartulina como un puntero. El Tonio se dio cuenta en seguida de que el asunto tenía porvenir, y aseguró que le gustaba, y Paco se mostró sastisfecho y replicó que no esperaba menos. Lo que ocurría era que para que la casa le concediese la representación, necesitaba capital.

El Tonio se había dejado arrastrar por su imaginación, y se vio vestido como don Román, viviendo en un hotel, sentado ante una mesa de despacho, como la de la sucursal de Casablanca, cuando lo de Telino, y como la imagen le complugo, sonrió, y una vez que *Bujías* hubo dicho: «A pasarlo bien y que pienses en ello» y se fue, él quedó rumiando, en efecto, la idea, acordándose de Canseco, de Lino y de lo que dirían al enterarse.

Pero al día siguiente se presentaron Emilia y Mauricio en el hospital. El Tonio se emocionó, porque verdaderamente no creía que la vieja se acordase ya de él. Ella lloró un poco, preguntó cómo seguía el Tonio de la pierna, y dijo que lo encontraba blanquito como la pared, pero no mencionó para nada el pasado. Emilia parecía ahora unos años más joven, de que llevaba faja, el pelo recogido, mantilla y bolso, y el Tonio así lo hizo constar y Emilia se azoró un poco, riendo, y miró de pasada a Mauricio. El comestiblero se limitó a sonreir, enseñando sus dientes de oro; sin su guardapolvos, parecía como desdibujado, y el Tonio comprendió que era la tienda la

que le daba brillo. A continuación, Mauricio, que hablaba muy pausado, preguntó al Tonio, como *Bujías*, qué pensaba hacer cuando saliera, pero el chico ocultó sus proyectos, porque la presencia de Emilia le cohibía.

Dijo ésta a Mauricio, con idea de que el Tonio lo oyese:

—Como tiene dinero, ya no querrá estudiar.

El comestiblero replicó que claro, y que haría bien, porque con cerca de veinte años no parecía natural empezar otra vez con los libros.

—Todo tiene su época —afirmó. Después, dirigiéndose al Tonio, expuso que, en su opinión, lo más propio sería que pusiese un comercio de ultramarinos como el suyo, y cuando Emilia terció, un poco moruga, porque ella seguía con su idea de «La Industrial, S.A.», adujo Mauricio:

—¿Es que tienes algo que oponer?

Y por el tono ofendido con que lo dijo, se notó que se sentía orgulloso de su posición.

El Tonio no respondió, pero, en cuanto lo dejaron solo, empezó a pensar en la tienda, y al imaginarse a sí mismo embutido en su guardapolvos como Mauricio y pesando lentejas, frunció los labios y asintió, con gesto complacido.

Una monja apareció en la puerta con un vaso, ladeando la cabeza al pasar, para dar entrada a la toca. El Tonio la llamó. Dijo:

—¿A cómo somos hoy, hermana?

—A doce de agosto. ¿Por qué?

—No, por nada.

Y cuando la Sor avanzó por la sala, el Tonio empezó a calcular, y dedujo que aún faltaba cerca de un mes para las ferias de Logroño. Luego extrajo de debajo de la almohada el libro de pastas color naranja, buscó el 3 de septiembre, cubrió el volumen con el embozo de la sábana y se quedó como extasiado, con la mirada perdida en el vacío, como solía hacer Hamido. Y sonreía. Y Sonia también, sólo que con toda la cara.

UNA HORA PARA LA ETERNIDAD *

El Médico de Niños introdujo el fonendoscopio y el termómetro en la cartera de mano y diagnosticó:

—Cólera infantil.

Y el Padre de la Niña de Dos Años se volvió de espaldas antes de interrogarle, porque le asustaba conocer la verdad:

—¿Es grave?

El Médico de Niños extrajo su bloc de recetas y su pluma, y escribió en la primera hoja. Después arrancó el papel y lo depositó sobre la camilla.

—Compre esto en la Farmacia y que se lo pongan a su hija en seguida.

El Padre de la Niña de Dos Años preguntó de nuevo:

—¿Cree usted que es grave?

Al Médico de Niños no le gustaban las escenas y replicó conciso:

—Bastante. Por la deshidratación sobre todo —recogió su cartera—. La visita son cien pesetas.

La Madre sacó de la cómoda una caja redonda, que encerró una anguila de mazapán en Navidad y ahora contenía las quinientas pesetas del plazo semestral de la «Siempreviva, S. A., Sea Usted Previsor». Tendió un billete al Médico de Niños y éste lo cogió sin mirarlo, y abrió la puerta del piso y salió a la calle y, mientras calentaba el motor, indicó al Padre de la Niña de Dos Años, que se había acercado a despedirle:

—No se debe perder un momento. Yo que usted tomaría un taxi. Una hora más en esas condiciones podría resultar fatal para la niña.

Y puso en marcha el automóvil y el humo del escape envolvió al otro como una nube triste. El Padre de la Niña de Dos Años le siguió con la mi-

* Relato galardonado en el «Certamen Internacional de Cuentos» organizado por el «Diario Regional» de Valladolid y patrocinado por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca.

rada hasta el final de la calle, y observó que la luz del stop se iluminaba un segundo.

El Médico de Niños habló consigo mismo:

—Deberían asfaltar estos barrios. Se le hacen a uno polvo las ballestas.

El Padre de la Niña de Dos Años dijo:

—Ponla la toquilla.

Y la Madre envolvió a la criatura en la toquilla del bautizo y él abrió su carnet del Sindicato y metió los billetes y la receta en medio y se echó todo al bolsillo. A continuación indicó:

—Estate preparada. Yo voy a buscar un coche.

El Padre de la Niña de Dos Años se dirigió al Taxista:

—¿Está libre?

Y el Taxista encendió la luz interior del vehículo y estudió con desgana el rostro:

—¿A dónde va a ser?

—Primero a la Farmacia y después al Dispensario del Seguro.

El Taxista dudó un momento antes de replicar. Desconfiaba:

—El pago, por adelantado. —Luego, mientras mentía, deslizó su dedo por debajo de la gorra y rascó con la uña el cuero cabelludo—. Es la costumbre.

El Padre de la Niña de Dos Años puso al descubierto el dinero, y el Taxista zorreó:

—Con veinte duros creo que habrá bastante.

La Farmacia de Guardia tenía echado el cierre metálico, pero había un cartel con una luz encima, y se leía: «Llamen al timbre», y el Padre de la Niña de Dos Años pulsó el botón, y eran las tres y veinte.

El Mancebo de la Farmacia dormía en la rebotica, sobre un catre. Casualmente soñaba con una playa y una muchacha rubia, y él la había cogido del brazo y marchaban descalzos sobre la arena hacia las rocas y riinnn...

El Mancebo de la Farmacia saltó de la cama y fue a la puerta y llevaba cara de sueño y gesto contrariado. Pensaba: «Uno que quiere una aspirina. O algo para el dolor de muelas. O Blenocol». Y la mera posibilidad de que ocurriera así le dejó vivamente indignado.

El Mancebo de la Farmacia recogió la receta a través del ventanillo y deletreó, adormilado:

—Isoplasma.

Y se adentró en la trastienda y empezó a revolver en las estanterías, y

musitaba: «Isoplasma, Isoplasma», pero maquinalmente, porque su imaginación seguía en la playa y estaba deseando acostarse de nuevo para ver si lograba empalmar la película.

El Padre de la Niña de Dos Años recibió el medicamento y comprobó que pesaba muy poco, y se le ocurrió: «Como una pluma»; y recordó que la Madre se quejaba a menudo:

—Esta niña nuestra pesa lo que una pluma.

El Mancebo de la Farmacia dijo:

—Son 64,90.

Y el Padre de la Niña de Dos Años le alargó otro billete y se quedó a esperar la vuelta. Oyó primero la campanilla de la registradora y luego la voz del Mancebo de la Farmacia.

—Aquí tiene.

Y le pasó la receta y el cambio, y el Padre de la Niña de Dos Años repuso:

—Buenas noches y gracias.

Pero el Mancebo de la Farmacia ni respondió siquiera, sino que apagó la luz rápidamente y se hundió otra vez entre las sábanas. Y eran las tres y media.

El Vigilante del Dispensario del Seguro no dormía, roncaba en el vacío. Había bebido mucho aquella tarde y pom, pom, de pronto una bandeja con estrépito de vasos y botellas al suelo, salvo que en seguida comprendió que era que alguien picaba en los cristales esmerilados de la puerta.

El Vigilante del Dispensario del Seguro se levantó de su butaca y la habitación le dio vueltas, y tuvo una náusea, y decidió: «No volveré a beber», porque cada día le resultaba más penoso recobrarse de la resaca. Gritó, malhumorado:

—Ya va.

Y abrió, y al enterarse de lo que ocurría, exclamó, y oscilaba:

—Vaya usted a la Clínica de Urgencia. Esto es un Dispensario. No trabaja de noche.

A la luz que se filtraba de la calle, miró su reloj, y eran las cuatro menos cuarto, y deseó que dieran pronto las nueve para irse a su casa a acostar. Después, regresó a la butaca, y al sentarse notó como si el suelo le empujase de repente hacia arriba. Su compadre decía: «Eso se quita poniendo un dedo en la pared». Y el Vigilante del Dispensario del Seguro apoyó su índice en el muro y se quedó dormido en seguida.

El Sheriff disparó sobre Jim, el cuatrero, y el colt 45 ladró cinco veces, y Jim empezó a doblarse sobre sí mismo, y la enfermera dijo:

—Una urgencia, doctor.

El Médico de Guardia dejó perezosamente la novela y se encaminó hacia el vestíbulo; y pensaba: «Verdaderamente, el Sheriff es dos veces más rápido que el otro». Inquirió:

—¿Qué le ocurre?

El Padre de la Niña de Dos Años explicó su problema, y el Médico de Guardia sonrió condescendiente y expuso:

—Las Clínicas de Urgencia no disponen del instrumental necesario para esa clase de intervenciones. Créame que lo siento. Vaya al Hospital, a ver.

Y volvió a su habitación y abrió otra vez el libro y Jim, el cuatrero, se derrumbó definitivamente con cinco balas en el cuerpo a las cuatro en punto de la mañana.

«Tercer Misterio Gozoso: El Nacimiento del Hijo de Dios»; y la Hermana bajó la escalera y el Padre de la Niña de Dos Años se adelantó hacia ella y le mostró la ampolla de isoplasma como una ofrenda.

La Hermana meneó la cabeza y vibraron las puntas de la toca:

—Ha llegado usted en mal momento. El transfusor está ocupado. Acuda a un practicante. Utilice el teléfono, si quiere.

El Padre de la Niña de Dos Años se internó en la cabina de la centralita. La Hermana se había puesto triste y reanudó el rosario, pero rectificando: «Tercer Misterio Doloroso: Los azotes a la Columna».

El Practicante se despojó de la americana y el pantalón, y empezó a ponerse el pijama, y contempló a su mujer, y arguyó para sí: «Si al menos no se diera esa crema en la cara...»

Acababa de volver de la calle y venía pensando en un strip-tease, y al encontrarla con las mejillas llenas de grasa, se indignó: «Toda la noche trabajando, y ella no puede prescindir de la crema».

Sonó el teléfono y el Practicante descolgó el receptor:

—Diga... Sí. Vaya andando para su casa. Yo iré en seguida. ¿Cuál es su dirección?

Y apuntó las señas en su agenda y comenzó a vestirse, y su mujer se removió en la cama, y él se acercó a besarla, y ella le rodeó el cuello con sus brazos, y el apagó la luz.

El Practicante dijo:

—Tengo que salir.

—¿Pero, otra vez, cariño?

Y el Practicante terminó de ponerse la camisa y consultó su reloj, y eran las cuatro y cuarto.

El Practicante colocó el maletín de cuero en la camilla y hurgó en su interior y sacó el vaso y las gomas y empezó a hervir el agua. Luego examinó el brazo de la niña y expuso:

—Habrá que disecar la vena.

El Practicante punzó con una lanceta y brotó una gota de sangre, pero en seguida se olvidó de la aguja, sino que levantó un párpado a la niña y movió gravemente la cabeza y empezó a recoger los aparatos. Y eran las cuatro y veinte. Dijo:

—Lo lamento. —Y después—: Mis honorarios son doscientas cincuenta pesetas. —Y a continuación, disculpándose—: La salida de noche. Son cosas del Colegio.

Y el Padre de la Niña de Dos Años Descubrió su carnet del Sindicato, y la «Siempreviva, S. A., Sea Usted Previsor» se quedó sin su plazo del semestre.

El Taxista regresó a la parada. Murmuró:

—Las cuatro y media. La hora del expreso.

Pero le dio pereza marchar a la estación y se justificó ante sí mismo: «El jornal ya está a salvo. Más de veinte duros no habría de sacar». Y cubrió con su gorra el cartel de «libre» y se arrellenó en el asiento.

El Padre de la Niña de Dos años comenzó a peinarse delante del espejo, porque a las cinco le tocaba su turno en la Fábrica de Hielo. Pensaba: Le diré: «Acaba de morirse». Y él: «Le acompaño en el sentimiento. Váyase a casa», y de imaginar que el capataz podría hablar así, le entraron deseos de llorar.

Y la Madre lloró.

NOCHE DE GATOS Y BOMBAS*

No puedo, es que no puedo, ya no he podido nunca desde entonces escuchar a los gatos de enero sin taparme las orejas o esconder la cabeza debajo de las sábanas, los gatos que maúllan, maullaban, no, no, sollozaban, lloraban, plañían como saxofones, enarcados sobre el caballete de una limatesa, saltaban de un terrado a otro o se deslizaban por entre chimeneas, tendederos y canalones, mientras tú y yo, Pepet, acurrucados bajo el alero de una buhardilla, espiábamos en la sombra durante una, dos, tres, cuatro horas seguidas. Así hasta que él me susurraba de pronto *escolta noi*, porque tú sí, Pepet, tú tenías oído de cazador y habías captado la proximidad de la presa, un morrongo que se arrastraba tejas arriba, con el recelo en el fósforo de los ojos y el cuerpo flaco y negro lleno de huesecillos locos, aplastado contra la techumbre. Si, *dius be,* Pepet, ya viene uno, lo veo reptar hacia el vacío cajón de madera, vuelto del revés, que hemos instalado en la vertiente de la cubierta, sostenido en ángulo mediante el apoyo de un palo. A partir de este instante, ambos sabemos todo lo que va a suceder. En el tiempo que llevamos saliendo juntos de caza, hemos capturado cuarenta y tantas piezas. Ya somos veteranos, Pepet, aunque yo todavía continúe sin percibir ese rumor de esqueleto suelto, tabas secas y vértebras que, según tú, les suena a los gatos por dentro cuando recorren en silencísimo tejados y azoteas.

La luna era cruel, lo recuerdo muy bien, maravillosamente cruel. Parada en medio de la noche, parecía un reloj de campanario al que la onda explosiva hubiese arrancado las agujas en el último bombardeo. O en el próximo, de sobra lo sabíamos tú y yo, ya que con luna llena, las calles de Barcelona presentaban un blanco perfecto para la aviación. Daba lo mismo que hubiesen cubierto de papeles morados, como de forrar noches y libros,

* Relato galardonado con el Premio Nacional de Cuentos «Biblioteca Gabriel Miró».

los cristales de las farolas, o que los vehículos circulasen con las luces apagadas: aquella enorme luna, cruel y redonda, dejaría la ciudad convertida en una inmensa diana, y la marejada de tejados del casco antiguo, en una pesadilla de saxofones amorosos y de sombras que se llamaban, se buscaban, se perseguían. No la de nuestro gato, desde luego, que había venteado el cebo en lugar de la hembra y ya se dirigía hacia el lazo que le habíamos tendido, entre Pepet y yo, una, dos, tres, hasta cuatro horas antes.

Me acuerdo: aquella noche, 1938, enero, también había luna, de manera que todo se desarrollaría como de costumbre, por qué no, qué motivo podía existir para que las cosas fueran a ser distintas. El gato, empujado como nosotros por el hambre, rondaba ya alrededor de la añagaza, a veinte pasos de nosotros, los que nos separaban de ella, *atent, nano, no fagas bruit.* Al fin, se decidió a olfatear el cajón; insinuó un zarpazo, sin demasiada convicción todavía, en dirección a la morcilla que habíamos birlado, de mañana, como otras veces, en un puesto del Borne. Era completamente nuestra, propiedad privada, nos pertenecía y la compartiríamos al terminar la cacería, como siempre. No había cuidado, las uñas no lograrían alcanzarla, ya tomamos la habitual precaución de colocarla, a salvo de la garra del tigre, en el fondo de la trampa. Mió el morrongo por su fracaso, con la pata en el aire; luego, abatió el hocico; por espacio de unos segundos, permaneció con la mirada fija en el cebo y el cuerpo completamente inmóvil. La suspicacia se le concentraba ahora en el extremo de la cola, lo único vivo en apariencia que le quedaba, que repiqueteaba sobre un roblón. Por último, como estaba previsto, alzó el rabo y, con la piel erizada de cautelas, empezó a progresar, milímetro a milímetro, hacia el artilugio; penetró en su interior; al hacerlo derribó el palo; se le vino encima la caja y quedó atrapado, arañando la madera y mayando. En resumen, Pepet, lo acostumbrado: sin novedades dignas de mención.

Lo que seguía luego, resultaba más complicado: trasladar la captura a un talego de que íbamos provistos; salir indemnes de la operación, sin mordeduras ni arañazos; cruzar de regreso el tejado; descender por una bajante hasta la terraza contigua, que daba a una escalera, y, una vez en la calle, encaminarnos *a cá la Nineta,* un sórdido burdel del barrio chino, al que Pepet había concedido la exclusiva, en el suministro de gatos, proveedores de la real casa, como decías tú. La dueña, la Nineta, de nombre Nuria, era una mujer pechugona, besucona y lírica. Llevaba un ojo de cristal e iba vestida siempre de kimono con pavorreales y bordados. Solía recibirnos, con mucho remilgo, en lo que ella denominaba el saloncito: una habitación empapelada en rosa sobado y amueblada con butacas a juego, de raso

raído, y una consola donde había un florero y una estatuilla del *més petit de tots.* Allí debatíamos las transaciones. La Nineta, que pretendía disimular su mezquindad con arrumacos y grititos, alargaba la mano a cada instante, *qué macos sont ells,* para sobarnos las mejillas, pero en cuanto se iniciaban los regateos, el ojo de verdad se le volvía desconfiado y rencoroso, encendido por la codicia. La escasez encarecía poco a poco las subsistencias y nosotros tratábamos de elevar paulatinamente los costos, en proporción equivalente. Nuria resistía como una leona, sin embargo, pues lo que ella consiguiese abonarnos de menos, se lo cargaría luego de más, a las pupilas, en la cuenta de la pensión. Y, encima, como carne de conejo; y a precio de mercado negro. Y eso que, según aseguraba la dueña, Pepet le atraía de manera especial, desde que se enteró de que no tenía familia, *pobret,* y dormía por los portales y las bocas del Metro.

Fue en la del de Lesseps, precisamente, donde nos habíamos conocido, meses atrás. A él empezaba entonces a bullirle en la cabeza la idea del negocio, con el que pensaba redondear los ingresos que obtenía como mandadero de prostíbulos y tabernas, en el barrio. Pero para las cacerías hacía falta un compañero y recurrió a mí. Yo, por aquéllos días, andaba siempre medio desfallecido, porque la cama no, pero la comida diaria se me había puesto difícil. Cuando terminé el Bachiller, en Valladolid, a primeros de julio del 36, determinó mi padre solemnizar el hecho, ya eres un hombre, tienes que ver mundo, enviándome a Barcelona, a pasar unas vacaciones, en casa de una antigua criada que vivía en la *Travesera de dalt.* Pero sobrevino la guerra, se fundió el dinero que traía y, como yo no tenía derecho a cartilla de racionamiento, me borraron de la lista del rancho. Así que yo pasaba el tiempo en maquinar el modo de no morirme de hambre. Y supongo que Pepet, al cruzarse casualmente conmigo aquel día, se hizo cargo en seguida de mi problema; porque debo reconocerlo, Pepet, en cuanto a intuición y ojo clínico, eras un águila. Por serlo, es por lo que te camelaste a la Nineta como lo hiciste. Resultaba que Nuria se dejó en una ocasión olvidado el ojo de cristal sobre el mármol de la consola. Y Pepet, que traía un recado para una pupila y se había colado en la casa al ver la puerta abierta, arrambló con el vidrio, se lo echó al bolsíllo y se quitó a toda prisa de en medio para dirigirse a los *Encantes,* a ver lo que daban por él. No dieron nada, de forma que retornó Pepet al burdel, pidió por la dueña, y le entregó el ojo, explicando que acababa de recogerlo, de un hoyo del umbral, donde debía haber llegado rodando. La Nineta, que había andado tuerta durante un par de horas, se emocionó mucho por el detalle; abrazó a Pepet; le besuqueó, y aunque no le ofreció dinero, le brindó su

maternal, eterna y agradecida amistad. Y Pepet le tomó la palabra; entraron en tratos sobre el asunto, llegaron a un acuerdo, y quedó convertido en abastecedor permanente de gatos, ya que, como él decía, con un comprador único, el riesgo de meterse en complicaciones con la Policía, quedaba reducido al mínimo.

Y tú ya te habías cargado el saco al hombro y yo echado a andar, delante de ti, en cuclillas para no caerme, por el plano inclinado de la cubierta, cuando, de algún piso de abajo, llegó una voz de locutor de radio: *Barcelonins, i ha perill de bombardeig, aneu als vostres refugis,* sofocada, en seguida, por el creciente ulular de las sirenas de alarma. ¿Qué podíamos hacer nosotros? *Res.* Permanecer en el tejado. Había demasiada distancia hasta el refugio, y, al fin y al cabo, ambos estábamos ya bastante curtidos en materia de bombardeos. De repente, el runrún de las hélices empezó a impregnarlo todo, y los estampidos de los antiaéreos a sacudir el mundo y llenar de borrones el cielo. Fue en aquél instante, Pepet, cuando dijiste *vina, vina, des d'aquí es veu millor!,* porque querías que volviese sobre mis pasos, hasta donde tú te encontrabas, de pie en la limatesa. Lo recuerdo muy bien: aquella luna, maravillosamente cruel; las bocinas; los antiaéreos; los motores; las bombas, y tú dibujando en el aire, con un gesto, desde tu observatorio, *vina, vina!,* la trayectoria de la bengala que acababa de aparecer y descendía, brillante y amarilla, como envuelta en papel de bombón. *Vina...!* Pero era mucho gesto el tuyo; quería abarcar demasiado; una curva, la que trazabas, con un radio excesivamente ambicioso como para intentarlo con un minino medio rabioso a cuestas. Entonces perdiste el equilibrio y yo te ví rodar por la pendiente, sin soltar el saco; caer al espacio y lanzar un alarido infinitamente largo. Como el maullido del morrongo: juntos los dos gritos en su viaje por el vacío, trenzado para siempre uno con otro. Y ahora no puedo, es que no puedo escuchar a los gatos de enero, Pepet; me espantan sus sollozos, me sobrecogen, me acobardan.

LA BARBA*

Notas tomadas de entre las que, vertidas por extenso y diariamente, figuran en la agenda íntima de L. A. M., 18 años, estudiante de Filosofía y Letras, primero de comunes.

15 octubre.—...Tras discusión abierta con Leo, llego a la conclusión de que no existen (no deben existir) actitudes neutras. Radicalizarse en el «sí» o en el «no», pero nunca adoptar posiciones eclécticas de raíz acomodaticia. (Ojo: recordar esta frase para futuras disertaciones con él. Me ha caído simpático. Como Ayestarán y Fe Martínez. Ayer coincidimos los tres a la salida de la Facultad y fuimos a tomar unas cervezas en un bar de Princesa. Charlamos cerca de dos horas. Creo que seremos amigos.)

21 octubre.—Nota acerca de Fe Martínez (susceptible de futuras rectificaciones): tendencia a cierto conformismo burgués teñido de superficialidad. Convendrá seguir estudiándola, sin descartar a su favor la posible influencia sobre su carácter de presiones familiares o deformaciones derivadas de una educación convencional. (¿Colegio religioso tal vez? Investigar con habilidad sobre este punto.)

3 noviembre.—Sí, Leo está en lo cierto. Uno debe comprometerse en cada acción (Sartre). Plan de vida a seguir: barrer de mi *ego* los últimos rastros de fetichismos, mitos y clichés grabados en mi subconsciente por los mecanismos inhibitorios y condicionadores del *establishment.*

8 noviembre.—Si no hay acciones neutras, ni siquiera triviales, tampoco el hecho de dejarse la barba puede ser estimado como tal. A este respecto, no cabe resolver a la ligera, a base de adoptar una actitud caprichosa y descomprometida.

---

* Segunda «Hucha de oro» en el concurso de cuentos de la Confederación General de Cajas de Ahorro.

Primera pregunta: ¿Debo dejármela crecer otra vez?

Antecedentes:

1.° Durante el verano pasado llevé conmigo la máquina eléctrica, pero dificultades para encontrar enchufe —*campings* de tercera, por ese lado no me reprocho nada— me obligaron a despreocuparme del asunto.

2.° Las primeras semanas de curso, incluida esta misma mañana, me he presentado en clase afeitado.

3.° A partir de hoy decido afrontar el problema con plena conciencia y responsabilidad de mis actos.

(Nota: Ayestarán la lleva; Leo no, a pesar de sus ideas avanzadas —¿consecuencias del hábito adquirido durante los tres años que permaneció en el Seminario?—; Fe Martínez opina, juicio sospechoso, que estoy así genial. Son sus propias palabras.)

Segunda pregunta: ¿Constituye la barba un verdadero signo de liberación e inconformismo frente a una sociedad estereotipada?

— Los imperialistas romanos se depilaban.

— En cambio, el Cid, arquetipo de sometimiento indiscriminado a la autocracia, hace ostentación descarada de su mechón «vellido», e incluso se complace en proclamar, en un alarde de bruto medieval, que nunca fue mesado por mano de varón.

— Marx la llevaba; pero también su contemporáneo Leopoldo II de Bélgica, promotor, a nivel de empresario, del colonialismo más despiadado: la superbarba del rey Leopoldo proyecta todavía una sangrienta sombra sobre el mapa del «tercer mundo».

— Fidel y «Ché» Guevara la han convertido en símbolo de la revolución frente al capitalismo rasurado; sin embargo, Mao no la usaba. (¿Será que los orientales nacen, crecen y mueren barbilampiños? Ojo: documentarse a fondo sobre este tema.)

12 noviembre.—Por fin he decidido dejármela crecer. Fe Martínez no se muestra conforme. De acuerdo. Respeto su opinión, pero no la comparto. (Evidentemente se trata del típico producto humano de la superestructura capitalista. No se puede negar que es inteligente y que está como un tren, pero cada día descubro en ella nuevos espectros en su ancha gama de prejuicios: ve dócilmente la televisión, se maquilla, juega al tenis en un club *distinguido* —ja, ja— e incluso me parece que monta allí también a caballo, puesto que habla de equitación con una sospechosa frecuencia. El jueves le presté *Eros y civilización* y el viernes me devolvió el libro dicien-

do: «Marcuse no pasa de ser un carcamal asquerosito. Puedes estar seguro de que, en sus días libres, hasta se inyecta testovirón.» ¿Qué se puede esperar de una chica que juzga tan a la ligera de Marcuse?)

15 noviembre.—Lo esperaba. No sé cómo ha podido tardar tanto tiempo. Hoy sacó mi padre la conversación durante la comida. «¿Es que ya no piensas volver a afeitarte? Con esa pelusilla en la cara, pareces un melocotón. Pero en guarro». Me limité a mirarle de reojo, con un gesto enconadamente desdeñoso. Hay ocasiones en que resulta preferible callar. Al fin y al cabo, mi padre no me comprendería. Nunca me ha comprendido.

16 noviembre.—Ayestarán es un animalote de 26 años, 1,90 de estatura y cerca de 100 kilos de peso. Está casado, trabaja en un periódico y juega al rugby en el equipo de la Universidad. Reconozco que por causa de su experiencia de la vida, me produce una secreta admiración, aunque lamento que se tome las cosas un poco a la ligera. «Yo soy rico por casa —dice—; pero mi padréporo sigue empeñado en tatuarme en la espalda un título universitario. Habrá que procurarle esa satisfacción, ¿no te parece? Porque, si no, no hay piso. Oye, que no es ninguna tontería vivir en "Costa Fleming", en un horizontal de lujo, con todas las paredes empapeladas en acciones de un par de Sociedades Anónimas.» Le pregunté lo que opinaba él acerca del problema de la barba. «Tú eres un muchacho juicioso y te encantan estas latas histórico-greco-filosóficas, ¿verdad? —repuso—. Pues, ¿por qué no resuelves metafísicamente la cuestión?» No sé si hablaba en serio, pero, en todo caso, supongo que tiene razón.

17 noviembre.—Doctrina estoica. Conforme, en el fondo, con su teorética. Ascesis atractiva. Poco constructiva, sin embargo, considerada socialmente. (Leo de acuerdo con esta opinión. Los últimos días le encuentro un poco raro, como distante.) ¿Qué podría significar el estoicismo aplicado a mi caso? ¿Autoimponerme el sacrificio de un afeitado con cuchilla, pero sin brocha ni jabón? Solución tonta. La archivo sin más trámites.

20 noviembre.—Estoy hecho un lío ¿Sustancia o esencia ¿Materia o forma? Si la forma hace que ese hombre, ese perro o ese acto sean lo que son, entonces la barba no es forma, puesto que yo soy lo que soy afeitado o sin afeitar. Aristóteles tampoco me sirve. Hay que esperar, a ver.

27 noviembre.—No veo la luz por ningún sitio. Leo afirma, y coincido con él, en que la vieja metafísica ya no responde a las necesidades existenciales del *homo faber* de ésta era revolucionario-espacial.

6 *diciembre.*—Trimestrales. Soslayar el asunto hasta después de los exámenes. Estudio cinco horas diarias.

15 diciembre.—Mañana, vacaciones. Fe Martínez me invita a que la re-

coja una tarde de éstas en su casa para llevarle a su —ja, ja— epicureísimo club. Naturalmente me he negado. Por ningún motivo me dejaría yo enganchar en las estructuras de la oligarquía integrada. No tengo madera de colaboracionista. Leo, por el contrario, se suma a mi proyecto, que consiste en reunirnos los dos durante las próximas fechas para cambiar ideas. No pareció mostrarse excesivamente radiante, ya que su nivel de entusiasmo ha descendido mucho en los últimos días. Pero se trata de un espíritu superior y uno no va a exigirle que reaccione siempre con igual enardecimiento. Lo cierto es que ha aceptado.

Plan de vida a seguir durante las vacaciones:

Levantarme temprano; leer hasta las doce; encontrarme con Leo para peripatetiquear por los bares hasta las dos y media; por la tarde, otro par de horas de lectura y reunirme de nuevo con él para ir a algún sitio. (¿Cine de arte y ensayo, quizá?) Con Ayestarán sé que no puedo contar; él mismo anunció que pensaba aprovechar estas fiestas «para hacer el pingüino en Navacerrada, si hay nieve, y si no la hubiera, para hacerlo igualmente sacando de tiendas a su temidísima esposa».

Lista de libros que me hago el propósito de leer:

— *Fundamentos metodológicos de la Sociología* (Max Weber).
— *La cibernética y el hombre* (Harold E. Hatt).
— *Robots, hombres y mentes* (L. von Bartalanffy).
El nacimiento de una contracultura (Theodore Roszak).

Nota: Palabras de Leo que recuerdo muy bien: es imprescindible procurarse una imagen del hombre en su actual dimensión sociológica. (¿Entrará la barba en esa dimensión? Seguramente, puesto que constituye una fachada que presenta el individuo a su entorno. Por el momento, dejaré que siga creciendo. En realidad, es como llevar pegada a las mejillas una dubitación ontológica, que trataré de resolver en su momento.)

30 diciembre.—No consigo localizarlo.

7 enero.—Cumplo puntualmente mi programa de lecturas. De acuerdo por completo con Reszak en que «la sobrepresión es la que impone un grupo particular de individuos a los demás, a fin de sostenerse y consolidarse en una posición privilegiada». (Club de Fe Martínez.) He vuelto a telefonear a Leo. Sin éxito.

10 enero.—Mañana comienzan las clases. No he visto a Leo un solo día.

14 enero.—No sólo no me ha ofrecido explicaciones o disculpas, sino que tengo la sospecha de que rehuye mi compañía. Pero, ¿por qué? Pregunté a Fe Martínez cómo enjuiciaba ella su conducta. Se echó a reír y dijo: «Pero, ¿aún no te has dado cuenta, amorcito? Le ahuyentas.» Y añadió, ante mi gesto, imagino que de estupor: «Eres un paliza, amorcito. Un paliza adorable.» No sé, pero tengo la vaga impresión de que ya no puedo contar con Leo.

22 enero.—La escolástica levantó una formidable catedral de silogismos. Si sacas uno, se viene abajo todo el edificio. Incógnita: ¿en qué sillar podría yo meter el problema de mi barba? Ya no me atrevo a comentar con Leo.

1 febrero.—Asamblea, grises, huelga.

10 febrero.—Esta mañana volvieron a reanudarse las clases. Noté la ausencia de Ayestarán. Supongo que no se habría enterado, así que le telefoneé hace un rato. Se puso su padre. Voz antipática, de sobrerrepresivo. Prometió pasarle el recado.

12 febrero.—No comprendo qué ha podido ocurrir para que Ayestarán se portara conmigo como lo hizo. En cuanto me vio, vino disparado hacia mí, como si estuviera dispuesto a pegarme; pero debió contar hasta diez, ya que se paró en seco y me dijo: «Te merecías un buen puntapié en el trasero, de los de pasarte como un balón de rugby por encima del palo.» A continuación, volvió la espalda y se largó. Entonces terció Fe Martínez: «Pero, hombre, ¿cómo se te ocurre llamarle por teléfono? A lo mejor contaba con prolongar la huelga por su cuenta. Una coartadita particular frente a su padre, ¿comprendes?» No sé, pero sospecho que acabo de perder la amistad de Ayestarán también.

20 febrero.—Se habla otra vez de huelga. El adjunto —¿Opus?— ha advertido que, entremos o no entremos, él va a exigir, en los próximos trimestrales, hasta Kant.

21 febrero.—Huelga.

27 febrero.—Sigue la huelga. Fe Martínez acaba de llamarme. Me preguntó si quería ir a estudiar a Rosales con ella. Contesté que sí. Con alguien tendré que contrastar opiniones. Hemos quedado citados a las diez.

28 febrero.—Ha ocurrido una cosa extraña. Estábamos sentados en un banco, Fe y yo, con el libro abierto por Berkeley, y yo comentaba: «Si no existe nada en el mundo, fuera de mí, ¿a quién puede importarle que me quite la barba o no?» Ella, entonces, apoyó la cabeza sobre mi hombro y

respondió, en voz muy baja: «A mí.» Insistí yo: «¡Pero si tú tampoco existes!» Y ella va, coge, de pronto, y me da un beso en la cara, y añade: «¿Qué te parece? ¿Existo o no existo?» Verdaderamente, ahora sí que ya no sé qué pensar.

6 marzo.—He quedado con Fe para ir esta tarde a su club. Acabo de afeitarme la barba.

EL ULTIMO DE FILIPINAS*

Mediada la mañana, las moscas invadían la «Fonda Castilla, especialidad en tostón asado, vino de Rueda y de Cigales». Hacían explosión de repente y comenzaban a extenderse y a hervir, como un universo en expansión que dilatase cada vez más sus límites y los trasladara, a velocidades inconcebibles, desde el *Big Bang* inicial, que tenía lugar entre la cocina y la corraliza interior, al comedor del establecimiento, con vistas a la plaza, convertida de pronto en el Alfa-Centauro de aquella densa y gravitante galaxia. Parte de la causa, pero no toda, de que Gervasio hubiera preferido acomodarse ante uno de los veladores de fuera a aguardar el coche de línea; el resto —aunque él, en realidad, lo ignorase— consistía, sencillamente, en que allí, bajo los soportales, olía a acacia y pan reciente, e incluso, si la ráfaga procedía de la parte de «Granja Modelo», a pienso y gallinaza también. Cierto que Gervasio no había reparado hasta entonces en sensaciones como aquélla, demasiado familiares para él, pero ahora, que estaba a punto de hundirse con su barco, el olfato se le había vuelto más puntualizador y nostálgico.

—¡Concho con el Evas!

Según el horario oficial, el autobús Tordesillas-Valladolid debió llegar al pueblo a las 12,45, y era más de la una. Claro que Gervasio no ignoraba lo que puede esperarse de los horarios oficiales cuando el conductor ha de detener su vehículo, en plena carretera general, cada vez que le sale al encuentro un viajero, con sus maletas, sus cestas y sus niños. Y, en último término, ¿qué importaba? Se supone que un condenado a muerte —y el paso que iba a dar, estaba seguro, significaría, a plazo más o menos largo, la suya— no se va a mostrar impaciente porque le retrasen sus últimos instantes veinte o treinta minutos.

---

* «Hucha de plata» en el concurso anual convocado por la Confederación General de Cajas de Ahorro.

—¡Ande, críe usted cuervos!

El café se le había quedado frío y un sistema solar de insectos se formaba ya sobre el vaso, sino que Gervasio ni siquiera parecía notarlo. Permanecía inmóvil, con la mirada en el vacío, y, aunque, de cuando en cuando, flagelaba con una mano el aire, daba la impresión de que, más que ahuyentar alguna mosca, lo que se proponía era alcanzar con una bofetada el rostro de su hijo, que rondaba continuamente por su imaginación.

—¿Que no te tira el campo? Bueno; pero, concho, haberles metido a mis nietos la idea en la cabeza poco a poco. ¡Aunque fuera a mamporros!

Quiá, el Evas los había encaminado en otra dirección, hacía tiempo, para cuando los chicos hubieran crecido y él hubiese socañilado a su padre los cuartos. «La industria familiar, ahí está el secreto —explicaba—. Como tener la huerta y el fogón en casa, ¿comprende? Todos para uno y uno para todos.» En resumen, de lo que se trataba era de que él, Gervasio, financiase el negocio, a fin de que Evaristo y sus cachorros bailasen la danza guerrera alrededor de un coche, vestidos de mono y con una llave inglesa en la mano, mientras el socio capitalista, o sea, él, se consumía de murria en un rincón. «Convénzase, padre, yo no he nacido para pisar terrones. A mí, deme usted un chasis, un juego de herramientas y un foso, y verá de lo que es capaz un artista. Pero de roturar, escardar y sembrar, ni pum.» ¡Y pensar que don Trinidad, el antiguo párroco, que en gloria estuviera, llamaba vocación a esa manía!

—¡Menudo fracaso he mangado!

Completo, desde luego. Porque Evaristo, casi desde que tuvo uso de razón, no quiso ni oir hablar de dedicarse a la agricultura. Y como daba la casualidad de que era hijo único, y ahora independiente, además, con una familia a su cargo y piso propio, comprado a plazos, en Valladolid, ¿qué podía haber hecho Gervasio? Pues lo que hizo: resistir mientras aguantó el cuerpo; permanecer al frente de la explotación, y, al final, es decir, hoy mismo, en que los años se le habían echado encima, renqueaba de los remos y la reúma le tenía baldados los riñones, sacar bandera blanca y rendirse, pero con todos los honores, como aquellos de Filipinas que pusieron en televisión.

—Sí, señor, Gervasio Soto, ¡el último de los últimos de Filipinas!

La cosechadora de la Hermandad: ése fue el origen de todo. Llevaba averiada un montón de tiempo, y yacía, en un descampado mostrenco, escorada, cubierta de óxido y con rumores de zureo bajo la chapa, ya que algunas palomas habían anidado en su interior. Y nada, de improviso, sin

saber cómo, que le entra la comezón al muchacho de hurgar en las tripas de aquella chatarra. «¿Puedo intentarlo, padre?» Allí, allí dejó Gervasio escapar su oportunidad, su «Hora H», porque, en lugar de responder, como en las películas de mili, «permiso denegado» y arrearle de paso un soplamocos, cometió la imprudencia de consentir. No se puede ser bueno, está visto.

—Velay lo que sucede cuando se es demasiado bueno.

La máquina era enorme, y el Evas, que contaba quince años entonces, escurrido como una lombriz. De forma que no tuvo dificultades para deslizarse por la salida de los zarandones, como por la escotilla de un tanque; echar una ojeada por dentro y reaparecer, pero con cara de «esto lo avío yo». Durante varios días anduvo desmontando piezas y acarreándolas como una hormiga, primero del descampado a casa para lijarlas y aceitarlas, y luego, media vuelta, mar, de casa al descampado, donde las montaba de nuevo, ajustaba, encajaba y remachaba. Gervasio no quiso intervenir, ¿para qué? En sus tiempos, los chavales se divertían saliendo a pillar nidos y ahora quitando tuercas y poniéndolas, eso era todo. Al fin y al cabo, ¿qué sabía Evaristo de mecánica? Lo que hubiera podido pescar viendo reparar un tractor, una bicicleta o un coche alguna que otra vez. El propietario de «Granja Modelo», a quien el chico, aun a sabiendas de que Gervasio no se hablaba con él, había pedido prestadas las herramientas del *Land Rover,* parece que se mostró también escéptico, puesto que dijo: «Tú sigue desguazando, y en cuanto termines, me pasas un aviso y mando un SOS a un mecánico.» Pero, contra todo pronóstico, la máquina empezó a funcionar. Parecía imposible, pero funcionaba.

—¡Y mejor que antes, concho!

Aquello se convirtió, en el pueblo, en el *show* del Evaristo, éxito de público sin precedentes y primera ocasión —y última— en que Gervasio llegó a embriagarse de orgullo paternal. Hasta don Trinidad, el cura, que en gloria estuviera, habló el domingo siguiente, durante la misa, de «los milagros de la vocación», y, por si fuera poco, sin apartar los ojos de Gervasio ni por un momento, como si quisiera advertirle que su obligación era favorecer, no obstaculizar, las inclinaciones del muchacho. «De acuerdo, Padre. Pero, si se me dedica a apretar tornillos, dígame usted quién va a cultivar mis tierras cuando yo me empiece a resentir de la rabadilla.»

—Pues nadie, ya se ha visto, ¡nadie! ¿No te giba?

Claro que Gervasio no gruñiría, ni rezongaría, ni se rebelaría íntimamente, si hubiera podido echar mano de otro hijo o esperar a que el Evas cambiara algún día de idea. Pero, sobre esto, Gervasio ya sabía a qué

atenerse. Lo supo desde el preciso instante en que Evaristo apareció en el pueblo, recién licenciado de filas; se encaminó a su casa; cruzó la puerta, y sin otro saludo, dijo: «Ya soy mayor de edad. A partir de ahora, seré yo quien oriente mi vida.» A lo que replicó Gervasio, mientras le soltaba un sopapo: «Sí, ¿eh? ¡Pues ahí te va la brújula?» Poco tiempo después, se trasladaba Evaristo a Valladolid, le hacían una prueba en la FASA y le admitían. Total, que se quedó a residir en la capital, y, desde entonces, no se arrimaba al pueblo más que durante el verano: primero, solo; después, con su mujer, y más adelante, al frente del rebaño, que había aumentado de año en año, hasta completar los cuatro hijos.

—¡Todos varones, y ni uno solo que vaya encarrilado hacia la labranza!

Se notaba, sin embargo, que el Evaristo había perdido la querencia del pueblo, si es que la tuvo alguna vez, ya que, mientras permanecía por allí, se le veía lánguido y aburrido. Iba a todas partes con el transistor pegado a la oreja, vestido de domingo y mirándolo todo con un pujo de repugnancia y un aire como de superioridad. Como si pensara: «¡Pero qué monótono es esto! ¡Ahora me doy yo cuenta de lo monótono que es! ¡Y qué gente tan cerril y atrasada!» Por esta causa, Gervasio había preferido dedicarse a sus nietos, por si todavía era tiempo, tratando de atraérselo y aficionarlo a la agricultura. Y en este aspecto, él creía haber hecho todo lo que estaba de su mano para despertar su interés. Si no pudo montarles en el trillo, porque ya no se usaban, ni acompañarles a pescar cangrejos, puesto que en el Canal no los había, les había mostrado una y otra vez la maquinaria agrícola de la Cooperativa, una serie de artilugios —abonadoras, empacadoras, vertederas, rastrillos...—, que a él, bendito Dios, que había sudado a pleno sol durante tantos años, con la azada, el arado y la horquilla, todavía le dejaban maravillado. ¡Ahí era nada: labrar en una mañana una parcela que, en otros tiempos, hubiera requerido una semana de faena! ¡Segar, trillar y despajar una cosecha entera, aun con la mies tumbada o encamada, sin bajarse de una cabina! Pero los chicos, qué juventud la de hoy, se quedaban indiferentes. Y no sólo eso, sino que, en lugar de admirarse ante el espectáculo de la cinta sin fin, levantando costales como quien lavaba —cuando antiguamente los mozos los aupaban a pulso—, se escabullían al menor descuido, buscaban una sombra y se ponían a leer tebeos y tocar la guitarra. Su nuera, ella sí que hubiera podido influirles. Pero, ¿qué se podía esperar de una persona que hasta se bañaba en el Canal en bikini? En una palabra, que no acaba de llegar al pueblo, cuando la familia de su hijo, en pleno, rabiaba ya por regresar a la ciudad.

—Eso, concho, eso es lo que trae envenenada a la gente: las ciudades.

Pero, ¿qué clase de atractivo encerraban, que él no había logrado descubrir aún? La misma Germana, la mujer de Gervasio, que era bajita y rechoncha y tenía entrecejo y bozo, andaba siempre espiritada con sus visitas a la capital. Sólo porque, según decía, había allí peluquerías, salones de belleza, galerías y cines. ¡Salones de belleza, la Germana! Así pasaba ella las temporadas que pasaba en casa de Evaristo. Gervasio iba también, pero se volvía en seguida. La ciudad le ponía nervioso, y su hijo, más. Pero, ¿cómo iba a soportarlo, si en cuanto el abuelo cogía a los niños y empezaba a hablarles de las cosas del campo, se le echaba el Evas encima? «Deje la batallita, padre. Los críos no lo aguantan. Ellos no entienden de eso.» Sin embargo, cuando Evaristo la emprendía con su proyecto de taller, no consentía que le interrumpieran. «Ya no está usted en condiciones de trabajar la tierra, padre. No quiere darse cuenta la edad que tiene. Sesenta y ocho, son muchos años, muchos. Siga mis consejos, venda sus propiedades, meta el dinero en el negocio familiar y dedíquese a descansar el tiempo que le quede de vida. Ya verá, en un par de años, habrá doblado usted el capital. El porvenir pertenece a la industria.»

—Pero, ¿es que no quieres entenderlo, borrico? No es cuestión de dinero.

No, Evaristo no lo comprendía. ¿Qué representaban para él sesenta obradas de secano y dos mil pinos albares? Pues simples inmuebles, aptos para ser realizados, convertidos en cualquier momento en metálico. Pero Gervasio sentía de otro modo. Concho, él había labrado sus tierras durante medio siglo; había sembrado y recolectado —mismamente ayer, dejaba en el silo la última fanegada—; había recogido, septiembre tras septiembre, las piñas, que antaño, él mismo transportaba a Valladolid, para venderlas, cargadas en un carro violo en el redejón a ras del suelo; había rastrillado y ensacado el burrajo; había... ¿Cómo iba a desprenderse de aquéllo sin que se le rompiera algo dentro? De serle indiferente hacerlo, ya se habría procurado un arrendatario o tomado un aparcero hacía tiempo; pero no se trataba de eso. Pimpollada y terrenos, los había recibido de su padre, como éste del suyo, comprando aquí y allá, como hicieron ellos, un año un rebujal, al otro, un cuartón, para extender poco a poco la hacienda. Para Gervasio no eran inmuebles, sino raíces, ya que constituían su raíz, lo que le había vinculado a la vida. Un raigón que debió haber seguido ahondando hacia el futuro, a través de su hijo, y luego de sus nietos, si el mundo no hubiera cambiado tan por completo y tan deprisa, dejando a Gervasio en la cuneta, desconcertado e indefenso, trasladado a un planeta que ya no era el suyo. Había decidido vender, puesto que no podía hacer otra cosa; así que Eva-

risto tendría su taller de reparaciones, su juego de herramientas y su foso; pero lo otro, ¿quién se acordaría de lo otro? Porque, en el fondo de su conciencia, de un modo oscuro e instintivo, estaba seguro de una cosa: que, al deshacerse de su heredad, él quedaría en el vacío, sin raíz, sin continuidad, sin futuro, como si no hubiera nacido; peor aún, como si no hubiera existido nunca.

—Una vida tirada, eso es, tirada. Como una criba vieja.

A las cuatro estaba citado en la Notaría con Evaristo y el señor Juan, el dueño de «Granja Modelo», con quien Gervasio no se hablaba desde hacía treinta años.

Encima, ver convertido al señor Juan en propietario de sus tierras y su cacho de pinar. Y sabiendo que se apresuraría a levantar en ellas más gallineros de cemento, tirar los árboles, añadir tuberías y montar nuevas tolvas. ¡Un terreno que, a la hora de dar cereal, era como la mano de Dios!

—¡Concho, como la misma mano de Dios!

El autobús entró en la plaza, dando una bordada, y se detuvo delante de la «Fonda Castilla, especialidad en tostón asado». Bien, había llegado el momento. Un billete para Valladolid, un paseo hasta la casa del Notario en compañía de su hijo, una firma en la escritura y asunto concluido.

—Se acabó. R. I. P.

El camarero apareció envuelto en una nube de insectos.

—Qué, ¿a Valladolid, señor Gervasio?

—Eso parece. ¿Me echas una mano?

El otro le ayudó a levantarse y, mientras la vieja maquinaria se ponía en movimiento, parecía que chirriasen huesos, músculos y tendones.

—Muchas gracias, hijo.

Gervasio se encaminó lentamente hacia el coche. Al pasar, vio su imagen reflejada en la luna del establecimiento: la figura de un hombre en chaleco y camisa blanca; la chaqueta sobre los hombros y una boina sin vuelo ni rabo en la cabeza; los ojos desvaídos y el rostro seco, con la piel de color ladrillo, pero un ladrillo que alguien hubiera surcado con un punzón, profundamente, en la tejera, antes de la cochura. Sin embargo, era Gervasio Soto, el último de los últimos de Filipinas. Luego, cuando se arrellenó en el asiento y el vehículo emprendió la marcha, él no llegó a darse cuenta, pero el zumbido de los cilindros fue transformándose paulatinamente en un sonido vibrante, como de música militar: las charanga de los tágalos que, abriendo filas, rendían un homenaje al héroe.

DEFENSA DE OFICIO

Al entrar en el locutorio, el abogado dejó su cartera de mano en el banco, encendió un cigarrillo y se puso a pasear con expresión de tedio, porque tenía a sus espaldas más de veinte años de ejercicio profesional y las visitas a la cárcel ya no ofrecían para él ninguna clase de interés. Y menos cuando como, en aquella ocasión, se trataba de entrevistarse por primera vez con un defendido de los que le cargaban a uno de oficio. No había sido mal invento, no, se dijo, el de la defensa con beneficio de pobreza. Sólo porque le daba la gana de disponerlo así a la Ley de Enjuiciamiento Criminal, que tuviera él que dejar el despacho empantanado toda la tarde, para coger un taxi y dirigirse a la prisión a escuchar a cualquier sinvergüenza las cuatro barbaridades que quisiera contarle. Y resignarse, además, a partir de ese momento, a recibir cada dos o tres días una carta en papel rayado, diciendo: «Venga usted a verme urgentemente. He conocido a un tipo que por cuarenta duros está dispuesto a servir de testigo.» Vamos, que encima de no pagar un céntimo, todavía se creían con derecho a sacarle a uno de su casa a toda prisa como a los médicos. Qué asco.

El abogado, uno de los «tres grandes», como le llamaban en broma, en el Colegio, iba siempre impecablemente vestido, y con sus lentes de montura de oro, sus mejillas escrupulosamente rasuradas y sus zapatos acabados de abrillantar, parecía resplandecer como un arcángel en medio de la mugre que le rodeaba, de las paredes sucias, las puntas de cigarro esparcidas por el suelo, la madera rozada del banco y el olor a ropa vieja y rancho que flotaba en la atmósfera del locutorio.

El arcángel consultó su reloj. Se impacientaba. Había tantos pasillos, cerraduras y puertas en el interior de una cárcel, que, antes de que su patrocinado pudiera asomar la cabeza rapada por la ventanilla, habrían transcurrido más de veinte minutos. Los mismos que el abogado podía haber empleado en trabajar para sí, en su bufete, en lugar de estar perdiendo el tiempo inútilmente. Total para que, luego, el atorrante que le había to-

cado defender, ni se acordase de darle las gracias por las molestias que se había tomado por su causa. Para los presos todas las togas eran iguales, y el suyo, no había que hacerse ilusiones, ni siquiera se pararía a considerar la suerte que le había correspondido al caer en manos de un letrado de su categoría, que no cobraba por una defensa de pago menos de cincuenta mil pesetas.

Por fin, al otro lado de la tela metálica, apareció una sombra. El abogado recogió la cartera, extrajo de su interior una libreta y un bolígrafo y se acercó a la ventanilla del locutorio. Dijo:

—Buenas tardes. —Y, a continuación, con rutina profesional—. Estoy encargado de su defensa. Mi primera advertencia es que sea usted sincero conmigo. Si andamos con engaños, no llegaremos a ninguna parte. Tenga presente que todo lo que pueda usted contarme no ha de salir de aquí. Los abogados somos como los confesores.

Aprestó su bolígrafo: Vamos a ver, ¿de qué se le acusa?

El reo pegó su nariz al enrejado, y dejó ver su rostro tímido, con una expresión asustada y movediza como de liebre.

—Robo —dijo.

—¿Es la primera vez que lo detienen?

—Sí.

Anotó el abogado: «Delincuente primario.»

—Ahora, cuénteme usted lo sucedido, sin omitir un solo detalle.

—Pues mire. Todo empezó por lo del lacero. Porque el perro era mío y no tenía por qué quitármelo. —El reo poseía una vocecita atiplada y suave, en tono de «si bemol menor»—. Se había quedado medio ciego a causa de la edad; pero, ya ve, en cuando me oía dar un paso se venía detrás de mí. Y por la noche se metía en la cama conmigo. Yo no sé si le daba calor, o era él el que me calentaba a mí. Tenía que ver usted mi casa. No se puede parar de la humedad. Hay días en que las paredes chorrean mismamente agua.

—Limítese a relatar los hechos. No dispongo de mucho tiempo.

—El perro llevaba conmigo desde que nació, casi doce años; y, para mí, que no tengo más familia ni más nada, como si fuera mi padre y mi madre, ¿comprende?

Cortó el abogado, con un punto de impaciencia en la voz:

—Prescinda de sentimentalismos, por favor. Lo único que me interesa son los hechos concretos.

Pues nada, que se presenta el lacero en mi casa, y va y me dice: «Vengo a llevarme al perro»; y yo le digo: «¿Por qué razón?»; y él dice: «¿Lo tiene

usted matriculado?»; y yo le digo: «Mi perro no es una bicicleta»; y él dice: «Pues si no lo tiene matriculado, despídase del chucho para los restos.» Y, con las mismas, lo trincó por el cuello, lo puso en el carro y se lo llevó, y yo me fui detrás para ver dónde lo metía.

El abogado golpeó el suelo con el pie con muestras de impaciencia. Se imaginaba la escena: el pasante y la mecanógrafa abrazados en el sofá de su despacho, mientras los clientes se hartaban de esperar en la antesala. No, si él ya se había cansado de repetir ante la Junta del Colegio que las defensas de oficio se debían encomendar exclusivamente a los principiantes. ¿O es que había derecho a arrancar de su mesa de trabajo a un hombre que disponía de un bufete con más de un centenar de pleitos al año, para oir cómo le hablaban de un lacero?

—Continúe.

—¿Sabe usted dónde queda la perrera? Cerca del cementerio; donde estaban antaño las cocheras de los tranvías. Bueno, pues, por la noche, cogí unas tenazas y me encajé con ellas allí.

—¿Forzó usted la puerta?

—Rompí un candado que había, eso es lo que hice. Y saqué el animal y me volví a mi casa. Luego me dijeron que también se habían escapado otros diez o doce perros que estaban encerrados con él. Pero eso yo no podía evitarlo.

Puso en libertad a su perro, desde luego, pero sólo por una noche, ya que, a la mañana siguiente, reapareció el lacero, acompañado de la policía esta vez, y el animal fue conducido de nuevo a la perrera, y su dueño, ingresado en la cárcel; y la maquinaria procesal, que empezó a funcionar en seguida, cogió entre sus engranajes al reo, y se dedicó a triturarle los huesos del alma uno por uno. Nada de sentimentalismos: lo único que contaba eran los hechos, y el hecho era que se había cometido un delito de robo y que la Sociedad no quedaría vindicada y tranquila hasta que no tuviese al acusado sentado en el banquillo. Pero la Sociedad jugaba limpio, eso sí; había despojado al reo de su perro, mas, en compensación, había puesto a su disposición un Procurador que lo representara ante los Tribunales, y un brillante Letrado, resplandeciente como un arcángel, que se encargase de su defensa. No se podía pedir más.

—Enterado —dijo el abogado, y durante unos segundos jugueteó distraidamente con el bolígrafo, mientras su cerebro hojeaba el Código Penal—: «Fractura de puerta o ventana...; agravante de nocturnidad y despoblado...; probable atenuante de preterintencionalidad...» Perfectamente. Había que convenir en que no dejaba de tener sus ventajas el que

la Sociedad hubiese inventado un aparato de calcular penas, ya que, de este modo, sabía uno a qué atenerse en cualquier momento. Un mecanismo sencillo, cuyo manejo no ofrecía demasiadas complicaciones. Se introducían en su interior unos datos; se hacía girar una manivela; sonaba un timbre, y, un instante después, como en los pesos automáticos, aparecía una cartulina con el resultado. El abogado recogió la suya: «De cuatro meses y un día a seis meses de arresto.» Poniéndose en lo peor, seis meses. ¡Y por una pequeñez como esa, haber tenido que perder toda la tarde!

—Bien, no se preocupe —añadió—. Pediremos la remisión condicional y, en todo caso, si las cosas no salen bien, la condena no sería muy larga. Todo lo más, seis meses. Y medio año se pasa en seguida.

El reo asintió con su vocecita atiplada:

—Sí, señor. —Luego dijo—: ¿Y qué harán con el perro?

Pero el abogado no respondió. Tenía demasiada prisa para entretenerse en escuchar tonterías. Guardó la libreta y el bolígrafo, puso la cartera debajo del brazo y salió del locutorio con paso rápido. Y el perro murió gaseado, junto a otros veinte, cuatro días después.

CACERIA PREHISTORICA

El escritor había empezado a sentir un oscuro deseo de venganza, aunque al pronto no se diese cuenta, ya que todavía no era más que un movimiento instintivo, algo así como una leve agitación rencorosa en las capas inferiores de su conciencia, donde anidaba su Cromagnón de hacía un millón de años. Y, por lo mismo, continuó amontonando cuartillas. Pero la magia se había roto. Iba escribiendo: «La luz se hizo en su cerebro, y Cristina comprendió de improviso...», y aquí se interrumpió. Acababa de apercibirse, aunque brumosamente, de que había algo a su alrededor que no marchaba, pero como se encontraba sumergido en Cristina, la protagonista del relato, hubo de hacer un esfuerzo para volver a la superficie, a su habitación de las cortinas, la mesa, el cenicero y las cuartillas. Algo no funcionaba bien. Pero el escritor recorrió los muebles con la mirada y no observó ninguna cosa extraña. El mundo estaba en paz. No había ninguna razón para que sus labios se contrajeran y hubiesen empezado a brillarle las pupilas a su Cromagnón de hacía un millón de años. El escritor hizo correr la pluma de nuevo: «... Cristina comprendió de improviso que su situación había variado en los últimos segundos, desde que sus cabellos sintieron el contacto...» El escritor volvió a interrumpirse. No entendía qué podía ocurrirle para irritarse así. No iba contra Cristina, desde luego. ¡La pobre! ¡Mezclada contra su voluntad en aquel turbio asunto! El escritor continuó: «... el contacto de la mano de Santos. Dijo:

—¿De modo que me has traído al chalé para esto?

El se inmutó:

—¿Piensas eso de mí?

Cristina lanzó una amarga carcajada:

—¡Canalla!»

El escritor emergió a la superficie otra vez, y entonces lo comprendió todo de golpe, porque sobre la cuartilla había una mosca y su gesto era como de frotarse las manos. Y el escritor quedó inmóvil, de muestra, y su

Cromagnón sintió el hálito de la caza, y la mano abandonó la pluma y se encaminó muy despacio, midiendo las distancias para no espantar al insecto, hacia un extremo de la mesa, donde había un montón de revistas. Cogió la que se hallaba encima, la hizo pasar sobre sus muslos y la enrolló en el regazo para amortiguar el rumor del papel, porque estaba sediento de venganza. Alzó la mano milímetro a milímetro, con todos los nervios en tensión, esgrimiendo la revista, o a lo mejor, el hacha de sílex, y pensó: «Un segundo más y ¡a volar a la Nada!» Pero la idea no le satisfizo. La mosca limpiaparabrisaba sus alas con las patas traseras, descuidada; luego, se puso en movimiento y recorrió un decímetro sobre el papel; volvió a detenerse; proyectó su trompa sobre una mota de tabaco, y la nicotina no le gustó, y entonces se puso a chupar las palabras, todavía húmedas, o, quizá el rubor de Cristina, mezclada contra su voluntad en un turbio chantaje. El escritor siguió pensando: «Morir. Desde luego, no es más que un insecto, pero, al fin y al cabo, también se halla sumergido en la Vida, el gran aliento unánime. Y la muerte es igual para todos, un apagón total y repentino; la causa es lo de menos, un ataque cardíaco, las ruedas de un coche o un violento aletazo con una revista literaria; igual de absurda e inexplicable para todos. Perdona un momento, Cristina.» Y el, escritor no descargó su golpe, sino que se dirigió a la ventana, extrajo su pañuelo, lo agitó por la habitación, obligó a la mosca a salir y, cuando la vio disolverse en lo azul, sonrió. A continuación se reintegró a su asiento, recuperó la pluma, y Cristina terminó de reir y comprendió, por fin, que los dedos de Santos, al tocar su cabello, acababan de decidir su destino.

Y la mosca se había posado en una pared, al sol.

JUZGADO DE PAZ*

—No, no, Señoría, ¡cómo voy a declararme culpable? ¿Que me han denunciado? Conforme, no soy un palurdo y sé hacerme cargo de las cosas. Además, todos los días leo mi horóscopo en el periódico —signo de Capricornio, con perdón— y el de esta mañana no traía nada que debiera inquietarme, de modo que, por ese lado, tranquilo. ¿Así que se me acusa de una falta contra el orden público? Puede que repicar una campana lo sea, no voy a discutírselo —uno es metalúrgico, no abogado—, pero, por favor, no me cargue a mí con el muerto. Dejemos aclarado el asunto desde el principio: aquí, si hay un culpable, es él, Señoría, el morrocote medio cerril que uno era hasta el momento de emigrar. Ha vuelto, señor Juez; inesperadamente; y, según la denuncia, para llevar a cabo otra borricada de las suyas. Yo no niego que las apariencias estén en contra mía. Seguramente, con la ley en la mano, se me puede tomar por ese chavea, puesto que todavía llevo su mismo nombre, sus mismas huellas dactilares y supongo que hasta su mismo Angel de la Guarda. Sin embargo, ya no existe nada en común entre aquel gamberruco y yo, palabra de honor. Y, si no, dígame, ¿tengo aspecto de escalar campanarios?

En 1946, por si le interesa saberlo, un servidor, que acababa de perder a la descansada de su madre, salía facturado con destino a Bélgica para reunirse con su viejo. El llevaba ocho o nueve meses en una factoría de laminados, y allí, al cumplir la edad, me quedé a trabajar yo también. Observe la diferencia: yo, veinte tacos, setenta mil horas, ocupado en matrizar pletinas, perfiles y flejes, pero, ¿qué me dice de él? ¿Cuáles son los antecedentes de aquel salvaje de culera gastada? Tome nota: merodear por los prados con la alfalfa hasta la rodilla; robar manzanas; pintar cerdos de blanco; apedrearse con los hijos de nuestro vecino, el Raquero; espiar, a

* Galardonado con segunda «Hucha de oro», 1973, en el concurso de cuentos de la Confederación Española de Cajas de Ahorros.

través de las rendijas de los postigos, a la mujer del sacristán, mientras se desnudaba... Bueno, y ectétera.

Que conste en acta, Señoría, que ya nada tengo que ver con ese rapaz y mucho menos con la barbaridad que cometió anoche. Vengo del extranjero, soy una persona culta y civilizada y encuentro razonable que se le hagan pagar sus culpas —pantalones abajo y tas, tas, en el culito—, pero no que su Señoría las traslade a mi cuenta. Un servidor apareció ayer, a mediodía, en la aldea; para ser más exacto, a las 12,30 P. M. —usted disimule, pero es que en Europa hablamos así—. Pude haber elegido otro día, e incluso otra hora, sino que yo preferí el domingo, a la de la misa, para hacer una entrada triunfal. Como Balduino, en automóvil, y venga a repartir saludos desde la ventanilla. Uno no se ha pasado setenta mil horas al pie de una máquina, juntando francos belgas, para presentarse en su parroquia de incógnito. Vamos, creo yo.

Lo primero que hice, en cuanto dejé el coche en la plaza y a mi familia en el mesón turístico, fue invitar a unas perras de vino a todos los presentes, incluido su Señoría, en el establecimiento que hay frente por frente de la nueva iglesia. Ya sé que usted sabe todo esto, puesto que se encontraba allí también, pero no dejo de reconocer que, en estos momentos, me dirijo al Tribunal, no a Cianín, ya que uno hà corrido su mundo, y visto sus películas, y comprende que el señor Juez de Paz y Luciano, el de la Tiñosa, no son una misma persona, como tampoco yo y el chavaluco que tocó la campana lo somos. Luego, con la euforia, se me ocurrió quemar públicamente mi pasaporte sobre el mármol de un velador —pero no se lleve mal rato por ello, que no voy a necesitarlo en el futuro—, y, a continuación, coger el camino, yo solo, y dar una galopadita hasta mi antigua casa. Una impaciencia muy natural, al cabo de veinte y muchos años, ¿no opina usted así? Pero resulta que la vivienda ha desaparecido y, con ella, todo el barrio de abajo. ¡Mira si no podían haber construido el pantano en cualquier otra parte! No lo creerá su Señoría, pero, al aproximarse a la orilla y oir saltar a las ranas, una detrás de otra, ploc, ploc, ploc, a mi paso; y ver nuestra techumbre y el ventanuco del sobrado a flor de agua; y los eucaliptos —también cuarentones, de mi quinta— anegados hasta la horcadura, y la torre de la iglesia sumergida más de la mitad, me cogieron una congoja y un decaimiento como no había vuelto a conocer desde que mandé a paseo a la fábrica. Cómo me sentiría, que me dejé caer entre unos helechos. abollado y blandurrio como un balón pinchado, y allí me quedé, acunado como una liebre, qué sé yo cuanto tiempo, atontado e inmóvil, con los pies en el limo y la mirada fija en el pantano. Completamente ido, esa es

la verdad. Desde que me largué del pueblo, ¿sabe usted?, yo había conservado en la memoria el recuerdo de nuestra casuca. Era como una foto en color para mí solo, limpia, satinada y alegre, y apenas hago más que llegar y me entero de que la cartulina se ha mojado y se ha echado a perder para siempre. Por eso me dio el arrebato que me dio después .

Por supuesto que, en Bélgica, ya había pasado anteriormente por situaciones parecidas..., no con mucha frecuencia, desde luego, por que, si no, quién hubiera podido aguantarlo. Empezaba por una sensación la mar de rara, como si, de repente, mi ropa de trabajo se pusiera a oler a hierba recién segada y panoja, y la maquinaria, a mugir como una vaca. ¡La de matrizar, fíjese, que es lo menos parecido a una vaca que podría usted figurarse! Bien, pues, a partir de ese momento, yo ya no era dueño de mí. No digo que se me fuera la cabeza y tonterías de esas, sino que me alelaba, se me llenaban las manos de dedos y todo se borraba a mi alrededor, planta industrial, máquinas, capataces, todo, para pensar únicamente en mi rinconzuco..., en mi aldea, quiero decir. Pero yo ni me hubiera preocupado de eso, si no estuviese percatado de que cualquier día me podía dar el telele más fuerte que otras veces y sucederme una desgracia, laminarme una mano en lugar del lingote, por ejemplo. Así que, en la primera ocasión en que me volvieron los síntomas, piqué en la puerta del ingeniero jefe y, con las mismas, le pedí mi baja por enfermo. Un tipo de lentes, ¿comprendes?, con el pelo encarnado y la cara llena de pecas, que le miraba a uno como si uno fuera un escarabajo de la patata. Siempre iba vestido de mono —uno verde, con ribetitos— para dar la impresión de que apencaba, pero es lo cierto que, si quería uno localizarlo, había que acudir a su despacho. Se hará usted una idea aproximada acerca del sujeto, cuando le cuente lo que me contestó; y a gritos, además; y, por si fuera poco, en francés:

—¿Qué le dé a usted de baja? Pero, ¿se ha vuelto loco? ¿Porque se siente —veamos si he comprendido bien— afectado de nostalgia? Dígame, ¿qué entiende usted por baja? ¿Y qué entiende por enfermedad? ¿No le parece que sus compatriotas ya detraen del jornal suficiente número de minutos entre el cigarro, el bocadillo y los viajes de ida y vuelta al servicio?

¡Y a eso le llaman civilización industrial! En resumen, que abandoné la dirección convencido de que el ingeniero no se había hecho cargo del problema. A pesar de los lentes.

En cambio, el Raquero, nuestro ex-vecino, lo captó en seguida. Antes de venir al Juzgado, ¿sabe?, entré un momento a visitarle —ahora vive en el casar de arriba, a un par de manzanas de aquí—. Lo encontré muy viejo,

muy acabadito, con las últimas orejas puestas. Me imagino que a aquel chicorro no le agradaría, al verlo así, acordarse de que, en otros tiempos, no le dejaba vivo un cristal en la ventana, al hombre. Sentado en su sillita, todo desdentado y arrugadito, sacando la cabeza por un cuello demasiado grande, parece mismamente una tortuga. A pesar de todo, ya ve, en cuanto yo le puse al tanto de lo que pasó en el pantano, diagnosticó, pero con una vocecita apagada, como deben hablar las tortugas:

—Eso es de la mesma manenconía.

Quiso decir melancolía, ya se habrá dado cuenta, pero hay que comprender que el Raquero no ha abandonado nunca estas montañas y se expresa todavía en aldeanuco, no como un servidor, que ha residido en el Benelux y se desenvuelve con otra versación y otra cultura.

Y sí, creo que el Raquero acertaba y fue un ataque como los que me daban en Bélgica, puesto que llegué a perder la noción. ¿O se figura que, de no ser así, iba a haber sucedido lo que sucedió? Como le decía, yo me había sentado en el ribazo, y allí estaba, mirando hacia el embalse como un idiota, cuando, de pronto, zas, me viene un repente, me quito la ropa, me tiro al agua y nado hasta alcanzar la torre; trepo por ella y llego donde la campana mayor, que es la única que queda —las demás han desaparecido—. Pero no se llame usted a engaño, Señoría, que atribuirme todo eso a mí mismo es sólo una manera de hablar. El autor del desaguisado, ya lo habrá adivinado usted, fue el otro —¿se imagina a un hombrón como yo dedicado a hacer *strep-tease* y zambullirse en pelota?—: el otro, es decir, el chiquillo aquel. Y pienso si lo de la campana no sería una querencia suya, ya que, antiguamente, él era uno, entre varios, de los que se apuntaban a repicar, la víspera del Santo. Es un campanón negro —¿no lo conoce?—, panzudo y enorme, que se llama Damiana. Por eso sería, digo yo, por lo que los muchachos, cuando habían conseguido levantarla, hacían falta cinco, hasta ponerla boca arriba, miraban dentro, con mucho cachondeo, antes de soltarla, como si, efectivamente, se tratara de una mujer. Y vea lo que son las cosas, treinta años después, ahí me presento yo, dispuesto a mirar por debajo de las faldas a Damiana, también. Y es que durante unas horas, se había tendido un puente entre mi infancia y yo, ¿comprende?, y volví a ser el gamberro que había sido hasta el momento en que emigré. Creo que me he liado un poco, Señoría, pero no sé explicarlo mejor.

En una palabra que, desnudo y mojado conforme estaba, me puse a voltear a Damiana, pero lanzándola con todas mis fuerzas, con verdadera rabia, como un desesperado, tan-tan-tan-tan... Y, aunque me dolían los

tímpanos y el badajo sonaba dentro de mi cabeza, no paré de tocar hasta que se hizo de noche y me sentí relajado otra vez; sordo y con la lengua fuera, pero relajado. De algún modo tenía que quitarme el nudo que llevaba dentro, ¿no cree? No se imagina usted lo que uno siente al descubrir que la casuca que había guardado en su memoria como una postal, se la han echado a pique durante su ausencia y va a seguir embarrancada, en medio del pantano, para los restos.

Ya, ya me he enterado por la denuncia de las consecuencias del rebato: que se asustó la gente, que hubo una especie de tumulto, que se desmandó el ganado y hasta que malparió una vecina. Claro que, desde el incendio del 45, nadie había vuelto a tocar así. Pero, ¿qué tengo yo que ver con ello? ¡Allá el chavaluco! Yo respondo de mi conducta, Señoría: traigo dinero ahorrado, un «tiburón» matriculado en Lieja, una mujer y cinco chicos —aunque el pequeño, maldito sea, como se crió en una guardería, apenas habla más que el valón—. ¿Le parece poco? Y además pienso construirme un chalé; no una casa de lajas y mampuesto como la de mi padre, sino un verdadero chalé. Ya verán mis paisanos lo que es canela, cuando me siente, como hacen en el cine, a fumar, en una mecedora, en el porche. Un edificio de mampostería, con las fachadas pintadas de rosa, verjas esmaltadas y muchas columnas. Ah, y nada de almiar en la solana, carreta a la puerta y vaca tabique por medio con la familia, sino garage con goma de regar, jardín con parterres y fuente con rocas artificiales. Porque, por si no lo sabía, voy a montar un negocio. ¿Necesita todavía más garantías? Y el chavaluco que se vaya por donde vino, que, al fin y al cabo, nadie le ha llamado. Por lo que a mí respecta, no quiero volver a saber nada de él.

LA SENTENCIA*

El juez abrió el balcón de su despacho, y eran las siete y media de una tarde de invierno, y fuera, en la calle, hacía frío y el cielo estaba gris, y, sin embargo, la habitación se había llenado de mariposas amarillas y azules, y, en los estantes, entre los legajos y los libros de legislación y jurisprudencia, habían aparecido algunas flores; únicamente que el juez no se dio cuenta de esto, sino de su necesidad de respirar un poco de aire fresco. Acababa de terminar el borrador de la sentencia, pero, aunque había trabajado en él toda la tarde, no se sentía malhumorado, ni razonaba como otras veces: «¡Y ahora los abogados pasarán una minuta de dos mil duros, mientras que yo, que fallo el pleito, habré de conformarme con cargar el estudio de los ciento y pico de folios a mi sueldo de fin de mes!»; al contrario, se encontraba francamente predispuesto a la benevolencia, y, lo que aún resultaba más extraño, por primera vez desde que dejó de ser niño, había empezado a sentirse dominado por un deseo absurdo de hacer cosas pueriles, por ejemplo, cantar, escribir con el dedo en los cristales empañados, o incluso echar a volar por el cuarto un par de aviones de papel; porque ocurría que, desde que redactó la sentencia, se notaba el corazón más ligero, como bañado de alegría.

Por esta causa, cuando cerró el balcón y volvió a su butaca, y se puso a agitar la campanilla que había encima de la mesa, y apareció en la puerta el oficial de la Secretaría —«¿Permiso, don Martín?»—, el juez se quedó algo cortado, puesto que, a decir verdad, él no había tenido intención de llamarlo, sino que, simplemente, como estaba contento, había sentido el impulso de tocar la campana, al que, sin pensar en lo que hacía, había obedecido. No obstante, la presencia del oficial le volvió a la realidad en seguida, ya que don Martín no dejaba de comprender que, por ufano que él

* Galardonado con el Premio «Asociación Condal» de cuentos.

se encontrase, los Juzgados tiene su rutina, y no se puede arrancar a una persona de su máquina de escribir para nada. Así que dijo:

—Ahí está la sentencia. Póngala en limpio y pásemela en seguida a la firma.

Santos, el oficial, era uno de esos tipos taciturnos, con la piel de color ceniza, que hay. No usaba manguitos, desde luego, pero parecía muy posible que los llevase en los codos del alma. Como estaba empleado en la Secretaría desde hacía veintitrés años, había conocido ya siete jueces, y las leyes procesales no tenían secretos para él, pero eso no quitaba para que, en cambio, hubiese ciertas cosas, como la primavera o los árboles, que le producían un encono especial. Se sabía la Ley de Arrendamientos Urbanos de memoria, por supuesto, pero hubiera sido capaz de coger en aquel instante de la biblioteca del juez un volumen del *Aranzadi* y abrirlo, y no llegar a darse cuenta de que acababa de brotar una flor en el lomo del libro.

El oficial alcanzó el borrador, dijo: «Sí, Señoría», y se retiró; sólo que tres minutos después entraba nuevamente en el despacho, pero con la mirada aún más sombría que de costumbre, puesto que, en el intervalo, acababa de leer la sentencia. Y como llevaba veintitrés años en el Juzgado y había conocido siete jueces y las leyes procesales carecían de secretos para él, parecía realmente escandalizado cuando se dirigió a don Martín y le dijo:

—Pero, Señoría, el considerando...

Sonrió don Martín, porque ya esperaba algo de esto, y repuso:

—Usted limítese a copiar. El que firma soy yo.

Y Santos, claro, no se atrevió a insistir. El no sentía ninguna aversión particular hacia el juez, a pesar de lo cual, en aquel momento, hubiera deseado que se hiciese un milagro y le fuera concedida la gracia de vestirse de magistrado, aunque sólo fuera durante un segundo, para poder soltarle a don Martín, en su propia cara, todo lo que pensaba. Salvo que el milagro no se produjo, y Santos, el oficial, se tuvo que resignar a regresar a su oficina, sentarse otra vez a la máquina y empezar a mecanografiar la sentencia.

* * *

En la estación, en un ramal de maniobras, había un viejo vagón abandonado; solamente que no era como suelen ser los vagones, ni tenía esa oscura tristeza que tienen. Hasta 1945, sí fue un vagón como los otros, y durante miles de kilómetros arrastró de un lado para otro su armazón deslucido, enganchado a algún tren de mercancías, mientras sus ruedas palpita-

ban, tan, tan, a cuarenta pulsaciones por minuto, y la madera se le ennegrecía poco a poco, a causa del humo, la lluvia y la soledad de los andenes; pero ahora, pintado nuevamente de rojo, parecía gritar de alegría en medio del paisaje gris de rieles, traviesas y tapias, que le rodeaba. En la actualidad el vagón olía por dentro a fogón y ropa limpia, pero no siempre había sido así, ya que antes del cuarenta y cinco cambiaba de olor en cada viaje y unas veces olía a fosfatos y otras a ganado, sino que, desde luego, nunca faltaba en su interior una atmósfera sórdida como de almacén o sollado.

Un día, en 1945, durante una maniobra, un jefe de estación mandó apartarlo en una vía muerta, y allí lo dejaron; y pasó el tiempo y a nadie se le ocurrió volver a engancharlo; y se le fueron oxidando los topes; y la maleza empezó a crecer por debajo, entre las ruedas; y, aunque las locomotoras circulaban continuamente por los raíles inmediatos, el vagón quedó definitivamente olvidado. De esas cosas que pasan.

* * *

El marido se llamaba Juan y la mujer, Elvira; él era albañil y ella cocinaba, cosía la ropa y hacía la colada. El matrimonio vivía en una chabola del «Barrio de las Latas» y todos los años les nacía un hijo, y cada niño suyo llegaba al mundo con su Angel de la Guarda; sólo que, como la familia era pobre, los ángeles que les mandaban traían la aureola de alambre, la túnica remendada y plumas de gallinas en las alas, aunque, en compensación, su sonrisa era mucho más compasiva que la de los ángeles corrientes.

Pero una mañana alguien desdobló en el Ayuntamiento unos planos, puso el dedo sobre un espacio en blanco, dijo: «Aquí», y la barraca de Juan quedó barrida en un instante, porque se trataba de extender el ensanche de la ciudad, y el dedo, eso sí, constituia una fuerza implacable en este aspecto. En los planos, el barrio no contaba. Estaba formado por una veintena de barracas de chapa, y, por lo mismo, no resultaba un obstáculo serio para la expansión del ensanche. Como que casi podía asegurarse de antemano que la nueva avenida pasaría por encima de las chabolas con la misma facilidad con que lo hacía el agua del río durante las inundaciones. El dedo se movía por encima del plano como un puntero, distribuyendo calles, edificios y jardines, y, cuando, por fin, se detuvo y otra voz dijo: «Convendría activar el proyecto». se hizo súbitamente de noche en el «Barrio de las Latas».

Al llegar la orden de desahucio, la Elvira se encontraba en la cocina,

preparando la cena; así que guardó el sobre azul en el bolsillo de la bata para que lo abriese su Juan al volver del andamio. Dentro del sobre, el oficio del Municipio ronroneaba con voz helada y burocrática: «Por la presente y en el plazo improrrogable de quince días, se servirá usted desalojar la vivienda que actualmente ocupa, bajo el apercibimiento de que, caso de no hacerlo, se le sigan los perjuicios a que hubiera lugar». Pero la Elvira, preocupada por la cena, ni siquiera la oyó.

Por la noche entregó a Juan el sobre, y éste lo rasgó torpemente, porque sus manos manejaban ladrillos, no papeles, y cuando dijo: «Nos dejan sin casa», y luego: «No sé qué va a ser de nosotros», la Elvira se puso a llorar, y los ángeles custodios también.

Al otro día, el albañil se echó a la calle a buscar piso, y nunca le había parecido tan gigantesca la ciudad como entonces. En un momento, el mundo se convirtió para el albañil en una pesadilla con millares de fachadas agujereadas de ventanas, entre las cuales, sin embargo, no quedaba un solo hueco donde poder albergarse con su gente.

Al sábado siguiente, Juan se encontró con Mauro en la taberna de Pepín, como siempre. El Mauro y él eran amigos desde que hicieron juntos el servicio en el Regimiento de «Isabel II». El Mauro conservaba todavía una fotografía muy sobada de aquella época, en la que ambos aparecían vestidos de recluta, con guantes blancos y pelados al cero; y aunque habían contemplado el retrato cientos de veces, siempre que se juntaban decía Juan: «Trae esa foto, a ver»; y el Mauro sacaba la fotografía, y ambos rompían indefectiblemente a reír y se enredaban a hablar de sus tiempos. Pero aquella noche Juan no pidió la foto, sino que dijo:

—Me han puesto en la calle, ¿no sabes?

Y contó al otro lo que había ocurrido. El Mauro movió gravemente la cabeza.

—Mal asunto —repuso.

Retrucó el albañil:

—Como que no veo luz por ningún sitio. No sé qué hacer. Palabra.

El Mauro se acordó entonces de haber visto un vagón abandonado, en la estación, justamente enfrente del taller donde él trabajaba. Y dijo a Juan:

—De momento podrías arreglarte con eso mientras encuentras algo. Peor sería dormir en la cuneta, creo yo. —Y luego: —Pero no digas que yo te di la idea. No quiero barullos con la Compañía.

* * *

La familia entró a vivir en el vagón, sólo por unos días, mientras Juan encontraba otra cosa; pero transcurrió el primer mes y luego el primer año, y no hubo en la ciudad un solo hueco donde Juan se pudiera meter con toda su gente. Y puso una escalera de tres peldaños para facilitar el acceso a la plataforma; y pasó otro año, y se decidió a pintar el vagón de rojo; y a los dos y medio, abrió una ventana en una de las paredes, y la Elvira colocó en ella una cortina a cuadros y una maceta en la repisa; y ocho meses después, el albañil hizo un agujero en el techo e instaló en él una chimenea, que quedó ladeada, con un gesto jovial de sombrero de copa; y a los tres años, el vagón olía ya a fogón y ropa limpia; y había risas dentro; y los ángeles custodios cabalgaban con los niños en los topes. Y a los nueve años, el director de Tracción y Material de los «Ferrocarriles Unidos» dijo al abogado de la Compañía:

—No es que nos perjudique, en realidad, ya que se trata de una unidad condenada al desguace. Pero tampoco podemos cruzarnos de brazos ante una situación semejante. Por el precedente, ¿comprende?

Replicó el abogado, en tono negligente, sin conceder demasiada importancia al asunto:

—No se preocupe. Mañana presento la demanda, y en un par de meses los pongo en la calle.

Y el director y el abogado empezaron a hablar de otra cosa, porque tenían problemas mucho más graves sobre los que tratar.

* * *

Santos puso la sentencia a la firma del juez, y don Martín la releyó despacio, corrigiendo dos comas. Estampó su nombre al pie del escrito y después lo envolvió en una rúbrica alegre como un lazo. El oficial pasó el secante sobre la tinta y recogió los folios, y, mientras lo hacía, frunció el labio superior con gesto de escrúpulo, porque él había conocido siete jueces y ninguno de ellos hubiera sido capaz, qué enormidad, de reconocer a nadie el derecho a ocupar un vagón de ferrocarril como si se tratara de una casa corriente. Hasta ahí podíamos llegar. Ni con todas las prescripciones adquisitivas del mundo.

En cuanto hubo firmado, don Martín se abotonó el abrigo, se envolvió en la bufanda y salió a la calle. Y una mariposa le seguía los pasos, revoloteando alrededor de su sombrero. Pero él no se dio cuenta de esto, ni tampoco de que llevaba los bolsillos llenos de flores.

Periodismo

Una antología de Manuel Alonso Alcalde quedaría incompleta si no recogiera un aspecto de su quehacer literario, no por secundario menos representativo de su personalidad. Nos estamos refiriendo a sus colaboraciones periodísticas, ya aludidas en páginas anteriores, como periodista de carnet y vocación irresistible, en las que lúdicamente, pero con la mejor solvencia de dignidad del oficio, pulsa el latido del tiempo, atiende a las manifestaciones espirituales del momento, trata de una novedad literaria o de sus íntimas sensaciones ante aspectos de la vida diaria que le hieren de manera especial, saltando de espectador a protagonista del drama de la naturaleza y del vivir humano para penetrar originalmente el sentido cuando no darle él mismo un sentido, en permanente actitud de amistad y diálogo, de conversación, de comunicación, porque, en su propia voz:

Tiendo prosodias, puentes, a los hombres,
para saltar a la otra orilla, para
*poder vivir, morir, en compañía**.

* * *

Entre la multitud de sus artículos en diversos periódicos y revistas nacionales, hemos seleccionado algunos, publicados en «El Norte de Castilla», como paradigma de su arraigo a la tierra que le vio nacer, por la riqueza biográfica que contienen y por sus personales puntos de vista sobre temas ocasionales del momento cultural.

* Del soneto «Pronuncio sombras», revista «Llanuras», otoño, 1982.

MITOS*

Ahora resulta —según me ilustran los apuntes tomados por mi hija en clase de Literatura— que las frustraciones amorosas de Bécquer, el rechazo de que fue repetidamente objeto por parte del sexo femenino y que constituyó el motivo inspirador de la casi totalidad de sus desahogos líricos, se debieron a causas nada románticas: Bécquer padecía halitosis y le sudaban los pies. Pues, qué bien.

Vivimos en plena euforia desmitificadora. Parece como si hubiera un obsesivo empeño en rasar con una garlopa el pasado, para borrar de él todo residuo de «culto a la personalidad». Como si la manada de rinocerontes de Ionesco no se quedara a gusto sin arrollar, bajo sus pezuñas igualitarias, cualquier intento de individualización. Por lo visto, seremos más felices sabiendo que al lunar poeta de las «Rimas» le olía el aliento; infinitamente más satisfechos al enterarnos de que el sugestivo retrato que nos legó su hermano Valeriano, oculta una realidad humana menos atractiva, más sórdida. Pues qué bien, otra vez. Lo cual no significa que Bécquer no pudiera ser utilizado, como lo ha sido, en un cartel publicitario para insinuar, con un guiño picarón, que, al escribir que «una oda sólo es buena —de un billete de banco al dorso escrita» quizá no estaba ironizando, sino proclamando una elemental afirmación financiera.

O sea que, en definitiva, de lo que se trata es de derribar santones, echar a puntapiés de sus hornacinas imágenes que no interesan —como en el caso de Panero, ya que de poetas hablamos—..., pero para reemplazarlas por otras para cambiar mito por mito siempre, claro está que los nuevos lleguen arropados en determinadas filiaciones. ¿O es que la «generación del 27», por ejemplo, se agota con García Lorca, Miguel Hernández o Neruda? ¿Acaso no son tan grandes como ellos, un Pedro Salinas, un Emilio Prados o un Dámaso Alonso? Pues los fabricantes de mitologías no lo considera así, según parece.

Resulta curioso, sí, que los mitos que vemos convertirse en leña a nues-

* «El Norte de Castilla», 19 de enero de 1977.

tro alrededor, se sustituyan rápidamente por otros. Seguramente porque el ser humano no puede vivir sin ellos, porque forman parte de lo más intrínseco de su naturaleza.

He aquí un verbigracia: los cañizos que celaban la materia sexual, han sido fieramente derribados. Freud, cuyas doctrinas, a lo que parece, se hallan en franca decadencia —no entre nosotros, claro, que siempre llegamos con retraso al último tren—, dejó el consabido «tabú» tan sucio y descarnado como un jamón de bar. Pero otras manos se encargaron en seguida de aderezarlo. Tan a conciencia que el sexo se ha convertido últimamente en un idolillo tiránico, tan exigente, por lo menos, como el fetiche que ha venido a sustituir. Augusto Compte trató de elevar la Sociología, a la categoría de organismo eclesial, con sus jerarquías y ritos, para llenar con él el vacío que, en su opinión, iba a dejar la periclitada sociedad teocrática; pues algo parecido intenta, con el sexo, la autora de «L'antivièrge»: recomponer, con los añicos del viejo «tabú», recogidos del suelo, una especie de iglesia sexual con su filosofía, su liturgia y sus servidores. Mitificación de la desmitificación. Qué bien, qué bien y qué bien.

LA HORA DEL INTERPRETE*

—Es una coña.

—¡Dímelo a mí!

Pero ocurría que mi amigo, el actor, y yo, hablábamos de cosas diferentes. Ambos estábamos de acuerdo en que el teatro resulta una coña actualmente, sino que el problema consistía en que uno y otro entendíamos la palabra con criterios subjetivamente nominalistas y, claro, no nos entendíamos. Lo del «significante» y el «significado», ¿comprenden? Uno, como dramaturgo, sabe de sobra por qué motivos puede calificar al teatro como lo hizo, y es posible que el curioso lector —si, en verdad, quedan lectores curiosos todavía— conozca algún día, a través de un artículo en estas pág-icas, las razones que tengo para pensar así. Pero para mi amigo, el actor, el problema se ofrece con muy distinta perspectiva, ya que, al final, logré aclarar la causa que le movía a manifestarse en términos tan poco optimistas. En una palabra, de lo que él se lamentaba era de la escasa relevancia que habían concedido en los carteles anunciadores de la comedia, a su «importante» nombre..., y entrecomillo el adjetivo, porque el vocablo «importante» se ha hecho, últimamente, en los medios de comunicación, verdaderamente importante.

—Y al nombre del autor, ¿qué relevancia le conceden? —pregunté, candoroso.

—Hombre, mira, aquí está.

Y estaba, en efecto, pero en letras tan diminutas que no habían llegado, en el primer golpe de vista, a salvar la barrera de mis dos dioptrías y media.

—Su nombre aparece más pequeño que el tuyo —insistí.

—¡Caramba, no es el mismo caso!

Ya. O sea que el padre de la criatura, cofrade de Talía, el autor, que ha creado la comedia; ha sudado sobre ella; ha tachado, añadido, quitado; ha llenado un montón de folios y ha roto otros muchos; ha acosado al empre-

* «El Norte de Castilla», 29 de abril de 1977.

sario, ha llamado a los camerinos; ha devengado horas de antedespachos; ha sacrificado pasajes de su obra a la incomprensión, la petulancia o el capricho; ha..., bueno, todo lo que a ustedes se les ocurra, y más, debe ceder, encima y a beneficio de inventario, lo único que podía compensarle de tantas asperezas: su orgullo, satisfecho, de creador.

Pero resulta que vivimos en la «hora del intérprete». Cuando uno hacía versos, y sólo eso, publicaba sus libros con mayor o menor éxito y ahí terminaba todo. Pero cuando ha de depender de otras personas para dar vida a su propia creación, sabe hasta qué punto se encona su labor. Ojo, no es que uno busque el protagonismo, de eso, nada; se duele simplemente de la injusticia que supone esa inversión de términos. El intérprete, se quiera o no, es lo más fungible, fugaz y contingente, no sólo de la obra dramática, sino de cualquier manifestación artística que dependa, para su comunicación al espectador, de la actividad ajena. Y, sino, dígame usted las veces que ha visto mencionado, con alguna resonancia, el nombre del guionista, en una película, o cuántas se ha enterado de quién es el autor de la música que interpreta un cantante «pop».

El papel de divo corresponde actualmente al intérprete. Y lo malo es que no sólo ocurre esto en la música, el teatro o el cine. Lo auténticamente grave —¡oh, siglo glorioso de los ejecutivos!— es que hoy las ideas propias cuentan poco en la vida; lo que cuentan son los voceros que las ponen en circulación. Aunque, en muchos casos, no pasen, intelectualmente, de ser unos mediocres robaperas.

MI GRATITUD A GABRIEL MIRO*

Me mueven hacia Gabriel Miró un par de motivos de gratitud: primero, la circunstancia de que se me otorgara, hace unos meses, en Alicante, el premio de cuentos que lleva el nombre del ilustre escritor y que, por coincidir este año con la conmemoración del centenario de su nacimiento, adquiría, para mí, una particular y emocionada significación; segundo, por el gozo que, desde siempre, me ha procurado su prosa, la que yo releo, a menudo, como terapéutica de desintoxicación frente a tanta chanflonería literaria, tanta xenofilia beata, tanta cursilería camuflada de suficiencia.

Pienso si Stendhal no hizo un flaco servicio a la literatura, no con lo del «miroir au long du chemin», que tampoco constituye un invento trascendental, sino con su descarada, deliberada, casi obscena obsesión por desnudar el relato de cualquier injerencia estética. Ortega consideraba a Stendhal «archinarrador ante el Altísimo», ¿y qué? Imagino que el arte de contar debe suponer algo más que el descarnado desarrollo de una trama, ya que, en caso contrario, equivaldría a conceder al reportaje la primacía sobre las restantes modalidades de la narrativa y hasta a elevar a Ponson du Terrail, Paul Feval, Eugenio Sué y Manuel Fernández y González a la categoría de grandes «archinarradores», también. La belleza literaria no se queda siempre en simple retórica; al menos, cuando, como en el caso de Gabriel Miró, hay, tras ella, un artista dotado de excepcional sensibilidad para las intuiciones poéticas.

Recuerdo la sorpresa que me produjo, en mi adolescencia, el encuentro con las «Cerezas del cementerio», y el poso de melancolía que dejó, en mi interior, la lectura de la novela. Años después fueron las «Estampas de la Pasión», y su impalpable poesía, las que conmovieron mi juventud, agitada entonces por una crisis religiosa; y no es que uno crea que la fe deba ser fruto de una sacudida emocional producida por el choque con la belleza, pero sí que ésta puede contribuir a su hallazgo.

Este verano me llevé conmigo, entre otros libros, a «Nuestro Padre San

* «El Norte de Castilla», 11 de septiembre de 1979.

Daniel» y «El obispo leproso», para releerlos despacio. Curioso: Sugerido por el sol mediterráneo de Estepona, el sol de Oleza, escenario de ambos relatos, resultaba extrañamente real, casi vivo: luz cegadora en el encalijo de fachadas, bardas y brocales; luz sobre el vaivén de las palmeras; luz tras las siluetas de pitas y de nópalos. Toda una pirotecnia de luminosidades para envolver la sórdida existencia de unos personajes, que parecen eocerse en sus propios prejuicios, enconos y tedios; únicamente la figura brumosa y doliente del mitrado permanece, como un tachón de sombra, en medio de ese raudal de claridades...

Probablemente, en cuanto a riqueza de elocución, sólo Quevedo y Valle-Inclán pueden colocarse al nivel de Miró; quizá, también, Azorín, aunque, en su caso —estoy pensando en «Doña Inés»— su empleo del vocablo menos frecuentado suene un poco a sofisticación, como si el escritor se hubiese propuesto epatar al lector a base de hurgar por los rincones más escondidos del diccionario. En Gabriel Miró, en cambio, la superabundancia del vocabulario no resulta impostada, enfadosa o incómoda, ya que uno nota en seguida, en él, una vocación artesana de exactitud y precisión, Gabriel Miró se convierte en una especie de relojero del lenguaje; un engranaje de pequeñas ruedecillas sintácticas, de espirales de tropos, de rubíes semánticos, transforman su prosa en una hermosa y ajustada maquinaria, en la que nada sobra y donde cada pieza está en su sitio: maquinaria que uno siente latir con leve rumor de cronómetro, puesto que, al fin y al cabo, lo que Gabriel Miró, lo mismo que Proust, intentaba, era poner de nuevo en marcha un tiempo ya ido, para desmigarlo después, pacientemente, con el filo del segundero.

Hay quien dice, lo sé, que los personajes de Gabriel Miró carecen de verismo y humanidad, como si ésta, su humanidad, quedase oculta por la faramalla de un rococó verbal. Pero se ve que el que eso afirma no ha descendido, y con la morosidad que la lectura de Miró requiere, por debajo de la superficie de su prosa. Porque ocurre precisamente lo contrario, que los tipos que el novelista nos presenta viven más su vida real que la fabulada: son seres de carne y hueso, con los que uno —yo, al menos— se siente conectado de inmediato, vecino de Oleza, de su trivial inmovilismo, y, como tal, enganchado en los amores y odios, monotonía y frustraciones que pesan sobre sus gentes.

He hablado de Gabriel Miró; lo he hecho con sinceridad y entusiasmo; he dicho lo que pienso del escritor. Ya anticipé que se lo debía, que le debía esta pequeña muestra de gratitud.

UN RELLANO EN LA ESCALERA*

«Breve tiempo y muy determinado de días tiene el hombre», poetizaba fray Luis de León alrededor de un tema, muy caro, antaño, a la literatura, el de la brevedad de la vida, que entonces sí que verdaderamente era breve —computada, se entiende, *con las medidas biológicas actuales*—, pues, hasta hace no demasiado tiempo, los baremos de longevidad, en España, no pasaban de los 60 años de media. Hoy, en cambio, una esperanza de vida de 75 u 80 no constituye *ninguna* predicción hiperbólica. Sin embargo, si uno lo piensa un poco, resulta que se vive, en general, en nuestros días, una existencia tan estandarizada, tan vacía del puro y simple goce de vivir, que, al cabo, llega a ser tan efímera como antes. Haga usted, si no, la cuenta de la vieja y verá lo que sale. Ponga 80 años en el minuendo y reste, de momento, 10 ó 12, que son los que pasa el ser humano en el nimbo de la infancia, flotando, en él, *sin enterarse*; quite a continuación, del resto de 70, veinte años que transcurren en el vacío del sueño, en la cama, y veinte más en otro vacío, ése que para un inmenso número de seres está constituido por el trabajo, las *exigencias de la fisiología* y las pequeñas rutinas cotidianas. ¿Qué queda, al final, de una existencia octogenaria? Más o menos, 30 años útiles, quiero decir poseídos con plena conciencia y lucidez. Pregunto: ¿merece de verdad, de verdad, la pena, quemar esa minúscula dotación de vida, esa pavesa ante la eternidad, en la envidia, el encono, el orgullo y la prepotencia?

El inicio de una década nueva viene a ser como un rellano de escalera, en el que uno se detiene a tomar aliento y a recontar los tramos que lleva remontados y los que, dentro de la contingencia de un pronóstico de esta clase, todavía le faltan. Al fin y al cabo, si la vida *humana* se compone de unos cuantos períodos de diez años, parece lógico que uno sienta el reconcomio, mientras se dispone a subir uno más, de hacer un poco de precalentamiento con esta especie de meditación a vuela *máquina*. Ocurre que los hombres tendemos por instinto a la esperanza, es verdad; pero no deja de

* «El Norte de Castilla», 8 de enero de 1980.

serlo igualmente que, echando una ojeada al planeta, no es mucho ni bueno lo que nos aguarda al doblar la esquina de los 80. Nuestro ilustre paisano, Julián Marías, escribió, no hace mucho, que «el mundo se ha hecho presente, pero todavía no es uno: persiste una profunda incomunicación entre los países, un desconocimiento mutuo que la acumulación de las noticias no impide». O sea, que las distancias sobre la Tierra se han acortado en proporción inversa a la velocidad de expansión de novedades y sucesos, pero seguimos apresados en un punzante laberinto de recelos, incomprensiones y rechazos, agravados por la existencia de unas panoplias nucleares, que convierten la espada de Damocles en apocalíptica posibilidad. El destino del mundo se ha vuelto excesivamente frágil y contingente como para mirar con mucha confianza hacia el futuro. Y, si no, ahí está la prueba: el miedo cósmico, más o menos consciente, que impregna ahora el alma colectiva.

Yo tengo en mi casa un globo terráqueo giratorio. Le hago dar unas vueltas y lo paro colocando, al azar, un dedo, sobre la esfera. Caiga donde caiga la yema, allí se agazapa un conflicto, capaz de dispararse, a escala ecuménica, en cualquier momento; incluso cuando se detiene sobre un océano, me sube por la mano la amenaza de la contaminación o de las crisis del petróleo y la pesca. No, ya no resulta estimulante viajar, ni siquiera de imaginación, por el globo terráqueo, erizado de espinas todo él: Teherán, Afganistán, el Oriente Medio, Rhodesia, la OPEP... Sospecho que no debe quedar olvidada por ahí ni una islita que pudiera servir de refugio a un robinsón vocacional. Las tensiones que conmueven el mundo, que lo agitan y despedazan, se transforman en sacudimientos telúricos, y ya no vale enfrentar la actualidad a base de compartimentarla en sectores geopolíticos y zonas de influencia, ni acudir a neutralizar los problemas mediante su aislamiento por regiones y países, como venía haciendo la ONU. El vendaval resulta demasiado poderoso ya, como para pretender detenerlo con la empalizada del cañizo de una frontera.

Y si usted piensa que la resaca de las pasadas fiestas me ha dado pesimista, le diré que ni hablar, que ni mucho menos, que nada de eso. He sido amasado con bonachonería de pícnico, y la hipocondria no suele entrar en mi carácter. Pero la nueva década se presenta sombría, y no existe optimismo capaz de atisbar un rayito de luz, cuando las ventanas han sido condenadas y se ha fundido la luz de la bombilla de esperanza, que debía iluminar el rellano. No, el porvenir no es esperanzador para los recién estrenados 80. Y todo esto, ¡para los cochinos 30 años que va una persona a vivir!

ELEGIA PARA UN RECUERDO*

La poesía lírica, que ya empieza a ser agua pasada en el mundo cultural de nuestro tiempo, se convierte de lleno en arqueología, si se traslada a una columna de periódico. Es lo malo de haber nacido con tanto retraso. Si uno hubiese venido al mundo hace ciento y pico de años, por ejemplo, en estos días, en aquellos días de primeros de octubre de 1880, hubiese podido enviar tranquilamente a «El Norte de Castilla» de entonces, manuscrita en caligrafía de pendolista, la elegía que la ocasión exige, unos versos dolientes con los que uno hubiese podido descargar de su corazón el pujo de nostalgia que en estos momentos le acongoja, y que difícilmente conseguirá curar con la prosaica terapéutica que representa su habitual artículo de colaboración en estas páginas. Los lectores de otrora, habrían leído con gusto mis endecasílabos, incluidos entre un anuncio de «pilules orientales» y otro de «sinapismos del doctor no sé cuantos», y puede, por qué no, que algún lector hasta hubiese sentido la tentación de recitarlos, con énfasis aprendido en Borrás o Morano, ante su familia, reunida en torno al primer brasero del otoño. Un poema, que empezase, más o menos, así:

Hubo una casa, ¡ay!, que ya no existe,
a la que mi dolor retrospectivo
dedica hoy este canto,
porque me siento inmensamente triste,
tan triste que, en los versos que ahora escribo,
van mezclados, en uno, tinta y llanto...

Etcétera, etcétera.

Pero resulta que ya no se anuncian pilules orientales ni se admiten elegías en los diarios. A pesar de que un poema de este género es lo menos que uno debería dedicar al recuerdo, ya sólo recuerdo, del piso en que pa-

* «El Norte de Castilla», 18 de octubre de 1980.

só parte de su adolescencia y primera juventud, cuya casa, en un reciente y fugacísimo viaje a Valladolid, ha visto inesperadamente desaparecida, borrada del mapa, arrancada de raíz para siempre, como si hubiera sido víctima de algún bombardeo...

Me refiero al edificio que estuvo emplazado, y ya no está, en el número 7 de la plaza de la Fuente Dorada, que, cuando uno se trasladó a vivir allí, todavía era fuente y, precisamente, dorada, con dos caños de agua sin cloro, donde acudían , con sus risas tan frescas como el agua y sus cántaros en la cadera, las chicas de servicio, o lo que es lo mismo, empleadas del hogar, de la vecindad.

Suelo ir a Valladolid a menudo. En cuanto puedo, cojo el coche y me planto allí. Recorridos casi siempre breves, pero en los que raramente he faltado a la cita con una serie de recuerdos —porque desdeñar los recuerdos es ignorarse uno a sí mismo, que ha sido modelado por ellos—, entre los cuales, claro, estaba mi viejo mirador de Fuente Dorada, donde uno se asomaba a contemplar la vida. Porque pasé dos años metido entre las cuatro paredes de mi cuarto y el mirador constituía una especie de fuga a las estrellas. Dos años justos, los que dediqué a preparar las oposiciones, en que uno se sintió prisionero del programa, los temas y los textos. Como que escaparse alguna tarde, a jugar una garrafina, en el frontero Café España, representaba una aventura, y salir a tomar unas decas en las tascas cercanas, una orgía. Llegar de madrugada, tocar las palmas y oir el «yaaa vaaa», del sereno, que aparecía por los soportales, con su gorra de plato y agitando el manojo de llaves como una campana, constituía, yo qué sé, el no va más de la disipación, por aquellos entonces. Sobre todo, cuando al día siguiente, el despertador le devolvería de nuevo a uno, 7 de la mañana en punto, a sus textos, temas y programa. «Valladolid-la nuit», que diríamos.

Fuente Dorada, 7. Aún conservo cartas con ese membrete, ya, para mí, histórico. ¿Qué queda de aquello? El vacío, los muros de melancólico ladrillo y recuerdo. Este que estoy consignando en vulgar prosa, ya que he nacido con siglo y pico de retraso y no se me permite hacerlo en verso. Pero, aunque en prosa, queda aquí la elegía. Sin ningún interés periodístico, por supuesto. Un dato que sólo es importante —ya que nos desmoronamos un poco con cada recuerdo que perdemos— para este servidor de usted, que lo es.

JUGLAR EN FONTIVEROS Y HOROSCOPO EN COMUN*

Me llega, caliente todavía de la cochura, el último poemario de Luis López Anglada —último por ahora, se entiende—, titulado «Juglar en Fontiveros», sobre el que ya escribía, y magistralmente, días atrás, aquí, en «El Norte», Francisco Javier Martín Abril. El ejemplar que el poeta me envía encabezado por una dedicatoria entrañable: «A Manolo, que para eso es mi mejor y más antiguo amigo».

Y es que, ciertamente, el comienzo de nuestra fraternal amistad se remonta, ahí es nada, al año 1934, cuando andábamos en nuestra primera edad todavía. Aunque estaba cantado, eso sí, que nuestros destinos se cruzarían más tarde o más temprano —y fue más temprano que más tarde—, pues, habiendo venido ambos al mundo el mismo mes del mismo año, con pocos días de diferencia, es decir, bajo el influjo de unos mismos astros, parecía de lógica, si es que hay alguna en el tejemaneje de las estrellas, que nuestros respectivos horóscopos avanzasen al hilo y por sendas concurrentes.

Y así ha ocurrido siempre, más o menos: Luis nació en Ceuta, y yo, en Valladolid, pero, al correr del tiempo, cada uno se corvirtió en hijo casi adoptivo de la ciudad natal del otro, de Valladolid él, yo de Ceuta. El caso es que, en la década de los 30, la familia de López Anglada, y el niño, naturalmente, con ella, residía ya en nuestra población. Hasta que un buen día nos encontramos. No recuerdo cómo, pero sí, vagamente, que nuestra afición a la poesía algo tuvo que ver en el asunto. Y así, al unísono, emprendimos la larga, en ocasiones desalentadora, pero siempre apasionante aventura de escritores: al unísono —y nunca mejor dicho, pues el poema premiado lo escribimos en colaboración— obtuvimos nuestro primer premio literario; publicamos, al unísono, nuestro primer libro; juntos, fundamos y co-dirigimos la vallisoletana revista «Halcón», que, según parece —¡con lo que tuvimos que luchar entonces para sacarla adelante!—, despierta creciente interés entre los estudiosos de la historia de la literatura re-

* «El Norte de Castilla», 20 de octubre de 1982.

ciente; en las antologías aparecen nuestros nombres, cuando aparecen, seguido uno del otro; hemos formado parte de las mismas tertulias; colaborado en las mismas publicaciones y —al margen ya de la dedicación puramente literaria— ascendido paulatinamente en idéntica profesión. Vamos, que —salvadas las consabidas distancias, claro— Plutarco se habría sentido encantado con nuestras paralelísimas vidas. Y eso sin añadir a los ya anotados otra infinidad de detalles que afectan por igual a ambas partes y que, quién sabe, acaso, pudieran ser utilizados para respaldar el silogismo astrológico que acaba de ocurrírseme: a parejo influjo astral, deben corresponder hados correlativos. O tal es nuestro caso, cuando menos.

La trayectoria de López Anglada —tanto vital como literaria— es rectilínea y nítida: su verso, transparente; sus sonetos, de inigualable perfección; y en uno y otros, el gozo del paisaje castellano, la alegría de saberse existiendo, el regusto por acariciar toponimias y levantar sobre ellas líricos memoriales, cantando ciudades y lugares —ahora le tocó el turno a los pueblos y tierras abulenses, el Fontiveros de San Juan de la Cruz en primer plano— y todo ello, amasado, exaltado y vivido a través de un amor inalterable, el mismo que encandiló sus más tempranos versos: Maruja, sus esposa, poeta también y madre de los ocho hijos del matrimonio, cantados otrora en aquel delicioso «Redondel de los ocho niños». Hay un patético temblor de emoción, retrospectiva en este caso, cuando escribe, con la mirada vuelta hacia el pasado y el corazón anclado en el ahora:

Envejecemos juntos lentamente
aunque parece que alguien, impaciente,
quiere de nuestro sitio relevarnos.
Y nos vemos, amiga, cara a cara
como en el tiempo en que una luna clara
nos invitaba eternamente a amarnos.

No es difícil descubrir en «Juglar en Fontiveros» la ambivalencia lírica (amor-luz; exaltación-ternura; nostalgia-júbilo...) que siempre ha presidido la obra de su autor, aunque en cada nuevo libro de éste, en cada peldaño en esa escalera a las estrellas que es su obra total, aparezca más sutilizada cada vez, más desnuda de ganga anecdótica cuanto más profunda de sentimiento.

Pero como los vallisoletanos —Valladolid constituye su musa del paisaje— quienes debemos agradecer a Luis López Anglada los numerosos,

infinitos versos que ha dedicado al de Castilla. Como lo de este hermoso soneto:

Vuelan palomas en Castilla; pasa
sobre el campo en silencio la ternura
de un nervioso aletear que se apresura
a entrar en el sosiego de la casa.
La vida aquí ni rompe ni traspasa
la cal del palomar ni su blancura.
Castilla es una breve arquitectura
que a un claustro de palomas se acompasa.
Pueblan las suavidades del zureo
collares palpitantes de deseo
en suavísima pluma convertidos.
Desde la paz del palomar se asoma
a contemplar el mundo una paloma
y hasta las manos se nos hacen nidos.

CARTA Y HOMENAJE A JORGE GUILLEN*

Querido y admirado maestro: Me invitaba usted, poco antes del verano pasado, ¿recuerda?, a visitarle en su domicilio de Málaga, cosa razonablemente factible, pues suelo disfrutar mis vacaciones en Estepona. Motivos de salud —concretamente, un episodio coronario, superado ya a estas alturas— me impidieron acudir a la cita; sino que, al enterarme del merecido, y nunca mejor dicho, homenaje que nuestros paisanos habían decidido rendirle, supuse que podríamos celebrar la misma, por estas fechas, en Valladolid. Sin embargo, no ha sido así. Ocurre que mi nombre no fue incluido —olvido, que no menosprecio, imagino— entre los de las personas llamadas a participar en dicho homenaje, cosa normal si se tiene en cuenta que nadie es profeta —ni poeta, me atrevería yo a añadir— en su patria, excepto usted, en esta feliz ocasión, ya que tan justamente honrado ha sido, aunque, quizá, más, por sus títulos como lírico universal, que por su condición de coterráneo.

Ya comprenderá usted, que, aunque uno, por su edad, esté de vuelta de esas elaciones, me veo otra vez obligado a aplazar para otro momento nuestro encuentro. Esto puede sonar a cazurrería, de sobra lo sé, pero no es cosa de ir ahí, a «meterme donde no me llaman», aunque sólo sea para prevenirme frente a futuribles desaires.

No obstante, admirado maestro, yo no podría dejar pasar esta coyuntura sin dar público testimonio de mi admiración a la obra poética brotada de su pluma; mi reconocimiento por la amistad que tan generosamente me ha brindado usted siempre, y de la que queda entrañable constancia en la demorada correspondencia que hemos venido sosteniendo a lo largo de más de cuarenta años, y mi retrospectiva gratitud por su gentileza para

* «El Norte de Castilla», 19 de noviembre de 1982. Hemos de señalar con toda complacencia que Jorge Guillén ha sido el escritor, la persona más homenajeada en Valladolid en los últimos veinte años. Academia de Bellas Artes de la Purísima Coccepción, Casa de Cervantes, medios de comunicación social, Ateneo, pueblo de Montealegre, Universidad, Feria del Libro, Ayuntamiento de Valladolid y Diputación Provincial se han sucedido y multiplicado en colmarle de justos honores y distinciones populares y académicas, en un ambiente extraordinario de adhesión y afecto.

conmigo, cuando yo no era más que un crío, o, en sus propias palabras, las que me dedicaba tiempo atrás, en carta que conservo, un escolar: «Tengo muy presente —decía usted— la ocasión en que tuve el gusto de verle el verano de 1935. Usted era jovencísimo, casi una criatura. Sí, sí, ¡un escolar de los Baberos!...» Un chico de 14 años que, en lugar de las travesuras propias de su edad, aunque lo suyo no dejase de ser una travesura de otro tipo, hacía, a escondidas, versos creacionistas, los que transcribía poco a poco con su torpe letra de colegial en un cuaderno de pastas de hule negro. Usted, al enterarse por Suárez Carreño de su existencia, quiso conocer a su infantil autor, quien acudió al punto de reunión, la terraza de un café de la Acera de Ferrari. Llegaba a todo correr, ilusionado y desalado, desde el colegio de Lourdes donde estudiaba como interno. Usted le invitó a sentarse; pidió para él una gaseosa, de aquéllas que tenía una bola de cristal verde en el gollete, y le dijo —exactamente así, con estas palabras— que «hiciera el favor de prestarle su cuadernito». Usted allí mismo lo leyó de cabo a rabo y comentó: «La falta de ortografía, ¿sabes?, constituye una falta de urbanidad para con el lector». Porque sucedía que el adolescente, por mimetismo lógico de esa edad, no había colocado en sus poemas un solo signo de puntuación, a imitación de lo que veía en ciertos poetas del momento..., aunque, hoy, todavía haya alguno que intente epatar con tan viejísima novedad.

Usted se llevó consigo el cuaderno, que devolvía días más tarde puntuado por su propia mano. Desde entonces lo guardo como oro en paño, no por los versos que hay en él, obra de un crío que ya no existe ni siquiera dentro de mí, sino por su participación, que basta, por sí sola, para revalorizar su contenido. Ya ve con cuánta minuciosidad vuelven a mi memoria aquellos pequeños detalles que usted, con la suya privilegiadísima, ha evocado en alguna de sus cartas también. Como revivo, igualmente, su «Cántico», que tanta parte tuvo en mi formación literaria. En aquellos tiempos lo recitaba, de cabo a rabo, de corrido; en la actualidad, aun con los huecos que hayan podido dejar las neuronas que van quedándose atrás, aún podría memorizarlo casi entero. Ya ve por cuántas razones debo llamar a usted maestro.

Y qué de motivos me asisten para sentirme dolido porque las circunstancias me hayan impedido participar en su homenaje. Esa ha sido, precisamente, la causa de que esta carta, que pensé enviarla por correo normal como tantas otras anteriores, llegue a usted a través de las páginas de «El Norte». Y es que, como antes le decía, quiero dejar constancia de la admiración, reconocimiento y gratitud que le debo.

PRIMERA VELITA*

Nunca llevé un «Diario», ni aún de muchacho, que es cuando se hacen esas cosas. Me conozco relativamente bien a mí mismo, y sé que me habría cansado en seguida de consignar, día tras día, en un cuaderno, las intrascendentes rutinitas en que suele consistir la existencia. A pesar de todo, ya ve, me gustaría, en estos momentos, tener ese cuaderno a mano, a fin de monologar tres o cuatro páginas en él, en lugar de hacerlo en un artículo de periódico, ya que, incluso tratándose de uno tan familiar para mí como «El Norte», pensar en que alguna persona pueda leer esta especie de recorderis me deja mediatizado y cohibido.

Bueno, el hecho es que hoy, 20 de diciembre, fecha en que me pongo a redactar el monólogo —que me ofrezco a compartir con usted, como es lógico— celebro mi «segundo-primer aniversario», ya que hoy, hace un año vine al mundo por segunda vez. ¿Que cómo pudo ser? Pues de un modo repentino e inexplicable: verá, yo estaba sentado ante el televisor —una película malísima, lo recuerdo perfectamente—, cuando, de pronto, a través de una certeza instintiva como la que lleva a los elefantes, según dicen, por la senda que conduce a su muerte, sentí la proximidad de la mía, y un instante después algo parecido a un puñetazo de peso pesado en el pecho.

—Dije a mi mujer:

—Anda, llama a un taxi, ¡de prisa!

Ella me miró, entonces; y no sé qué vería en mi rostro que ni preguntó qué me sucedía: fue al teléfono; avisó a la central de autotaxis; apareció el coche; me ayudó a introducirme en él; dio al taxista la dirección de un hospital, y hacia él, que salimos volando. Todo en menos de cinco minutos. Pero a ella le parecía que no íbamos bastante de prisa.

—¡Corra, por favor, corra usted! —acezaba.

Llegamos al nosocomio, donde, sin otro requilorio, me metieron directamente en la UVI. Mi aspecto no debía resultar demasiado tranquilizador, por lo visto. Una vez en la sala, me desnudaron y acostaron; y antes de que

* «El Norte de Castilla», 30 de diciembre de 1982.

pudiera pronunciar una sola palabra, me vi enredado en una madeja de cables; con una enfermera tomándome la tensión y otra preparándome para el electrocardiograma; tapadas nariz y boca por la máscara del oxígeno; clavada en una vena la aguja del gotero, y mirando, con ojos atónitos, a través de una diminuta pantalla, los nerviosos saltos, como de trucha loca, de mi pulso, mientras los helados toques de un fonendoscopio recorrían, rincón a rincón, mi dolorido tórax, y una bata verde rondaba por los alrededores de mi lecho.

—Dígame, doctor, ¿cómo me encuentro? No me dore la píldora, se lo ruego; soy creyente, necesito saberlo.

—Con que la verdad, ¿eh?

—Eso le pido. Y asumo toda la responsabilidad, no se preocupe.

—De acuerdo. Pues la verdad es que se está usted muriendo.

—Entonces concédame un minuto para dialogar a solas con mi conciencia, ¡y quíteme este dolor, que me tiene hecho polvo!

Transcurrieron los sesenta segundos solicitados, y una inyección de cloruro mórfico me disparó, un instante después a la nada. Así de simple todo. Pocas horas más tarde —o muchas, puesto que en esas condiciones se llega a perder la noción del tiempo— noté unos leves cachetes en las mejillas y el bisbiseo del cardiólogo en un oído:

—Ya no se muere usted, siga durmiendo.

La idea quedó allí, en la subconsciencia, medio adormecida. Poco a poco, sin embargo, fue adquiriendo sentido, tomando forma: Yo existía, que podía respirar, paladear el aire como un zumo glorioso; mirar, escuchar... ¡Qué maravilla, sentirse vivo, incluso con todas las servidumbres patológicas que nos acechan! ¡Qué maravilla! Quien no haya pasado por alguna experiencia semejante no puede entender lo que es eso.

* * *

Las Navidades que pasé en la UVI, se cuentan entre las más felices que haya disfrutado nunca. Palabra que no exagero. Parece, y creo que sucede también en otros hospitales por estas fechas, que los pacientes, en cuanto pueden, aunque no puedan mucho, solicitan regresar a su casa; por eso la sección donde yo me encontraba, quedó casi vacía, lo que permitió abrir la mano respecto a las visitas familiares. Gracias a lo cual, pude verme, prácticamente todo el tiempo, envuelto en el calor-pollito de mi familia, en un estado de beatitud, próximo a la inocencia, la del infante recién nacido, que yo era, se comprende.

Fíjese lo que son las cosas: uno que ha publicado libros y estrenado co-

medias, nunca llegó a sentirse tan envanecido de su propia obra, como lo está del Nacimiento que modeló, en plastilina, para la sor de la UVI, quien se lamentaba de que el año anterior, a causa de no sé qué minúsculo accidente, se había hecho cachizas el Belén.

Me salió bonito, o a mí me lo parece: torpemente naïf, pero bonito. El día de Navidad pasaré por allí a recrearme con «mis diminutas esculturas, que alguien me ha dicho que han vuelto a ser instaladas. Bueno, y a repartir besos de niño entre las ATS, Mercedes, Pilar, Toñi, Marijose..., ante quienes, de tanto como me mimaron, no me siento padre, pese a mi edad, sino un crío muy crío...

Ah, y a encender y soplar con ellas, la única velita que llevaré a la UVI; una sola, sí, con que celebrar el primer cumpleaños de mi nueva existencia.

* * *

Perdón, ¿sentiría usted vergüenza ajena si yo me felicitase a mí mismo aquí? No, ¿verdad? En ese caso, ¡felicidades, Manolín!

Teatro

Si nos atenemos a las palabras de Manuel Alonso Alcalde, anteriormente reproducidas, su condición de autor dramático resulta relativamente tardía, puesto que la misma se revela al serle otorgado, en 1959, el premio «Ateneo de Madrid», por la obra **EL AGUA EN LAS MANOS.** Sin embargo, una gacetilla aparecida el 11 de abril de 1974 en «El Norte de Castilla» nos informa de que nuestro biografiado ya escribía teatro en la década de los cuarenta, pues acababa de estrenar en dicha fecha, a local lleno y con gran éxito de público —según la citada nota de prensa—, la función titulada **ESTAMPAS DE SAN FRANCISCO.** Los intérpretes de los tres únicos personajes que intervenían en la obra, fueron los señores Laforga, Quintero y P. de San José.

Y es que su vocación de dramaturgo, y así lo explica Alonso Alcalde, «*puede haber permanecido más o menos soterrada durante largos años, pero es consustancial conmigo, o así lo creo yo, desde que, siendo un crío, enredaba, inventándome mis propias comedias, en el diminuto escenario, con sus decorados y sus figuras recortables, que me habían dejado los Reyes, juguete denominado "teatro de los niños". Luego, en el Colegio, hice de autor y actor; de muchacho, actué también en grupos universitarios, y hasta de comparsa, en más de una ocasión, en el vallisoletano "Lope de Vega", con otros compañeros, convocado por Enrique Rambal; estrené una pequeña cosa en Valladolid con un grupo escénico vocacional, y luego, en Ceuta, con otro, bajo el patrocinio de la sociedad "Amigos de la Música" de esa población. Pero mi verdadera historia como autor arranca, sin lugar a dudas, del estreno de "El agua en las manos", pieza que envié al certamen de teatro convocado por el madrileño "Ateneo", donde fue puesta en escena el 24 de abril de 1961, bajo la dirección de Manuel Dicenta*».

Vea el lector lo que el llorado Alfredo Marquerie, que había formado parte del Jurado discernidor del premio, escribía acerca de la pieza, en la presentación de la misma:

«MOTIVACION DE UN PREMIO

Más que una opinión propia voy a tratar de resumir en unas líneas los motivos que indujeron al Jurado del Premio de Teatro Ateneo para otorgar su galardón a «El agua en las manos», de Manuel Alonso Alcalde.

Se pensó que esta obra, escrita en un lenguaje conciso y directo, pero muy ceñido humana y realmente a la acción era, por su proporción y medida y por su intensidad problemática y dramática, un buen ejercicio de lo que se puede hacer en un acto y con tres personajes (el cuarto personaje apenas habla). Su unidad es absolutamente rigurosa, la definición de sus tres tipos muy acusada y caracterizada y la tensión trágica que ya mantiene desde el principio al fin, sin un altibajo ni un desmayo...

«El agua en las manos» es evidentemente una tragedia encapsulada, con su coro invisible pero audible, con su cerco rugiente y casi llameante que prensa y atrapa al trío escénico y que, con sobria y convincente versión escénica, puede interesar, intrigar, y conmover a un público, dejando en su desenlace implacable ese amargo sabor purgativo que aritotélicamente debe encerrar la triaca escénica.

La situación única en que el desarrollo argumental se desenvuelve, admite sutiles variantes de tono y modalidad, y también un buen juego de pulsaciones. La exposición es valiente y rápida; el leve movimiento justificado y natural; el nudo bien trabado, y la solución impresionante y recia.

En «El agua en las manos» además de las cosas que se dicen hay otras que se inducen, apuntan e insinúan. Y quizás éstas sean las más im portantes.

Mucho nos complacería y congratularía que, por esta vez. Los espectadores pensaran como mis compañeros de jurado, y en definitiva, como el que estas palabras suscribe.»

Y, al día siguiente, Adolfo Prego decía en su crítica de ABC:

«"EL AGUA EN LAS MANOS", DE ALONSO ALCALDE, EN EL ATENEO

El Ateneo de Madrid convocó en su día un concurso de obras teatrales en un acto. De aquel concurso salió una pieza ganadora titulada "El agua en las manos", original de Manuel Alonso Alcalde, y una finalista, "Los centauros no lloran, hijo mío", de Francisco Paso Núñez. Las dos comedias fueron representadas anoche por actores profesionales, bajo la dirección de Manuel Dicenta, y con unos bonitos decorados de Richart.

Es decir, que ambos autores noveles recibieron un trato muy superior al que suele concederse en casos semejantes. Primero se representó "Los centauros no lloran, hijo mío", y después, "El agua en las manos"...

De Manuel Alonso Alcalde cabe esperar comedias importantes. "El agua en las manos" apenas dura treinta minutos, pero en esa media hora queda perfectamente esbozada una situación dramática muy tensa, y aunque en el texto figuran algunas frases que revelan el pulso inseguro del novel, es lo cierto que nos vemos pronto sumergidos en un clima auténticamente teatral. Se trata de un revolucionario joven que se refugia en cierta Embajada. El protagonista se siente desengañado por la actitud de su jefe político, que huyó mientras los jóvenes patriotas luchaban. Y he aquí que el embajador, ante la presión de la multitud, que reclama su presa, consigue que el revolucionario se entregue precisamente cuando éste ha perdido la fe en los ideales y ya no halla ningún motivo para morir.

La idea es excelente, pero además está expuesta con mucha firmeza a través de un diálogo denso, conciso, en el que se apuntan observaciones muy agudas y se deja retratado, con manifiesta finura de toque, la duplicidad del embajador, que pretende justificar su actitud en motivos superiores, cuando en realidad actúa movido por un egoísmo despiadado.

Es claro que nos encontramos ante un apunte de drama, y que no cabe, por consiguiente, deducir conclusiones definitivas que podrían resultar apresuradas. Pero el apunte, en lo que es y significa, tienen un mérito evidente. Está trazado con soltura, con lógica, con naturalidad, y hace pensar, por lo tanto, en la posibilidad de que el señor Alonso Alcalde —que no compareció a recibir los aplausos porque reside en Ceuta y allí se encuentra— posee condiciones de verdadero autor.

"El Agua en las manos" halló unos intérpretes excelentes. Gabriel Llopart, Fernando Guillén, Esperanza Grases y Pedro del Río, encarnaron sus papeles con completo acierto.»

La obra adquirió notable repercusión, en su momento, hasta el punto de haber sido puesta en escena, o por mejor decir «en pantalla», por TVE, en el espacio «Pequeño teatro», de la primera cadena, bajo la dirección del realizador Castelló y la interpretación de Angel Picazo, Emilio Gutiérrez Caba, Mario Alex e Irene Daina.

Otra obra que se estrenaría igualmente en el Ateneo madrileño fue la titulada **GOLPE DE ESTADO, AÑO 2000,** farsa política en la que se simula la toma del poder por un infante que, a base de rabietas y llantinas, logra ir desposeyendo a los miembros del Consejo de Ministros de sus respectivas funciones.

Esta pieza, que los críticos casi unánimemente calificaron de «divertidísima», no ha dejado de reponerse, desde la fecha de su estreno no, solamente en España sino también en Sudamérica, incluso hasta estos días. Su puesta en escena inicial corrió a cargo del director Modesto Higueras y entre los diversos actores que dieron vida a la obra figuraban algunos, como Carmen Maura y Javier Campos, que han logrado posteriormente gran renombre y en aquel entonces apenas acababan de asomarse a las candilejas.

EL AGUA EN LAS MANOS y **GOLPE DE ESTADO, AÑO 2000** fueron publicadas juntas, en 1972, en el volumen 733 de la desaparecida colección Teatro de «Escelicer».

LOS HEROES SI MUEREN ganó el premio «Carlos Lemos», de Barcelona, en 1966. Estrenada en el teatro Windsor de la Ciudad Condal el 6 de junio de 1967, reelaboraba el tema abordado en **EL AGUA EN LAS MANOS,** consiguiendo una obra de gran calidad literaria y amplitud de juego escénico que mereció críticas favorables, como la del siempre tan ponderado Julio Manegat en el «Noticiero Universal» (Barcelona, 7 de junio de 1967), que entre otras cosas decía lo siguiente:

> **LOS HEROES SI MUEREN** tiene ingredientes suficientes como para ser una buena comedia: intención, buen juego de diálogo, diversidad de tiempos y de ambientes, capacidad de sátira... La obra es una farsa política, un juego escénico, triste en su intención satírica que parodia, por así decirlo, la subversión, la revolución, la farsa política, el engaño del idealista puro, que se ve traicionado, la inutilidad de esa entrega pura e idealista. Manuel Alonso Alcalde ha escrito una farsa satírica de profunda intención, de despiadada tristeza...»

Con **HISTORIA DE ROMANOS** ganó el importante premio «Ciudad de Barcelona», también en 1966. Es una deliciosa trasposición a los tiempos actuales de la romana conjuración de Catilina. Las situaciones intencionadas dan a la obra una calidad paródica de fina ironía e intensidad cómico-dramática que hacen de la propuesta escénica un espectáculo estimulante de gran calidad y éxito.

Tres años después, 1969, Manuel Alonso Alcalde obtiene un sonado triunfo en Uruguay al ganar el prestigioso premio internacional de teatro «Ciudad de Montevideo» con **Y NO LLEGO LA PAZ,** obra incorporada, desde entonces hasta la fecha, a la programación de la Compañía Nacional Uruguaya de Teatro. Con una técnica de vanguardia, lo cual no significa, ni mucho menos, presuntuoso y afectado exceso de audacia, ya que esto,

en último término, equivaldría a cambiar un retoricismo por otro, el mensaje de Alonso Alcalde nos llega limpio y directo. Una paz que no llega nunca porque los humanos nos encargamos de impedirlo con la envidia, el egoísmo, el afán de venganza, la ambición y el odio, enmascarados en los más nobles ideales.

En 1972 Alonso Alcalde alcanza su máximo triunfo teatral al obtener con **SOLOS EN ESTA TIERRA,** el premio «Lope de Vega», convocado por el Ayuntamiento de Madrid, con el carácter de galardón nacional, en el que se han revelado muchos de los ingenios del teatro contemporáneo español, Casona y Buero Vallejo entre ellos.

SOLOS EN ESTA TIERRA es la comedia que, precisamente, hemos seleccionado para nuestra Antología. El director Esteban Polls, encantado con ella, la estrenó en el Teatro Lope de Vega, de Sevilla, el 25 de enero de 1978; este mismo año, el 3 de octubre, la representaba en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, y el 13 de diciembre de 1980, en versión catalana, en el Orfeó Gracienc, de Barcelona, obteniendo un rosario de éxitos de público, y críticas, como la firmada por Julio Trenas en el diario «YA», tras la puesta en escena en Madrid, que no nos resistimos a insertar por extenso pese a su dilatada amplitud:

> «Tragicomedia o tragedia en tiempo de farsa, la pieza teatral con la que Manuel Alonso Alcalde, autor dramático de vocación y exigencia, traduce su desgarrada preocupación por esa fatalidad que lleva al hombre a buscar la destrucción aun después de lograda la destrucción misma. Se explica que ante el negro panorama reservado al destino humano haya preferido explayarlo por la vía del humor, de la comicidad, de la infantilidad a veces, única posibilidad para advertir, de cuando en cuando, un ramalazo de bondad o de ternura.
>
> La acción de "Solos en esta tierra" comienza cuando todo ha sido destruido. No por obra del cataclismo geológico, sino por causa de la Ciencia, aliada con la soberbia del ser humano. Las explosiones nucleares barrieron hasta el último rastro de vida. Así parece o así se da a entender cuando el telón se descorre. Pronto advertiremos que la soledad no es absoluta. Ha quedado un hombre joven refugiado en sus recuerdos. Los vive con tanta intensidad, después de la muerte que le rodea, como para que la evocación de una muchacha se corporice cada vez que contempla la foto que de ella le ha quedado. Este personaje femenino primará, como «leit motiv» de ensueño y fantasía, en compensación con la descarnada realidad ambiente. Pertenece el sobreviviente al Ejército norteamericano.

Pronto advertirá que no fue el único en salvarse del diluvio de fuego. Otro fantasma en vida, perteneciente al Ejército rival, aparecerá en escena. Alonso Alcalde tiene ocasión, así, para establecer el juego de los oponentes. Para dar más vigor a su sátira, hace que el encuentro se produzca con saltos de autómatas y «gags» de payasos. La certidumbre de otra vida frente a la propia vida es tanto un goce como un peligro. La catástrofe no ha servido para borrar la deformación psicológica que condujo a ella. Aunque el corazón, las inclinaciones elementales, les lleven a la confidencia y la amistad, se impone sobre todo la necesidad —¿el deber?— de matarse. Son, cada uno en sí, la representación de un ejército enemigo. Se precisan excelentes cualidades de autor, una acumulación de reflexiones y observaciones desentrañadoras de los últimos recovecos del corazón humano, para montar este diálogo entre dos, que constituye lo más importante y logrado de la pieza.

La posible aridez, el peso filosófico que la empresa comporta, se levifica por el tratamiento humorístico. Tratamiento que ni un solo momento cae en el chiste ni en la caricatura. El muchacho americano, enternecido por sus propios recuerdos y los del otro combatiente, no duda en imitar el mugido de la vaca, para que aquél crea escuchar el de las que cuidaba en su isba. Y hay una ingenua ilusión por cambiar el casco de uno por la fotografía de la novia del otro. Pero siempre, como algo inevitable, surgirá la necesidad de la mutua destrucción. Para mí, el enfrentamiento de estos dos personajes es lo más conseguido de "Solos en esta tierra". En realidad, ellos sustentan el pensamiento y tesis de la obra. El sargento ruso —otro superviviente que aparece al final del primer acto— está construido más tópicamente, aunque cumpla la función de explicarnos que también la vanidad puede sobrevivir a la destrucción.

De querer, cabría apuntar determinadas influencias del teatro europeo de los cincuenta sobre Alonso Alcalde. Su pieza incide en la dramática existencial —Sartre, Gabriel Marcel—, pero la feliz desinencia hacia el humor y el absurdo le otorgan quilates de originalidad. La interpretación fue medida, enriquecida de matices y tics humanos por parte de José María Guillén y Miguel Palenzuela, sostenedores del prolongado y difícil diálogo entre el soldado americano y el cabo ruso supervivientes. Estanis González, en la figura del sargento ruso, ebrio de vanidades, demuestra su gran calidad de actor. Amparo Larrañaga, perteneciente a una estirpe teatral muy conocida, se presenta en esta obra con su estampa adolescente y encarna a maravilla el efluvio poético que el autor quiere hacer discurrir entre el sórdido campo de la acción. El decorado, de Matías Montero, tan somero como valorado de elementos plásticos.

La gran trampa de Alonso Alcalde consiste en hacer reír al público con el drama ante los ojos y consiguió enteramente su propósito. Aunque luego deje en su ánimo el amargo convencimiento de que, aun des-

pués de la destrucción, la paz es imposible. Los aplausos premiaron la obra, la interpretación y la dirección de Esteban Polls.»

En otras tres obras, otros tantos premios, ya que sus obras se cuentan por premios, Alonso Alcalde vuelve al tema de la historia de Roma, por la que siente una especial debilidad y ha estudiado con particular dedicación, aunque adaptada, con voluntarios anacronismos, a la de nuestros días, por considerarlos, a su juicio, *tan semejantes en tantos aspectos a los del imperio romano.* Se trata de **LA ORILLA GRIS DE RUBICON,** premio «José María Pemán», de Cádiz, en 1976; **ESCLAVOS PARA LOS PATRICIOS,** premio «Ciudad de Palma de Mallorca», en 1977, y **EL RUBICON YA NO LLEVA TRUCHAS,** premio «Ambito Literario», 1980.

Con motivo de este último galardón, Julia Sáez-Angulo le hizo una entrevista que publicó «ABC» (11-I-80), que por su interés, por la visión personal del autor, insertamos a continuación:

El escritor Manuel Alonso Alcalde ha obtenido el primer premio de teatro del II premio Ambito Literario, por su obra «El Rubicón ya no lleva truchas». Se trata de una obra dramática que transfiere la situación político-social del período de Catilina, Julio César y Cicerón, a los momentos de la sociedad contemporánea.

Manuel Alonso Alcalde tiene cincuenta y nueve años, es coronel del Ejército y como escritor tiene más de cincuenta premios literarios en su haber. Además de dramaturgo, escribe, principalmente, relatos breves y ha obtenido con ellos nueve Huchas de Plata. Entre los premios teatrales destaca el **Lope de Vega,** en 1972, por su obra *Solos en esta tierra,* que fue estrenada en el Centro Cultural de la Villa de Madrid en 1976. También escribe narraciones y teatro para niños.

—¿Por qué esa trasposición del tiempo de Catilina a nuestros días en «El Rubicón ya no lleva truchas»?

—Entiendo que la historia tradicional, desde el punto en que la adaptamos a nuestros momentos, puede ser muy reveladora y convertirse en la maestra de la vida que quería Cervantes. Como se sabe, estos experimentos no son nuevos. Catilina es una figura histórica de interés, estudiada siempre desde dos ámbitos: como un arribista o como un ardiente defensor de las libertades, según los últimos estudios del historiador ruso Kovaliov. La versión se inclina por la primera acepción, rompiendo el mito segundo. Catilina era lo que hoy llamaríamos un señorito o un hijo de papá que quiso pescar a río revuelto en la Roma del año sesenta antes de Cristo.

—¿Pensó en la situación española al escribir esta obra?

—No. Estudié a fondo toda la historia y los personajes de ese tiempo

de Catilina, y quise hacer con él un prototipo universal, un personaje humano de siempre. Esto es lo que de verdad buscamos los dramaturgos. Me parece que escribir sólo para una coyuntura histórica o política determinada es muy poco y muy pobre.

—¿Qué simboliza Catilina?

—Más que un simbolismo, yo he buscado la descripción de ese momento histórico que vive, que es muy apasionante, pero que sólo afecta a un grupo de elegidos de la sociedad, que barajan su juego de ambiciones, mientras los marginados, desheredados de la fortuna y esclavos, siguen siendo marginados, desheredados de la fortuna y esclavos, como antes de ocurrir la situación. Los patricios tienen su contrapunto en los esclavos.

—¿Cuántos son los personajes?

—Ocho en total. Además de Catilina, está Julio César, Cicerón y los hermanos Pulcer, Clodia y Clodio. Al lado hay dos esclavos, Lucio y Menipo, que hablan con el público y a los que no afecta, para bien ni para mal, la acción. Tiene esta obra un fondo de crítica social bastante duro, pero no precisamente política, pues no me interesó. La política es demasiado coyuntural y pasajera.

—¿Cómo imagina la puesta en escena de la obra?

—El autor cuando escribe una obra va elaborando mentalmente un escenario y concibe la puesta en escena. Luego, cuando la ve «puesta en pie» en el tablado, se sorprende a veces al comprobar que no coincide con lo que había pensado. Los directores de escena pueden traicionar una obra porque, a veces, quieren hacer su propia obra en vez de la que pensó el autor. No hay «Quinta Sinfonía» de Paganini, sino «Quinta Sinfonía» de Beethoven.

—Usted tardó cuatro años en estrenar su premio Lope de Vega, ¿cuándo estrenará este premio Ambito Literario?

—En realidad tardé más en estrenar la obra ganadora del Lope de Vega, pues estaba escrita quince años antes. Es realmente triste para un dramaturgo verse obligado a enfrentarse con crítica y público después de muchos años de haber escrito la obra, porque siempre ha podido perder cierto valor de inserción cultural en un momento determinado. Es tremendo y terrible, y nadie lo sabe más que el que lo sufre. Es como obligar a un hombre maduro a enfrentarse con sus circunstancias de adolescente. Ahora me toca el vía crucis de hablar con empresarios, hombres de teatro, directores, etc., para tratar de llevarla a los escenarios cuanto antes.

—¿Qué escribe ahora?

—Preparo una obra de teatro infantil. Tengo nietos y me parece que escribir para niños es tan importante como para adultos. El teatro es un juego que les desarrolla su imaginación, porque allí participan

público y actores. A diferencia del cine, hay que cuidar mucho los elementos, pues si se introduce alguno que no forma parte del juego se rompe la magia y el espectador lo detecta rápidamente.

Conviene señalar que la «obra de teatro infantil en preparación» a que se alude en la anterior entrevista de «ABC», cristalizó, por fin, en el volumen, publicado en 1977 por la Editorial «Doncel» bajo el título **EL PAIS SIN RISA Y CUATRO PIEZAS MAS,** teatro para niños, que ha merecido una favorable acogida por parte de grupos escénicos dedicados a esta especialidad.

La ultima obra, por ahora, de Alonso Alcalde, titulada **LOS FELICES AÑOS 80,** obtuvo el presente año de 1982, el premio «Amigos del Real Coliseo de Carlos III», de San Lorenzo del Escorial, pieza cuyo estreno en el coliseo de dicha población, por tantos motivos famosos, ha sido fijado para el 15 de marzo de 1983, bajo la dirección de Alvaro Custodio, veterano director de escena, vinculado, en su juventud, al lorquiano grupo de «La Barraca».

No queremos terminar sin apuntar que Manuel Alonso Alcalde, que «ha puesto en pie», como se dice en el argot teatral, obras dramáticas suyas en numerosas poblaciones, tanto de España como de Hispanoamérica, resulta —si se exceptúa el ocasional estreno en 1947, de una pequeña comedia en Valladolid— que esta ciudad, olvidando que en ella nació, vivió y fructificó nuestro biografiado, no ha visto subir a sus escenarios una sola de sus producciones dramáticas. Y no deja de producir tristeza que llegue una vez más a cumplirse la sentencia evangélica, a que, en su razonable sentimiento de frustración, acostumbra Alonso Alcalde a acogerse, completándola irónicamente, cuando se menciona este tema: *Nadie es profeta en su tierra... y menos si ha nacido en Valladolid.*

SOLOS EN ESTA TIERRA

(Representación en dos actos)

Esta función, que fue galardonada con el Premio «Lope de Vega», 1972, del Ayuntamiento de Madrid, se estrenó, en dicha capital, en el teatro del «Centro Cultural de la Villa», en la noche del 3 de octubre de 1978, con el siguiente reparto:

Miguel Palenzuela, Estanis González, José María Guillén, y la presentación en escena de Amparo Larrañaga.

Director: Esteban Polls.

El 14 de diciembre de 1980, se estrenó, en traducción al catalán llevada a cabo por Esteban Polls, director asimismo de esta versión, en el teatro «Orfeó Graçienc», de Barcelona, con el siguiente reparto:

Mireia Ros, Enric Pous, Ricard Regüant, Manuel Solás.

LOS PERSONAJES:

El Soldado.
El Cabo.
El Sargento.
Magda.

EL ESPACIO ESCENICO:

Paisaje de «tierra quemada».
El cielo de color de plomo.
Parece como si la vida se hubiese extinguido.

Nota.—*La versión que aquí se ofrece es la original del autor, si bien éste debe reconocer que algunas acotaciones las ha tomado del texto de trabajo utilizado por el traductor-director señor Polls para la puesta en escena de la pieza, aportación que enriquece indudablemente la obra al presentarse avalada, para alguna posible representación ulterior, por los conocimientos y veteranía teatrales del señor Polls, a quien el autor agradece desde aquí el cariño y desvelos que dedicó en todo momento a esta «comedia trágica».*

ACTO PRIMERO

La escena, desierta. Un trueno lejano y pedregoso, como de una inacabada explosión en cadena, resuena todavía. Después, el silencio, aún más terrible.

Una especie de despojo humano, el SOLDADO, *se hace presente por algún lugar. De momento, parecería uno de esos estrafalarios y divertidos personajes de los dibujos animados a los que les ha explotado una bomba en la mano y que quedan chamuscados y con los cabellos rizados y en punta. Por los pingajos de ropa que aún lleva encima, podemos deducir que es un soldado, un soldado de algún ejército combatiente.*

Da unos pasos de un lado a otro, al principio deprisa y progresivamente más lentos, cada vez más desconcertado y triste. Por fin, se detiene. Del bolsillo superior de lo que fue una guerrera de uniforme, extrae algo así como una postal, grasienta y sucia. La limpia con la manga y la contempla larga y profundamente, sentado en cualquier parte.

En este momento, entra la muchacha, MAGDA; *va vestida a la moda de las «ingenuas» de todos los tiempos, aunque el jersey y los pantalones tejanos la sitúen en los nuestros. Simula llevar sobre el hombro una imaginaria sombrilla, con la que se protege de un no menos imaginario sol, y que contrasta, como es lógico, con los tejanos. Se diría que quiere representar a determinada persona, pero que tampoco hace de ello cuestión de vida o muerte. Conversará con el* SOLDADO *con toda naturalidad; él, en cambio, no apartará sus ojos de la fotografía hasta que se indique en el texto.*

MAGDA. *(Muy contenta).* Este es el sitio, ¿ves? Aquí está el árbol.

SOLDADO. *(A la fotografía).* ¿Qué árbol?

MAGDA. ¡Ese!

SOLDADO. *(Triste).* Ahí no hay ningún árbol.

MAGDA. ¿Ah, no? *(Vacilante).* De todos modos, es aquí. *(Más segura).* Sí, aquí mismo, estoy segura. *(Señalando a diversos puntos de la escena).* ¿No ves? El chiringuito..., el puesto de refrescos..., el merendero...

SOLDADO. *(Como antes).* ¡El merendero!

MAGDA. ¡Sí! *(Voluntariosa).* ¡Hijo, es que no te acuerdas de nada! *(Corre hacia el fondo y una vez allí, dirigiéndose precisamente al fondo, con los brazos abiertos, dice, poéticamente).* ...¡Y el mar!

SOLDADO. *(Con amargura).* ¿El mar? ¿Dónde?

MAGDA. *(Enfurruñada).* ¿Cómo, es que quieres reirte de mí? ¿Dónde va a estar el mar? Pues, donde ha estado siempre: allí.

SOLDADO. Allí no hay nada. Ruinas y nada más. *(Pausa breve).* Igual que en todas partes.

MAGDA. ¡Madre mía! Pero, ¿no ves la playa?

SOLDADO. No sueñes, Magda. ¡El mar! Era en Onslow donde lo había. Sí, antes de la guerra. Onslow, Carolina del Norte, ¿recuerdas?

(Lejos, se deja oir la voz de un vendedor de helados.)

VOZ. ¡Helados...! ¡Para todos los gustos...! ¡Heladooos...!

MAGDA. *(Por la voz).* ¿Y ahora, qué? ¿También estoy soñando? El vendedor de helados, ¿no oyes?

VOZ. ¡Heladooos...!

MAGDA. Anda, cómprame uno. *(Llamando hacia dentro).* ¡Eh, usted!

SOLDADO. Eso no son más que imaginaciones, Magda.

MAGDA. ¡Imaginaciones! *(Señalando hacia dentro).* ¿Y el niño del globo? ¿También me lo invento? *(El Soldado se encoge de hombros con tristeza).* Está visto que hoy quieres reirte a costa mía.

SOLDADO. *(Serio).* No.

MAGDA. *(Seria también).* Explícate, entonces. ¿Qué es lo que te pasa? Te encuentro muy raro. Antes no eras así.

SOLDADO. Antes no había estallado la guerra.

MAGDA. ¿Y qué tiene que ver la guerra con nosotros? ¿Qué nos importa a ti y a mí? *(Transición).* Aquí fue donde nos conocimos, ¿no? Pues, mira, te propongo un juego: repetir todo lo que hicimos aquella tarde. ¿Vale? Puede ser divertido, ¿no crees? ¿Qué dices?

SOLDADO. Que no. Que no es posible. *(Magda hace un gesto de rabia).* Pero, ¿es que no lo entiendes? Aquí no hay nada, no hay nadie, ¡sólo ruinas!

MAGDA. *(Enfadada).* ¡No me hagas reír! ¿Cómo hubiera reconocido el lugar, en ese caso? *(Mira enderredor. De súbito).* Ahora que caigo, ahí había una fuentecita. *(Desconcertada).* No entiendo. ¿Qué habrán hecho con ella? *(Tras un momento de vacilación).* ¡No importa! *(Toma la imaginaria sombrilla y simula clavarla en el suelo por la contera, «abierta» como está).* ¿Ves? ¡Ya está! ¡Ya tenemos fuente otra vez! ¡Ahora sólo falta poner ahí las ranas. *(Insistiendo).* ¡Sí, sí, en el estanque! Las ranas y los peces de colores. *(Calla. Tras un esfuerzo de imaginación).* ¡Ya lo tengo, ya sé lo que tú echas en falta: la parejita! *(Gesto impreciso del Soldado).* Sí, hombre, los enamorados que se sentaban *(Señalando un lugar cualquiera)* en aquel banco y se pasaban la tarde besándose... *(Ríe).* Todavía recuerdo que una vez les pedimos el periódico que ponían en el asiento para no mancharse... ¿No te acuerdas? Aquel día que nos dio por hacer barcos de papel y echarlos al agua.

SOLDADO. *(Triste).* ¡Hace tanto tiempo de eso!

MAGDA. *(Enmurriada).* ¡Ya lo sé, ya lo sé! ¡Y también que era en Onslow, ¿no?! ¡Carolina del Norte! *(Enfadada).* ¡Huy! ¡Si al menos estuviesen ellos aquí, con su periódico, para hacer barquitos de papel como entonces! ¡Qué rabia!

SOLDADO. *(Triste).* No te enfades, Magda... Es que... no sé..., me gustaría que lo comprendieses... Pierdes el tiempo queriendo convencerte a ti misma de que todo continúa igual que siempre... El chiringuito, el hombre de los helados, la pareja del banco, todo lo que había allí aquella tarde, está muerto, ¿te enteras? ¡Y enterrado! *(Poco a poco).* Sí, en Onslow. *(Pausa corta).* ¡Y nosotros no podemos resucitarlo!

MAGDA. *(Tras un largo silencio, con agonía).* ¿Entonces... yo... también? *(El Soldado asiente con un gesto).* ¡No! *(El Soldado insiste en asentir. Magda muy triste).* ¿Qué pinto yo aquí, entonces?

SOLDADO. *(Dulce).* Me acompañas.

MAGDA. *(Sonríe).* Si es así...

SOLDADO. Pero de mentirijillas.

MAGDA. *(Otra vez triste).* ¿De menti...? ¿Quieres decir que todo lo que está sucediendo...?

SOLDADO. No sucede. *(Señalándose la cabeza).* Es aquí, ¿entiendes?, aquí dentro donde pasa. En mi cabeza, en mis pensamientos. Son..., no sé cómo lo explicaría yo..., recuerdos. Eso, simples recuerdos que me saco de la mollera para no moritme de murria.

MAGDA. *(Desinflada).* Ya. *(Se arrodilla junto al imaginario estanque. Tras un silencio).* Qué, ¿seguimos?

SOLDADO. *(Dulce).* Si te empeñas...

MAGDA. *(Decidida).* ¡Me empeño! *(Vuelve la alegría. Mirando al supuesto estanque y aplaudiendo).* ¡Mira! ¡El barco de papel! *(Soplando el imaginario barco).* ¡Adiós! ¡Buen viaje! *(Ríe, feliz, durante un momento. De pronto, arranca la «sombrilla», la coloca en el hombro y pasea de un lado a otro de la escena).* ¡Hace un día precioso! ¿No crees que hace un día precioso? *(Breve pausa. Transición).* Oye, ¿por qué no bailamos un rato? Es lo que hicimos.

SOLDADO. Pero entonces había música.

MAGDA. *(Muy animada).* ¡Y ahora también la habrá! *(Empieza a tararear un baile de moda, coge al Soldado y le obliga a bailar con ella).* ¿Qué te parece, eh? Anda, ¿por qué no me dices todo lo que me dijiste aquel día?

SOLDADO. *(Poco a poco ha ido entrando en el juego y ahora baila como un desesperado. Primero un baile moderno, suelto; a continuación, sobre el tarareo de Magda, que ha cambiado de música, otro agarrado. Sus recuerdos se vuelven tan vivos que las palabras le brotan sinceras).* Tenías los ojos tan brillantes, los labios tan húmedos y, sobre todo, estabas tan buena, que... *(Bailan con entusiasmo, muy apretados, una suave tonada. Transición, rompe a reir suavemente).*

MAGDA. *(Cariñosa).* ¿De qué te ríes?

SOLDADO. *(Lo mismo).* De nada. Me ha venido a la memoria la horterada que te solté.

MAGDA. ¿Cuál?

SOLDADO. *(Riendo).* «Nena, mueves los huesos como un ángel»... *(Rompe en una carcajada. Ella también).*

MAGDA. *(Hablando entre risas).* ¡Sí, sí! *(Ríen ambos hasta no poder más).* ¿Y después?

SOLDADO. *(Las risas se van calmando. Una corta pausa y cambio de tono).* Bueno, eso ya fue distinto. *(Se han quedado quietos uno frente al otro. Ahora la realidad que les rodea ha desaparecido. Reviven materialmente aquel momento).* «Me llamo Patt. ¿Y tú?».

MAGDA. «Yo, Magda».

SOLDADO «¡Magda!» *(Cambio de tono).* «Está esto un poco aburrido, ¿no te parece? Si quieres, podemos ir a dar una vuelta. Tengo ahí cerca la moto».

MAGDA. *(Saliendo del encanto).* ¡No, primero me invitaste a beber! *(Volviendo a la magia).* «¡Tengo una sed!»

SOLDADO. «¿Qué quieres tomar?»

MAGDA. «No sé... ¿Una naranjada?»

SOLDADO. «¡Venga ya! Hay que embalarse, nena. ¿Hace un cubata?»

MAGDA. «Pues, no. No hace».

(La realidad vuelve tras un enamorado silencio. Ahora recuerdan con melancolía, lo que saben que no pueden ya revivir.)

¡Menudo pajarraco estabas hecho! Lo que querías era ponerme en órbita, ¿eh? Primero un cubata, luego otro... Después la moto..., la caída sobre la hierba en una curva suave..., y lo demás. Pues conmigo te equivocabas, tío; yo no soy de esa clase de chicas.

SOLDADO. ¿Y quién ha dicho lo contrario? Me gustabas y quería decírtelo a solas, eso era todo. Aunque hubiera preferido lo otro. Al fin y al cabo, hubiera sido un anticipo de la noche de bodas... *(Triste).* ¡Una noche de bodas que no podrá celebrarse nunca! *(Se separa de ella y contempla melancólicamente la foto).*

Ahora ya no eres más que una... ¿cómo se dice? ¡Ya: una evocación!

MAGDA. *(Rabiosa).* ¡Lo sé, lo sé, no insistas!

SOLDADO. *(Con la fotografía entre los dedos).* Y también una fotografía muy sobada. *(Mostrándosela).* La he llevado conmigo desde que comenzó la guerra. *(Pausa. Suspira).* A veces me parece que debe hacer un siglo de todo eso. ¿Siglo? ¡Qué sé yo! Es posible que ni siquiera el tiempo exista ya.

MAGDA. *(Con un hilo de voz).* ¿Qué es lo que existe, entonces?

SOLDADO. *(Brusco).* ¡Ya te lo he dicho: nada!

MAGDA. *(En una última resistencia).* ¡Pero estábamos en primavera! Eso lo recuerdo perfectamente. Y hasta que me dijiste algo así como que para el otoño, cuando acabases de pagar el taller.

SOLDADO. Claro, porque era cuando nos casaríamos.

MAGDA. *(Con miedo).* ¿Y ya no podrá... ser? *(El Soldado niega con la cabeza).* ¡Qué pena! Pero, en ese caso, no debiste proponerme el matrimonio.

SOLDADO. *(Desde el fondo del corazón).* ¡¿Y cómo podía yo saber que iba a estallar la guerra?!

(Lejos, muy lejos, la voz del vendedor de helados y el niño que se supone le sigue, deshacen en sentido contrario su pasada.)

VOZ. *(Mecánica, irreal y ausente, en contraste con su vivacidad anterior).* ¡Helados! ¡Almendra, vainilla, chocolateee! ¡Heladooos!

MAGDA. *(Aferrándose a ese asidero último).* ¡El hombre de los helados! ¿No lo oyes? ¡Míralo! ¡Allí! ¡Y el niño del globo! ¡Y los enamorados! *(Pausa larga. Transición).* ¿O sea, que estás completamente solo? *(El Soldado asiente con la cabeza).* ¿Ya no volveremos a tomar naranjada? *(El Soldado niega con un gesto).* ¿Ni a bailar? *(El mismo juego).* ¿Nunca más?

SOLDADO. *(Tras un silencio).* Nunca.

(Nuevo silencio. El Soldado se sienta en el suelo. Vuelve a contemplar largamente la fotografía. Magda, aho-

ra tras él, le contempla angustiada. De pronto, procedente de la izquierda, se deja oir un rumor como de pasos. El Soldado aparta sus ojos de la fotografía, mientras Magda empieza a retroceder, alejándose de él.)

SOLDADO. *(Súbitamente expectante).* ¿Eh? ¿No has oído? ¡Pisadas! ¡Yo diría que son pisadas! *(Se incorpora, excitadísimo y alerta, al propio tiempo que Magda ha ido retrocediendo, a punto ya de salir de escena).* ¡Qué bobería! ¿Quién iba a andar por esta porquería de Tierra? *(Se interrumpe. Escucha. Guarda en el bolso la fotografía de Magda, en cuyo momento ésta hace mutis).* Sin embargo, parecen pasos... Sí, sí, lo mismo que si..., lo mismo que si... *(Transición).* ¡Bah, como si pudiera haber quedado alguien vivo, después de aquéllo!

VOZ DE MAGDA. *(Dentro).* ¡Tú también lo estás!

(Realmente, el ruido de pisadas se acerca. Parece como si éstas vinieran de muy lejos, o sea, de un lugar impreciso. El Soldado, a la escucha y más nervioso cada vez, intenta adivinar de dónde proceden. Por fin, se dirige hacia el lado derecho de la escena, al tiempo que, por el lado opuesto, hace su aparición el Cabo, andando de espaldas. El Cabo, en su aspecto, es una repetición del Soldado. La única diferencia entre ambos consiste en que, en lo que le resta del uniforme, que son unos maltratados andrajos, muestra un diferente color, entrevisto apenas en medio de su chamuscado, casi total. Ahora, el Soldado se detiene un punto en la embocadura de la derecha y comienza a retroceder de espaldas, al mismo tiempo que el Cabo lo hace también hacia el centro del escenario. De súbito, giran ambos y se encuentran cara a cara. El azoramiento que el mutuo encuentro les produce, deja a los dos inmóviles. Como si uno y otro se encontrasen ante un espejo, intentan y repiten los mismos gestos, hasta que, al comprobar el Soldado que el Cabo lleva casco de guerra en la cabeza, y él no, dan un grito y corren a esconderse, cada uno tras una piedra, a derecha e izquierda de la escena.)

SOLDADO Y CABO. *(Al unísono).* ¡Hay otra persona! ¡Parece imposible, pero la hay! ¡Un soldado enemigo!

(A continuación, ambos personajes juegan una pantomima compuesta por todos los tópicos de las películas bélicas: intentos de disparar una ametralladora contra el enemigo, sin arma; deslizamiento por tierra para encontrar un mejor refugio, etc. Al fin, cansados, se sientan cada uno en la piedra que les ha servido de parapeto y que, como se ha indicado anteriormente, se hallan situadas una a cada lado del escenario, y el diálogo comienza.)

CABO. *(Gritando).* ¿Qué pasa?

SOLDADO. Eso digo yo, ¡¿qué pasa?!

CABO. Si yo tuviese una ametralladora...

SOLDADO. ¡Pues, anda, que si tuviera yo un fusil!

CABO. O aunque no fuera más que un sable...

SOLDADO. O aunque sólo fuera una bayoneta...

CABO. Pero, oiga, ¿qué se ha creído usted?, que iba a poder conmigo tan fácilmente?

SOLDADO. ¡Clarito! ¿O acaso se figura que iba a liquidarme usted a mí?

CABO. ¡Naturalmente!

SOLDADO. *(Sarcástico).* ¡Ja! ¡Ja!

CABO. ¡Pero, hombre! Usted nunca llegaría a matarme porque ya estaría usted muerto.

SOLDADO. ¡Qué miedo! ¿Y eso a cuento de qué?

CABO. A cuento de que yo habría disparado o pinchado primero. *(Irguiéndose, fanfarrón).* ¡Soy Cabo del ejército que gana todas las batallas!

SOLDADO. ¡Mentira! ¡El que las gana todas, es el mío!

CABO. Perdón, perdón: ¡el mío!

SOLDADO. Dispense usted: ¡el mío!

LOS DOS. ¡El mío!

(Un silencio, mientras se refugian de nuevo en su respectiva piedra, a rumiar la pugna dialéctica anterior. Por fin.)

CABO. La verdad es que ya no queda nadie más que yo de mi ejército...

SOLDADO. *(Sincero).* Igual me pasa a mí. Soy el único que queda del mío...

CABO. ¡Oh, y todavía no sé cómo me he librado!

SOLDADO. ¡Ni yo!

CABO. Porque la cosa ha tenido pelotas, ¿eh?

SOLDADO. Cuadradas, cuadradas las ha tenido.

CABO. Primero los tiros, luego las cañonadas, después las bazucadas...

SOLDADO. ...después las tancadas, las napalmadas. *(Acción de una pasada de avión),* las pasadas...

CABO. ...y, por último, como traca final, las cabronadas: bomba A..., bomba H...

SOLDADO. Sí, H de hijos de puta, como ustedes; bomba N, de nietos de puta, como ustedes...

CABO. ¡En todo caso, ustedes!

SOLDADO. Sí, ¿eh? ¿Quién dejó caer la primera? ¡Pues ustedes!

CABO. ¡No, señor: ustedes!

SOLDADO. ¡Ustedes!

CABO. ¡¡Ustedes!!

(Un silencio. Transición.)

SOLDADO. Bueno, la cuestión es que aquí estamos.

CABO. Sí. *(Reaccionando).* ¡Pero, ojo, uno de cada lado!

SOLDADO. ¡Eso es: frente a frente!

CABO. Yo... y usted.

SOLDADO. Ni hablar. *(Recalcando el pronombre).* Yo... y usted.

SOLDADO. ¿Qué?

CABO. ¡Puñeta, que habría obtenido la victoria!

SOLDADO. Es verdad, no había caído. ¡Con lo fácil que resulta resolver una guerra y la de gente que ha tenido que cascar para nada.

CABO. ¡Figúrese! *(Transición).* Bien, vamos al asunto.

SOLDADO. Venga, ¡vamos!

(Ninguno de los dos se mueve.)

CABO. Nuestra obligación es terminar lo que hemos empezado.

SOLDADO. *(Con convicción).* ¡Exacto! *(Transición).* Pero, diga, ¿qué es lo que hemos empezado nosotros?

CABO. Pues, ¿qué va a ser? La guerra, el conflicto armado, la hecatombe, ¡la apocalipsis...!

SOLDADO. *(Indignado).* Ah, ¡¿entonces fue usted quien la empezó?!

CABO. ¿Quién, yo? Usted está pirado, compadre. Yo no comencé nada. A lo mejor fue usted el que lo hizo.

SOLDADO. ¡Alto, alto, no me líe! Si usted no, yo tampoco.

CABO. *(Con retintín).* Sí, sí...

SOLDADO. Palabra. En aquel momento, yo estaba en el garaje, desmontando un neumático. Lo recuerdo como si fuese ahora.

CABO. Pues, si lo pone así, yo me encontraba en la isba, para que lo sepa. Sí, dando de pastar a las vacas.

SOLDADO. ¿Isba? ¿Y qué es una isba?

CABO. Una casa de madera, en el campo.

SOLDADO. Ya. De modo que uno en la isba y otro en el garaje... *(Conciliador).* En ese caso...

CABO. *(Lo mismo).* Eso digo yo... *(Transición).* ¡No! ¡No! ¡No! ¡Nada de componendas con el enemigo, nada de pasteleos! Porque, amigo, no sé si se da cuenta de que somos enemigos.

SOLDADO. ¡Y tanto! ¡Completamente enemigos!

CABO. Lo cual, hablando en plata, quiere decir que hemos de matarnos.

SOLDADO. ¡Precisamente! ¡No hay otro remedio!

CABO. *(Con decisión, aunque sin moverse del sitio).* Entonces, ¡venga, no crea que me asusta!

SOLDADO. ¡Ni usted a mí!

CABO. ¿A qué esperamos, pues?

SOLDADO. A qué esperamos..., a qué esperamos... ¿No ve que estamos desarmados?

CABO. *(Lanzado).* ¡Da igual! ¡Podemos liarnos a ostias!

SOLDADO. Así no vale. Nos haríamos daño y no terminaríamos nunca.

CABO. Es cierto. *(Pausa larga. Ninguno de los dos sabe qué hacer. Inseguros).* Bueno, ¿qué hacemos?

SOLDADO. *(Dubitativo).* ¿Qué le parece si rumiamos un rato el problema?

CABO. *(Después de pensarlo un instante).* Muy bien.

(Cada uno se dirige a un extremo de la escena. El Soldado se sienta en el suelo y el Cabo en una piedra, adoptando la postura de «El Pensador», de Rodin.)

SOLDADO. *(Incorporándose).* ¿Y si la emprendiéramos a pedradas?

CABO. ¿Pedradas? ¡Pero si no han quedado ni piedras chicas!

SOLDADO. *(Triste).* Tiene razón. *(Silencio).* En ese caso...

CABO. Nada. *(Tras un silencio. Idea súbita).* ¡Sí, sí, eso mismo! Verá, yo tengo un cortaplumas... *(Busca en lo que le queda de los bolsillos y extrae una pequeñísima navajita, que muestra a su antagonista).* ¡Mire!

SOLDADO. *(Desde el otro extremo de la escena).* ¿A ver? *(El Cabo la muestra más ontensiblemente).* No la veo. *(El Cabo la señala con el índice de la otra mano).* ¿Eso? Bah, es muy pequeña.

CABO. *(Justificándose).* Bueno, era la de afilar el lápiz de escribir a casa.

SOLDADO. *(Interesado).* Ah, ¿con que tenía usted una casa?

CABO. Coño, ya se lo he dicho a usted: la isba.

SOLDADO. Claro, claro... Y sus vacas.

CABO. *(Satisfecho y añorante).* Y mis gallinas..., y mis cerdos... ¿Y usted?

SOLDADO. Coño, el garaje, ya se lo he dicho.

CABO. ¡Es verdad, el garaje! *(Silencio, mientras ambos rumian sus respectivos recuerdos).* Ya tiene que ser bonito, ya, meterse debajo de un coche a apretar tuercas...

SOLDADO. Ptsé, qué quiere que le diga. Más bonito será ordeñar una vaca.

CABO. No crea, se le llenan a uno las manos de verrugas.

SOLDADO. Si es por eso, también con los coches se le ensucia a uno la cara.

CABO. De todos modos, yo hubiera preferido un garaje. ¡Toda la vida he soñado con llegar a tener un automóvil!

SOLDADO. ¡Lo que son las cosas! A Magda y a mí, en cambio, nos hubiera gustado comprar una granja. Sí, para sentarme en una mecedora a leer el periódico y fumar una pipa. Como en las películas, ¿sabe? ¡Y oliendo todo el día a ganado!

CABO. *(Evocador).* Y a manzana..., y a heno..., y a boñiga...

SOLDADO. Por curiosidad: ¿se sentaba usted en el porche, al atardecer, a fumar?

CABO. Es que, en realidad, en la isba no teníamos porche... Pero, no crea, había un granero; y uno podía subir allí todas las veces que quisiera a tumbarse sobre la paja y contemplar... las vigas. *(Se tumba en el suelo, con las manos bajo la nuca, soñador).* Los gorriones hacían el nido en el tejado.

SOLDADO. *(Ilusionado).* ¿Y piaban?

CABO. *(Satisfecho).* ¡Piaban!

SOLDADO. Ya ve. En el taller, por el contrario, no había más que grasa, piezas de recambio y llaves inglesas. Lo que yo digo: es más limpia una granja.

CABO. *(Se ha detenido a pensarlo).* Vistas así las cosas... Tiene gracia, no había reparado en ese aspecto de la cuestión hasta ahora. *(Tras una pausa, súbitamente).* Y bien, ¿nos matamos o no?

SOLDADO. *(Sin entusiasmo).* Como usted quiera. *(Señalando el cortaplumas).* ¿Tiene que ser con la navajita?

CABO. Si se le ocurre a usted otro medio... *(El Soldado niega).* Entonces...

SOLDADO. ¡Venga! Cuando antes acabemos...

CABO. *(Sorprendido, al ver que el otro se abre la «guerrera» poniendo al descubierto el pecho, no sin apartar trabajosamente los andrajos, para que la prenda no se desmorone del todo).* Pero, ¿qué hace?

SOLDADO. Ya lo ve, darle facilidades. Con toda esta ropa no me mataría usted bien...

CABO. *(Indignado).* Pero, ¿qué se figura usted, que iba yo a atacarle así, sin más ni más?

SOLDADO. Hombre, ¡como usted tiene un arma y yo ninguna...!

CABO. ¡Qué importa! ¡En mi ejército no se acostumbra a abusar de la inferioridad del enemigo!

SOLDADO. Con que no, ¿eh? ¿Y cómo explica, entonces, todo lo que decían de ustedes en la prensa, los carteles, los discursos, la radio e incluso la televisión?

CABO. ¿Qué prensa? ¿Qué televisión? ¿Qué carteles?

SOLDADO. ¡Anda, el otro! ¡Los nuestros!

CABO. ¡Pura propaganda de guerra! Diga, ¿no se le ha ocurrido por casualidad escuchar alguna vez nuestras radios o echar unas ojeadas a nuestros periódicos? *(Ante el gesto de interrogación del Soldado).* Para conocer la verdad.

SOLDADO. No, no se me ha ocurrido.

CABO. ¿De modo que usted no ha oído nunca hablar del heroísmo de nuestras tropas?

SOLDADO. *(Con una carcajada).* ¿Del heroísmo? *(Indignado).* ¡De las burradas que hacían ustedes por donde pasaban!

CABO. ¡Oiga, cuidado con lo que se dice!

SOLDADO. ...sadismos, crueldades, violaciones y cosas así.

CABO. Eso, ¡ustedes!

SOLDADO. Perdone, pero creo recordar que las llamaban «las repugnantes hienas sanguinarias».

CABO. *(Asombrado).* ¿Hienas?

SOLDADO. ¡Sanguinarias!

CABO. *(Más asombrado y dolido).* ¡No es posible!

SOLDADO. En todos los diarios. ¡Y con letras así de grandes!

CABO. *(Reaccionando).* Con que sí, ¿eh? ¡Pues entérese de la clase de hiena que tiene usted delante! El cortaplumas lo usaremos por turno. Echamos a suertes, a ver a quién toca pinchar primero, y nos vamos cambiando la navaja de mano a mano, hasta que palme uno de los dos. ¿Qué, hay pelotas o no?

SOLDADO. *(Haciéndose el superior).* Ptsé.

CABO. ¿Ptsé? ¡Vamos al asunto!

SOLDADO. ¡Vamos!

(Se acercan uno a otro y juegan a pares o nones, muy juntos, casi tocándose nariz con nariz.)

CABO. ¿Pares o nones?

SOLDADO. ¡Pares!

CABO. ¡Nones!

(Sacan los dedos a un tiempo. Los cuentan.)

SOLDADO. *(Triunfante).* ¡Son pares! ¡Mala suerte!

CABO. *(Con cierta ironía).* ¿De veras? *(Le da la navaja).* Tenga.

SOLDADO. *(La coge, aunque, cuando la tiene ya en la mano, no sabe qué hacer con ella).* ¡Hombre, es que, así, en frío...!

CABO. *(Sarcástico).* ¿Y esa es la porquería de soldados que tienen ustedes en sus filas?

SOLDADO. *(Ofendido).* ¡Sin ofender!

CABO. ¡Venga, tío, venga! *(Ante la indecisión del otro).* ¡Menuda diferencia! ¡En mi ejército ya le habríamos fusilado por gallina!

SOLDADO. ¡No me busque las cosquillas, ¿eh?!

CABO. *(Se mueve de un lado para otro imitando a las gallinas).* ¡Cuá! ¡Cuá! ¡Cuá! ¡Cuá!

(El soldado decididamente toma impulso y clava la navaja en el pecho del Cabo, quien, con un grito de dolor, cae a sus pies, se estremece y, por último, queda inmóvil. El Soldado, con la navaja en la mano, lo contempla con horror y arrepentimiento; parece como si estuviese a punto de romper a llorar. De súbito el Cabo se incorpora, y del modo más natural del mundo, dice.)

Y bien, ¿qué pasa ahora?

SOLDADO. No, nada, que se ha doblado la hoja.

CABO. ¡Vaya, hombre, también es mala pata!

SOLDADO. No fue culpa mía, lo siento.

CABO. ¿Sentirlo? ¿Por qué va a sentirlo?

SOLDADO. *(Sincero).* Porque ya no va usted a poder sacar punta a su lapicero de escribir a casa.

CABO. ¡Usted métase en sus asuntos! *(Transición. En voz baja. Confidencial).* En realidad, ya no tengo lapicero. *(Bajando aún más la voz).* Ni casa.

SOLDADO. *(Muy bajo).* Ni yo.

CABO. ¿No? *(Negación del Soldado).* ¿Y el garaje?

SOLDADO. ¡Planchado! ¡Triturado! ¡Pulverizado! ¡Machacado!

CABO. ¿Una bomba?

SOLDADO. ¿Una? ¡Lo menos mil!

CABO. ¿De las buenas, de las corrientes?

SOLDADO. Y de las malas, de las atómicas. ¡De todas clases!

CABO. *(Tras una larga pausa. Amistoso).* Por lo que veo, estamos empatados.

SOLDADO. Sí: a cero.

CABO. Así que, en este momento, lo único que le queda a usted...

SOLDADO. Pues lo mismo que a usted: la guerra.

CABO. *(Triste).* Y cuando uno de los dos se haya cargado al otro, ¡ni siquiera eso! *(Pausa).* ¿Qué hará el que sobreviva?

SOLDADO. ¿Y qué quiere usted que haga? Lo natural. Morirse de pena.

CABO. ¿Cómo? ¿De pena..., después de haber alcanzado la victoria?

SOLDADO. Bueno, también se podría morir de miedo.

CABO. ¿Miedo? Usted, quizá, pero, por lo que a mí respecta...

SOLDADO. ¿Cómo? ¿Es que no le asusta quedarse solo, absolutamente solo, en el mundo? ¿No le aterroriza?

CABO. ¿A mí, un cabo de mi ejército? ¿Se ha vuelto loco, o qué? ¿Sabe cómo castigamos nosotros a los cobardes? ¡Con el fusilamiento!

SOLDADO. ¡Qué casualidad, lo mismo que nosotros! *(Pausa).* Pensándolo bien, vive uno de milagro. *(Continuando).* Ahora que, sobre eso del fusilamiento..., vamos, digo yo..., hay un inconveniente de base. Si sólo quedaba yo..., es un decir..., ¿quién iba a ajusticiarme?

CABO. *(Desconcertado).* ¡Y yo qué sé; supongo que estará previsto! En cambio, a mí, sólo me preocupa una cosa. *(De un salto sube a un pequeño montículo y alza el brazo con una imaginaria bandera).* ¡Izar la bandera!..., si salgo vivo, claro.

SOLDADO. Ya. *(Pausa).* ¿Y eso de la bandera, para qué?

CABO. *(Heroico).* ¡Para dejar constancia de que, al fin, el enemigo ha sido definitivamente derrotado! *(Transición).* Claro que, en realidad, ¿de dónde coño saco yo una bandera?

SOLDADO. *(Natural).* Para esos casos basta una camisa.

CABO. *(Nervioso).* Ya, ya me lo imagino. Lo que sucede es que... *(Avergonzado)* yo no llevo camisa. *(Justificándose).* Pero la tenía, ¿eh? *(Con un hilo de voz).* Sólo que se me desintegró con el uso.

SOLDADO. No se preocupe. Si llega la ocasión, puede quedarse con la mía.

CABO. Oh, depende del color que sea.

SOLDADO. Corriente, blanca.

CABO. No me sirve. Mi bandera es de color rojo.

SOLDADO. Bueno, pues la pinta usted con pintura.

CABO. *(Más avergonzado).* Es que..., verá usted..., tampoco tengo pintura.

SOLDADO. *(Con marcada ironía).* ¡Vaya, vaya! Por lo visto, parece que la guerra no les ha probado demasiado bien.

CABO. *(Picado).* ¡Mejor que a ustedes!

SOLDADO. Pero, ¿qué dice, hombre? ¿No acaba de reconocer usted mismo que ni siquiera lleva ya camisa?

CABO. Si se pone usted así, usted tampoco casco.

SOLDADO. ¡Ni usted pintura!

CABO. ¡Ni usted garaje!

SOLDADO. ¡Ni usted isba!

CABO. ¡Ni usted...!

SOLDADO. ¡Ni usted...!

CABO. *(Estallando).* ¡Me niego rotundamente a seguir dialogando con el enemigo!

SOLDADO. ¡Quién se niega soy yo!

CABO. *(Muy insultante).* ...Mmmm, ¡enemigo!

SOLDADO. ¡Cabrón!

CABO. ... Mmmmm..., ¡mariquita!

SOLDADO. ... Mmmmm..., ¡maricón!

LOS DOS. ¡A la mierda!

(Silencio, durante el cual cada uno regresa al extremo del escenario que ocuparon al comienzo de la escena. De golpe, ambos comienzan a murmurar en voz baja.)

SOLDADO. El caso es...

CABO. Eso, eso es lo que yo digo.

SOLDADO. ¿Qué?

CABO. No, nada, nada.

(Pausa y silencio. Luego, el mismo juego.)

SOLDADO. Es que, cuando uno pierde los estribos...

CABO. Ahí, ahí le duele.

SOLDADO. ¿Dónde?

CABO. *(Señalando un lugar en el suelo).* Ahí.

SOLDADO. Claro, claro...

(Otro silencio, que rompe el Cabo, como excusándose.)

CABO. ¿Sabe lo que pasa? Que yo me desboco en seguida.

SOLDADO. No se apure, eso le sucede a cualquiera.

(Insensiblemente, ambos dejan sus respectivos lugares y se emparejan, poniéndose a pasear, de fondo a proscenio, y viceversa, por el escenario. Tono amistoso y confidencial.)

CABO. *(Con curiosidad).* Ah, ¿usted también se...?

SOLDADO. *(Ponderativo).* ¡Uf! Me acuerdo que, una vez, hasta le di una bofetada a un mecánico.

CABO. ¡No me diga!

SOLDADO. Le digo.

CABO. ¿Una bofetada?

SOLDADO. Con esta mano.

CABO. Pero, ¿por qué?

SOLDADO. Por nada, ahí está la cosa. Andábamos liados con una biela, ocho horas con la cabeza debajo del capot, y de pronto, ¡zas!, la aticé.

CABO. ¡Hay que ver! Claro que, en una ocasión, yo también le metí una patada a una vaca.

SOLDADO. Eso no es malo.

CABO. Lo es, lo es, se llamaba Potiuska.

SOLDADO. Entonces, sí: lo mismo que pegarle a una mujer.

CABO. *(Triste).* Lo mismo.

SOLDADO. *(Filosófico).* ¡Es que pasan unas cosas...!

(Durante el diálogo anterior, han ido tomando un

acento de intimidad, sin dejar de pasear de fondo a proscenio y viceversa. Pausa. Transición.)

CABO. *(Sin demasiada convicción).* Pero, que conste: esto no cambia para nada la situación. ¡Porque lo primero, es lo primero!

SOLDADO. ¡Y tanto! *(Pausa).* Diga, ¿y qué es lo primero?

CABO. Pues, la cuenta esa que tenemos pendiente usted y yo. El último encuentro; la batalla final entre los dos ejércitos; ¡el choque decisivo...!

SOLDADO. *(Nada entusiasmado).* Ya.

CABO. *(Como tentándole).* Porque..., supongo que no se le habrá pasado por la cabeza la idea de un posible acuerdo...

SOLDADO. ¡Estaría bueno! ¡Ni hablar!

CABO. *(Como antes)* Lo más, lo más a que podríamos llegar, sería a una pequeña tregua bélica. Pero ni soñar en pasar de ahí. ¿Conformes?

SOLDADO. ¡Por completo!

CABO. Una tregua transitoria, para establecer las condiciones, ¿comprende? No conozco ningún artículo de la Ordenanza que impida discutir con el enemigo la manera de matarse con él. *(Confianzudo).* Bueno, ni tampoco que, durante las negociaciones, está prohibido fumar. ¿Alguna objeción que oponer?

SOLDADO. Ninguna.

CABO. En ese caso, ¿puede darme un cigarro?

SOLDADO. No tengo.

CABO. ¡Mala suerte!

(El Cabo pasea desesperado por la escena. De improviso, se detiene frente al Soldado, al advertir que éste contempla, con la mirada fija, su casco. Se desconcierta.)

¿Qué mira usted, qué pasa?

SOLDADO. *(Nervioso).* Calle, calle, que me parece que...

CABO. *(Desconfiado).* ¿Qué le parece?

SOLDADO. Que ahí, en el casco, hay...

CABO. *(Retrocediendo).* ¡Deje en paz a mi casco!

SOLDADO. *(Siguiéndole).* ...hay algo que puede servir. *(De pronto, arranca del casco del Cabo, una ramita carbonizada del camuflaje.)*

CABO. *(Con terror, al sentir que le tocan el casco, lo único que le queda en el mundo).* ¡Ay!

SOLDADO. *(Parte la ramita en dos y mima la acción de fumar).* ¿Eh? ¿Eh?

CABO. *(Desconcertado).* ¿Eh..., qué? *(Ahora lo entiende).* ¡Aaaaah! *(Admirado, transición).* ¡Vaya cerebro, tío! *(Coge una de las ramas que le da el Soldado, se la pone en la boca y busca por los bolsillos infructuosamente).* ¿Me da lumbre?

SOLDADO. *(Rebusca también por sus bolsillos y extrae un solitario mixto).* ¡Aquí hay una cerilla, mire! *(Se la entrega al Cabo).*

CABO. *(Casi religioso).* ¡San Pablo bendito, San Pedro y San Estanislao! *(La enciende en la suela del zapato).*

SOLDADO. ¡Cuidado con el viento! ¡Es la última cerilla del mundo!

(Al fin, consiguen encender ambos trozos de la ramita y fuman con fruición los improvisados cigarrillos.)

¡Oh...! ¡Oh...! ¡Oh...! ¡Qué... cosa...!

CABO. *(Igual).* ¡Oh...! ¡Oh...! ¡Oh..., qué mierda... más buena...!

(Se han colocado codo a codo y, juntos, van a sentarse, a ser posible, en el proscenio, de cara al público, con las piernas colgando sobre aquél. Ahora reemprenden la conversación, que adquiere un tono mucho más coloquial.)

SOLDADO. Perdone la curiosidad...

CABO. ¿Sí?

SOLDADO. Allá, en la isba, ¿había alguna fuente, de esas con estanque y surtidorcito? *(El Cabo dice que no con un gesto).* ¡Qué lástima!

CABO. ¡Oh, pero no se apure por eso..., como si la hubiera habido!

SOLDADO. *(Entusiasmado).* ¡Ya decía yo! ¿Y cómo era, cómo era?

CABO. *(Con el «cigarrillo» en la boca, en medio del humo).* Era... Resulta muy difícil de explicar.

SOLDADO. *(Dibujando en el aire con un gesto).* ¿Una cosa así?

CABO. Parecida, parecida... *(Dibujando también en el aire).* Algo... así... y así..., ¡pero mucho más grande!

SOLDADO. *(Sinceramente admirado).* ¡Madrecita mía! ¿Con ranas? *(El Cabo asiente).* ¿Y pececitos? *(Idem).* ¿De colores?

CABO. *(Ponderativo).* ¡De todos los colores! Aunque, más que nada, rojos.

SOLDADO. *(Entusiasmado).* ¡Madre mía de mi corazón! *(No atreviéndose).* A lo mejor, hasta se podían echar barcos de papel en el agua...

CABO. *(Grandioso).* ¡Centenares! ¡Millares de barcos! ¡Una escuadra entera!

SOLDADO. *(Deshecho de entusiasmo).* ¡Sí que sería...! *(Quiere encontrarle un fallo).* Pero, ¿a que no había un vendedor de helados, ni un niño con un globo, ni...?

CABO. *(Mayestático).* ¿Quién ha dicho que no?

SOLDADO. *(En el séptimo cielo).* ¿Y árboles? ¿Había también árboles?

CABO. *(Como antes).* ¡Docenas y docenas!

SOLDADO. *(Como antes).* ¿Y daban sombra? *(El Cabo dice que sí).* ¿Y un camino, para pasear con Magda bajo los castaños?

CABO. No, castaños, no: abedules.

SOLDADO. *(Con su idea).* Bueno, pero abedules jóvenes. ¡Como para poder dibujar dos corazones, en la corteza, a punta de navaja! Dos corazoncitos..., ¡enormes! *(Con un gesto).* ¡De este tamaño! Dos grandes corazones enlazados, que fueran creciendo con el tronco hasta que se hicieran más grandes, el mío y el de Magda. *(Junta los pulgares de ambas manos, entrelazándolos).*

CABO. *(Curioso).* ¿Quién es Magda?

SOLDADO. Mi chica *(Extrae la fotografía).* ¡Esta!

(Cuando el Soldado pone al descubierto la fotografía, vuelve a entrar en escena Magda. Viene igual que la

hemos visto antes, con su aire de irrealidad real. El Cabo no parece darse cuenta de la presencia de la muchacha. Queda claro que, en la siguiente escena, sólo el Soldado ve a Magda.)

CABO. Muy guapa, sí, señor... ¡pero que muy guapa!

SOLDADO. *(Satisfecho).* ¿Verdad que sí? Ibamos a casarnos, ¿comprende?

CABO. Claro. *(Pausa).* ¿Y... ya no?

SOLDADO. Ya, no. La hizo picadillo una bomba.

CABO. Le acompaño en el sentimiento. *(Pausa).* ¿Cuándo iba a ser la boda?

SOLDADO. En otoño. *(Pausa).* El de antes de la guerra, claro.

CABO. *(Silencio. Recordando).* ¡Madre de Dios, aquéllo sí que era vivir!

SOLDADO. ¡Ya lo creo! Y sin embargo, apenas si nos dábamos cuenta. Se vivía, y ya estaba.

CABO. *(Con precaución).* ¿Qué haría usted si pudiera volver a aquel tiempo?

SOLDADO. *(Definitivo).* No se puede volver.

CABO. Ya, ya... Si se pudiera.

SOLDADO. No sé, así, de repente... *(Sincero).* No se me ocurre nada, la verdad. *(De pronto, sonriendo).* ¡Ya! ¡Le compraría un helado de fresa a Magda! *(Queda como avergonzado).* ¿Y usted?

CABO. ¿Yo? Creo que le echaría de comer a las vacas...

SOLDADO. *(Interrumpiendo).* ¿Las vacas comen flores?

CABO. *(No lo sabe bien, pero responde afirmativo).* ¡Oh, y tanto!

SOLDADO. *(Ilusionado).* ¡Ya olerán bien entonces, ¿eh?! *(Transición).* A Magda también le gustaban mucho las flores..., *(Ríe)*, no para comérselas, claro..., sino para hacer ramilletes y adornar el manillar de la moto.

(De repente, se dispone a montar en una moto imaginaria. La hace dar una vuelta por la escena, hasta que se topa con Magda, que ha permanecido inmóvil du-

rante toda la conversación anterior. Hace como si detiene la máquina y desciende de ella, aparcándola; luego se acerca a Magda. La luz general parece amortiguarse, por lo que respecta a la pareja.)

(Triste). Toda la semana esperando el domingo, ¿eh, nena?

MAGDA. *(Ilusionada).* ¡Toda la semana!

SOLDADO. ¡Pero eso terminó! ¡Para siempre! ¡Los domingos, el chiringuito y todo lo demás!

MAGDA. *(Tímida protesta).* Pero, ¿por qué, por qué? ¿Qué culpa teníamos nosotros?

SOLDADO. *(Vagamente).* ¿A mí qué me preguntas? A lo mejor, éramos malos sin saberlo...

MAGDA. *(Incrédula).* ¿Todos malos? ¿Toda la gente del mundo mala?

SOLDADO. ¡Que no me preguntes! ¡Yo no traje esta guerra!

MAGDA. *(Nostálgica).* ¡El mundo era de todos! ¡Y el sol..., y el aire..., y la vida! ¿Qué razón había para que nos los quitasen así? *(Protesta tímida).* ¿Qué razón...? *(El Soldado se encoge de hombros. Pausa. Súbitamente).* ¡Oh, y por si fuera poco, lo nuestro!

SOLDADO. ¿A qué te refieres?

MAGDA. Pues al casamiento, el piso, el garaje, los niños...

SOLDADO. *(Desconcertado).* ¿Los niños?

MAGDA. *(Siguiendo).* ...¿Cuántos hubiéramos tenido, eh?

SOLDADO. *(Ya en el juego).* Por lo menos, una docena.

MAGDA. *(Melancólicamente escandalizada).* ¡Hala, bruto, como en la India!

SOLDADO. *(Amargo).* De acuerdo, lo dejaremos en la parejita.

MAGDA. Eso ya resulta más razonable, ¿ves? Niño y niña. *(Calla y sonríe, evocadora. Poco a poco su expresión se vuelve angustiada. Al fin, temblándole la voz).* ¿Y ellos, también... han...?

SOLDADO. *(Estallando de rabia).* ¿Es que no quieres enterarte? ¡Todo ha muerto!

(Vuelve la luz. El Soldado va acercándose al Cabo, quien aparta la vista de la fotografía y hace un gesto como para devolverla al Soldado, que parece como si murmurase.)

CABO. Tenga. *(El Soldado no le hace caso).* ¡Eh! ¿Qué murmura usted?

SOLDADO. *(Volviendo a la realidad).* ¿Eh?

CABO. Tome. *(Le alarga la foto).* Lo he pasado muy bien mirándola. ¡Una chica muy bonita! ¡Pero que mucho!

SOLDADO. *(Coge la fotografía y con súbita determinación, dice).* ¿No tendría usted otra cerilla? La que a mí me quedaba la gastamos en fumar, ya sabe. *(El Cabo dice que no).* ¡Qué mala mmmm! Es que quería quemar el retrato, ¿comprende?

CABO. ¿Se ha vuelto loco? ¿Quemarlo? Ande, ande, déjese de chaladuras y guárdeselo.

SOLDADO. ¿Para qué, para seguir haciéndome ilusiones? Vamos, mírese bien en los bolsillos.

CABO. *(Lo hace).* Nada de nada.

SOLDADO. *(Va a romper la foto).* En ese caso...

CABO. *(Impidiéndoselo).* ¡Espere, coño, espere!

SOLDADO. ¿Qué?

CABO. Digo yo que podría regalármela a mí.

SOLDADO. ¡Venga ya!

CABO. ¿En qué quedamos? ¿No la iba usted a romper?

SOLDADO. Pero dése usted cuenta, ¡es una foto de mi novia!

CABO. ¿Ahora me sale usted con esos miramientos? ¿En nuestras circunstancias?

SOLDADO. *(Cayendo en la cuenta).* También es verdad. *(Sigue con la fotografía en la mano).*

CABO. Qué, ¿me la regala o no?

SOLDADO. *(En tono de suposición).* Supongamos que suponemos que se la doy a usted... ¿Qué pasaría? *(Indignado).* ¡Yo se lo diré!

Que se largaría por ahí a presumir de ligue a costa mía. ¡Y eso sí que no! Por si no lo recuerda, se trata de mi chica. ¡Mi chica, ¿comprende?! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

(Durante toda la escena anterior, Magda ha estado pendiente del diálogo, pero retrocediendo, hacia la salida derecha, de forma insensible, como si el recuerdo que el Soldado conserva de ella fuera desvaneciéndose. Por fin, cuando el Soldado guarda la fotografía, desaparece definitivamente por dicho lado.)

CABO. *(Indignado y sarcástico.)* ¿Presumir...? ¿Fardar...? Pero, ¿con quién...? ¿Dónde? Está usted pirado, tío.

SOLDADO. *(Bajando de las nubes).* Sí, tiene razón... *(Desconcertado).* Entonces, ¿para qué quiere la foto?

CABO. *(Que no lo sabe).* No sé..., será para llevar conmigo alguna cosa mía.

(Se miran los dos frente a frente. La mirada del Soldado recae intencionadamente sobre el casco del Cabo, que tiene ante sus propias narices.)

SOLDADO. *(Refunfuñando).* Cosa suya..., cosa suya... ¿Es que no tiene usted el casco?

CABO. *(Se lo toca con la mano).* ¡Hombre, no es lo mismo!

SOLDADO. No veo por qué, es muy bonito.

CABO. ¿Le gusta?

SOLDADO. ¡Un rato largo!

CABO. *(Súbitamente).* Bueno, pues le propongo un trato: el casco por la fotografía.

SOLDADO. ¡Jo, qué pesado!

CABO. Qué, ¿hace el negocio?

SOLDADO. *(Decidido).* ¡No! ¿O se figura usted que voy a chalanear con mi Magda como si se tratase de una vaca? *(Vuelve a fijarse en el casco).* Aunque bonito, lo es, hay que reconocerlo. *(Pausa).* ¿Podría probármelo?

CABO. ¡Naturalmente! Tenga. *(Se lo da).*

SOLDADO. *(El Soldado se coloca el casco, que le viene muy grande).* ¿Cómo se encuentra?

CABO. ¡Marcial!

SOLDADO. Pero, ¿muy marcial, muy marcial?

CABO. ¡Acojonante!

SOLDADO. *(Se pasea muy ufano. Transición. Devolviéndole el casco).* No, no.

CABO. ¿Qué sucede ahora?

SOLDADO. Sencillamente, que me da vergüenza. Hágase cargo, ¿qué pensaría la Magda?

CABO. Ella no va a enterarse. *(Como si le dijera un secreto).* Está muerta.

SOLDADO. Así y todo, no estaría bien, compréndalo. *(Insiste en devolverle el casco).* Tome, tome...

CABO. *(Que no lo coge).* Ande, déjese de escrúpulos. Al fin y al cabo, ¿qué es una fotografía? Un simple trozo de cartulina. En cambio, en casco..., ¿eh?

SOLDADO. *(Dándole vueltas en las manos).* No, si se ve que es bueno...

CABO. ¡Acero puro!

SOLDADO. ¿Cuántos quilates?

CABO. ¡Buf! ¡Lo menos cien!

SOLDADO. ¡Jo! *(Le mira y remira por dentro).* Y con sus correas...

CABO. Sí, y su lona verde de camuflaje..., y su redecilla para las ramas...

SOLDADO. *(Tentado).* Toda la guerra me la pasé soñando con un cacharro de esos. Como los había visto en el cine...

CABO. *(Tono de burla).* ¿Tan pobres andaban ustedes?

SOLDADO. *(Rápido, picado).* ¡No tanto como ustedes! *(Transición).* Sí, muy pobres... Al principio, no, claro. Los primeros soldados que movilizaron, llevaban de todo: casco, correaje, fusil, bayoneta... ¡Incluso botones en la guerrera, cuchara y plato! Pero, luego..., ya sabe lo que pasa..., la guerra se prolonga, todo se acaba...

CABO. *(Siguiéndole la corriente).* Ya es mala suerte, ya...

SOLDADO. No lo sabe usted bien. Por ejemplo, ¿a que usted ha desfilado alguna vez por las calles, con su banda de música y su uniforme nuevo?

CABO. ¡Qué pregunta! Claro que desfilé. Antes de salir para el frente.

SOLDADO. ¿Lo ve? Y seguro que la gente hasta le aplaudía.

CABO. *(Ponderativo).* ¡Uffff!

SOLDADO. ¿Desde los balcones?

CABO. Desde todas partes: en las aceras, desde los tejados, subidos a los árboles... ¡Era glorioso! *(Nostálgico).* ¡Se sentía uno importante!

SOLDADO. *(Envidioso).* Ya me lo imagino... En cambio, yo, ¡nada! Del taller al vagón. Ni tiempo me dieron para despedirme de Magda.

CABO. ¡Qué bestias!

SOLDADO. *(Asintiendo, con pesadumbre).* Muy bestias, mucho.

CABO. Los míos, no... Los míos... Oh, aquéllo era sencillamente grandioso... ¡Los tambores, las banderas, la música militar...! *(Desfila, de un lado a otro del escenario, con paso de parada y un imaginario fusil sobre el hombro).* ¡Prommm, prrrromm-pompon, pom, pom...!

SOLDADO. *(Enfadado).* ¡Ya está bien, hombre, no me lo restriegue más por las narices...!

CABO. *(En plena exaltación).* ¡Hasta pétalos de rosa nos tiraban las chicas desde las ventanas...!

SOLDADO. *(Admirado).* ¿Pétalos?

CABO. *(Triunfante).* ¡De rosa!

SOLDADO. ¡Fantástico!

CABO. *(Transición).* Claro que eso sólo fue el primer día...

SOLDADO. ¡Menos mal! ¿Y después?

CABO. ¡De cabeza al vagón, lo mismo que usted!

SOLDADO. *(Sardónico).* Por lo que veo, otra vez estamos empatados.

CABO. *(Fúnebre).* ¡A cero!

(De pronto, se establece entre ambos una corriente de intimidad. Se miran. El Soldado tiende al Cabo la mano.)

SOLDADO. Me llamo Patt, ¿y tú?

CABO. *(Estrechándola efusivamente).* Yo, ¡Volodia Andrepowsky Olovandovitch!

SOLDADO. *(Riendo).* ¿Todo eso?

CABO. *(Riendo).* Todo eso. Pero puedes llamarme Volodia.

SOLDADO. *(Riendo).* Sí, será mejor.

(Dejan de reir y se miran en silencio).

¡Qué cosas pasan, ¿eh?, Volodia!

CABO. ¡Qué cosas, Patt, qué cosas!

(Silencio. Transición.)

Qué, ¿hacemos el trato?

SOLDADO. *(Por el casco).* No vale la pena. Pensándolo bien, ¿para qué necesito esto ahora?

CABO. ¡Pero qué dices ¿Y si tuvieras que desfilar, qué pasaría? ¡No irías tú poco guapetón, con tu casco, marcando el paso!

SOLDADO. ¿Desfilar? ¡Pero si no hay tropas!

CABO. Pues desfilas tú solo. *(Sibilino).* Aún tenemos aquel asuntillo pendiente, ¿recuerdas? *(Pasándose el dedo por el cuello, en gesto de degüello)* Supón que me pelas tú a mí.

SOLDADO. *(Triste).* Sí, claro... También es posible...

CABO. ¿Ves? ¡Anímate, hombre! En ese caso te convertirías en vencedor... Y los vencedores tienen que desfilar para celebrarlo.

SOLDADO. ¿Forzosamente?

CABO. ¡Impepinablemente!

SOLDADO. *(Todavía dudando).* Si lo pones así...

CABO. Lo pongo como es, muchacho. *(Transición).* ¿Me das el retrato?

SOLDADO. *(Aún inseguro).* No.

CABO. ¿No? *(Quitándole el casco).* ¡Entonces, desfilarás a pelo!

SOLDADO. Aguarda un poco, aguarda... ¿No podríamos llegar a una transacción? Por ejemplo: yo te presto la fotografía y tú a mí el casco. Sólo durante un rato. Luego, nos los devolvemos y en paz. ¿Vale?

CABO. *(Tras rumiar el proyecto un instante).* Vale. Venga: intercambia.

(Hacen el cambio a tocateja. El Soldado se lo encasqueta y se pasea, con él, muy satisfecho. El Cabo contempla la foto con una sonrisa.)

SOLDADO. *(Orgulloso).* ¡Se siente uno distinto! ¡Sí, señor, pero que completamente distinto! *(Deteniéndose).* Y a ti, ¿cómo te va con el retrato?

CABO. ¡Maravillosamente! Tengo la sensación de que me he vuelto rico de repente.

SOLDADO. *(Ponderativo).* Es que no todo el mundo puede disponer de una foto como esa para él solo.

CABO. ¡Y que lo digas!

(Cada uno, encantado con lo que tiene, se va a sentar a distancia del otro. El Soldado se recuesta en un peñasco y el Cabo, tras guardarse la foto, se tumba en el suelo, con las manos en la nuca, mirando, soñador, al vacío. Silencio. Pasa por el ambiente una ráfaga de bonhomía.)

SOLDADO. *(En voz baja.)* Qué, ¿se está bien ahí?

CABO. Como Dios, ¿y ahí?

SOLDADO. ¡Cojonudamente! *(Transición).* Claro que mejor se estaría en la mecedora del porche, ¿no?

CABO. *(Pausa).* ¿Te has fijado en la nube del hongo ese de mierda? Se ha abierto en él un agujero, ¿lo ves? Parece una ventana. Yo

diría que lo mismo, lo mismo que la ventana del granero de la isba...

SOLDADO. ¿Sí?

CABO. *(Silencio).* Patt: si yo te pidiera un favor, un gran favor, ¿me lo harías?

SOLDADO. Prueba.

CABO. ¿De veras me lo harías?

SOLDADO. Claro. ¿De qué se trata?

CABO. De nada de particular. Es que me acuerdo de mi casa, ¿comprendes? De las vacas, sobre todo.

SOLDADO. ¿De la Potiuska? ¿La de la patada?

CABO. Y de las otras. *(Silencio. Tímidamente).* Dime, ¿querrías mugir un poco para mí?

SOLDADO. ¡Encantado¡

(Y con una gran ternura, muge unos instantes, mientras el Cabo, con los ojos cerrados, recuerda.)

CABO. ¡Oooooh! ¡Esto resucita a un muerto! *(Pausa larga).* Patt...

SOLDADO. ¿Volodia?

CABO. ¡Muchas gracias!

SOLDADO. No tiene importancia.

CABO. *(Sincero).* ¿Puedo hacer algo por ti?

SOLDADO. Bueno, así, de momento, no se me ocurre nada.

CABO. *(Tras un largo silencio).* ¡Y pensar que tenemos que terminar matándonos! ¡Con lo buenos amigos que hubiéramos sido tú y yo de habernos conocido en otras circunstancias!

SOLDADO. De eso, puedes estar seguro. Fíjate: yo te habría convidado a mi boda.

CABO. No lo dirás en serio.

SOLDADO. ¡Palabra de la buena! *(Evocando).* ¡Te habrías comido un trozo de plastel así de grande! ¡Y te habrías emborrachado! ¡Y habrías besado a la novia! ¡Y habrías bailado con ella! *(Rompe a reir).* ¡Y después, hasta conmigo!

CABO. *(Contagiado de la risa).* ¿Contigo?

SOLDADO. *(A carcajadas).* ¡Conmigo...!

(Se acercan y, de golpe, comienzan a hacer la comedia de las reverencias y las invitaciones.)

CABO. ¿Me haría usted el honor...?

SOLDADO. ¡Oh! ¡Oh! ¡Con mucho gusto!

(Ríen desaforadamente, poniéndose a bailar, tarareando una marcha nupcial. La escena es de una desbordada alegría. En el punto más alto de ésta, aparece en escena el Sargento, chamuscado como ellos. El color de sus restos de uniforme, es el mismo que el del Cabo. Lleva una gorra militar reventada sobre la cabeza. Sin dar crédito a sus ojos, contempla lo que está sucediendo en escena.)

SARGENTO. *(Gritando).* ¿Pero qué pasa aquí? ¡Qué contubernio es éste...?

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

Cuadro primero

(La acción se reanuda en el mismo punto en que quedó interrumpida en el acto anterior. Al alzarse el telón el Cabo y el Soldado están enlazados, bailando y riendo. El Sargento hace su entrada.)

SARGENTO. Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Qué contubernio es éste...?

(El baile se para en seco. Cabo y Soldado, asustados, quedan inmóviles. El Cabo reconoce a su superior y, con gran alegría, se deshace de su pareja y corre al encuentro del recién llegado.)

CABO. ¡Camarada Sargento! *(Al Soldado).* ¡Pero si es el camarada Sargento Petrov Petrovich!

SOLDADO. *(Muy contento también).* Ah, ¡muchísimo gusto!

SARGENTO. *(Sin hacer caso del Soldado).* ¡Exacto! ¡Soy el Sargento! ¡El último Sargento! ¡El único grado superior que queda! ¡La más alta representación de nuestro victorioso, aunque desaparecido ejército!

SOLDADO. *(Todavía en lo suyo).* ¿Quiere usted bailar con nosotros?

CABO. *(Volviendo a animarse).* ¡Ande, sí! *(Y ríe).*

SARGENTO. *(Con un grito).* ¡Basta de risas!

SOLDADO. *(Que no lo entiende).* ¿Por qué? Estamos contentos.

CABO. *(Igual).* ¡Muy, muy, muy contentos!

SARGENTO. *(Al Cabo).* ¡Pues le prohibo estarlo!

CABO. *(Conteniendo la risa).* Pero, camarada Sargento...

SARGENTO. ¡Silencio! *(El Cabo corta en seco la risa).* Vamos, explíquese. ¿Qué sucede aquí?

CABO. *(Cortado).* Pues ya usted ve: estábamos bailando.

SOLDADO. Sí, los dos.

CABO. *(Volviendo a la alegría).* Y ahora que ya somos tres, ¡podremos cambiar de pareja...!

SOLDADO. *(Igual).* Así nos olvidaremos de todo.

CABO. ¡De la guerra!

SOLDADO. ¡De todo!

SARGENTO. *(Al Cabo, ignorando siempre al Soldado).* ¿Lo cree usted así, camarada? ¡Pues le prometo que de mí sí se acordará! ¡Le aseguro que se arrepentirá de haber nacido!

SOLDADO. ¡Huy! ¡De eso ya nos hemos arrepentido hace tiempo!

SARGENTO. ¡O de no haber muerto! De modo que, venga, ¡explíquese!

CABO. *(Tartajeante).* Bueno, en realidad...

SARGENTO. ¡Valiente espectáculo! ¡Un cabo de nuestra gloriosa milicia, confraternizando en repugnante camaradería con el enemigo!

SOLDADO. ¡Oiga, oiga, que habíamos empezado a ser amigos!

CABO. Como éramos los únicos supervivientes, pues... Bueno, y ahora también usted... ¡Pero ¿quién podía imaginárselo con la que nos ha caído encima?!

SARGENTO. ¿Quiere dar a entender que no contaba usted conmigo?

CABO. *(Exasperado).* Pero, ¿quién podía contar con nadie con la que ha caído? *(Por el Soldado).* Hasta tropezarme con éste fue una sorpresa para mí. ¡Ni yo mismo creí salir vivo de aquella mierda!

SARGENTO. ¿Y quién le autorizó a dudar de su camarada sargento?

SOLDADO. *(Mediador).* ¡No se enfade usted con él, hombre!

SARGENTO. *(Terrible, al Cabo).* ¡Cuádrese, cabo! ¡Y salude militarmente a su superior!

(El Cabo, aturullado, toma el casco de la cabeza del Soldado, se lo pone, se cuadra delante del Sargento y saluda militarmente.)

CABO. ¡Sí, camarada sargento! ¡A sus órdenes, camarada sargento!

SOLDADO. *(Al Cabo).* Escucha, Volodia...

SARGENTO. ¡¿Qué significa ese tuteo?!

SOLDADO. Me parece que tu sargento acabará por aguarnos la fiesta...

SARGENTO. *(Al Cabo).* ¿Cómo ha podido usted caer tan bajo?

(El Cabo, avergonzado, no responde.)

SOLDADO. ¡Qué tipo tan paliza!

SARGENTO. Ah, no, esto no acabará así... Mi obligación sería mandar que le pasasen ahora mismo por las armas...

SOLDADO. *(Rompiendo a reir).* ¿Armas? ¿Qué armas? ¡Si ya no quedan armas!

SARGENTO. *(Continuando).* ...su delito le hace acreedor a ello. Pero no pienso hacerlo. ¿Premiar su horrible traición con los honores del fusilamiento? ¡No, y mil veces no!

SARGENTO. *(Con guasa).* Fusíleme con él, es muy simpático.

SARGENTO. *(Al Cabo, que permanece firme).* No, camarada cabo, voy a llegar más lejos, ¡le voy a degradar! ¡Es lo que usted merece!

CABO. *(Angustiado).* Permita que le explique, camarada...

SARGENTO. ¡Silencio! Deme sus galones, cabo. ¡Purgue su vergüenza!

CABO. *(Suplicante).* ¡No, los galones no, camarada sargento!

SOLDADO. *(Un poco cabreado).* Oiga, ¿no se está pasando de la raya? ¡Ya está bien, ¿no?! ¡La que ha liado usted por un simple baile de bodas!

SARGENTO. *(Al Soldado, por primera vez).* ¡Usted, cállese!

SOLDADO. ¡No se me pasa por...! *(Rectificando).* ¡No me da la gana! Yo no tengo nada que ver con usted. No puede mandarme, ¡no soy de su ejército!

CABO. *(Al Soldado).* ¡Le prohibo que falte usted al respeto a mi sargento!

SOLDADO. *(Sorprendido y dolido).* ¡Volodia! ¡Soy yo! ¿Qué te pasa?

CABO. *(Sin hacerle caso).* Verá, camarada sargento: ha habido un malentendido en todo esto.

SARGENTO. ¿Malentendido? ¿Es que no sé lo que yo mismo he visto? ¿Tendrá usted el cinismo de negar lo que he visto con mis propios ojos?

CABO. *(Aturullado).* No, no, yo..., quiero decir que mi intención...

SARGENTO. ¡Las intenciones no cuentan! ¡Los hechos! ¡Los hechos!

SOLDADO. *(Cabreadísimo).* ¡Deje en paz a Volodia de una vez! ¡Si tiene ese capricho, fusílenos a los dos, pero déjenos en paz! ¡Lo estábamos pasando tan a gusto...!

CABO. *(Al Soldado).* ¡No se meta usted donde no le llaman!

SOLDADO. *(De nuevo amargamente sorprendido).* ¿Eh?

SARGENTO. *(Al Cabo).* Bien: sepamos cuál era su intención.

CABO. *(Haciendo tiempo para encontrar la excusa).* ¿La verdad? ¿Quiere usted la verdad?

SARGENTO. Justamente.

CABO. ¿Toda la verdad y nada más que la verdad?

SARGENTO. *(Impaciente).* ¡Sí!

CABO. Pues..., aunque a primera vista pudiera parecer otra cosa..., estaba tratando de ganarme la confianza del enemigo...

(Gesto de dolorida sorpresa en el Soldado.)

SARGENTO. Aclare: ¿con qué objeto?

CABO. *(Avergonzado por el Soldado).* Con el de coparlo y hacerle prisionero.

SARGENTO. *(En otro tono).* Bien, bien, bien... ¿Ha dicho prisionero?

CABO. Eso mismo, camarada sargento.

SARGENTO. Bien, bien, bien... ¿Y por qué no empezó por ahí? Eso cambia el aspecto de la cuestión.

CABO. *(Ansioso).* ¿De veras?

SOLDADO. *(Sinceramente apenado y sorprendido).* Entonces, ¿era todo mentira?

SARGENTO. ¡Un auténtico prisionero de guerra! Nunca había visto ninguno.

CABO. Claro, ¡como nos los cepillábamos a todos!

SOLDADO. *(Al Cabo).* ¡Todo mentira! El pastel de bodas, el beso a la novia, el baile... ¡todo!

SARGENTO. A ver: expóngame los hechos con claridad.

CABO. Pues eso: que estaba intentando hacerle prisionero.

SOLDADO. *(Indignado).* ¡Puerco traidor! ¡Miserable tramposo!

SARGENTO. ¿He oído mal o ha dicho usted «intentando»...? *(El Cabo dice que sí con un gesto).* Diga, ¿es que no ha conseguido todavía capturarle? *(El Cabo no responde).* Vamos, vamos, ¿lo ha conseguido o no?

CABO. Bueno, conseguirlo, lo que se dice conseguirlo... Pero se lo juro: ¡le tenía ya medio convencido!

SOLDADO. *(Con mucha pena).* ¡Todo era mentira!

CABO. Si hubiera usted tardado unos minutos más en presentarse...

SARGENTO. ¡Qué mala suerte!

CABO. Es lo que yo digo.

SARGENTO. ¡Un prisionero completamente mío!

CABO. ¡Por eso que no quede! Si lo desea, aún lo puede coger.

SARGENTO. ¿Sería usted capaz de hacer eso por mí, camarada?

CABO. ¡Ya lo creo que sí, camarada!

SOLDADO. *(Indignado).* ¡Pelotillero! ¡Lameculos!

SARGENTO. *(Al Cabo).* ¡Así debe hablar un soldado!

CABO. Bastaría con que usted lo ordenase.

SARGENTO. ¡Bravo! ¡Pues se lo ordeno!

CABO. ¿Y ya no perderé mis galones de cabo?

SARGENTO. ¡Todo lo contrario! ¡Si logra su objetivo, incluso le otorgaré una recompensa! ¡El heroísmo y el valor siempre la merecen!

CABO. ¡Gracias, camarada! ¿Qué clase de recompensa, si puede saberse?

SARGENTO. ¿Qué le parecería una... condecoración? Redonda y con la cinta verde. ¿Le gustaría una así?

CABO. *(Con sincero entusiasmo).* ¡Uf! ¡Ya lo creo!

SARGENTO. ¡Pues lleve usted a cabo la misión que le he encomendado, y yo mismo se la prenderé sobre el pecho!

CABO. *(Conmovido y entusiasmado).* ¡La primera medalla de mi vida! ¡Es formidable! ¿Y sería mía para siempre? *(El Sargento asiente).* ¿Propiedad privada? *(Lo mismo).* ¡Maravilloso! *(De pronto, con duda).* Pero... y usted perdone la pregunta: ¿está usted autorizado a...? No se enfade, pero... yo no entiendo mucho de estas cosas y pienso que así..., sin más ni más..., a lo mejor un simple sargento... pues... no puede... ¡Como las cruces siempre las dan los generales...!

SARGENTO. ¡Cuente con lo dicho! ¿Es que no comprende que, no teniendo a nadie por encima, yo constituyo la superioridad más superior de nuestro ejército?

CABO. No, si no se lo discuto, pero...

SARGENTO. ¿Ignora usted lo que eso representa? ¡Que tengo todas las facultades!

CABO. ¡Me quita usted un peso de encima, camarada!

SARGENTO. No comprendo cómo se le ocurrió siquiera dudarlo, camarada. Entérese de una vez: ¡ahora, yo soy el Mando! ¡El Alto Mando! Se lo repito: si la arriesgada acción que va usted a emprender se viera coronada por el éxito...

CABO. ¡Se coronará, camarada sargento!

SARGENTO. Así lo espero..., me premiaré también a mí mismo. ¿Entendido? *(Transición).* ¡Cuarenta años suspirando por llegar a lucir algún día los bordados de Camarada Mariscal!

CABO. ¡Puede asegurar que ese día ha llegado!

SARGENTO. ¡De usted depende!

CABO. *(Heroico).* ¡Confíe usted en mí! *(Saludando militarmente).* Con su permiso, ¿puedo ya pasar al ataque?

SARGENTO. Con mi permiso, ¡sí! Le deseo suerte. *(Va a sentarse en un bloque de piedra).* Las novedades, a mi Cuartel General.

CABO. ¡Sí, camarada sargento!

(La escena que sigue, ha de desenvolverse con absoluta naturalidad, de forma que dé la impresión de que los personajes aceptan lo que les sucede como algo absolutamente lógico. El Cabo se sitúa en un ángulo del escenario, hace tornavoz con las manos y grita.)

¡Cuiiiiiit! ¡Cuuuuiiiiit! ¡A que te cojo!

(Empieza a correr a toda prisa de lado a lado y de ángulo en ángulo, hasta que, dándose cuenta de que el Soldado, abatido y desinflado, no colabora en el juego, sino que permanece, triste e indiferente, sin moverse de donde estaba, se detiene y le habla.)

¿Es que tú no corres?

SOLDADO. No quiero.

CABO. ¿Por qué?

SOLDADO. Porque no.

CABO. ¡Mira que te pillo!

SOLDADO. *(Encogiéndose de hombros).* Bueno.

(El Cabo duda si hacerlo prisionero. Al fin se decide. Da una pequeña carrerilla hasta el Soldado y le toca en un hombro.)

CABO. ¡Date!

SOLDADO. *(En la misma actitud de siempre).* Me doy.

CABO. ¡Te cogí!

SOLDADO. Ya lo veo.

CABO. Pero, ¿no vas a resistirte?

SOLDADO. No.

CABO. Hombre, no jorobes, ¡defiéndete! *(El Soldado niega con un gesto).* ¿Y te dejas coger sin defenderte?

SOLDADO. Ya lo ves. *(El Cabo duda).* Anda, termina de una vez.

CABO. Tendré que trasladarte.

SOLDADO. Bien.

CABO. Al puesto de mando.

SOLDADO. Donde te salga de los cataplines.

CABO. *(Casi suplicante).* ¡Patt! *(Disculpándose).* Cumplo órdenes, hazte cargo... Una orden es una orden... Me ha prometido una condecoración... ¡Figúrate! A lo mejor, te pondría a ti otra si fueses valiente y te defendieras un poco... *(El Soldado*

no dice nada y continúa en su triste y aplanada actitud. El Cabo suplica de nuevo). ¡Patt...!

(Por último, resignado, el Cabo coge al Soldado por los bajos de la guerrera y le lleva, dando previamente una vuelta por todo el escenario, hasta el lugar donde se encuentra sentado el Sargento. El Soldado se deja llevar sin ofrecer resistencia, las manos en la nuca, como un auténtico prisionero. El Cabo se cuadra y saluda.)

¡Cabo Volodia Andrepowsky Olovandovitch, presente y sin novedad!

SARGENTO. *(Como si no hubiese presenciado la comedia anterior).* ¿Qué sucede?

CABO. ¡Un prisionero!

SARGENTO. ¿Quién lo ha capturado?

CABO. ¡Anda, coño! ¡Yo!

SARGENTO. ¿Cómo? ¿Usted solo?

CABO. *(Orgulloso).* ¡Completamente solo! ¡Con la única ayuda de mi iniciativa, entusiasmo, intrepidez, bizarría y un par de pelotas que...!

(El Sargento extrae del bolsillo un par de charreteras que se coloca así mismo sobre los hombros de la guerrera. Inmediatamente, adopta un aire grave, de consciente y glacial superioridad.)

SARGENTO. ¿Así que tenemos un prisionero, camarada cabo?

CABO. ¡Sí, camarada sargento!

SARGENTO. *(Sonríe, mientras le muestra las «palas»).* ¿Cómo, cómo dice? ¿Sargento? ¿Es que aún no ha aprendido a reconocer las insignias de Mariscal?

CABO. *(Confuso).* Oh, sí, claro, camarada Mariscal.

SARGENTO. *(Examinando al Cabo de pies a cabeza, como si lo viese por primera vez).* ¿Qué espera? Ya puede retirarse.

CABO. *(Sin moverse).* Con su permiso... quisiera recordarle... La medalla, ¿sabe?

SARGENTO. No sé de qué me habla.

CABO. La de la cinta verde.

SARGENTO. Ignoro de qué se trata. ¡Retírese!

CABO. *(Desconcertado).* Pero...

SARGENTO. *(En tono condescendiente, aunque autoritario).* Veamos: ¿tiene usted alguna reclamación que formular contra su camarada Mariscal?

CABO. ¡Sí! *(Transición).* Claro que, verdaderamente, y usted perdone, aquél no era más que Sargento.

SARGENTO. *(Sonriente).* Entonces, preséntese a él, háblele, no me ponga inconvenientes a mí. Las pegas, a quien tenga que resolverlas, ¿entendido?

CABO. Sí, camarada Mariscal.

SARGENTO. ¡Señor!

CABO. Sí, señor..., camarada señor. Lo que sucede es que..., bueno, que no sé dónde voy a localizarlo.

SARGENTO. Ese es asunto suyo.

CABO. Pero...

SARGENTO. ¡Asunto suyo!

CABO. ¡Sí, señor; camarada señor!

SARGENTO. Ande, ande, retírese.

CABO. ¡A la orden!

(El Cabo saluda militarmente, gira sobre sí mismo y camina rígidamente unos pasos, haciendo media vuelta después para quedar algo alejado del Sargento, donde permanecerá en posición de firmes.)

SARGENTO. *(Al Soldado).* Vamos a ver: usted, ¡acérquese! *(El Soldado no se mueve, es el Sargento quien se acerca a él).* Comenzaremos por su filiación, nombre y apellidos, edad, número de placa... En fin, esas cosas.

SOLDADO. *(Al Cabo, sin hacer caso del Sargento).* ¡Ya no somos amigos! ¡Ya no quiero que me fusilen con usted!

SARGENTO. ¡Le estoy interrogando!

SOLDADO. *(Furioso).* ¡A mí que me cuenta! ¡Déjeme tranquilo! ¿No ve que estoy muy triste?

SARGENTO. Si se obstina usted en su silencio, le tendré que considerar un espía.

SOLDADO. ¡Haga lo que le dé la gana!

SARGENTO. ¿Sabe usted con quién está hablando?

SOLDADO. *(Aburrido).* Me duelen los oídos, no grite.

SARGENTO. *(Transición, amistoso).* Bien. No perdamos la calma, si no, no vamos a entendernos. ¿Le parece que volvamos a empezar por el principio? *(El Soldado hace un gesto de enfado).* No, no: ¡por las buenas!

SOLDADO. No me interesa.

SARGENTO. ¡Pero a mí sí que me interesa! *(Transición. De nuevo amistoso).* Escuche: yo no tengo intención de causarle a usted ningún daño. La amparan la Convención de Ginebra, el pacto de Helsinky y el Derecho Internacional...

SOLDADO. *(Irónico).* ¡Magnífico! ¿De veras?

SARGENTO. Yo, en este caso, me limito a observar los usos y costumbres habituales en estas situaciones. Le he cogido prisionero, ¿no? Luego tengo derecho a someterlo a un hábil interrogatorio.

SOLDADO. Pierde usted el tiempo. Sólo daré mi nombre, Patt, y el número de mi placa de identificación. A un prisionero no puede obligársele a más, lo he aprendido en el cine.

SARGENTO. Terco como una mula, ¿eh? *(El Soldado no responde).* ¡Pues las va a pasar usted putas!

SOLDADO. *(Burlón).* ¡Qué miedo!

SARGENTO. *(Otra vez amistoso).* Pero, vamos a ver: en realidad, ¿qué es lo que yo le exijo..., mejor dicho, qué es lo que le pido? Una pequeña información, lo que pueda contestar buenamente.

SOLDADO. Y si lo hiciera, ¿qué?

SARGENTO. ¿De veras le interesa saberlo? Pues, mire, voy a sincerarme con usted, me ha caído simpático. ¿Ve usted estas insignias? *(Tras*

señalarse las charreteras). ¡Son el premio de cuarenta años de servicio! ¿Qué le parecen?

SOLDADO. ¡Ptsé! No están mal del todo.

SARGENTO. ¡Naturalmente que no están mal! Sin embargo, comparadas con la banda de Mariscal en Jefe, ¡nada!

SOLDADO. *(Indiferente).* ¿Ah, sí? Pues, sí que debe ser...

SARGENTO. ¡Un sueño! ¡Una virguería! ¡Con su borlón de flecos, su filtiré dorado, su...! ¡Algo que quita el hipo!

SOLDADO. ¿Y qué tengo yo que ver con esa banda?

SARGENTO. ¿Ha oído usted hablar del ascenso por méritos?

SOLDADO. Más o menos.

SARGENTO. ¡Pues eso! Porque supongo que no se habrá usted imaginado que en la guerra todo consiste en ser más valiente que nadie... También se premian la estrategia, la táctica, la astucia. De manera que si yo, astutamente, consiguiera arrancarle un par de secretitos militares...

SOLDADO. ¿Sobre qué?

SARGENTO. Sobre cualquier cosa: los verdaderos efectivos bélicos del adversario, verbigracia.

SOLDADO. Pero, hombre de Dios, ¡si yo soy el único efectivo que queda!

SARGENTO. Inteligente observación, señor mío. Pero el caso es que yo necesito hacer méritos, porque, sin un motivo que lo justifique, ¡dígame usted con qué cara..., mejor dicho, con qué fundamento, podría nombrarme a mí mismo Mariscal General en Jefe! En una palabra: voy buscando desesperadamente el ascenso.

SOLDADO. ¿A Mariscal General... en... eso? *(El Sargento asiente).* Ya. Y usted se ha hecho a la idea de que yo le ayudaré a conseguirlo.

SARGENTO. *(Humilde).* Hombre, tenía esa esperanza.

SOLDADO. ¡Pues abandónela!

SARGENTO. ¿Es su última palabra?

SOLDADO. ¡La ultimísima!

SARGENTO. Pero, amigo...

SOLDADO. ¡No soy amigo suyo!

SARGENTO. ¿Por qué? Al fin y al cabo, ¿qué es lo que le exijo... repito, repito, no se lo exijo, se lo ruego? Que responda a unas cuantas preguntas.

SOLDADO. Pero es que yo se lo repito también: ¡no me da la gana de contestar!

SARGENTO. ¿Aunque se lo suplique?

SOLDADO. ¡Aunque se hinque usted de rodillas!

SARGENTO. ¡El Mariscal General en Jefe Petrov Petrovitch! ¡Con lo bien que eso suena!

SOLDADO. ¡Lo que es a mí...!

SARGENTO. ¿No le suena bien?

SOLDADO. Pues, no.

SARGENTO. ¿Me permite usted una pregunta... de tipo personal?

SOLDADO. Si es puramente personal...

SARGENTO. ¿Usted tenía madre?

SOLDADO. ¡Anda, claro! Y novia..., y hasta un taller mecánico y todo.

SARGENTO. ¿Qué habría pasado si un día hubiese usted llegado a su casa con la banda de Mariscal General en Jefe sobre el pecho, eh?

SOLDADO. ¡Jo! ¡Que habría dado el golpe!

SARGENTO. Seguro. Entonces, ¿por qué no se muestra más condescendiente y me brinda esa satisfacción a mí?

SOLDADO. No es el mismo caso: usted es el enemigo.

SARGENTO. *(Enfadado).* ¡Si empezamos a desenterrar otra vez el hacha de guerra!

SOLDADO. No, yo no quiero más guerra.

SARGENTO. ¡Buen muchacho! Qué, ¿se decide?

SOLDADO. *(Suavizando su actitud).* ¿De verdad, de verdad que eso le haría tan feliz como dice?

SARGENTO. ¡El hombre más feliz del mundo!

SOLDADO. Es poco. ¡Sólo quedamos tres...!

SARGENTO. Bueno, pues de los tres.

SOLDADO. *(Que estaba a punto de decir que sí).* ¡No, no, no...! ¡Me niego!

SARGENTO. *(Suplicando hipócritamente).* ¡Hágalo por mí!

SOLDADO. ¡Que no y que no!

SARGENTO. Pues, ¡por su madre! ¿Era muy vieja? ¿Viejecita y arrugadita? ¿Con la cara como una pasa? *(El Soldado gime).*

SOLDADO. *(Llorando).* ¡Qué fastidio! ¡No se puede andar por el mundo con un corazón tan blando como el mío!

SARGENTO. *(Compasivo).* Vamos, vamos, no llore. *(El Soldado se enjuga la nariz).* ¿Puedo empezar a preguntar? ¿Sí o no?

SOLDADO. *(Llorando todavía).* Ande, ¡pregunte lo que quiera...!

(El Sargento se frota las manos, satisfecho. Extrae del bolsillo un trozo de papel arrugado y una colilla de lapicero.)

SARGENTO. ¡Muy bien! Empecemos. *(Cambia el tono, que se vuelve frío e impersonal. Se sienta sobre un montón de cascotes y comienza el interrogatorio).* ¿Batulería?

SOLDADO. Mucha.

SARGENTO. ¿Dónde?

(El Sargento va anotando las respuestas.)

SOLDADO. Por ahí.

SARGENTO. ¿Cuántos emplazamientos?

SOLDADO. ¡Puf! Ni se sabe.

SARGENTO. ¿En línea?

SOLDADO. En curva.

SARGENTO. ¿Bombas?

SOLDADO. Hubo.

SARGENTO. ¿H...?

SOLDADO. ...I, J, K, L y M.

SARGENTO. ¿Proyectiles convencionales?

SOLDADO. ¡La tira!

SARGENTO. ¿Grasa de engrasar?

SOLDADO. De eso, bastante menos.

SARGENTO. ¿Nidos de ametralladoras?

SOLDADO. Nidos de pájaros.

SARGENTO. ¿Divisiones?

SOLDADO. No, restas.

SARGENTO. ¿Número?

SOLDADO. Pi.

SARGENTO. ¿En qué sector?

SOLDADO. Según se va, a mano derecha.

SARGENTO. Bien. ¿Y de fuerzas?

SOLDADO. Regularcillo, más bien pocas.

SARGENTO. ¿Muertos?

SOLDADO. Seis mil millones.

SARGENTO. ¿Vivos?

SOLDADO. *(Por el Cabo y ellos mismos).* Ese, usted y yo, salvo imprevistos.

SARGENTO. ¿Cómo?

SOLDADO. A lo mejor, todavía aparece alguno. Igual sucedió con usted.

SARGENTO. ¿Qué me dice de la moral del combatiente?

SOLDADO. Lo que usted quiera.

SARGENTO. Que está muy decaída.

SOLDADO. Pues eso, que estoy muy decaído.

SARGENTO. ¿Sinalergia?

SOLDADO. No, bolován.

SARGENTO. Ya. ¿Y el espíritu de la población civil?

SOLDADO. Cuando aún había, ptsé.

SARGENTO. Precise.

SOLDADO. La última vez que salí con Magda, me pidió un helado de fresa.

SARGENTO. ¿Se lo compró?

SOLDADO. ¡Qué va!

SARGENTO. ¿Motivos?

SOLDADO. Indigestión.

SARGENTO. ¿Fábricas en la retaguardia?

SOLDADO. No, ruinas.

SARGENTO. Una última pregunta.

SOLDADO. Venga.

SARGENTO. ¿Que sí?

SOLDADO. Que no.

SARGENTO. *(Dando por finalizado el interrogatorio).* Perfectamente.

SOLDADO. Si quiere que añada alguna otra cosa...

SARGENTO. No es necesario. *(Presentando el papel al Soldado, al tiempo que le entrega el lapicero).* Firme usted aquí.

SOLDADO. *(Intenta hacerlo, aunque sin éxito).* No puedo. Se ha gastado la punta.

SARGENTO. Pues ponga sus huellas dactilares. *(Extrae un pequeño tampón del bolsillo).*

SOLDADO. *(Poniendo su dedo pulgar en el tampón y luego en el papel).* No marca, se ha secado la tinta.

SARGENTO. ¡Qué contrariedad!

SOLDADO. No se preocupe, eso yo lo soluciono en seguida. *(Se pasa el pulgar por la cara ennegrecida y a continuación lo imprime sobre el papel).* ¿Lo ve?

SARGENTO. Todo listo.

(El Sargento dobla cuidadosamente el papel y se lo guarda, lo mismo que el lápiz y el tampón, en un bolsillo, al tiempo que, de otro, extrae una banda azul impresionante, toda llena de bordados y adornos dorados. Se la pone solemnemente cruzada sobre el pecho.)

SOLDADO. *(Al verla).* ¡Puñeta! ¡Tenía usted razón, es virguera!

(El Sargento, a partir de ahora, prescinde absolutamente del Soldado.)

SARGENTO. ¿Cabo?

CABO. *(Que se cuadra).* ¿Camarada señor?

SARGENTO. Hágase cargo del prisionero.

SOLDADO. ¿A qué viene eso ahora?

SARGENTO. Trasládelo al campo de concentración.

CABO. ¡A la orden, camarada señor! *(En este momento, se da cuenta de la banda que lleva el Sargento. Extasiado, maravillado. Absolutamente subyugado).* ¡Ooooooooh!

SARGENTO. Debidamente custodiado. *(Al advertir la sorpresa del cabo).* ¿Qué pasa? ¿No ha visto nunca a un Mariscal General en Jefe?

CABO. ¡Nunca, que yo recuerde! ¡Y menos así, tan de cerca!

SARGENTO. *(Satisfecho, se deja contemplar).* ¡Ya está bien, cabo! *(Taconazo).* Llévese a este individuo.

SOLDADO. *(Al Sargento, completamente desconcertado).* Pero, ¿qué tiene contra mí? ¿No hice lo que quería? ¿No le he dado la información?

SARGENTO. *(Al Cabo).* ¡Y mucho cuidado! ¡Es peligroso! ¡Capitalista, segregacionista, imperialista, enemigo del pueblo...

SOLDADO. ¿Peligroso yo? ¡Díselo tú, Volodia! ¡Explícale que tengo el corazón más tierno que un palomo!

SARGENTO. ...y, por si fuera poco, traidor a su patria! Se ha ofrecido voluntariamente a colaborar con el enemigo. Un sujeto así es capaz de todo. No lo pierda de vista.

CABO. No, señor; camarada señor.

SOLDADO. *(Resistiéndose, a punto de llorar).* ¡No quiero que me lleven! ¡Es injusto! ¡No quiero!

CABO. *(Triste, al Soldado).* Es inútil. ¿Para qué resistirse? El es más fuerte que nosotros.

SOLDADO. ¿Quieres decir que tengo que bajarme los pantalones?

CABO. Pues...

SOLDADO. Lo mismo que tú, ¿no?

CABO. No, no es lo mismo. A mí me mandan que te lleve, y lo hago.

SOLDADO. *(Amargo).* Ya.

CABO. ¡Quién sabe! A lo mejor no se está tan mal en un campo de prisioneros...

SOLDADO. Claro, ¡como no es a ti al que le encierran!

CABO. Además, si te hubieran fusilado, habría sido peor, ¿no te parece?

SOLDADO. ¿Crees tú?

CABO. Anda, camina, Patt. No me compliques la vida.

SOLDADO. Lo que más me duele, es que seas tú, precisamente tú, el verdugo. ¡Atreverse a vender a un compañero!

CABO. ¡Nada de compañeros! Somos enemigos, ¿recuerdas? Ibamos a matarnos.

SOLDADO. *(Indignado).* ¡Pero eso no le da a usted derecho a portarse conmigo como un cerdo! Sobre todo, cuando le había invitado a usted a mi boda.

CABO. ¿Y yo? ¿Acaso me había negado a llevarte a pasar un fin de semana en la isba?

SOLDADO. *(Sarcástico).* La isba, ¿eh?

(Durante el diálogo anterior, el Cabo y el Soldado han dado una vuelta completa a la escena en un imaginario recorrido hasta el supuesto campo de concentración. En este momento, la luz de la escena baja. Se hace poco a poco de noche. Un rayo de luna ilumina el centro del escenario, donde se supone el imaginario campo. El Sargento desaparece del lugar donde se encuentra, borrado por la oscuridad que allí cae.)

(Señalando el rayo de luna). ¿Es esto la isba?

CABO. No, es el campo de concentración...

SOLDADO. *(Imitando a las ovejas).* ¡Beeeeh! ¡Beeeeeeeh! También sé balar, ¿sabe usted? Como las ovejas... ¡Beeeeh...! ¡Beeeeeh...!

CABO. ¿A qué viene esto ahora?

SOLDADO. ¡Beeeeh...! ¡Beeeeh! ¡Ande, métame en el redil! ¡Venga! ¡Beeeeh...!

CABO. *(Triste, justificándose).* ¡Cumplo con mi deber, compréndelo! ¡No puedo hacer otra cosa!

SOLDADO. ¡Y yo con el mío: ¡beeeeeh..., beeeeh!!

CABO. *(Abriendo una imaginaria puerta).* ¿Vas a entrar por tu voluntad o tendré que...?

SOLDADO. *(Irónico).* ¿Causarle más problemas? ¡De ningún modo! ¡Estaría bueno! *(Entra en el imaginario campo, a través de la también imaginaria puerta).*

CABO. *(Hace como que cierra ésta. Y después).* Lo siento, Patt. De veras. Palabra que lo siento.

SOLDADO. No se preocupe, ya todo me da igual. Pero haga el favor de devolverme la fotografía.

CABO. ¡Eso no Patt! ¡No me hagas eso!

SOLDADO. ¡Deprisa! ¿Me la entrega usted buenamente, o presento una queja a su superior por extorsión y malos tratos?

CABO. *(Asustado).* ¡No una queja, no! *(Le devuelve la fotografía, no sin renuencia).* Ten.

(El Soldado, ahora abatido y desamparado, queda con la mirada fija en un indeterminado punto y las manos asidas a las supuestas alambradas del campo de prisioneros. Tras una larga pausa, durante la cual el Cabo pasea de un lado a otro haciendo de centinela, aunque mirando de cuando en cuando al Soldado, aquél se detiene, por fin, delante de éste y le dice, con ternura.)

Estarás muy solo, metido entre esas alambradas, ¡muy solo! *(El Soldado no le mira ni responde).* Patt, ¿no me dices nada? *(Con infinita ternura).* ¡Patt! ¡Patt! ¡Pero Patt...!

(El Cabo reemprende sus paseos. Paulatinamente, la luz va desapareciendo. Sólo queda el rayo de luna que cae directamente sobre el Soldado, quien, poco a poco,

se arrodilla y, por último, se tiende en el suelo, cara al cielo, con los brazos abiertos. La luz se apaga del todo.)

CUADRO

ACTO SEGUNDO

Cuadro segundo

(La acción continúa en el mismo punto en que quedó interrumpida en el cuadro anterior. El Cabo pasea, haciendo su centinela, de un lado a otro del proscenio. La luz de la luna ilumina al Soldado, doblado ahora sobre sí mismo, en una posición casi fetal. El Sargento se halla ahora de pie sobre el montón de cascotes que decidió anteriormente convertir en su «puesto de mando», examinando el horizonte —tenebroso, como siempre— a través de unos imaginarios prismáticos, formados con sus propios dedos, doblados a manera de tubos. Es de noche. Las nubes, pesadas y grises, contribuyen a acentuar la imagen de la desolación absoluta.)

(Pausa larga.)

SARGENTO. *(Bajando de su observatorio. Al Cabo).* ¿Va todo bien?

CABO. *(Cuadrándose).* Perfectamente y sin novedad, camarada señor.

SARGENTO. Déme la consigna.

CABO. No perder de vista al prisionero.

SARGENTO. Exacto. Y, si es así, ¿cómo no ha montado usted todavía un auténtico servicio de vigilancia?

CABO. *(Aturullado).* Es lo que estoy haciendo: vigilar.

SARGENTO. Sí, pero sólo una zona reducida del campo de alambradas. Diga: si al cautivo se le ocurriera saltarlas, por ejemplo *(Señala un punto a la izquierda del escenario),* por allí..., o por allí..., o... por allí..., *(Va señalando distintos puntos dando la vuelta sobre sí mismo).* ¿Podría evitar usted la fuga? ¿Se percataría de ello siquiera? No. ¿Por qué? Porque le falta perspectiva. Usted debe dominar con la vista el recinto entero, ¿estamos? *(El Cabo dice que sí más aturullado todavía).* Por tanto, usted se ha de colocar... *(Señalando hacia la cima de un talud que*

hay a la derecha.) ¡allá!, ¿estamos? *(El mismo juego de asentimiento por parte del Cabo).* ¡Arriba, entonces! ¡Pronto!

CABO. ¡Sí, señor! ¡A la orden, camarada señor!

SARGENTO. Entre tanto, yo voy a recorrer los puestos.

CABO. *(Desconcertado).* ¿Puestos? ¿Qué puestos?

SARGENTO. Los de las avanzadas, naturalmente. Nos encontramos en una posición de vanguardia, no lo olvide.

CABO. *(Aún más desconcertado).* ¿Usted... y yo?

SARGENTO. Claro. Como sólo quedamos los dos, nos encontramos en primera línea estemos donde estemos. Usted es cabo, debería saberlo.

CABO. ¡Pero si ya no existen puestos, señor! ¡Lo único que hay son ruinas, desolación, devastación, destrucción... y mucha mierda por todas partes!

SARGENTO. ¡De sobra sé lo que hay! ¡Pero uno no he llegado a Mariscal General en Jefe para permanecer sentado tranquilamente en una piedra! ¿O acaso se figura que, después de cuarenta años de esperarla, voy a perder la oportunidad que se me presenta?

CABO. ¿Qué clase de oportunidad, si me permite la pregunta?

SARGENTO. ¡Estúpido! ¿Cuál es ahora mi misión? Planear maniobras..., inteligentemente concebidas, claro... Movimientos logísticos escrupulosamente planteados... *(Gesto de incomprensión en el Cabo).* Sí, hombre: marchas envolventes, ataques en profundidad, rectificaciones de línea... ¡Es la primera ocasión que tengo de dirigir la guerra, y le juro que no la dejaré escapar!

CABO. *(Totalmente despistado).* Pero, ¿así..., sin ejército?

SARGENTO. ¿Cuántas veces tendré que repetírselo? ¡Ahora, el ejército soy yo! ¡Sí, yo! ¡Yo! No queda nadie con mayor jerarquía, ¿verdad? ¡Pues yo! *(Transición. Señalando un punto concreto en lo alto del talud).* ¡Suba!

CABO. ¡En seguida, señor! ¡En seguida!

(El Cabo desaparece subiendo el talud. El Sargento, una vez comprobado que sus órdenes se han cumplido, se pierde también fuera de escena, encaminándose a

recorrer los «puestos avanzados». Pausa. El Soldado cobra movimiento. Se arrodilla; mira a uno y otro lado con angustia.)

SOLDADO. *(Con sorda desesperación).* ¿Por qué? ¿Por qué? Yo estaba en el taller, desmontando un neumático..., ¡y de pronto, sin saber cómo, me meten en una jaula como a un mono! *(Gritando).* ¡Que me den una razón! ¡Una sola razón que explique todo esto! ¡Quiero una razón! ¡Pido una razón! ¡Exijo una razón! *(Llora. De pronto, recuerda la fotografía que guardó en el bolsillo. La extrae y la contempla, mientras dice).* ¡Anda Magda! ¡Explícamelo tú! ¡Tú, Magda, tú!

(La escena, que, desde que el Sargento se ha ido, ha estado recorrida sincronizadamente por un rayo de luz, proveniente de un supuesto proyector del campo de prisioneros, va tomando una ire de sueño. En medio del encantamiento, el paisaje va a quedar convertido, para Magda, en un rincón en un parque público, donde hay un chiringuito, un «shooping», un restaurante, y en el centro, una jaula de monos, dentro de la cual, lógicamente, se encuentra el Soldado. Este se agarra ahora a los barrotes en posición simiesca. Por el fondo, entra Magda, vestida como siempre. Lleva prisa y mira continuamente el reloj. No ve la jaula ni, naturalmente, al soldado, quien, en cambio, sí ve a Magda, a la que, desesperadamente, grita.)

¡Magda! ¡Magda!

MAGDA. *(Que consulta el reloj).* ¡Ya no vendrá, seguro! ¡Es muy tarde!...

SOLDADO. ¡Magda, por favor! ¡Estoy aquí! ¡Ayúdame!

MAGDA. *(Siguiendo en lo suyo).* ... ¡Y esto está más solitario que nunca...!

SOLDADO. *(Suplicante).* ¡Sácame de aquí, Magda!

MAGDA. *(Igual).* ...ni la parejita... ni el hombre de los helados... ni el niño del globo...

SOLDADO. *(Desesperado).* ¡Dios mío, Magda!

MAGDA. *(Pasea inquieta).* ¡Se arrepentirá! ¡Luego, cuando venga, se arrepentirá! *(De súbito, percibe la sensación de encontrarse en un lugar extraño. Transición).* ¡Qué raro! Parece como si... ¡No se mueve ni una hoja de árbol!

SOLDADO. *(Rogando).* ¡Magda! ¡Magda!

MAGDA. *(Ahora se da cuenta de la presencia del mono).* ¿De dónde ha salido esto? Antes no estaba aquí esta jaula. Al menos, yo no recuerdo haberla visto... *(Transición).* ¿No me habré equivocado de plaza? ¡Claro que sí! ¡Y el pobre Patt debe estar esperándome! ¡Sí que la he hecho buena...! *(Va a salir deprisa).*

SOLDADO. *(Con un grito).* ¡No te vayas! ¡Soy yo! ¡Soy yo!

MAGDA. *(Se detiene y vuelve la cabeza. Al Soldado).* ¡Qué gracia! Yo diría que me había llamado... *(Al Soldado).* ¿Me llamabas? *(Se tiende en el suelo hasta quedar cara frente a cara ante el Soldado. Juguetona, como si se dirigiese efectivamente a un mono).* ¿Qué quieres tú, eh, monito?

SOLDADO. *(Desesperado).* ¡Soy yo! ¿No te das cuenta? ¡Yo!

MAGDA. *(Que ha buscado dentro de un imaginario monedero).* Lo siento, pero no llevo cacahuetes, caramelos ni nada. No contaba contigo, hazte cargo. ¡Ni siquiera sabía que había un mono aquí!

SOLDADO. *(Gesticula desesperado).*

MAGDA. *(Curiosa).* ¿De qué raza eres? Un ti-tí, no, eso se ve en seguida. *(Lee el cartel).* «Prisionerus belici... Simius vulgaris... Terraqueum». ¡Vaya, no está mal!

SOLDADO. *(Sus gestos desesperados son los de un simio.)*

MAGDA. *(Un poquito sobresaltada).* ¡Eh, eh! ¿Qué te pasa ahora? ¡No hagas tonterías! ¡Vuelvo a decirte que ignoraba que estuvieses aquí...! *(Mira en torno).* Porque este es el sitio de siempre, ahora estoy segura. ¡Y tanto que lo es! *(Señalando las inexistentes presencias).* Mira: ¡el chiringuito, el restaurante, el «shooping» y la fuente...! Lo que ocurre es que hoy está muy solitario este rincón... Por eso pensé que me había equivocado de plaza... Falta la pareja de enamorados... Y también el vendedor de helados y el niño del globo. Y encima han puesto

aquí una jaula, que antes no estaba. ¡Y contigo dentro, además! ¿Cómo no iba yo a despistarme?

SOLDADO. *(Queda desesperadamente inmóvil y angustiado.)*

MAGDA. *(Ríe).* «Prisionerus belici»... ¡Estoy viendo la cara de Patt cuando llegue! *(Súbitamente).* ¡Huy, Patt! *(Va a salir corriendo).* No, no, si el que tiene que venir es él... *(Vuelve hacia el Soldado).* Eso: ¡te llamaré Patt, como a mi novio! ¡La rabieta que va a pillar cuando se entere! *(Ríe)* «¿No sabes? En nuestra placita han instalado una jaula con un mono..., un "prisionerus belici"... Le he puesto tu nombre, ¿comprendes?... *(Ríe)* ¡Se te parece tanto...! No te enfades, hijo. Como tú no llegabas y me aburría, pues... Así que, tanto si te gusta como si no...» *(Al Soldado).* ¡Patt! ¡Eh, Patt! ¡Patt...!

SOLDADO. *(Gime primero, luego llora).*

MAGDA. Pero, ¿qué te ocurre, qué tienes? *(Transición).* Si yo comprendo que no te guste estar enjaulado... A nadie le gustaría, es natural... Tampoco a Patt le haría gracia... *(Ríe)* Claro que él no es un mono... *(Mira el reloj de nuevo).* Demasiado tarde ya para que venga... *(Al Soldado).* ¿Te he contado ya que Patt es mi novio? Nos casaremos pronto. Para octubre. Y será una boda preciosa... Nos echarán puñados de arroz y nos atarán latas vacías a la trasera de la camioneta... ¡Preciosa!

SOLDADO. *(Murmura por lo bajo).* ... Y el piso... Y el taller mecánico... ¡Habría sido una boda verdaderamente maravillosa...! ¡Y ahora, de todo eso, ya no queda nada! ¡Y yo estoy encerrado aquí! ¿Por qué...? ¿Por qué? *(A Magda).* ¡Explícamelo tú, tú, tú...! *(Se mueve, nervioso, de un lado a otro de la jaula).*

MAGDA. *(Asustada).* ¡Alto, alto, no te excites! Si sé que ibas a tomártelo así...

SOLDADO. ¡Magda! ¿Pero es que no me oyes? ¡Necesito una razón..., una sola razón, al menos...!

MAGDA. ¿Por qué no te montas en ese columpio?

SOLDADO. *(Desesperado).* ¡O, por lo menos, que me devuelvan mi libertad! ¡Quiero saber por qué me han encerrado! ¡Qué he hecho yo para que me tengan aquí!

MAGDA. *(Recelosa, medrosa, ante los nerviosos movimientos del mono,*

asido con fuerza a los barrotes de la jaula, que zarandea). ¡Para, para...! ¡Te veo capaz de romper los barrotes!

SOLDADO. Yo era un muchacho como los demás, ¿sabes, Magda? Un Patt igual que otro cualquiera, que iba por aquí y por allá, con la camisa abierta, riendo y dando bromas. Y de pronto vino la guerra y todo se acabó. No entiendo nada, ¡nada! ¿Por qué motivos luché? ¿Por qué sigo vivo? Por encima de todo, ¿por qué sigo vivo? ¡Yo debería estar muerto como todos los demás! ¡Como tú, pobre Magda! ¡Tú!... *(Con rabia).* ¡Esta podrida guerra...!

MAGDA. *(Espantada ya).* ¡Huy, huy, huy! Tranquilo, ¿eh?, tranquilo... Si te pones así será preferible que me vaya...

SOLDADO. ¡Tengo miedo, Magda! *(Con rabia).* ¡Estoy solo...! ¡Tengo miedo...!

MAGDA. Mira, Patt: me das mucha pena. No sé qué te pasa... Me das muchísima pena, pero mejor es que me vaya. Lo comprendes, ¿verdad? Porque ocurre..., no te enfades, ¿eh?... que me das también mucho miedo... Y además Patt..., el otro Patt..., me está esperando en algún otro sitio del parque... ¿Entiendes?

SOLDADO. ¡Hasta los recuerdos se me acaban y ya no puedo más! ¡No puedo más! ¡¡No puedo más...!! *(Acometido por un verdadero ataque de violencia, comienza a sacudir los barrotes con gran furia).*

(Coincidiendo con el ataque de furia del Soldado, todo el aire de sueño del entorno se va desvaneciendo y reapareciendo poco a poco, en su realidad desolada, el lugar que conocemos.)

MAGDA. *(Espantada, a gritos).* ¡Ay, que se escapa el mono! ¡Ay, que rompe los barrotes! ¡Se escapa! ¡Se escapa! ¡Auxilio! ¡Socorro!

SOLDADO. *(Cogiendo la fotografía con furia, la contempla desesperado).* ¡No te vayas...! ¡No me dejes solo...! ¡Magda! ¡Magda! ¡Magdaaaa...! *(La joven se ha ido retirando de la escena y el Soldado, con rabia incontenible, rompe el retrato en trozos).* ¡Esto se terminó! ¡Del todo! ¡Ni siquiera un recuerdo! ¡Lo mismo que si acabara de nacer!

MAGDA. *(Saliendo).* ¡El mono se ha escapado! ¡El mono se ha escapado! ¡Socorro! ¡Auxilio! *(Desaparece).*

(El Soldado hace como si rompiese la reja y la traspasase. Coincidiendo con ello, la reja desaparece. Va a refugiarse tras un talud, donde se sienta.)

SOLDADO. *(Con angustiada voz).* ¡Y ahora solo! ¡Completamente solo para siempre!

(La escena está ya como antes. El Cabo sigue haciendo centinela en lo alto del talud. De golpe, se da cuenta de que el Soldado ya no se encuentra dentro del supuesto campo de prisioneros. Desciende, comprueba la fuga y corre espiritado, gritando.)

CABO. ¡El prisionero! ¡El prisionero!

(El Sargento reaparece por el fondo.)

SARGENTO. ¿Qué dice usted del prisionero?

CABO. ¡Que lo ha conseguido! ¡Parece mentira, pero así es! ¡Se largó! ¡Se piró! ¡Se ha largado!

SARGENTO. ¡Imposible!

CABO. ¡Véalo usted mismo!

SARGENTO. Pero, ¿cómo ha podido ocurrir?

CABO. Yo tampoco lo entiendo. No le he quitado los ojos de encima en todo el tiempo.

SARGENTO. Pues, ¿sabe lo que le digo, cabo? ¡Qué esto puede costarle muy caro!

CABO. ¡Pero si no es mía la culpa! ¡No ha saltado las alambradas, ha roto la puerta!

SARGENTO. ¡Sea como sea, usted búsquelo, encuéntrelo y condúzcalo a mi presencia, si no quiere perder sus galones!

CABO. ¿Otra vez? ¿No podría dejar mis galones tranquilos?

SARGENTO. ¡No me venga con idioteces y busque!

CABO. *(Cuadrándose).* ¡Sí, camarada señor!

(El Cabo, con el alma en un hilo, empieza a buscar por todas partes, y aunque pasa por delante del Soldado,

ostensiblemente no lo ve. El Sargento se ha sentado en una piedra.)

SARGENTO. *(Después de una pausa).* ¿Nada?

CABO. Todavía no.

SARGENTO. ¡Siga!

(Sigue buscando, hasta que, por último, después de unas vueltas, se da por vencido y se acerca al Sargento.)

CABO. *(Cansado).* Es inútil.

SARGENTO. ¡No conozco esa palabra!

CABO. Pues, si me autoriza, yo puedo explicársela. Inútil significa..., eso, que es inútil, que no hay nada que hacer, que no doy con él, ¡que no lo encuentro!

SARGENTO. ¿Es que acaso se niega usted a cumplir mis órdenes?

CABO. ¡Oh, no, no, camarada, de ningún modo! Lo que sucede es que...

SARGENTO. ¿Yo qué le he dicho? Que busque, ¿no? ¡Pues, busque!

CABO. Pero si...

SARGENTO. *(Airado).* ¡Busque!

(El Cabo vuelve a buscar de un lado a otro, sin saber qué hacer, aturdido, desconcertado.)

CABO. ¡Ay, madre mía de mi vida! ¿Dónde se habrá metido ese cabrito? *(Le grita).* ¡Patt...! ¡Patt...! ¡Hazlo por mí! ¡Me aplastará como una cucaracha, si no apareces! ¡Me juzgará... me degradará... me fusilará...! Ya comprobaste lo bruto que es el tío. ¡Patt...!

SARGENTO. ¡Qué ineficacia! ¡Qué indisciplina! ¡Le trituraré si no me presenta al prisionero, se lo prometo! ¡Le desharé!

CABO. *(Como hablando con el Soldado, a quien sigue sin ver).* ¿Ves lo que te decía? Anda, déjate ver, ¿a ti qué más te da? ¡Patt! ¡Paaatt! ¡Paaaaaaatt...!

SARGENTO. ¡Eso no es modo de cumplimentar un servicio! ¡Busque con más ganas!

(Se ha acercado el Sargento al Cabo, y ahora, aquél, amenazador y gritando como una fiera, quiere obligar al otro a cumplir la misión que le ha encomendado en la forma que él estima eficaz. A los gritos del Sargento el Cabo va encogiéndose hasta caer de rodillas en tierra. Un grito más, y, bajo el dedo dominador del Sargento, se pone a cuatro patas.)

¡Busca! ¡Busca! ¡Busca!

(El Cabo no es una persona, es un perro.)

CABO. *(Dócil y con la lengua fuera.)* ¡Guau! ¡Guau!

SARGENTO. *(Excitando al perro).* ¡Anda por él!

(El Cabo, a cuatro patas, husmea el aire y, de golpe, se dirige al Soldado, inmóvil y sentado en una piedra. Se le acerca, olfatea su ropa y gruñe amenazador.)

¿Está ahí? ¡Pues duro! ¡Muerde...! ¡Duro...!

(El Soldado se da cuenta de la presencia del perro y, con amargura y ternura, le rasca y acaricia la cabeza y la espalda. El Cabo-perro se restrega contra el pantalón del Soldado, mientras gime suavemente, tal como haría un perro al que acaban de apalear.)

SOLDADO. No, Volodia, tú no puedes hacer eso conmigo. Eres bueno. Son los demás los que le vuelven a uno así.

SARGENTO. *(Furioso al ver que el perro-Cabo no muerde).* ¡Perro cabrón...! ¡Muerde! ¡Muerde!

SOLDADO. En realidad, todo el mundo era bueno. Al menos un poquito. Cuando aún había mundo, claro.

CABO. *(Por el Sargento).* ¿Ese... también?

SOLDADO. Seguramente. Sólo que nunca se preocupó de averiguarlo. Si la gente, en vez de envenenar la sangre de otra gente, se hubiera entretenido un poco en pensar eso, quizá no hubiéramos llegado a esta situación, ¿no te parece? Ni tú hubieses venido a abalanzarte contra mí, enseñando los colmillos. ¿Qué opinas de todo esto, Volodita? ¡Si seríamos mierdas las personas! Sólo teníamos cada uno una vida, ¡y hasta no chafárnosla para siempre no hemos parado!

(El Sargento se acerca al perro-Cabo, quien, al verle, vuelve a adoptar una actitud de cobardía y a quejarse.)

SARGENTO. ¿Qué significa eso? ¡Ataca! ¡Muerde!

CABO. *(Lamiendo la mano del Sargento).* ¡Guau! ¡Guau!

SARGENTO. Con que nos has salido manso, ¿eh? ¡Yo te enseñaré!

(El Sargento propina al perro-Cabo brutales patadas y golpes, sin dejar de gritarle. El Cabo-perro se queja.)

CABO. *(Aullando dolorosamente).* ¡Auuuuuuuuuuuuuuuuu!

SARGENTO. ¡Muerde, hijo de puta! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

(La actitud del perro-Cabo cambia de súbito. De manso, pasa a fiera. Mira con odio al Sargento, mientras gira en torno suyo, gruñendo amenazadoramente. El Sargento le propina otra patada.)

¡Toma! ¡A ver si de una vez aprendes quién manda aquí!

(De pronto, el perro-Cabo, con un fuerte ladrido, se lanza al cuello del Sargento.)

CABO. ¡Guauuuuu!

SOLDADO. *(Intentando detenerlo).* ¡No, no, Volodia, nooooo!

(Pero el Cabo ha prendido ya con sus dientes el cuello del Sargento y, aunque éste intenta defenderse, cae al suelo con el perro encima. En medio de la confusión de gritos de «¡Volodia!», ladridos y estertores del Sargento, se hace el oscuro total

Cuando vuelve la luz al escenario, el Cabo y el Soldado están sentados en el talud y el Sargento tendido en tierra cerca de ellos. Hay en ambos un tenso y desorientado silencio, mientras contemplan el cadáver.)

SOLDADO. Míralo... ¿No te da pena?

CABO. ¡Que si me da...! ¡Con lo paliza que se había puesto con el asunto de la banda...!

SOLDADO. Entonces, si le hacía tanta ilusión una bobada así, no debía ser tan mamón como parecía.

CABO. Claro que no. En cambio, el perro...

SOLDADO. Bueno, pero los perros no son personas.

CABO. Afortunadamente.

(Una pausa.)

SOLDADO. Me pregunto en qué podríamos emplear el tiempo. ¡Tenemos tanto por delante...!

CABO. ¡Ya lo creo! ¡Hasta que se acabe la guerra...!

SOLDADO. ¿Y cuándo calculas que concluirá?

CABO. Un día u otro. En cuanto me liquides tú a mí.

SOLDADO. ¡O tú a mí, mira éste! *(Transición)*. Pero no correrá mucha prisa, ¿verdad?

CABO. Hombre, con tanto tiempo por delante...

(Otra pausa.)

SOLDADO. ¿Y si nos largásemos por ahí?

CABO. Pero, ¿qué dices? ¿A dónde?

SOLDADO. A cualquier parte. A dar una vuelta. Supongo que, para quitarnos uno a otro la vida, da igual el sitio, ¿no? Y entre tanto, vamos viendo mundo...

CABO. ¿Mundo? ¿Qué mundo? ¡Pero si no queda ni tanto así de mundo! *(Abarca la escena con un gesto)*. ¡Si todo está como esto! ¿Qué sacaríamos cambiando de lugar?

SOLDADO. *(Abatido)*. Tienes razón.

CABO. Aquí, al menos, cubro el puesto de centinela.

SOLDADO. ¿De... centinela?

CABO. Sí. *(Señalando el cadáver)*. Como antiguo subordinado del camarada Sargento..., quiero decir, Mariscal..., no, no, Mariscal General en Jefe, me corresponde turno de vela en la capilla ardiente.

SOLDADO. *(Con naturalidad)*. Comprendo.

CABO. Por cierto, ¿tú qué opinas? ¿Debería rezarle? *(Gesto del Soldado)*. ¿Le gustaría?

SOLDADO. Probablemente. A todos los muertos les gusta, así no se sien-

ten tan muertos. El problema, problema, lo constituímos nosotros.

CABO. ¿Por qué?

SOLDADO. Muy sencillo: porque, entre que si me eliminas tú a mí o yo a ti, vamos a aburrirnos de muerte.

(Otra pausa.)

CABO. Oye: ¿por qué no nos entretenemos recordando recuerdos? Es distraído.

SOLDADO. Es que yo ya no tengo recuerdos. No me queda ni uno solo. Ni uno: ¡hice añicos la fotografía! Además, no quiero saber nada más de mí mismo..., de mí mismo de antes, ¿comprendes?

CABO. ¡Ufff, qué embrollo! ¿Y por qué?

SOLDADO. Por nada. Es que prefiero estar vacío por dentro. Me siento mejor, me duele menos.

CABO. Ya. *(Una pausa).* Tenías novia, ¿no sabes? Y un garaje.

SOLDADO. ¿Sí? ¿Nada más?

CABO. Que yo sepa, no.

SOLDADO. ¿Qué cosas! ¿Y tú?

CABO. ¿De veras no te acuerdas? Cuidaba vacas. Hasta que se organizó el tinglado, no había salido de la isba.

SOLDADO. *(Tras un instante de meditación).* ¿Y no encuentras todo esto un poco raro? Que nos liásemos a tiros tú y yo, sin un motivo.

CABO. Hombre, sin motivo..., lo que se dice sin motivo... Tengo entendido que había una ideología por el medio. Eso decían, al menos.

SOLDADO. ¿Ideo... qué?

CABO. Logía... Ideo-logía.

SOLDADO. ¿Y eso qué es?

CABO. No estoy muy seguro. Algo que había y que te metían en la cabeza.

SOLDADO. Ya: palabrería, bla, bla, bla... Pues, ¿sabes lo que pienso?

Que la gente se ha dejado aniquilar por nada, que hemos luchado por nada, que hemos sufrido y llorado por nada... En una palabra: que el mundo se ha ido a la puñetera mierda inútilmente, sin beneficio para nadie.

CABO. No creas: había algunos que lo pasaban bomba a cuenta de toda esa mandanga... Mandaban, se forraban, mangoneaban y vivían como Dios.

SOLDADO. *(Haciendo un corte de manga).* ¿Sí? ¡Pues para ellos que también se les ha acabado el momio como a los demás! *(Por el cadáver).* Ahí tienes a tu camarada, por ejemplo.

CABO. *(Observándolo con gesto de curiosidad).* Mira, mira, ¡se está poniendo azul!

SOLDADO. Será por el reflejo de la banda... *(Volviendo a su idea anterior).* Es decir, que cuando nos matemos tú y yo, también será por nada. *(El cabo se encoge de hombros).* Y yo pregunto: ¿No podríamos...?

CABO. ¿Qué?

SOLDADO. Nada, nada.

CABO. Vamos, venga, ¡Suelta lo que sea!

SOLDADO. Era una tontería.

CABO. Es igual. Di.

SOLDADO. ¿En serio quieres que te lo diga? ¿Aunque sea una tontería *(El Cabo asiente).* Vas a reírte de mí...

CABO. No me reiré.

SOLDADO. ¿Lo juras?

CABO. ¡Lo juro!

SOLDADO. Pues se me ha ocurrido de pronto que... No, no, que te vas a carcajear.

CABO. ¡Que no, puñeta!

SOLDADO. *(En voz baja, como avergonzado de mostrar su idea).* ...Que podíamos firmar la paz tú y yo.

CABO. ¿Un tratado de paz? *(El Soldado asiente).* ¿Tú y yo? *(Lo mismo).* Lo siento, pero no hay nada que hacer.

SOLDADO. Ya te decía yo que era una estupidez.

CABO. Date cuenta, nosotros no estamos facultados...

SOLDADO. ¿No? *(El Cabo niega).* ¿Siendo, como somos, los dos únicos valientes combatientes supervivientes? *(El Cabo se disculpa con un gesto).* ¿El Camarada Sargento sí que habría podido? *(El Cabo asiente).* ¡Pues sí que nos ha jorobado el perro, entonces! *(Nostálgico).* ¡Con lo bonito que hubiera sido hacer los dos las paces!

CABO. *(Nostálgico).* ¡Y que lo digas!

SOLDADO. ¡Firmar el papel, llenarlo de estampillas y lacres, y darnos a continuación un abrazo! *(El Cabo, con un gesto de abatimiento, dice que sí).* ¿Así que entre nosotros no hay posibilidad de una reconciliación, de un acuerdo?

CABO. *(Abatido).* No.

SOLDADO. ¿Ni siquiera... un pequeño armisticio?

CABO. *(Como antes).* Ni siquiera.

SOLDADO. *(Con un último grito de protesta).* ¡Pero tú y yo somos amigos!

CABO. *(Impersonal).* Enemigos.

SOLDADO. Bueno, amigos enemigos.

CABO. ¡Enemigos amigos, que no es igual!

SOLDADO. *(Triste).* Sí. *(Pausa).* Pero llorar sí que podremos, ¿no? *(El Cabo no sabe qué decir).* Por la paz imposible, por la que nunca firmaremos tú y yo. Di, ¿podremos?

CABO. Claro.

SOLDADO. *(Tras una pausa).* ¿Lloro?

CABO. Llora.

SOLDADO. El caso es que no sé si me quedarán lágrimas... Es lo que ocurre con las guerras cuando se prolongan demasiado: todo se termina, incluso las lágrimas. Así y todo, voy a intentarlo.

CABO. ¿Te importaría que te acompañase?

SOLDADO. No, hombre, no. Encantado.

CABO. Entonces, hale: ¡empieza!

SOLDADO. No, no, amigo enemigo, tú primero. Tienes preferencia, eres cabo.

CABO. Como quieras, enemigo amigo. *(Deja caer la cabeza, esforzándose por llorar).* Por mi parte, ya estoy llorando.

SOLDADO. *(El mismo, juego).* Yo también.

CABO. Por la paz...

SOLDADO. Por la paz...

(La luz se va esfumando poco a poco sobre el paisaje de la desolación.)

TELON FINAL

INSTITUCION CULTURAL SIMANCAS
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE VALLADOLID